

MIS RELACIONES CON LA IGLESIA

PRESENTACION

Es el escrito más original y representativo de Francisco Palau. También el de más ardua comprensión. Entre otras razones, porque no es libro normal y corriente, ni como tal debe leerse. En estas páginas, casi herméticas, desvela el autor los repliegues más íntimos de su espíritu enamorado de la Iglesia. Antes de adentrarse por las sendas complicadas del escrito, conviene conocer algunas de sus claves.

Indole singular. — *Al abrir el libro, el lector tropieza con un primer obstáculo: la ausencia de título, prólogo o presentación, que le ponga en pista para iniciar el camino. Una vez comenzado éste, sobreviene la impresión del extravío. No se percibe de inmediato el orden o secuencia de la temática; ni siquiera el hilo lógico del desarrollo. Semejantes irregularidades tienen su explicación.*

Todo se reduce a constataciones sencillas. La carencia de indicaciones programáticas al principio del escrito se debe fundamentalmente a la mutilación sufrida por los cuadernos originales. Ha desaparecido el primero, donde presumiblemente deberían figurar esos extremos. Se han salvado algunos fragmentos del mismo, pero no la portada ni las primeras páginas. Sólo se conserva íntegro el segundo cuaderno (de

los dos escritos por el autor) y en él se prolonga, con simple secuencia material, el texto desaparecido del primero. Quiere decirse que, la lectura del libro, comienza ahora de manera un tanto anormal o brusca, no por el principio.

— A esa falta de guía inicial hay que añadir la carencia de un esquema previo que oriente al lector. Casi lo excluye la índole misma del escrito y la intención del autor. No le interesa exponer un programa ordenado ni se dirige directamente a un destinatario concreto. Apunta en sus cuadernos experiencias personales que le sirven a él para caldear el espíritu y orientar la vida. Se trata de apuntes estrictamente personales, de memorias íntimas, no condicionadas por exigencias de orden y método para la comprensión de los demás. Si no se tiene en cuenta esta premisa fundamental, es imposible sintonizar con el autor.

— La ausencia de motivaciones externas conocidas y la reserva respecto a posibles destinatarios definen con bastante precisión el carácter autobiográfico del escrito. Basta un repaso externo y sumario para convencerse personalmente de la índole confidencial de estas páginas. Tal impresión queda confirmada por las explícitas y reiteradas afirmaciones del autor, de manera especial en sus cartas. El dato cronológico es aquí secundario. De no contar con otras fuentes históricas, sería imposible reconstruir la peripecia externa de Francisco Palau. Lo que refieren y anotan estas páginas es su aventura espiritual, el itinerario de su búsqueda y encuentro con la Iglesia: sus amorosas relaciones con ella. Los datos relativos a su jornada humana se contemplan siempre desde esta perspectiva.

— Por tratarse de recuerdos íntimos, sintió el autor cierto pudor en escribirlos y comunicarlos. Al igual que otras almas favorecidas de gracias intensas, acarició la convicción de que podrían servir espiritualmente a personas capaces de comprender su carisma eclesial, pero evitó cuidadosamente la divulgación del escrito. Lo retuvo siempre entre las cosas personales y lo celó de miradas indiscretas. Tampoco debe

olvidarse este condicionamiento a la hora de estudiar y juzgar el libro.

— La trama redaccional semeja mucho a la de los diarios espirituales, tan abundantes en la literatura cristiana. No debe urgirse demasiado la semejanza, pero tampoco desecharla totalmente. Los apuntes se colocan en determinados lugares y en fechas concretas, pero éstas no se suceden con criterio uniforme o riguroso. Se corresponden con días de retiro espiritual o con fechas especiales, de alguna festividad litúrgica o por otros motivos. Las páginas correspondientes a retiros y días de ejercicios espirituales suelen ofrecer varias fechas seguidas. Sus ciclos se alternan con jornadas aisladas y saltuariamente registradas.

— La carga experiencial atribuida a cada día y su frecuente distribución en la mañana o la tarde-noche sugieren la correspondencia con las horas en que Francisco Palau se entregaba a la oración, siguiendo en ello el hábito adquirido durante su formación carmelitana en el convento de Barcelona. En su conjunto, «Mis Relaciones» recogen la oración de Francisco Palau en las fechas señaladas. Se alternan con páginas dedicadas a reflexionar sobre la propia vida y actividad, pero el cañamazo del escrito está constituido por la oración palautiana. Bajo este aspecto resulta un diario muy singular.

Peculiaridades redaccionales. — Son consecuencia natural de lo apuntado hasta aquí. Cuando el autor comienza a plasmar en letra el movimiento íntimo de su espíritu, en vibración con la Iglesia, su oración ha llegado a la simplificación contemplativa; se ha convertido naturalmente en trato amistoso, en relación amorosa con quien lo es todo para él: la Iglesia, su Amada. La oración es entonces soliloquio, diálogo, coloquio, comunicación recíproca. Queda superado el proceso del discurso racional y de la reflexión meditativa. Todo se expresa y explaya admirativa y afectivamente. Estamos ante la oración teresiana, pero centrada en la presencia amorosa del Cristo místico, en la Iglesia.

— Cuando Francisco Palau traslada al papel su oración, no hace otra cosa que poner por escrito lo que está diciendo a la Iglesia o lo que acaba de hablar con ella. Plasma sencillamente lo que ha sido la cita amorosa de ese día. Basta recordar este dato para explicar las demás características del escrito. No hay apenas muestras del mismo género, aunque abundan los soliloquios, las elevaciones y otras formas parecidas en la tradición espiritual. Son escritos compuestos, por lo general, pasado el lance y, por ello, con cierto sabor pedagógico. Las páginas de «Mis Relaciones» transmiten, sin filtro ni intermediario, la oración fresca y espontánea de Francisco Palau.

— Consecuencia de ese dato capital es el género literario adoptado. Algunos de sus rasgos eran inevitables en cierto modo; otros obedecen a la idiosincrasia del autor. Natural e inevitable la repetición de escenas, de posturas y de argumentos, aunque aparezcan como variaciones del mismo motivo. El tipo de oración contemplativa reproducida en el escrito tenía que reflejarse así por fuerza. Nada tan normal como volver una y otra vez sobre lo que empapaba el corazón.

— Por idéntica razón se impone el uso continuado del diálogo. Es lo natural a la conversación y al coloquio. Domina sin pausa el texto de «Mis Relaciones». Apenas se ausenta de tanto en tanto, cuando aflora en él la narración de hechos biográficos o la reflexión sobre temas eclesiales. La vivencia íntima se traduce siempre en soliloquio o en diálogo. Este se entabla con la Iglesia o con las figuras que tratan de personificarla en la mente del orante y hacen de interlocutores.

Contenido y mensaje. — La escritura de «Mis Relaciones» comienza a raíz de la transformación interior experimentada por Francisco Palau en 1860 y colocada geográficamente en Ciudadela. Corta en dos momentos capitales su existencia entera. El cambio radical consistió, según él, en un encuentro largo tiempo suspirado y buscado. Equivalió a una nueva percepción del misterio de la Iglesia y a un consi-

guiente modo especial de comunicarse con ella. Es lo que intenta reflejar en el escrito.

— A lo largo de sus páginas se suceden o se interfieren extractos doctrinales diferentes. El más palpable es el de la experiencia inmediata; lo que él percibe y vive de la Iglesia: el modo de comunicarse con ella, de hacer que se convierta en centro y motor de su existencia. La mayor parte del escrito describe este filón autobiográfico y vivencial.

— Naturalmente, se sustenta en un soporte doctrinal de reflexión y de sedimentación, que aflora de tanto en tanto en dos direcciones bien claras: una histórica, otra doctrinal. En la primera intenta repetidas veces establecer relación precisa de convergencia entre el itinerario interior de búsqueda o encuentro con la Iglesia y la peripecia humana de su vida. A este propósito son singularmente representativos varios cuadros autobiográficos que confrontan la situación anterior a 1860 con la que se instaura en su espíritu a partir de esa fecha.

— Si la reconstrucción del itinerario espiritual en clave de Iglesia no ofrece dificultades, no sucede lo mismo en lo que atañe a la síntesis doctrinal. Hay que alumbrarla a base de intuiciones y vivencias no sujetas a rigor teórico. Se apoyan en bases doctrinales sólidas, pero la visión de conjunto se diluye en narraciones y descripciones. Por fortuna, el escrito recoge de tanto en tanto el esfuerzo del autor por reducir a categorías teológicas bien ordenadas las conclusiones a que ha llegado por el camino de la especulación doctrinal y por la vía de la experiencia eclesial. De esa forma convergen en muchas páginas de «Mis Relaciones» la eclesiología y la «eclesialidad». La visión final, la síntesis definitiva, es el resultado de ambas: fusión armónica del conocimiento teórico y del saber sapiencial de la experiencia. Páginas representativas de semejante proceso son, por ejemplo, las que se intercalan entre el 24 y 25 de febrero de 1866 y los varios credos «eclesiales», en particular, el que aparece el 28 de marzo de 1867.

Bajo el extraño ropaje de «Mis Relaciones» se esconde una visión sugestiva de la Iglesia. Francisco Palau ha calado hondo en el misterio de comunión y ha sabido plasmarlo en fórmulas felices. Se adelantó a su tiempo colocándose en vanguardia de cara al Vaticano II. Su mensaje mantiene actualidad gracias a su perfecta sintonía con la conciencia eclesial de nuestros días.

La limitación impuesta a este apunte introductorio excluye toda posibilidad de organizar el pensamiento eclesial de Francisco Palau en «Mis Relaciones». Lo intenté en la introducción antepuesta a la edición del texto (Roma 1977). Allí y en las abundantes notas que lo ilustran hallará el lector información más amplia. En el presente volumen se reproduce el texto de la citada edición eliminando las notas y demás complementos críticos. Para los fragmentos que se han conservado del primer cuaderno o primera parte se ha preferido el orden adoptado en la edición «Obras Selectas» (Burgos 1988). No conociendo la secuencia real de los mismos en el texto original, es preferible colocarlos según el hilo lógico de los temas tratados, de esa forma ayudan más eficazmente a la lectura de toda la obra.

FRAGMENTOS

I

1. Lo significado por estos nombres: amores, amante, amado, matrimonio, desposorios, esposo, esposa, paternidad, maternidad, familia, filiación, parece que no tienen objeto ni realidad fuera de lo material y carnal. Si así fuera, si los referidos nombres fueran sinónimos, ¡qué fuera yo desgraciado!, yo que desde niño me siento poseído y dominado por una pasión que se llama amor; ¡qué fuera desgraciada una joven que despreciando los vanos amores del siglo se encierra en las soledades del claustro! ¡infeliz el anacoreta que se condena a una severa penitencia!

2. Dios escribió con su propio dedo en las tablas de mi corazón esta ley: Amarás con todas tus fuerzas... [Dt 6,5; Mt 22,37]. Y esta voz eficaz creó en él una pasión inmensa, la que se hizo sentir desde mi infancia y se desarrolló en mi juventud. Yo, joven, amaba con todas mis fuerzas, porque la ley de la naturaleza me impulsaba con ímpetu irresistible. ¿Qué amaba yo? ¿Quién era la cosa amada?

Si tu amada es una deidad y la has visto en el claustro, vete enhorabuena al claustro y cástate con ella.

3. Separado del mundo, retirado en el convento, pregunté por la cosa amada, la busqué. Y ¡quién tal cosa pensara! ¡La buscaba en las austeridades de la vida religiosa, en el ayuno, en el silencio, en la pobreza; la busqué y la encontré...! ¡Vi a mi amada y me uní con ella en fe, en esperanza y

amor! Su presencia satisfizo mi pasión y con ella yo era feliz, su belleza me bastaba. Dios y el prójimo, o sea, la Iglesia católica se me apareció tan bella como una divinidad. Iba cubierta bajo el velo del misterio y sólo se dejaba mirar entre las obscuridades de la noche, pero no eran tan espesas que no se distinguieran las infinitas perfecciones que la embellecían y que la presentaban infinitamente amable. Con ella encontré mi dicha y felicidad; yo era feliz.

4. Era yo joven de veintitrés años. Vino la Revolución de 1835; encendió mi claustro, y eran tan vivos mis deseos de ver a mi Amada sin velos y cara a cara, que no cuidé salir de entre las llamas. Vino mi Amada, me tendió su mano y salió ileso de debajo las ruinas de mi convento.

Derruido mi convento, incendiado mi claustro, mi Amada tomó las alas de un águila; voló, elevóse sobre el mundo y cuanto el siglo posee, y fue a reposar en desiertos y sitios solitarios. Yo la seguí...

II

1. Historia. — Una tarde estaba yo en una iglesia Catedral esperando llegase la hora de la función. En ella había de dar la bendición última que se acostumbraba, después de concluida una Misión. Y fue mi espíritu transportado ante el trono de Dios: estaba en él un respetable anciano, millares de ángeles le administraban. Uno de ellos vino a mí y traía en sus manos una ropa blanca como la nieve, y me vistió con ella. Me dio una banda de oro purísimo, especie de estola. Así vestido, el que estaba en el trono sentado me llamó, y me presenté de pie sobre un altar que allí había.

2. El anciano me hizo seña y me dijo diese en su nombre la bendición. Me volví contra el altar y vi a sus gradas una bellísima Joven, vestida de gloria; sus ropas blancas como la luz; no pude verla sino envuelta de luz y no me fue posible distinguir de ella otra cosa más que el bulto, porque no se

podía mirar. Cubría su cabeza un velo finísimo. Oí una voz que salía del trono de Dios y me decía: Tú eres sacerdote del Altísimo; bendice, y aquel a quien tú bendecirás será bendito; y lo que tú maldecirás, será maldito. Esa es mi Hija muy amada. En ella tengo mis complacencias: dala mi bendición [Mt 16,19 y 18; 3,17; 17,5; Mc 1,11; Lc 3,22; 2 P 1,17]. Los príncipes del Reino de Dios hacían corte a la Joven y se arrojó ante el altar; recibió mi bendición y desapareció toda aquella visión.

Yo quedé anegado en un mar de lágrimas. Mis penas crecieron en alto grado. Yo conocía a esa Señora y dar por su servicio mil vidas fuera para mí poca cosa, y con voz fuerte está mi corazón dando gritos allá en sus adentros: Hija del Altísimo, ¡ay! acepta mis sacrificios y escíbeme en el catálogo de tus sirvientes. ¿Qué puedo hacer por ti? ¡Ay, qué poca cosa!

3. Llegada la hora de la función, mientras subía al púlpito, oí la voz del Padre que me dijo: bendice a mi amada Hija y a tu Hija. El concurso de gente era muy grande. Yo no comprendía sino muy en confuso cómo podía ser yo Padre en la Iglesia y de la Iglesia. Lo creía posible, porque es cosa muy en uso llamarnos Padre.

Quedé con deseos de conocer a esa Joven que se me presentaba envuelta en misterios, y escondida bajo un velo; pero aunque velada, yo tenía infusa sobre ella una tan alta noticia, veía en su actitud tanta grandeza, que mi dicha fuera que me admitiera por el más humilde de sus criados y servidores; y lo que fue para mí más lastimero, fue que como el amor rasgaba mi corazón, quedé con su vista tan afectado a ella, que la vida se me hacía insoportable.

4. Desde aquel día principié a invocarla y a llamarla: ¡Hija de mi amado Padre! ¡Ah, dónde estás! Estaba yo bien lejos de llamarla «Hija mía», si bien la conocía, porque había más de veinte años que ocupaba de lleno mis pensamientos, pero entre yo y ella no mediaban relaciones que yo entendiese, ni creía posible, hubiera tal comercio y comunicación espiritual...

III

1. ¡Iglesia santa! Veinte años hacía que te buscaba: te miraba y no te conocía, porque tú te ocultabas bajo las sombras oscuras del enigma, de los tropos, de las metáforas y no podía yo verte sino bajo las especies de un ser para mí incomprendible; así te miraba y así te amaba. Eres tú, ¡oh Iglesia santa, mi cosa amada! ¡Eres tú el objeto único de mis amores! ¡Ah! puesto que tantos años hacía que yo pensaba por ti, ¿por qué te cubrías y escondías a mi vista?

2. ¡Oh, qué dicha la mía! Te he ya encontrado. Te amo, tú lo sabes: mi vida es lo menos que puedo ofrecerte en correspondencia a tu amor. La pasión del amor que me devora hallará en ti su pábulo, porque eres tan bella como Dios, eres infinitamente amable. Mi corazón fue creado para amarte, ahí le tienes, tuyo es, te ama. Yo te amo y tú sabes corresponder a mi amor: yo sé que me amas con amor puro y leal, firme e invariable. Yo ya no soy cosa mía, sino propiedad tuya; porque te amo, dispón de mi vida, de mi salud y reposo y de cuanto soy y tengo.

3. Yo me he descubierto a ti poco a poco. Has visto primero mi cuerpo, todas sus partes, mi constitución física y moral, las funciones de mis miembros y mi poder, mi virtud y mis fuerzas; me has admirado en las batallas y has visto mis arsenales y fortalezas; has podido contemplar mis riquezas y los tesoros inagotables de virtud y gracias. Y ahora te descubro mi cara, te revelo mi espíritu y te muestro mi corazón y mi amor para contigo, porque tu amor para conmigo, tu lealtad, tu fidelidad no ha desfallecido en las pruebas duras, largas y pesadas a que por ordenación de mi Padre has sido expuesto. Yo soy toda tuya porque te amo. Aunque hijo de Adán pecador, yo tengo en ti sobre la tierra un amante que me ha sido leal y fiel en las pruebas.

–¡Padre mío! ¡Padre celestial! Vos, que habéis dispuesto que esta vuestra Hija peregrinante sobre la tierra estuviese

enlazada con los vínculos de la caridad con el hijo del hombre, bendecid esta unión [Gn 27,29].

– Tú eres mi Hija muy amada: en ti tengo mis delicias [Mt 17,5; 3,17; Mc 9, 7; 1,11; Lc 9,25; 3,12]. Yo amo a quien y lo que tú amas; el que te ama a ti, será amado de tu Padre. Aquel a quien tú bendices, yo bendigo, y aquel a quien tú maldices, será de mí maldito.

– Recibe, amada mía, mis promesas: acepta mi profesión de fidelidad, de amor y lealtad...

IV

1. Viendo que fuerzas humanas no bastan para atajar los males gravísimos que afligen a la Iglesia, en ciertas estaciones me retiro a un islote, de una hora de circuito y de una elevación prodigiosa, que en crestas acolumnadas se levanta sobre el profundo del mar Mediterráneo. Vase la barca y yo me quedo allí solo por unos días, para unirme con Dios y su Iglesia, en fe, en esperanza y amor. Mi objeto era unirme con ella en fe, en esperanza y amor y ejecutar sus órdenes. Allí vi los atributos, gracias, dones, virtudes y perfecciones de Cristo, cabeza de la Iglesia, en los santos que están en la tierra y le representan... Oigo la fe, la fe católica: canta un cántico siempre nuevo, la acompaña su corifea la esperanza; la caridad se une a este dúo; juega un melodioso instrumento y toca las fibras del corazón. ¿Qué dicen? ¿a qué alude el cántico y la música? Es un obsequio debido a la Hija del Príncipe de la gloria; es a ella a quien se dirigen las voces: «Hija mía, recibe el tributo que te debo de mi fe, de mi esperanza y de mi amor».

2. Hechos a mi modo y en aplicación a mis necesidades los actos de fe, esperanza y caridad, me retiré al interior de mi cueva para pasar allí la noche. El sueño se aleja, el terror aumenta, las carnes se horripilan. ¡Solo y de noche en aquel sepulcro! Se abren los cielos y se presenta a mi vista inte-

lectual la que yo buscaba; vino atraída por sus inseparables compañeras, la fe, la esperanza y la caridad. Traía en sus manos un licor muy amargo y me lo presenta:

– ¿Me amas?

– Tú sabes que te amo. Y ya que me haces, Hija mía, esta pregunta, recibe de nuevo un acto de amor: Sí, te amo, y te amo porque tú has robado mi corazón. Venga el cáliz, ora sea dulce, ora sea amargo; venga, yo lo voy a beber. El Padre celestial me la ha dado por Hija, y desde entonces yo debo cumplir para con ella mis deberes de padre. Si he de juzgar de mi amor para contigo por lo que peno y sufro por ti, mucho debo amarte, porque sufro mucho por ti.

– Si me amas, cuida de mí; mis intereses sean tus intereses, mi gloria sea tu gloria.

– Así es. Yo por ti me olvido de mí, por ti me echo al mar, me lanzo al peligro. ¡Oh, Iglesia santa! ¡Cuida de mí, cuida de mis intereses individuales espirituales!

– Lo crees, lo fías a mí, todo lo esperas de mí; yo cuidaré de ti, tu causa es mi causa, la causa de tu alma corre por mi cuenta...

V

1. Estaba en cierta ocasión preparándome para predicar las tres horas de la Agonía, o las Siete Palabras; yo no podía fijarme en ninguna idea, había trabajado mucho aquella semana santa y había comido muy mal y, en lugar de ordenar mis ideas para la predicación, me ocupaba en lo que mi corazón amaba. Pensaba en la Iglesia, la invocaba la llamaba, la tenía no muy lejos y miraba su cabeza, ¡Buena preparación para predicar! ¿Quién eres tú, hija mía? ¿Quién eres? ¡Ay! cuanto más te miro, más nueva te veo, déjate ver. Diciendo esto, vínome una duda: ¡eres loco! ¿Qué invocas? ¿A quién hablas? ¿Puede la Iglesia hablarte? Deja esas

manías: ¡al deber! ¡al deber! Arregla tus Siete Palabras... Yo tenía tal repugnancia en componer sermones, que de buena gana hiciera cualquier otra cosa por penosa que fuese...

2. Al volver a mi tarea, veo a mi lado a mi Niña, de edad de unos doce a catorce años.

– Yo soy: yo estoy aquí.

– Déjame –le dije– ¿y el sermón?

– Queda a mi cargo.

– A tu cargo va.

– Mira bien esa fisonomía, ¿conoces quién es?...

Yo miraba a Cristo, sabiduría increada y cabeza de la Iglesia, le miraba con los ojos de la fe, miraba sus relaciones con la Iglesia, miraba su belleza, ella misma...

–¿Es la tuya, hija mía?

– Sí, soy yo: tú lo crees. Soy una realidad; tengo ojos y veo; tengo lengua y hablo; soy una inteligencia y entiendo; tengo un corazón y amo.

Me dijo esto porque estaba yo pensando cómo podía la Iglesia, siendo un cuerpo moral, tener ojos y ver, lengua y hablar, corazón y amar.

3. Quedé tan cambiado y tan nuevo que su presencia renovó alma y cuerpo; y aunque muy débil, por falta de alimentos, pude predicar las tres horas. Al subir al púlpito, como yo temiese mi gran debilidad, siendo el concurso muy grande y la iglesia muy capaz, estaba en pena acusándome de temerario, por no haber tomado alimentos más fuertes, arrojado sobre el púlpito. Mientras tocaba la música, en lugar de prepararme para la Palabra que seguía, mi alma estaba toda absorta en coloquios con la Hija de Dios.

– ¡Levántate! yo estoy aquí. ¡Verás si tengo lengua y si sé hablar!

– Bien lo siento, Hija mía, que estás aquí: he hecho una falta, he cometido una indiscreción, me faltan las fuerzas por culpa mía, ¡perdóname!

– ¡Adelante, yo estaré contigo!...

4. Las visitas se multiplicaron y no hacían más que multiplicar el tormento y la pena, porque dejaban mi pobre corazón herido de amor, y la llaga, lejos de curarse, aumentaba más, pero esas mismas comunicaciones aliviaban el dolor...

VI

1. Estando otra vez perseguido de muerte por causa de la religión, me hallaba entre los asesinos, y sin un milagro yo no podía escapar de sus manos carnívoras y manchadas con la sangre de los ministros del altar. Yo estaba en un bosque, escondido dentro de una cueva; y sabiendo estaba yo allí, entraron, yo creo eran tres, quedando los demás afuera.

En aquella ocasión era para mí la muerte mi ventura y mi gloria, porque los deseos que tenía de ver cara a cara y sin velos a mi Señora me atormentaban de un modo intolerable. Al entrar dentro de la cueva los asesinos por orden de su jefe que estaba afuera, yo me retiré a un rincón que estaba algo obscuro; me *arrodillé*, preparándome y esperando mi última hora tan deseada; tenía en mis manos el lignum *crucis* e iba vestido de religioso. Al entrar los facinerosos y sacrílegos, vi delante de ellos a mi Señora, que entró primero; traía el mismo velo muy fino y blanco como el candor de la luz; se me puso al lado izquierdo de pie, levantó sus ojos y me miró. La acompañaban dos jóvenes: uno de ellos era el príncipe de la Iglesia, el arcángel San Miguel. Y dirigiéndose a éste la Esposa de Jesús, oí distinta y claramente estas palabras: «Quita de ahí esos sacrílegos». Volvíome a mirar y se sonrió, pero nada me dijo; y estuvo allí media hora con los asesinos, hasta que se fueron.

2. Yo estaba seguro con tan buena compañía, y de oírla hablar y de haberla visto sus ojos abiertos, estaba yo tan enajenado, que me creía en el cielo. Yo tenía tantos deseos

de hablarla, que no podía contenerme; pero no podía. Dejemos tan buena compañera. Aquellos pobres hombres me buscaban y nada hallaban; y sabían estaba dentro, porque les había conducido allí mi mismo confidente que me había vendido. El jefe prometía cuatro duros a cada uno si me sacaban de allí muerto o vivo; encendieron luz, y por fin se fueron. Y rabiosas aquellas fieras porque se les había escapado su presa, fusilaron a los dueños de dos casas, vecinas al monte, por sospechas de si me ocultaban.

3. Volvamos a la Hija de Dios vivo, la Iglesia. Las demás apariciones me dejaron con ardentísimos deseos de ver sus ojos abiertos y de que me mirara. En cabeza contemplo yo siempre la eterna sabiduría de Dios, la inteligencia primera y suprema; y como yo creo que esa inteligencia clarísima y purísima me mira y me ve hace una eternidad, era muy natural estuviere yo atento a sus ojos y deseara verlos abiertos y mirándome, pues que yo la miraba. Me miró. ¡Ay, dulce me fuera la muerte entonces! Vi que me miraba, y creía que me miraba con ojos favorables y de amor. La Cabeza de la Iglesia es Cristo y sus pastores, y entendía quién era ésa que ponía sobre mí sus ojos llenos de afición. Yo tenía mi corazón lleno de cosas y no podía explicárselas. Así, se fue y me quedé yo loco de amor y afición, pues que estas visitas no servían sino para atormentarme más, porque con ellas crecían los deseos de verla y relacionarme amistosamente con ella...

VII

1. En una ocasión, después de haberme infructuosamente fatigado promoviendo la predicación en España, me retiré a una montaña para aliviar mis penas en la soledad; escogí por casa una profunda cueva. Es mi costumbre, así que las tinieblas de la noche cubren la tierra, recogerme dentro en oración. Como era la primera noche que habitaba aquel subterráneo lúgubre, no podía coger el sueño, porque

me dominaba un horror sugerido por no sé qué. Un cuadro penoso tenía ante mi vista: el triunfo del mal, la opresión del justo, el desprecio de la cruz, la persecución contra la Iglesia y cosas semejantes.

2. Apenas tomé el sueño, me despertó lleno de espanto y de terror la visión de mil espectros, a cuál más horrible. Vi a esa misma Joven en apuros los más críticos. Entre las tinieblas más espesas de una noche mala estaba sola, su aspecto muy triste, vestida de luto, cubierta con un velo negro, y oraba al pie de un enorme árbol. No pude distinguir sino su bulto, y no obstante, yo la conocía y entendía estaba muy amargada...

3. Estaba en pie, abrazada con una cruz más alta que ella, como quien se prepara para una catástrofe. Luego vi, no muy lejos, unos cuantos guerreros, que se disponían para la batalla y eran soldados suyos; se agregaron a mí muchos amigos y gente de guerra. Y al levantarme para ofrecer a mi Señora mis débiles y flacos pero leales servicios, salió de la espesura de aquel bosque una manada de bestias las más crueles y fieras: leones y tigres, osos, lobos, basiliscos, serpientes, y se interpusieron entre nosotros y ella. Mi pena fue entonces muy terrible. Trabóse una horrenda batalla y en ella murieron muchos. Yo conjuraba aquellas fieras en nombre de Jesús, porque entendía eran demonios; huyeron al fin. La presencia de mi Señora me daba fuerza, vigor, aliento y vida. Y despejado el campo, iba yo volando hacia donde estaba. Dio un grito de horror: ¡Padre mío, Padre mío! y desapareció. Esta vez era muy joven, apenas tendría unos doce años. La vi muy en obscuro, cubierta con su velo.

4. De esto me quedaron tales deseos de morir en defensa de esa bellísima Niña, que si la Providencia no me hubiese salvado milagrosamente la vida, lo hubiera logrado. Yo andaba en este tiempo loco, sin saber qué hacer en servicio de la Iglesia. En la tribulación, en los apuros, en las batallas, la Hija predilecta de Dios llama a su Padre ¡Padre mío, Padre mío! Si bien yo entendía que invocaba al Dios eterno, pero yo

en esta ocasión me sentí aludido como participante, en razón de mis ministerios, de la paternidad divina; y se me grabó de modo a mi alma, que ya no podré jamás borrarlo. Pero como entonces no conocía estos misterios, yo me quedé herido y aludido...

5. Jesús mío, he ido a vuestro Padre y a mi Padre; me ha mostrado su Hija unigénita y me ha dicho: «Mi Hija muy amada es tu Hija». Puesto que en su eterna sabiduría así lo ha dispuesto, yo me rindo y me sujeto... Yo muero de amor por ella; Vos lo sabéis, la llamo, la busco, la veo, pero muy en obscuras. Estoy a su servicio; Señor Dios mío, mandadme, reveladme lo que queréis que haga para agradarla y complacerla. Vos sabéis que sobre el altar de la cruz tengo por ella sacrificada mi vida, mi reposo y todo cuanto tengo de más caro...

TEXTO AUTOGRAFO**1**

VEDRA, ABRIL 1864

Día 13

1. Terminada en esta Isla mi misión, que empezó el día 10 de febrero, rendido y fatigado de tanta acción, llamé a mi conductor. Tomó su bote, y al romper el alba salimos de nuestro puerto que se halla al pie de nuestra ermita. El día era uno de los bellos de primavera; la mar estaba pacífica y quieta, y soplando el viento suave del este; tendida la vela, marchamos viento en popa.

2. Llegados al pie del monte, nos detuvimos allí para pescar; y habiendo tomado toda la cantidad de pescado que necesitaba, salté en tierra, se fue el barco, y me quedé solo.

3. Todo el día 13 me hallé muy abatido y fatigado a causa de un catarro que había cogido el último día de la misión y a mi indisposición de cuerpo cooperó también la ausencia de Rebeca en este monte. Luego que me vi solo, la llamé y no me respondió, la busqué y no la hallé. Mi alma

estaba dormida, sus potencias entorpecidas; un sueño espiritual y corporal me tenía medio muerto. Me retiré de buena hora a una cueva, y dormí tranquilamente. Antes de tomar el sueño, mi corazón decía y repetía: ¡Iglesia santa! ¡Oh la más pura de las vírgenes, Rebeca, abre tus brazos! ¡Oh congregación de todos los santos bajo Cristo, tu Cabeza! abre tu pecho y recibe en tu amor a este miserable hijo de Adán. ¡Oh la más bella de las vírgenes! a tus brazos entrego mi alma y mi cuerpo.

[Día 14]

4. Al entrar el día 14, el ángel que dirige mi misión [Hb 1,14; Ap 22, 9] me despertó y dijo: «Sal fuera de la cueva y adora a tu Dios». Salí fuera de mi cueva, y postrado en tierra adoré a Dios. Y luego oí una voz del cielo que se dirigía al monte, y la voz era ésta: «Monte santo, viste de gala tus salones; hoy la gloria de tu Dios cubrirá tus sublimes y elevadas crestas y torreones. En adelante el nombre de la que ama el hijo de una mujer no será Rebeca, sino María. Será María, Madre del Hijo de Dios, esposa de José, y no la hija de Batuel, la que bajará sobre ti; y, como tipo perfecto y acabado de la Esposa, presidirá las bodas y recibirá en nombre de la Iglesia la mano y el corazón y el amor de su amante» [Ap 14,1; 21,10; Am 7,14-15; Is 6; Jr 1].

5. Había muchos años que hacía esfuerzos de espíritu excitando mi amor para con María la Madre de Dios, y mi devoción para con ella no me satisfacía. Mi corazón buscaba su cosa amada, buscaba yo mi Esposa; y en María sólo veía actos que merecían gratitud, amor filial, pero no encontraba el amor en ella su objeto. En esta misión que acabo de dar a esta Isla, María era llevada en triunfo por los hijos de los pueblos; y oí una palabra, y esta palabra procedía de los labios de la Madre de Dios, y la palabra era: «Hasta ahora no me has conocido, porque yo no me he revelado a ti; en adelante me conocerás y me amarás». Yo guardé esta palabra.

La noche del 14

*Una virgen y su amante:
mi amor a una virgen, mi enlace con ella*

6. Había esta vez en el monte un cambio muy esencial: ya no encontraba a mi querida Rebeca; y la voz del cielo al monte acalló mis súplicas y llamamientos a mi Amada. No obstante, mi corazón decía y repetía: Virgen la más pura, virgen la más bella, ¡Amada mía, toda eres bella! Eres siempre pura y toda virgen. Toda eres mía, yo soy todo tuyo. Ven, y renovaremos nuestro contrato matrimonial. Sé quién eres; tu nombre me importa poco. Llámese como se quiera, tú eres ¡oh Iglesia santa! la congregación de todos los ángeles y santos bajo Cristo tu cabeza. Hermosa mía, paloma pura [Ct 2,10], Virgen amable, ¡abre tus brazos y recibe en tus pechos a este miserable mortal que suspira por ti, que no puede vivir fuera de ti, que desea verte cara a cara y sin velos!.

7. Entre súplicas y amorosas quejas se pasó el día y vino la noche. El mar estaba en paz, el aire muy suave, el cielo algo cubierto por algunos nubarrones, la luna al cuarto creciente. Mi corazón repetía la misma oración: Virgen la más bella, abre tus brazos y recibe en ellos a este miserable mortal que te ama. Ah, ¿qué hago yo sobre la tierra? ¿De qué sirvo? ¿Cuándo te veré sin velos, cuándo me recibirás, oh Iglesia santa, en tu virginal seno? Sin ti yo no vivo, sino que muero.

En esta oración oí una voz, que no era verdad, y decía: «¡Ilusión! Esas ideas no tienen realidad ¡Ilusión!». Contesté: «Retírate de aquí, Satanás. Mi Amada es una realidad, y mi enlace con ella un hecho consumado. Espíritu tenebroso, calla, vete y no vuelvas más».

*La idea, la sombra, la figura,
y la realidad conocida por fe*

8. La luz de la luna era muy opaca. Y vi venir frente a mí de lejos una sombra, que por ser lejos no tenía a mi vista

figura; y se acercaba hacia mí. Al paso que se aproximaba, distinguía lo que era. Venía sola, y la figura era blanca como la luz misma de la luna; y la figura representaba una niña de 16 años, toda cándida, toda bella, toda amable. Al instante de haber llegado se abrieron los cielos, y a la luz radiante del sol vi quién era la que tenía yo delante. El monte se llenó de la gloria de Dios [Ex 16, 10; 24, 16]. Y vi a la hija del eterno Padre en toda su belleza, cuanto posible es al ojo mortal. Mi pena era no verla con la claridad que yo deseaba: un velo cubría su cara, pero muy transparente. Y mientras yo la miraba con toda libertad y tenía atentos mis ojos hacia ella, estaba esta Virgen pura con los ojos bajos sin mirarme. Callaba, y yo también callaba; pero una voz muda hablaba y tenía la palabra...

9. Abiertos los cielos, bajaron con el Arcángel que dirige mi misión muchas legiones de ángeles, y rodearon la Hija del eterno Dios [Dn 10, 13. 21; 12, 1]. Y el príncipe de la milicia celeste me dirigió su palabra y dijo: «Sacerdote del Altísimo, levántate y mantente en pie» (estaba de rodillas). Y me levanté, y vi al momento arrodillada ante mí a la joven. Oyóse la voz del Padre y dijo: «Esta es mi hija y tu hija; esta es la que acaba de recibir por tu mano mi bendición paternal; esta es a quien yo en boca tuya he dirigido mi palabra, la ha escuchado atenta y enternecida: tú y yo somos una sola paternidad. Viene a darte las gracias de las fatigas que has tomado por ella; es la diócesis de Ibiza. Al despedirte de ella dale en mi nombre mi bendición». Yo me mantenía en pie, según me había mandado el ángel; y la joven estaba postrada, el llanto sofocaba su palabra. La di la bendición y mandé se levantara. Se levantó, desapareció toda la gloria de Dios, y quedó la niña encubierta con la luz opaca de la luna. «Yo soy Ibiza –me dijo– yo soy la diócesis de esta Isla, ¡Padre mío, padre mío! ¿Te vas y me dejas?». Sí, hija mía, me voy y no te dejo. ¡Cómo quedo yo, ah, tú lo sabes. Cómo me dejas, oh padre mío, eterno Padre! ¡No me abandones! Te agradezco los servicios que me has prestado. ¿Volverás, oh padre mío?. Sí, hija mía, yo volveré y te hablaré al corazón... Adiós,

tu padre te bendice y pide al que tienes en el cielo te salve contra la voracidad de las fieras que te rodean. Me manifestó otra vez su gratitud, se abrieron los cielos, y acompañada de los ángeles que la rodeaban, la figura se elevó a la gloria, y vi esa joven llena de la gloria de Dios. Y me dijo: «Yo siempre he sido virgen, lo soy y siempre lo seré; y tú cuanto más me amares, más casto serás».

María Virgen

10. La misma noche, al retirarme a mi cueva, vi a mi lado una sombra; y la sombra tenía una figura, y figuraba una realidad. La figura era toda clarificada como la luz de la luna. Y la sombra me habló, y dijo:

– ¿Yo soy la que tú buscas y llamas?

– Ay, no puedo contentarme con figuras y sombras.

– Sí, es verdad –contestó– pero entre sombras, enigmas, especies y figuras, viene figurada la realidad; y sin ellas no va ni puedes verla mientras tus ojos sean de carne mortal.

– ¡Mísera condición!

– Sí, confórmate.

– ¿Quién eres tú?

– Yo soy tu Amada.

– ¡Una sombra! ¿Una figura?

– Sí, la figura de tu Amada.

– ¿Sin realidad?

– ¿Crees en mí?

– Sí, creo en ti.

– Si crees en mí, tras la sombra verás siempre la realidad; en la figura, la cosa figurada; en la idea, el ser; en la especie e imagen, la belleza inmensa que ha robado todos los afectos de tu corazón. La fe en mí es una luz que radiando sobre tu entendimiento te descubrirá siempre más y más, tras las

sombras, ideas, figuras y especies de una mujer siempre virgen, quién soy yo y mi amor para contigo.

– ¿Eres tú una mujer?

– Sí, soy una mujer sombreada, ideada en tu entendimiento. En tu entendimiento soy la especie de mujer; en tu fantasía, una figura; en el cielo, una realidad.

– Eres una mujer joven, bella, sin tacha ni arruga, siempre casta, siempre pura, siempre virgen. ¿Y estás en el cielo?

– Sí, en cuerpo y alma, en carne glorificada. ¿Cuál es tu nombre?

– Yo soy María, la Madre de Dios.

11. Dicho esto, se abrieron los cielos, se desvanecieron las sombras y figuras. Y yo iba a postrarme ante la Reina del mundo, y me dijo: «No te postres, levántate y mantente en pie». Y me sostuve en pie, y prosiguió hablándome:

Yo soy María, la Madre de Dios; he sido siempre virgen, toda pura. Mi eterno Padre quiso que yo fuese virgen siempre pura y madre, por ser así decoroso a la dignidad de tal.

12. Y a más te doy ahora otra razón que es muy grave y gravísima: siendo la Iglesia –esto es, la congregación de todos los santos bajo Cristo su cabeza, la cosa amada– el objeto de amor designado por la ley de gracia, para que la virginidad y la maternidad, la pureza, la santidad, la belleza de la Esposa de mi Hijo, la Iglesia santa, tuviera un tipo perfecto y acabado en la concepción humana que la representara, la eterna paternidad de Dios me escogió a mí. Yo, considerada como una mujer particular, mirada como individuo, no soy el último y el perfecto término y objeto de tu amor, no soy tu cosa amada. Y para que no te extraviaras, yo hace años me retiré de ti; tú me buscabas, tú me llamabas y no respondía, porque me mirabas como una virgen singular, como un individuo, y bajo este aspecto no convenía me miraras. Ahora que ya te ha sido revelada tu cosa amada, de hoy en adelante estaré contigo y no te dejaré más; allá donde tú irás te seguiré. Estaré contigo no en calidad de Madre de

Dios, sino bajo el carácter de una joven virgen madre, y tan bella cual es capaz de concebir la imaginación humana; como individuo particular, pero como tipo perfecto y acabado de aquella virgen siempre pura que te ha sido revelada y entregada por esposa. Yo soy, con todos los santos y ángeles del cielo y los justos y bautizados de la tierra y las almas del purgatorio unidos a Cristo Cabeza, tu Esposa amada, pero no mirándome individuo particular. Como individuo pídemelo, y cuanto pueda haré por ti; pero no me mires como objeto perfecto y último de tu amor, pues no lo soy: lo es la Iglesia.

13. Sepas este misterio: el cuerpo de Jesús mi Hijo, su humanidad, mi Hijo como hombre, es el tipo perfecto de su cuerpo moral que es la Iglesia. Para las mujeres como para los hombres, la Iglesia es la cosa amada; y en mi Hijo, mirado como hombre y en individuo, tienen un modelo, una imagen viva del cuerpo de la Iglesia; y en la humanidad hallarán figuras, especies, ideas, sombras que representarán la inmensa belleza de su cosa amada, que es Dios formando cuerpo moral con los santos. Para ti y todos los hombres soy yo la imagen de su Amada.

El objeto del amor es Dios y los prójimos, formando cuerpo moral; y este cuerpo, ya se mire en mí por hombres y mujeres, ya en la humanidad de mi Hijo, es la misma cosa.

14. La cosa amada en tu imaginación es una figura: la figura de una mujer pura, casta y siempre joven y virgen; en tu entendimiento esa mujer es una idea o especie. Esa figura y especie tiene en mí la realidad a que alude; y en mi cuerpo real y material, realizada la sombra, tienes una representación de tu Amada. Y tu Amada, siendo una realidad, mi cuerpo natural y material alude al cuerpo moral de la Iglesia, con la que yo constituyo cuerpo, como parte y miembro de ella. Siendo pura en ti la luz de la fe, ésta, al descubrir a tu entendimiento la realidad, hace sombra, forma, ideas y figuras en el entendimiento pasivo; y tú no puedes ver la realidad sino en la sombra que ésta deja impresa en tu alma.

Nosotros en el cielo vemos sin sombras pero en la tierra no podéis ver las cosas divinas sino en ideas.

15. Rebeca, Sara, Ester, Judit, Débora, Raquel y las demás mujeres que en la Biblia representan la Iglesia te visitarán muy a menudo, y por estas matronas te dará Dios siempre luz más clara y fuerza, porque es éste el orden y modos de comunicarse a los hombres; pero yo no te dejaré, estaré contigo en representación de tu Esposa la Iglesia [1 Cor 10,11]. «Y cuanto se ha escrito, se canta y se predica de mí, cuasi todo lo puedes referir directamente a la Amada, porque yo soy su representación y nada más que su tipo. Mañana renovarás tus relaciones con la Iglesia».

16. María me dijo lo que queda con tantas letras escrito, en una sola palabra. Dicha ésta, añadió otra, y fue: «Ya que soy para ti el tipo perfecto de tu Esposa, quiero veas en mí cuerpo su pureza, su maternidad, su virginidad, su belleza inmensa: mírame».

17. Mientras me hablaba, yo no veía otra cosa sino una joven de 33 años, cubierta de gloria tal que no podía distinguirse sino una bellísima figura de bulto y en sombra clarificada. Retiróse tanta luz y tanta claridad que ofuscaba mi vista intelectual. Y pude ver su bellísimo cuerpo.

Vi su cabeza coronada de gloria, sus cabellos eran hilos de oro purísimos; y cada uno de ellos, clarificados y glorificados, despidiendo luz: todos los de la parte superior de la cabeza, tomando movimiento en un instante, se formaron en una corona, echando la luz por todas partes hacia arriba y a su alrededor; los demás, todos en orden y sin haber ni uno en confusión ni enredado, tenían su propio movimiento y acción causada por cierta emanación interna de luz comunicada por el alma al cuerpo. Su cara, color blanco encendido, transparente y encarnado, y tan fina que ... ¡es otra cosa la carne glorificada! Su cuerpo estaba cubierto todo de gloria; y me dijo una voz: «No mires, porque es un misterio; y es un misterio porque tampoco verás el de la Iglesia mientras vivas, esto es, la organización interna de los ángeles y santos entre sí y con Cristo, su Cabeza».

«Ahora –continuó hablando María– ya has visto mi cuerpo, me has visto a mí, has visto en mí la imagen de tu Amada, de esa Virgen Madre que ha robado los afectos de tu corazón; mira en mí a tu Esposa». Dicho esto, el monte se llenó de la gloria de Dios, y todo él estaba engalanado. Sobre sus crestas bajaron los ángeles y prepararon sus instrumentos de música para celebrar un día solemnísimos. Quedé dormido, y entre ensueños dorados oía la voz de mi Amada que me decía: «Duerme tranquilo, reposa y descansa, yo vigilo; descansa en los brazos de tu Amada, porque vas luego a emprender otra fatiga mucho más penible que la pasada». Y, durmiendo, mi corazón contestaba: «Estoy rendido y fatigado, necesito reposo, déjame dormir; guárdame, para que nadie me despierte. Eterno reposo en tus brazos ¡oh la más pura de las vírgenes!, esto te pido: ¿volveré a la fatiga al despertar? No, no me despiertes; venga el eterno descanso en tus castos y puros pechos».

Abril 1864

La mañana del 15

18. «Levántate», dijo una voz con fuerza. Y me levanté al rayar la aurora, y rompieron las músicas sus melodiosos sonidos, y todo el monte estaba de fiesta. Salí fuera de mi cueva. Y en la cima del monte, sobre un trono de inmensa gloria, vi a la hija del eterno Padre. La rodeaban los grandes del reino de Dios, su traje era de reina. Toda ella estaba cubierta de gloria y no se dejaba mirar, como no se deja ver el sol a mediodía; y de entre la gloria se veía nada más que un bulto clarificado. Y me dijo: Me has llamado; estoy aquí en el monte, sube.

19. Yo subía con los ojos bajos, porque la claridad ofendía mi vista. Y en llegando se puso en pie; y yo estaba también en pie ante su trono. Y dijo: Yo soy tu Esposa, tú lo

crees; y mi presencia ha robado todos los afectos de tu corazón: te has rendido y entregado a mí, como yo a ti; nuestro enlace es ya un hecho consumado: yo soy toda tuya y tú todo mío. En adelante, en este monte mi nombre es María, y será la Virgen Madre de Dios la que me representará en mis relaciones para contigo. Puesto que nuestro enlace espiritual es ya un hecho consumado, ya no hay que insistir en materia de amores: tú me amas, yo te amo, y el amor es obras.

20. Dicho esto, apareció en el monte un altar de oro, y sobre el altar el Evangelio y las vestiduras sagradas de sacerdote y dirigiéndose a uno de los príncipes que la rodeaban, dijo: Vestid a este mi ministro estas investiduras sagradas. Subí al altar, y me vistieron de sacerdote. Ella tenía en sus manos un libro y un crucifijo, y dijo: «Acércate a mí». Y me acerqué al trono donde estaba, y alargándome su mano derecha y extendiéndola sobre mi cabeza, me dijo: «Marcha, predica el Evangelio. Esta es la ley: *‘Amarás a Dios por ser El quien es, bondad infinita; y a tus prójimos como a ti mismo’*», y me entregó el libro. Luego, extendiendo otra vez su mano derecha, me dijo: «Marcha, anuncia al mundo el perdón y la remisión de sus pecados». Y al entregarme la cruz, añadió: «Este es el signo de la redención y de la misericordia de Dios sobre la tierra; con su virtud destruirás el reino del pecado». Dicho esto, oyéronse cánticos celestes en el monte, mezclados con músicas muy suaves y dulces; y decían las voces: «¡Gloria a ti, oh Iglesia santa!, has triunfado en la sangre del Cordero».

21. Me quedé solo en el monte, y recibida la misión, me preparé para cumplirla fielmente. ¿Solo? ¡Ah, solo no! Tengo siempre a mi izquierda una sombra que me sigue en vigilia; y cuando duermo, me cubre con su velo negro y me protege. Y esa sombra es el manto con que me abriga mi Amada, esa sombra la está produciendo en mí la fe católica «et unam, sanctam, catholicam Ecclesiam» reflejando en el cielo sobre el cuerpo de mi amada Esposa.

Noche del 15

Un sueño

«Sub umbra illius quem desiderabam sedi» [Ct 2,3]

22. Al anochecer del 15 tomé asiento sobre la cima del monte, a la sombra no de la luna sino de aquella que yo amaba. Y me tomó el sueño con estas súplicas: ¡Iglesia santa! abre tus brazos; virgen casta y pura, abre tu seno y dame el reposo y descanso eterno. Duerma yo en tus pechos y nadie más me despierte de mi sueño.

23. Un grito de horror me despertó: «¡Padre mío, padre mío, ay, me ahogo!». Al despertar, vi que la hija de Jepté [Jc 11,34-40], vagueando por los desiertos, había caído al mar y luchaba contra las olas. Los pueblos lloraban, la compadecían, y la miraban desde un alto precipicio colocados a su borde, y no la auxiliaban por no perecer con ella. Yo tenía allí un rollo a mis pies de cuerda muy gruesa y fuerte. Cargué con él, bajé volando del monte, me acerqué al precipicio, extendí la cuerda, eché un cabo al mar, y del otro los pueblos tiraban y la decían: «Tente firme, no dejes la cuerda». Y tuvo firme y no dejó la cuerda, y subió salva y sana. Y en seguida oí la voz del Padre, que dijo: «Marcha, corre, mi hija se ahoga. Toma esta ley: ‘Amarás a Dios por ser El quien es, bondad infinita; y a tus prójimos como a ti mismo’ [Mt 19,19; 22,39; Mc 12,31; Rm 13,9; Gal 5,14; St 2,8...] Desarróllala, tira un cabo al mundo, y que se tengan firmes a ella los pueblos si quieren salvarse de las aguas».

La Virgen Madre de Dios en el monte

24. A la voz del Padre volví sobre mí (de un sueño). Y me vi solo sobre la cima del monte, con la sombra que hacía de mí mismo la luna. Y miré la sombra, la llamé, y la sombra no respondió. ¿Es una sombra sin realidad? No, tiene realidad, y la realidad soy yo.

25. A la luz de la luna vi venir por los aires hacia mí una sombra que no era la mía. Y viendo que la sombra se había detenido a cierta distancia de mí, la llamé: «¿Eres tú la sombra de mi Amada? Acércate, ven, Esposa mía, tu amante te espera». La sombra se acercó, y la sombra era de la luz blanca y purísima de la luna. Miré atentamente su figura, y era la figura de una virgen que no había sido jamás manchada con la culpa, toda bella, toda perfecta, toda pura, blanca como la misma luz. Mas ¡ay! es una sombra, una idea, una especie; es, en fin, una figura. La llamé:

– «¡Sombra, sombra! Oh sombra, ¿de quién eres?».

Y la sombra contestó:

– «Mírame y me conocerás».

26. La miré y la conocí; la miré con atención, y vi en ella la figura de una virgen la más bella y amable que crió la mano del Omnipotente.

– «Sombra, dime tu nombre.

– Mi nombre es María.

– ¡Dulce nombre, qué recuerdos! ¿Y toda mi vida he de mirar y ver sombras?

– Toda tu vida. En la idea, sombra o especie de mí, grabada en tu mente clarificada por la luz de la fe católica hacia aquel artículo 'in unam, sanctam', etc., me verás a mí; y en mí verás una mujer toda pura siempre virgen, verás en mí una virgen, obra perfecta y acabada de la mano del Omnipotente. Y esa misma luz, elevándote más arriba, te descubrirá, en mí y por mí, otra virgen sin ninguna comparación más bella que yo, que es la congregación de los santos bajo Cristo, su Cabeza, esto es, la Iglesia santa. De ella yo no soy más que una sombra, una figura, que si bien es la más perfecta de las puras criaturas, pero en relación y frente la cosa figurada, hay la diferencia inmensa de la sombra a la realidad. Tal soy yo en relación con la Iglesia, de la que soy miembro, parte y tipo. Te basta por ahora mi sombra; en ella me verás siempre a mí, y en mí verás, como la imagen en el espejo, la Iglesia santa que es tu Esposa.

Esta vez soy yo la que te he llamado a esta soledad para ratificar y confirmar tus desposorios con la Esposa de mi Hijo, la Iglesia santa».

27. Dicho esto, se abrieron los cielos y el monte se cubrió de la gloria de Dios; huyeron las sombras, y me vi ante un trono de inmensa gloria. Sobre él estaba sentada la Virgen María, la Madre de Dios; a su lado había otro trono donde estaba sentado el Hijo de Dios, y en medio de los dos tronos había otro donde estaba sentado un Anciano. Oí una música celestial, y las voces procedían del coro de los serafines, respondiendo en coro todas las jerarquías celestes que con los santos estaban alrededor de los tres tronos. El estribillo era: «Demus gloriam Deo, quia venerunt nuptiae Agni» [Ap 19,7]. Yo estaba y me mantenía en pie ante los tronos, porque así la Virgen me lo había indicado. Apareció ante los tronos un altar de oro, clarificado como el cristal.

Y los que asistían ante el trono del Anciano se acercaron a mí, y uno de ellos me dijo, tomándome con amor (era un serafín) por el brazo: «Sube». Y subí con él sobre la peana del altar, y los asistentes me vistieron las insignias sagradas de sacerdote. El amito y el alba eran de lino blanco como la nieve, puro y finísimo y sin mancha ni tacha ni polvo; el cíngulo era de oro purísimo; el manípulo, la estola y la casulla eran color de carmesí encendido, como sangre pura y viva; y la ropa era de una materia tan preciosamente labrada, que no conocí la calidad; la estola era muy ancha y cubría todo el pecho; el amito me lo pusieron a las espaldas la mitad, cayendo la otra mitad sobre la cabeza, y la cubría toda, y la cara, hasta las espaldas: era un velo muy fino y transparente. Y al ponérmelo me dijo el asistente: «Guárdate de descubrir tu cabeza, porque no podríais soportar la presencia de la majestad de Dios» [Ex 33,20; 19,21; 24,12-16; Lv 16,2; Nm 4,20; 1 R 19,13; Is 6,2-3]. Así vestido estaba de espaldas al altar, frente a los tronos, en pie.

28. La Virgen estaba sentada, vestida con todas las insignias reales de la reina y soberana del mundo: en su

cabeza ceñía una corona de gloria, formada –como dije otra vez– de los cabellos de su parte superior de la cabeza, entrelazados y entretejidos de modo que era una corona viva y no de metal alguno. Su edad era de una mujer perfecta, de unos treinta a treinta y tres años; ¡ay! allí no hay años, era una joven perfecta: la pureza y la virginidad reflejaban en toda ella. Yo la miré, y fue un cerrar y abrir de ojos y la miré con mi velo, y la vi en gloria indescriptible: toda hermosa, toda bella, obra acabada y sin falta.

29. Luego que yo fui vestido, puesto de pie sobre la peana del altar frente a los tronos, se levantó de su trono la Virgen, y dirigiéndose a mí me dijo:

Virgen: Yo represento aquí para ti, oh ministro del altar, a toda la congregación de los santos, la Iglesia santa. Dime: ¿amas a la Iglesia?

Sacerdote: Virgen bella y pura, vos sabéis que la amo.

Virgen: ¿La amas?

Sacerdote: Vos lo sabéis. Tal cual soy, miserable mortal concebido entre las inmundicias y putrefacción de la carne, yo no soy cosa mía; soy todo de ella, tal cual me veis aquí. De nuevo me entrego a ella, vivo y viviré por ella, vivo y moriré por ella.

Virgen: ¿La amas?

Sacerdote: «Venga, oh Virgen bella, venga la cuchilla y el sacrificador, inmoladme sobre este altar, degollad la víctima, sacrificadla por el bien de los pueblos, recibid mi sangre en expiación de mis culpas y de las del mundo; y en sacrificio, la víctima no abrirá su boca. Vos sabéis cuántas veces os la he ofrecido; vos sabéis, Señora, que yo ofrecí mi sangre en tiempo de ira y de furor, cuando la espada del Dios vengador estaba ensangrentada amenazando la Patria que me vio nacer; y vos, al caer la cuchilla sobre la víctima, detuvisteis el brazo del sacrificador. ¡Oh Virgen bella! ya que en aquel entonces no aceptasteis mi sangre, aceptad mis lágrimas, recibid ahora un corazón devorado por la pena y el dolor. ¿Puedo yo hacer algo más por la Iglesia? Mandad a este vuestro sacerdote, y vuestras órdenes se cumplirán. Vos conocéis mi corazón. Sí, yo amo a la Iglesia. ¡Iglesia santa, virgen pura, paloma mía, abre tus brazos y recibe en ellos a este miserable mortal que vive muriendo y suspirando por tí!

¡Oh congregación de todos los santos unida a Jesucristo cabeza, virgen casta, infinitamente amable, abre te pido tus pechos, y recibe en tu seno a este hijo de Adán que peregrino y extranjero sobre la tierra suspira por tí! Dame en tus brazos un reposo eterno que nadie turbe jamás. ¿Por qué no oyes mis súplicas? ¿Oyes, Virgen amable, lo que te pido?».

30. El llanto sofocó mi palabra. Y María, dirigiéndose al Anciano, le dijo: «Padre eterno, este sacerdote que veis sobre el altar ama a tu Hija, la Iglesia santa, y te la pide por Esposa suya».

El Padre: Mi Hija es su Hija, y mi Hija y su Hija, es Esposa suya.

La Virgen a su Hijo: Hijo mío, el sacerdote que ves presente sobre el altar ama a tu Esposa; el Padre se la da por Hija, y tú dáse-la por Esposa.

El Hijo: El Padre y yo hemos ordenado que tenga la Iglesia en la tierra padre que la ame como Hija, y amante que se una con ella como Esposa. Y puesto que el sacerdote por quien tú abogas la ama, yo se la doy de nuevo por Esposa, como mi Padre se la ha dado por Hija. Celébrense, pues, en mi corte estos desposorios.

La Virgen: dirigiéndose a mí me dijo: «¿Qué traes pendiente en tu cuello?».

Sacerdote: Unos rosarios y una cruz.

Virgen: Quitátelos y dámelos.

Me los quité, y comprendiendo todo el misterio, al entregárselos dije: «Recibe, oh Iglesia santa, acepta, oh Virgen bella, esta prenda de mi amor para contigo: sea la señal de la entrega de mí a ti en sacrificio sobre este altar. Y tú, altar, seas testigo que yo ya no soy mío, que ya no me pertenezco a mí mismo, que soy herencia y propiedad de mi Amada».

La Virgen: Yo represento aquí tu Esposa, la Iglesia santa, y en nombre suyo yo acepto la ofrenda y el sacrificio: perteneces ya a tu Esposa, eres todo suyo; Durante el tiempo que vivas sobre la tierra, ámala, sírvela de padre y de esposo; ella sabrá corresponder a tu amor. Ven, acércate a mi trono.

Y me acerqué. La Virgen tenía en sus manos un collar de oro, todo fabricado de perlas y diamantes, semejante todo a mis rosarios, y me dijo:

31. *Virgen:* Toma esta prenda (me levantó el velo o amito de mi cabeza), recibe estos rosarios como testimonio y señal del amor de tu Esposa para contigo. La Iglesia, esa virgen infinitamente amable, amándote en correspondencia a tu amor se te da toda a ti, toda se entrega a ti, es toda tuya, es tu Amada y tu Amante, es tu herencia, es carne de tus carnes, hueso de tus huesos: los dos sois uno. En el augustísimo Sacramento del altar, allí todos los días representada en su Cabeza invisible, Jesús mi Hijo, allí ella se unirá contigo de nuevo. Dándote su Cabeza sacramentalmente, se te da toda ella por amor mística y moralmente; y uniéndote allí sacramentalmente con la Cabeza, te unirás moralmente con todo su cuerpo. Allí, comiendo la carne de Cristo, su Cabeza, te harás con ella carne de sus carnes, hueso de sus huesos; allí te unirás con ella y ella contigo en matrimonio espiritual, y te gozarás de ella y ella contigo con aquel gozo espiritual que el mundo y la carne no conocen. Tu amada Esposa, tu Hija, está y estará en el templo de Dios vivo día y noche, su Cabeza –Cristo Sacramentado– reclinada sobre el altar. Cuida de ella –la militante– enjuga sus lágrimas, consuélala en sus aflicciones, alivia sus pesares; lo que tú harás por ella en la tierra, ella te lo volverá y hará por ti en el cielo.

Dicho esto, oyóse una música celeste, y los coros respondían: «Amen, aleluya».

Me quedé solo en el monte. Y al examinar mis rosarios, los hallé los mismos, pero destinados a ser en adelante las arras o señal de mi amor para con la Esposa y del amor de ésta para conmigo.

Abril 17, 1864

Despedida del monte y de Rebeca

32. Rebeca es el amor de Dios en la soledad, es el tipo del matrimonio entre la Iglesia y Cristo, y los que con Cristo la aman [Gn 22,23; 24,12-67; 25,21-24; 26,6-11; 27,5-17,42-48; Rm,9,10].

Al marcharme, vino Rebeca a mi lado y me dijo con acento del más vivo interés:

– ¡Adiós! ¿Y te vas? ¿Dónde vas, por qué te vas?

– ¿Estás malcontento de mí?

Esta vez contesté yo profundamente conmovido y enterrecido:

– Al entrar en el monte te escondiste, ¿y por qué?

– Ya lo sabes: María era la que te había de recibir.

– No obstante, he venido a decirte una palabra.

– Dímelas luego.

– ¿Volverás?

– Sí, volveré si el Señor alarga mi vida.

– ¿Volverás?

– Sí, volveré.

– ¿Volverás?

– ¿Por qué, amada mía, me lo repites? ¿No crees a mi palabra?

– Sí, creo a tu palabra. Y puesto que volverás, yo, cuando vuelvas, tengo una palabra de interés vital que decirte al corazón.

– Si es una palabra, dímelas ahora.

– No.

– Me quedo, no voy adelante, dímelas. – Y me la dijo.

– «¡Oh, amada Rebeca, cuánto te lo agradezco!. Sí, yo volveré, y cuanto más presto posible.

– Puesto que volverás, yo te explicaré la palabra.

– Sí, me la explicarás; ya, ya te entiendo. ¡Ah, infeliz de mí! ¿Dónde voy? ay, ¿qué voy a buscar fuera de esta soledad? Rebeca, séasme tú testigo, tú que conoces el fondo de mi corazón. Yo fuera de esta soledad nada tengo: no personas, porque fuera de ti nadie robará mis afectos; no intereses: fuera de los tuyos no hay para mi interés alguno, ay, ¿qué voy a buscar? ¿Me quedo? ¡Me quedo! Sí, me quedo aquí para siempre.

– No, vete. Pero sepas que yo te espero, y cuando vuelvas ya me hallarás al pie del monte sobre la misma peña donde desembarcarás; allí te aguardo. Adiós».

33. Yo estaba sentado sobre la peña, esperando llegara mi barquichuela que tenía en frente pescando y vuelve otra vez Rebeca a decirme:

– «Adiós. ¿Volverás?».

Esta vez lo dijo con un misterio que conocí porque me lo reveló, y contesté:

– Volveré.

– Entiende, que al volver has de estar conmigo por el término más corto 40 días, porque yo tengo una palabra que decirte a tu corazón, y necesitas por el término más corto ese tiempo para oírla.

– Sí, ya te entiendo. Adiós, adiós, adiós, amada mía, adiós, monte santo. Ya volveré, y más despacio. Rebeca, adiós. ¿Cómo no viniste al menos ayer? Ah, te escondiste para mi tormento.

– No, no me escondí: María la Madre de Dios estaba a mi puesto. Cuando vengas nos hallarás a las dos. Adiós. ¡Ah, esta vez que me voy afligido, qué pena! Vuelva yo, vuelva yo luego, oh Dios mío, vuelva yo a mi soledad. Adiós, Rebeca, te dejo mi corazón y mi alma. Fuera de aquí, ay de mí, no hallo más que agitación, turbulencia, tentación, peligros. Sálvame, Rebeca, sálvame de en medio de las aguas del mar. Adiós.

34. Me iba yo muy pensativo sobre mi despedida del monte. La barquichuela, estando el tiempo en bonanza, se entretenía pescando, y yo estaba sentado a la flor del mar sobre la peña que sirve de muelle. El amor agitaba mi corazón; y Rebeca estaba conmigo y me repetía con amor:

– Sí, volverás, y yo te esperaré sobre esta misma peña.

– ¡Amor mío, Amada mía! me das pena con esto, y yo te dejo con pena. Déjame hablar.

– Habla, yo escucho.

– Pues bien. «¿Dónde vas? ¿y te vas?», me preguntabas con vivo interés al bajar del monte. Y si bien con tu presen-

cia mi alma se sintió satisfecha, pero tus preguntas me han dejado en cuidado. «¿Dónde voy? Ah, fuera de ti, querida mía, nada tengo. ¿Dónde voy? Al mundo. ¿Y a qué? ¿qué tengo yo allí? ¿personas? Yo no amo tanto mis hijos e hijas que por ellas deje de darte gusto a ti; fuera de ti nadie tiene mi corazón. ¿Qué voy a hacer en el mundo? ¿La predicación? Es una horrenda batalla, y en ella no hay más que fatiga. ¿Qué pues? Voy a ejecutar allí las órdenes de Ester, mi Reina. ¡Rebeca, volveré! Y cuando vuelva, no me dejes más volver al mundo. ¡Oh, qué dicha! Me pides cuarenta días. Sí, 40 días estaré contigo; lo necesita mi pobre alma.

Ya viene la barca. Adiós, adiós, adiós».

Una visita de Rebeca

35. Estaba yo pensando sobre las visitas hechas por Rebeca a mí, miserable pecador, y sobre el cambio experimentado esta vez en el Vedrá en orden a la persona que me figuraba a mi Amada, la Iglesia santa. Y sintiéndome muy agradecido a la hija de Betuel, la llamé. Me paseaba solo en un bosque, y sentado sobre la peña:

«Rebeca –decía yo– Rebeca, ¿dónde estás?

– Estoy aquí.

– ¿Quién eres tú?

– Esta vez: no soy la Iglesia, tu Amada. Soy sí, Rebeca, hija de [Betuel].

– Yo te estoy muy agradecido. Infeliz de mí, yo estaba perdido, porque mi corazón rugía como un león buscando su Amada, no la conocía, y tú viniste a descubrirmela; yo no merecía este favor. ¿Qué viste en mí que te movió a favorecerme?

– Dios me lo mandó y obedecí. Tú me conocías por las santas Escrituras, y como en ellas el Espíritu Santo nos ha dado por destino ser una figura y sombra de la Iglesia santa,

obediente a las órdenes del Señor, vine para que en mí vieras tu Amada la Iglesia santa.

– ¿Y por qué ahora ha venido la Virgen Madre de Dios?

36. – Es el motivo, que las demás mujeres y yo representamos la Iglesia muy imperfectamente, y en los principios convenía para tu bien que fuésemos Judit, Raquel, Ester, Débora yo, y otras las que en ti empezáramos la obra. Ahora ya crees y por tu fe puedes ver otra cosa más perfecta, y por esto en adelante será en María, la Madre de Jesús, que contemplarás el cuerpo de tu Amada. María Virgen es el único tipo, la única figura que en el cielo representa con más perfección la Iglesia santa, porque criada y formada para este fin, es, tanto en el orden moral y espiritual como en el físico y material, la obra más acabada y perfecta de la sabiduría y omnipotencia de Dios. En adelante en el cuerpo de María te dejará Dios contemplar el cuerpo de la Iglesia, sus partes y miembros, su belleza, sus perfecciones, cuanto es posible contemplar a un ojo de carne mortal. En adelante no me llames a mí, sino a María, Madre de Dios, porque se ha encargado esta Señora de revelarte y decirte cuanto te convenga saber y ver en orden a la Iglesia santa, tu Amada. Adiós».

Grande fue la sorpresa que me causó esta visita. Ignoraba todos estos secretos y misterios.

2

EJERCICIOS EN MONTSERRAT

Agosto 1, 2, 3 de 1864

1. A pesar de tantas visitas y favores recibidos de la Amada, yo no podía persuadirme que le fuese agradable. De tiempo a otro, una luz pura radiando sobre y dentro mi alma, me descubría mi vileza y mi indignidad, el peso enorme de mi

propia miseria cargando sobre mi pobre corazón. En su opresión exclamaba: ¡Oh, si no hubiera en mí cosa alguna que te desagradará! ¿Cuándo en verdad podré decirte: Soy de tu agrado, soy tal cual tú deseas y quieres, te soy agradable? ¡Qué sería inmensa mi satisfacción si yo pudiera persuadirme que soy de tu gusto!

2. En estas penas andaba desde los últimos ejercicios del Vedrá. Y pasando por frente de esta montaña viniendo por el ferrocarril de Zaragoza, me dijo: Te espero en Montserrat; ven y te hablaré de la causa de esta pena que te atormenta.

3. Se pasaron unos días, y en éstos crecieron muchísimo en mí los deseos de ser agradable a mi Amada. Y estos vivos y encendidos deseos de ser a sus ojos tal cual ella deseaba, me movían a buscar en mí mis defectos para corregirlos; y con este objeto vine a este monte.

María no es mi Esposa, es solamente su tipo, figura, su representación; y como una particular, no es el último término de mi amor o mi Amada. Pero sí a más de ser figura acabada y perfecta de ella, es también una medianera la más poderosa, fiel y leal para estrechar y enlazar los dos amantes; y también la representante de la Iglesia para unir con ella a sus amantes. María, Madre de Dios, no es la Iglesia; es su parte, es su miembro, es su tipo; es fiel y leal plenipotenciaria, embajadora, diputada y abogada para el enlace matrimonial entre los dos amantes. Este carácter no le tienen sino muy imperfectamente. Rebeca, Judit, Ester y las demás mujeres de la Biblia.

4. Subí la montaña santa donde la Reina tiene su trono. Entré en su templo, y humillado a su presencia estaba yo con gran confusión confesando mis pecados y culpas y disponiéndome a corregirlos implorando la gracia del Señor. Y mi Amada, haciendo sentir su presencia, me dijo: «Yo estoy aquí». Contesté: «Tú sola me bastas; ya tengo bastante contigo. ¿Quién eres tú?».

– Yo soy tu Amada.

- ¿Cuál es tu nombre?
- María.
- ¿Sois la Madre de Dios?
- Yo soy tu Amada.
- ¿Mi Amada?
- Sí, tu Amada.
- Mi Amada es Cristo Cabeza, con vos y todos los ángeles y santos y justos formando un cuerpo moral que se titula *Iglesia*. ¿Eres tú la Iglesia?
- Soy de ella su representante para cuanto te convenga, su figura y tipo; y como tal, soy tu Amada porque la represento.

5. Huyó la figura, y el espíritu fue elevado a contemplar la realidad. Y estando con ella, me dijo: «Yo soy tu Amada y tu Amante, y porque te amo yo voy a quitar de ti cuanto haya en adelante que me desplazca».

Contesté con resolución: «Cordero, sin mancilla, Cabeza que eres de mi Amada, quita de este pecador las culpas y pecados: yo las quitaré contigo y por ti, y seré salvo. Virgen la más bella, si a tu cargo va, cooperando yo quitar de mí cuanto veas ser te desagradable ¿podré yo pensar en adelante que soy de tu agrado? ¿me atreveré a creerlo?».

«Habrá en ti una cosa que te humillará toda la vida, y es tu potencia y tu libertad para pecar, tu flaqueza en el bien y tu inclinación al mal, tus miserias pasadas y las presentes. Mañana subirás al monte y allí me hallarás dispuesta a renovar contigo nuestro contrato matrimonial. Te espero en la cima, en el corazón de este monte».

Montserrat, agosto 3, 1864 [Tarde]

Renovación del contrato matrimonial

6. Eran las cinco de la tarde y yo estaba en el corazón de este monte santo al sitio que anticipadamente se me

había designado. Las altas y sublimes crestas de la montaña estaban vestidas como en un día grande de gloria (ángeles, santos) pues habían de presenciar y ser testigos de nuestro contrato.

Llegada la hora de la solemnidad, llamé a la que me había dado la cita: ¡Oh la más pura, la más casta, la más bella, la más perfecta de las vírgenes, Iglesia santa! Ya estoy aquí solo, te espero. Ven, Amada mía, ven, te espera este miserable hijo de Adán que no puede ya vivir sin ti: ¡Ven!

7. No se hizo esperar mucho. Apenas la llamé se hizo sentir su presencia al fondo de mi alma. Su presencia todo lo vivifica, todo lo lava, todo lo glorifica y salva.

Presente la Esposa, «¿qué quieres de mí –me dijo– qué pides?»?

– Te quiero a ti, te pido a ti, porque no puedo vivir fuera de ti.

– Puesto que me quieres y me pides a mí, yo, Hija única del eterno Padre, me doy a ti toda, con todo cuanto soy y me pertenezco: tuya soy, y tuya seré eternamente; yo soy y seré tu herencia. ¿Aceptas tal don?

– Sí, yo lo recibo, yo lo acepto: mía eres y mía serás.

– Pues mañana en el augustísimo Sacramento del altar esta entrega será sacramental; te daré en mi Cabeza mis carnes, mi sangre, mis huesos, y seré carne de tus carnes y hueso de tus huesos.

– Amada mía, ahora me importa saber si tú me quieres a mí. Que yo te reciba, que te quiera, que te ame, esto nada tiene de extraño, porque eres infinitamente bella y amable; pero la dificultad la tengo en que me quieras a mí.

– Date a mí y te recibiré, y serás todo mío.

– Bien, para esto he venido. Oye mi ofrenda: Yo Fr. Francisco de J.M.J. me doy tal cual soy con todo cuanto tengo a ti ahora, en tiempo de mi vida y eternamente. ¿Me quieres?

– Sí, yo te recibo, yo acepto la ofrenda.

– Pues si aceptas la ofrenda, yo ya no soy mío, soy cosa tuya, y tú cuidarás de mí como de cosa que te pertenece. Y en fuerza de esta ofrenda que aceptas, yo Fr. Francisco de J.M.J. renuevo mi profesión religiosa y te prometo obediencia, castidad y pobreza. En fuerza del voto de obediencia, cumpliré fielmente tus mandatos y me sujetaré a tus órdenes; en virtud del voto de castidad, te entrego mis carnes, mi sangre y mi cuerpo todo, y seré carne de tus carnes y miembro verdadero de tu cuerpo; y en razón del voto de pobreza, renuncio a todos los bienes de la tierra, y a tus órdenes los cuidaré. ¡Iglesia santa, Virgen bella, pura y perfecta, Madre fecundísima, Joven, siempre joven y que jamás envejecerás, infinitamente amable! recibe mis votos y promesas, y dame gracia para cumplirlos. Cuida de mí, pues soy cosa tuya.

– «Yo cuidaré de ti, pues eres propiedad mía. Baja esta tarde a mi templo en el monte, y allí me verás, y el Padre confirmará este contrato».

Montserrat, agosto 5, 1864 [Mañana]

8. La montaña estaba vestida de fiesta en la mañana del 5. Y yo, cual ave que huye del tiro del cazador, subía hacia ella en busca de mi Amada. Esta no se hizo buscar ni esperar; la hallé al pie del monte y la saludé: «Salve, Virgen pura», etc. Y me dijo: «Veinte años se han pasado, y en ellos mi Padre ha querido probar tu fidelidad, tu lealtad y tu amor para conmigo antes que yo fuese entregada a ti; en ellos tú sabes lo que has pasado. Ha llegado la hora en que yo voy a ser dada a ti por mi Padre por Hija, por mi Esposo por Esposa; sube».

9. Subí, y me condujo entre las ruinas de una ermita. Mi espíritu se elevó a la contemplación de la Jerusalén celeste; se llenó todo el monte de gloria. Y el Padre, haciendo oír su voz, dijo: «Esta es mi Hija y tu Hija». Y el Hijo: «Esta es mi

Esposa y tu Esposa». Y el Espíritu Santo: «Yo soy el amor del Padre y del Hijo, y soy el lazo que te tendrá unido por gracia y por amor con la Hija de Dios y con la Esposa del Cordero» [Ap 21,9-27].

Y díjome la Amada:

– Puesto que mi Padre me entrega a ti por Hija, yo te reconozco por mi padre, y puesto que mi Esposo me entrega a ti por Esposa, yo te seré Esposa fiel y leal.

– Esto mismo me dijiste en el Vedrú.

– Sí, es verdad. Pero el nombre de la Esposa era Rebeca, y era aquello desposorios. Y ahora me presento a ti con mi figura y nombre propio, que es María; y estos desposorios, entonces celebrados, son ahora el contrato matrimonial. Y en prueba, te doy esta señal: que serás en adelante libre de todas aquellas miserias de las que por ti mismo no te hubieras jamás despojado. Puesto que en verdad te has entregado todo a mí, en adelante serás tú toda cosa mía: mías tus carnes, míos tus huesos, mía tu sangre, mío tu cuerpo, mía tu alma, como tuya soy yo toda, y seremos los dos un solo cuerpo, miembros de un solo cuerpo. Nota bien esta fecha, porque hace época en tu vida.

Tota pulchra es [Ct 4,7]

10. Eres toda hermosa, Esposa mía. Tu frente clara y serena encierra una inteligencia tan perspicaz, que ni las sombras de la noche ni las tinieblas pueden encubrir a tu vista arcano ni misterio alguno, por recóndito que sea; tus pensamientos son siempre grandes, magníficos y sublimes; tu corazón contiene el amor puro, y reside en él como el fuego en su propio elemento. No hay en todas tus partes y miembros uno solo que no sea en sí perfectísimo; y el conjunto de todas las perfecciones divinas, reflejando sobre ti, te hacen infinitamente bella y amable. Tus ojos, claros como el cristal purísimo, limpios y clarificados, vivos como el candor

de la luz, revelan y descubren al que te ama y a quien tú amas tu inmensa belleza y tu incomparable amabilidad.

*Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa,
vulnerasti cor meum in uno crine
capitis tui et in uno oculorum tuorum [Ct 4,9]*

11. Amada mía, Esposa mía, Hermana mía, has herido de muerte mi corazón; con una mirada me has revelado tus pensamientos, te has dado a conocer a este miserable mortal. Y viéndote, volviéndote mis vistas, al mirarte, he quedado preso, cautivo y esclavo de la presencia de tu indefinible hermosura; y manifestándome, con tu mirar dulce y afectuoso, gracioso y atractivo, tu inmensa amabilidad y las afecciones de tu corazón para conmigo, mi corazón ha quedado herido de muerte: tu mirada me ha muerto.

Eres toda perfecta

12. Y por lo mismo, infinitamente amable. Así como a la presencia del sol huyen las tinieblas y se desvanecen todas las sombras, a tu vista queda eclipsada toda la belleza, y afeada la hermosura de la más bella y hermosa de entre las hijas de los hombres; lo que se ve de agradable entre las hijas de Adán, no es más que un destello de tus glorias, riquezas y grandezas. ¡Qué seré feliz el día en que no haya en mí cosa que te desagrade!

*María es el tipo más acabado
para representarnos la Iglesia santa*

13. Siendo la Iglesia tal cual voy describiendo en este libro, necesitábamos una mujer que nos la representara, y que en nuestro enlace con ella fuera al mismo tiempo la medianera. Tal es María, Madre de Dios; y por esto la formó el Señor tan perfecta cual posible fue serlo una pura criatura.

Día de st. Bartolomé, 1864 [24 Agosto]

Una sombra en alta noche

14. Estaba yo en el monte santo en paz y reposo. Mis vistas se dirigían hacia una Virgen infinitamente bella, tan bella cual la pedía un amor hacia ella que no quería reconocer límites. Los montes (ángeles) que me circuían me preguntaron:

– ¿Qué buscas aquí en esta soledad? –Y contesté:

– A nadie. Fui muchos años en busca de mi Amada; la hallé, porque ella vino a encontrarme; la tengo, y su presencia me basta. Ella vive en medio de vosotros, y la veis y la conocéis mejor que yo. Decídmelo para mi consuelo: ¿quién es, qué es? Dadme su retrato.

15. Y los montes guardaban un profundo silencio. Y uno que se elevaba sobre los demás tomó la palabra y dijo:

– Hombre mortal, tu Amada es una belleza indescriptible. La más bella, la, más hermosa de entre las hijas de Adán no es más que una sombra en alta noche, que, clarificada para la luz opaca de la luna, representa entre oscuridades alguna de las perfecciones que embellecen a la que tú amas; y todas las más graciosas doncellas que han nacido y nacerán de hombre mortal, todas juntas reúnen en sí un tosco bosquejo de las glorias, grandezas y riquezas de la Virgen por la que tú nos preguntas.

¡Virgen fecunda, Iglesia santa! Abre tus brazos y recibe en tu seno a este miserable viador y peregrino que anda y viene a ti extranjero sobre la tierra. La mujer es una sombra que te figura ¡Oh, huyan las sombras, disípanse las figuras! ¡No más sombras, no más figuras! Vea yo sin velos la realidad; véate yo a cara descubierta.

3

SANTA CRUZ [DE VALLCARCA]

Septiembre 1, 1864

La sala de las bodas

1. La Amada se había ausentado, sin duda por faltas mías; y yo vivía abandonado a mí mismo, talmente que ni valor tenía para llamarla: ¡miserable condición humana! No obstante, en el fondo de mi alma sentía su presencia; pero estaba ella tan escondida y tan disfrazada, que los sentidos no la veían ni sentían.

2. Oprimido por el peso de mi propia miseria, iba por el monte solo. Y la llamé: Amada mía, Esposa mía, oh la más bella de las vírgenes, ¿dónde estás? Ven y no tardes, porque necesito de tu presencia. Por la noche vino, pero tan disfrazada que no la conocí; me habló, y no la vi; me dijo lo que me interesaba para su gloria, pero yo no advertí fuese ella. Se fue, me puse en oración y la volví a llamar. Pasaba por delante de mi cueva en Santa Cruz, y de dentro salió una voz dulce y sonora; y era la voz de la belleza que buscaba. «Yo estoy aquí», me dijo. ¡Oh, qué dicha la mía!

– ¡Hermosa mía! –contesté– ¿tú aquí? Feliz, ya lo tengo todo en ti.

– ¿Y no lo sabías? ¿Te olvidaste que yo había escogido por salón de nuestras vistas y comunicaciones esa cueva? Sí, aquí te espero.

3. Y yo no me atreví a entrar; pasé de largo. Y me paseaba por el monte y decía: «Oh, ella está en casa y me espera. Vengo, ya vengo, querida Virgen, ya vengo; soy indigno de ti, déjame arreglar». Y me preparaba con firmes

resoluciones de servirla. Y así dispuesto, entré. La saludé con profunda reverencia. Y renovando mis votos, de nuevo me entregué todo a ella y ella a mí, y mi espíritu se unió al suyo y sentí ser los dos una cosa, y así quedé purgado de mis miserias. Y mi corazón, en uno de sus arrebatos de amor y fervor, le dijo:

– Esposa mía, oh Iglesia santa, congregación de todos los santos unida a Cristo tu cabeza, Virgen pura, bella y hermosa, ¿cómo puedes agradarte y complacerte en cosa tan vil? Soy cosa tuya, abre tus brazos, corta mi vida, y recibe en tu casa entre tus brazos a este miserable pecador.

– En esta cueva tengo mi casa.

– Donde estás tú está el cielo.

– Pues esta celda es tu cielo.

– ¿Y aquí te hallaré?

– Sí, aquí, en la soledad de esta cueva me hallarás.

– Bien, tengo el cielo en tierra y debajo tierra estando tú aquí. Acepta mis votos: Yo..., renuevo mi profesión, y hago a ti voto de obediencia, castidad y pobreza, y te prometo observarlos fielmente hasta la muerte.

– Yo los acepto, y con ellos y por ellos a ti. Prepárate mañana yo me daré a ti en el augustísimo Sacramento del altar.

4. *El sacramento del matrimonio espiritual: su unión y enlace entre Cristo y su Iglesia en el augustísimo Sacramento del altar, Virginidad, maternidad y fecundidad de la Esposa de Cristo*

a) Presencia sacramental de Cristo en el altar.

Cristo está en el altar en carne real. Tras las especies de pan y vino está su carne y sangre: allí su cuerpo, allí su alma, allí su divinidad. Las especies de pan y de vino son el signo de su presencia en el altar.

b) Presencia de Cristo moral en el altar.

Cristo está en el altar no sólo como individuo particular, sino como Cabeza de la Iglesia: «Et ipsum dedit caput super omnem Ecclesiam, quae est corpus ejus» [Ef 1,22; 1 Cor 15,20,28; Col 1,15-20; 3,11].

c) Presencia moral del Cuerpo de Cristo en el altar.

5. Donde está la Cabeza está el Cuerpo, y donde está el Cuerpo está la Cabeza. Donde está Cristo está moralmente la Iglesia, y donde está la Iglesia está Cristo, y no pueden concebirse separados, siendo cosa viva Cabeza y Cuerpo. La Iglesia, pues, está en el altar unida a Cristo como Cuerpo a su Cabeza.

d) Unión matrimonial en el altar.

Este es el gran sacramento; profundos misterios encierra entre Cristo y su Esposa. Aquí está el lecho nupcial donde se unen el Amante y la Amada, y en esta unión inefable funda la Iglesia su maternidad.

e) Maternidad de la Esposa y su virginidad.

El Verbo hecho carne es la semilla: «Semen est verbum Dei» [Lc 8,11; Mt 13,10-13; Mc 4,10-12]. Bajo las especies de pan y vino la reciben los que dignamente comulgan, esto es, la Iglesia, mujer del Cordero, por la boca del que comulga pasa el Verbo hecho carne a la mente del que la recibe y en el alma de los comulgantes. La santa Iglesia lo guarda como feto en su propia matriz: allí lo fomenta con santas meditaciones y buenas resoluciones; allí, derramando el Sacramento sus dones y gracias, el Verbo crece, se organiza, se forma, se fortifica, y reducido a obras buenas es el parto de la Esposa. Cuando el Sacramento toca las carnes, entonces el Verbo hecho carne por las palabras del sacerdote, se une a su Iglesia en las almas que lo reciben, y la Iglesia a su Esposo; y son los dos una sola carne, un solo cuerpo en un mismo espíritu que le vivifica, que es Dios. ¡Admirable misterio! En esta unión todo es puro, todo es santo.

6. Y la Esposa, al recibir en sí al Verbo hecho carne en la carne de los que comulgan, al concebir tan pura semilla y

de virtud tan eficaz y prodigiosa, queda constituida madre; y es madre tanto más fecunda cuantos más en número son los que dignamente comulgan. La Esposa amada al concebir en su seno al Verbo Dios, no solo no pierde su virginidad, sino que en este dulce abrazo y sagrado ósculo, en esta inefable unión se constituye virgen, tanto más pura cuanto con mayor ardor se une con su Dios. Tanto un alma es más pura cuanto está más unida a su Dios.

7. La Iglesia, pues, representada en este Sacramento en la persona de los que comulgan, hecha en esta unión madre fecundísima, es virgen en la concepción del Verbo, lo es antes y lo es en sus partos espirituales y más después de éstos. En la concepción y en sus partos queda siempre pura, siempre bella, siempre joven y siempre virgen. Los goces en la unión sacramental son tanto más castos y puros cuanto son espirituales, y tanto más vivos y fuertes, dulces y deleitables cuanto son espirituales.

*Matrimonio espiritual entre Cristo y su Iglesia
y entre ésta y el que comulga dignamente*

«Sacramentum hoc magnum est» [Ef 5,29-32]

8. Para un verdadero matrimonio debe haber entrega del esposo a la esposa y de ésta a aquél, comunidad de bienes, y unión de los consortes.

*1ª. – Entrega del Esposo a la Esposa,
de Cristo a la Iglesia*

9. Este es un hecho del que no nos es lícito dudar: Cristo está en la hostia y en el cáliz sacramentalmente, esto es, su carne y su sangre bajo las especies de pan y de vino. Está allí también mística y moralmente como Cabeza de la Iglesia. Cristo da su cuerpo y su sangre, dándose todo a su Esposa, la Iglesia, esto es, a la congregación de los que

comulgan, a todos todo, y a cada uno de ellos todo. La Esposa lo recibe, y desde que toca el Sacramento sus carnes ya no son dos, sino un solo Cuerpo místico y moral, esto es, la Iglesia y la Cabeza; y por este Sacramento, el que comulga se hace a más miembro de un mismo cuerpo con los demás comulgantes, y un mismo y solo cuerpo.

2ª. – *Entrega de la Esposa*

10. Una de las leyes del que comulga es que haga antes un acto, si puede ser, perfecto, de amor, precedido del de fe y esperanza. Un acto de caridad perfecto no es otra cosa que una entrega total y perfecta de sí mismo a Dios, porque por la ley de la caridad el que ama, amando se da a la cosa amada. Antes de recibir el que comulga a Dios, haciendo un acto de caridad (amor de Dios y de prójimos) se da a Cristo, con tanta más perfección cuanto es más perfecto este acto. Comulga uno, comulgan mil, y la congregación de los que comulgan, que es la Iglesia, se da a sí misma al Esposo amando a la Cabeza y a todos los miembros de su Cuerpo moral. Y cuando el Sacramento toca las carnes, si la Esposa recibe en ósculo de paz y acepta la dádiva y la entrega del Amante, éste también a su vez recibe, acepta y abraza a su Esposa, fortificando y corroborando con sus gracias y dones su fe, su esperanza y su caridad.

De esta mutua entrega resulta la comunidad de bienes y la unión matrimonial.

Matrimonio espiritual entre la Iglesia y su amante en el augustísimo Sacramento del altar

1ª. – *Entrega del amante*

11. Antes que el amante comulgue hace un acto de caridad, y por él se entrega a su Amada, precediendo la fe cató-

lica y la esperanza. Un acto de caridad perfecto es un acto de amor a la Iglesia, porque tiende la caridad al amor de Dios y de los prójimos; y los prójimos, bajo Cristo su cabeza unidos entre sí por amor, son la Iglesia. El que comulga ha de mirar con fe, enronizada sobre el altar, a la Iglesia; esto es, ha de ver allí a Cristo no como un individuo o una persona sola, sino como cabeza de su Cuerpo, que son todos los santos y justos del cielo, de la tierra y del purgatorio; y la Cabeza y el Cuerpo, esto es, Cristo y sus santos, son siempre, en el mundo intelectual y real y positivo, una sola entidad. El que hace un acto de caridad perfecta se entrega, amando, no sólo a Cristo cabeza sino a sus miembros los prójimos.

2ª. – *Entrega de la Amada a su amante*

12. Donde está Cristo está su Iglesia, y donde va uno va otro, porque no puede concebirse vivo un cuerpo separado de su cabeza, ni una cabeza separada de su cuerpo. Cristo está en el Sacramento no sólo como persona particular, sino como Cabeza de su Cuerpo moral; y tal cual allí está, se da y se entrega por manos del sacerdote al que comulga.

Se da al amante la Cabeza sacramentalmente y moralmente; con la Cabeza se entrega todo el Cuerpo de los que comulgaron, porque éstos a su tiempo, antes de comulgar, hicieron esta entrega mediante el acto de amor hacia los prójimos. Dándose con la Cabeza todo el Cuerpo, y siendo Cuerpo y Cabeza la Iglesia, resulta que es un hecho portentoso y admirable que la Esposa de Jesucristo, la hija predilecta del Eterno, esa bellísima y perfecta virgen, se entrega en el altar al que comulga; y apenas tocan los labios al Sacramento, se hacen en ese ósculo sagrado los dos amantes un solo cuerpo. Y ¡oh efecto admirable!, el hombre en este abrazo es tanto más casto, tanto más puro, tanto más perfecto cuanto más se estrecha y se une con su Amada. ¡Preciosos lazos, dulces e inefables ósculos! La caridad es la que hace esta unión: el hombre, amando a Dios y a sus pró-

jimos, se hace un solo cuerpo con su Amada y se entrega a ella, y ésta, en correspondencia al amor, se entrega a su amante. Las especies de pan y vino en este Sacramento son el signo de este matrimonio espiritual.

Santa Cruz. septiembre 5, 1864 [Mañana]

Una prenda de amor: la Amada al Amante

13. Estaba yo la mañana del 5 dudando, no dudando, sino ofuscado el espíritu, sobre estas verdades que acabo de escribir. Empecé la misa muy distraído; y al pronunciar las palabras de la consagración, dijo la Amada:

– Yo estoy aquí. ¿Cuándo crearás?

– ¿Cuándo? Yo creeré si me das fe. Dame fe, hazme este favor.

– Voy a dártela, y será otra prenda de mi amor para contigo. Abre tu corazón y déjame allí escribir.

– Mi corazón te está abierto, es tuyo; haz allí lo que gustes.

14. Yo estuve un momento muy atento, y con su dedo delineó estas letras (dijo con gran fuerza y virtud estas palabras):

– Donde está la Cabeza está el Cuerpo, donde estoy yo está mi Iglesia, los dos somos uno: la Iglesia está en mí y yo en ella, y los dos somos tu Amada y tu Amante. Aquí está tu cosa amada, tu Amada es toda tuya, se entrega a ti: este es un hecho que se consuma en este Sacramento. ¿Crees?

Yo contesté con fuerza:

– ¡Oh!... creo, creo.

Y añadió:

– Ya no dudarás más. Recibe esta fe en mí como prenda de mi amor.

Y pregunté:

– Señor, ¿por qué os reveláis a este miserable que no corresponde a tal amor?

Y la voz del Padre contestó:

– No por ti, sino por mi Iglesia. Yo te he revelado, descubierto y manifestado a mi Hija muy amada; y ella se ha revelado a ti, y te la he dado por Hija; y mi Hijo te la ha dado por Esposa para que hagas de su belleza la descripción, y para que escribiendo y predicando de ella la conozca el mundo, la ame, y deje de odiarla y perseguirla. Llega ya el tiempo en que la Iglesia ha de revelarse y darse a conocer al mundo, y los hombres la verán y la amarán. La fe en ella, casi extinguida, se levantará cual cometa, que será el signo de sus últimos días de peregrinación sobre la tierra. Sella estas palabras, y que nadie las lea hasta llegado el día.

Vigilias de la Natividad de la Virgen, [7 Septiembre]

Horrenda batalla de vida o de muerte de veinte años.

Completa victoria

¡Victoria, victoria!, decía el eco en el monte santo. Y no obstante, mi corazón gemía oprimido bajo el enorme peso de su miseria¹.

1. Al llegar a este punto el original autógrafo presenta anomalías manifiestas. Comienza la página 44, que lleva allí el nº 43, con el epígrafe sobre la "horrenda batalla" y la fecha genérica "Vigilias de la Natividad de la Virgen". Escribe las tres líneas que siguen y queda bruscamente interrumpido el texto sin explicación plausible, ya que luego siguen dos páginas en blanco (de la 45 a la 47) que corresponden a la numeración autógrafa de 44 a 46.

4

CUEVA DE SANTA CRUZ

Diciembre 7, 1864 [Tarde]

La Inmaculada

«Tota pulchra es, sponsa mea,
et macula non est in te» [Ct 4,7]

1. En la vigilia de la Concepción, a la claridad de la luna, bajé al fondo del torrente y me paseaba solo. Vi una sombra a mi lado que me seguía, y la sombra aludía a una realidad.

«Yo te felicito en unión con toda la Iglesia militante, oh María, Madre de Dios, por haberte el Señor formado tan bella, tan pura, tan perfecta cual convenía a la que había sido destinada para ser para el hombre, mísero viador, un tipo acabado y una figura donde viera, bajo el velo del enigma, la Iglesia santa».

Esto decía en mi interior. Y la sombra tomó tal claridad, que parecía la luz misma de la luna centrificada allí; era blanca como la misma luz. La sombra era una figura, y esa figura era la especie de una joven, clarificada, sin tacha ni arruga, virgen siempre pura. Yo estaba atento cuanto es lícito a un hombre viador, mi vista fija hacia la figura; y porque la luz era no del sol sino de la luna, se dejaba mirar. La sombra callaba, y yo no osaba a interrogarla.

Mi corazón, no pudiendo contener sus ímpetus de amor:

– ¡Huye! –dije a la sombra–, vete ¡oh hermosa mía!
¿Cuándo te veré sin sombras ni figuras, sin velos ni enigmas,

cara a cara? ¡Virgen purísima, Iglesia santa, abre tu corazón y recibe en tus brazos a este pobre peregrino sobre la tierra!.

La sombra contestó:

– Yo te seguiré mientras vivas doquiera que vayas.

– ¿De quién eres tú? ¿Dónde, oh sombra, dónde –le pregunté– tienes tu realidad?

Y la sombra respondió:

– Mírame bien, y en mí y por mí conocerás a tu Amada.

2. La volví a mirar con más atención, y en la sombra vi luego la realidad; y ese ser real era una virgen, era la Madre de Dios. Y abriendo sus labios:

– No soy yo –me dijo- la belleza que buscas, pero la verás en mí porque soy el espejo claro y puro donde está representada; mírame, y por mí y en mí verás a tu Amada.

Yo miraba (con el entendimiento), pero no veía más que la primera sombra, y no estaba satisfecho.

– ¡Déjate ver, oh Virgen bella!

– No mires –me dijo entonces– el espejo que soy yo; mira, sí, en mí la imagen de la Iglesia, tu Amada grabada por el dedo del mismo Dios.

3. Y yo miré esa imagen, y vi entonces en María a mi Amada: vi la Iglesia santa. En Cristo, su Cabeza, contemplé su inmensa e incomparable belleza, y en las fisonomías, la cara e imagen del mismo Dios. «¡Qué eres bella, decíale mi corazón, en arrebatos de amor!». «¡Qué eres pura, oh Virgen amada, qué eres amable!» –Miré su cuerpo–. ¡Qué eres perfecta, qué hermosa, Esposa mía! Es partes y miembros de este Cuerpo las jerarquías y coros celestes, unidos a ellos las almas glorificadas y los justos de la tierra: estos miembros, unidos a Cristo, su Cabeza, forman el cuerpo de mi Amada.

4. Vuelto en mí, miré otra vez la sombra que me seguía.

– ¡Infeliz de mí! Mi vida es sueños y sombras. Huye, sombra, porque me das pena y me atormentas.

– ¿En qué te atormento? – díjome la sombra.

– Despiertas en mi corazón el amor, y no pudiendo poseer a mi Amada, me haces vivir muriendo.

– No puede ser de otro modo. Yo soy la sombra que figura en ti una Virgen por nombre María; en mí y por mí verás a esa Virgen bella y hermosa.

En María verás otra virgen por nombre Iglesia, Esposa del Cordero inmaculado, y ésta es la Amada.

Si me retirara, quedarás en tinieblas, abandonado a ti mismo.

– Sígueme, oh bella sombra, sígueme y no me abandones. ¡Ay de mí sin ti!

Eran las doce de la noche y me retiré a mi cueva, y la sombra me siguió; cerré la puerta, y la sombra quedó dentro conmigo. «¡Qué bella compañía –le dije yo– que buena compañera eres tú, oh sombra que no tienes tinieblas, qué buena amiga!».

5. *Renovación de amores.*

La celda es mi cielo,
el cielo es mi celda.
De la celda al cielo,
del cielo a la celda.

– ¡Sombra, sombra! ¿Dónde estás?

– No hay sombras, soy la realidad –dijo una voz procedente de la sombra.

– ¿Quién eres tú?

– Yo soy tu Amada y tu Amante.

– Dime tu nombre.

– Mi nombre no te importa.

– ¿Qué quieres, a qué vienes?

– Vengo a decirte una sola palabra.

– Dila, Amada mía, habla, yo escucho atento tu voz.

– Yo te amo.

– Soy feliz. Esto era lo que deseaba oír de tu boca.

– Sí, yo te amo y tú lo crees, y porque lo crees, así es.

– ¡Infeliz de mí si tú no me amaras, desgraciado fuera si no lo creyera!

6. Puesto que tú me amas, estos serán los efectos de tu amor para con este miserable mortal: yo amándote soy todo tuyo, y tú amándome eres toda mía; puesto que soy cosa tuya, puesto que me amas como carne de tus carnes y miembro de tu propio cuerpo, esto es lo que harás tú que puedes y quieres: me santificarás siempre más y más, cuidarás de mí como de tus propias carnes, y acabada esta vida te dejarás ver sin velos y a cara descubierta, y viéndote te poseeré yo a ti y tú a mí, y los dos seremos eternamente una misma cosa. Yo no dudo de que tú me amas; lo que dudo es de que yo te ame a ti.

– Tienes razón de dudarlo.

– ¿Y por qué?

– La causa es que mientras vivas, el Espíritu Santo, que es el Amor, no poseerá completamente tu corazón con tal perfección que no deje en él vacío alguno; hay y habrá potencia y posibilidad para no amarme, puedes dejarme de amar y hasta aborrecerme; y ese vacío que deja el amor en el corazón, te inspirará siempre dudas y celos de ti mismo.

– Tienes razón. ¡Miserable condición humana! ¡Puedo dejarte de amar! ¿Es posible, oh, es posible? ¡Puedo aborrecerte! ¿Posible? Ven, Amada mía, ven: abre tu pecho, recíbeme en tus brazos, llena este corazón que te desea, que te busca, que te ama; llénale y no dejes vacío alguno, llénale de modo que no pueda dejarte de amar.

Visiones y locuciones: advertencia importante

Visiones

7. La fe católica, radiando sobre nuestra alma, descubre a nuestro entendimiento activo el objeto de nuestro amor. Dice la ley: «Amarás a Dios, amarás a tus prójimos». Dios-hombre forma como cabeza un cuerpo moral con los prójimos, y este cuerpo moral es la Iglesia: la Iglesia, pues, es la cosa amada.

La Iglesia es, en parte, invisible. Y siendo un cuerpo moral invisible al ojo mortal, no puede concebirse por nuestro entendimiento sino mirándola en una cosa singular; de ahí es el presentárnosla bajo la figura de una Mujer. La Iglesia es una realidad, y la Mujer (María) otra realidad; y ésta, desde que el entendimiento activo la concibe, forma y figura, queda esta forma, figura o concepto impreso en el entendimiento pasivo. En esta figura o sombra ve el entendimiento activo a María, Madre de Dios, a Rebeca, a Ester, etc., en estas mujeres a la Iglesia.

8. Si el entendimiento cree con fe viva cuanto se ha revelado en orden a la Iglesia, la luz de la fe, en razón de que descubre al entendimiento los objetos revelados en esta luz y por esta luz, ve las verdades eternas con mucha más claridad que los objetos externos. Creer es ver para el entendimiento; y éstas son las visiones de que se habla en el curso de este libro. Creer en la Iglesia es verla, con tanta más claridad según es la luz de la fe. Creerla representada y figurada en María, Madre de Dios, en Rebeca, en Ester, es verla en sombras, especies y figuras.

Locuciones

9. Creer en el Verbo Dios es oírle con tanta más distinción y seguridad cuanto con mayor fe se cree. La palabra de

Dios permanece eternamente, como el mismo Dios; y lo que ha dicho, lo han oído y lo oirán todos los siglos. Creer en ella es aplicar el oído del alma, y ponerse atenta y en silencio para escucharla. Desde que el alma cree a la palabra de Dios revelada, creer es escucharla, y si la escucha la oye, y si la oye la entiende. Hablo de locuciones internas en el sentido en que nos propone la fe la palabra divina.

Cueva de Santa Cruz, 12 Diciembre 1864

Goces en el augustísimo Sacramento del altar. El nombre de la Esposa

10. Al comulgar hoy en el santo sacrificio de la misa:

– Vengo a ti, me doy toda a ti, soy toda tuya, carne de tu carne, y tú miembro de mi Cuerpo me dijo mi Amada. Vendrás conmigo a la cueva terminado el sacrificio.

– Sí, ya vendré.

Terminada la misa, me fui a mi cueva, cerré la puerta, y yo decía: «Mi cueva es para mí el cielo, el cielo es mi celda, mi celda es el cielo, porque aquí estás ahora tú, oh la más pura de las vírgenes».

– ¡Belleza incomparable!, dime: ¿quién eres tú?, dame a conocer tu nombre.

– Mi nombre no te importa.

– Sí, me interesa.

– ¿Y por qué?

– Yo vivo privado de llamarte por tu nombre propio. ¿Acaso no tienes nombre propio?

11. – Sí, le tengo. Pero así como no puedes conocer intuitivamente mi naturaleza, mi constitución moral orgánica,

las relaciones de todos mis miembros entre sí y las de éstos con la Cabeza, las del Cuerpo todo con el Espíritu que me anima y vivifica, y de éste con el Cuerpo, tampoco puedes conocer mi nombre.

– Dime, ¿cómo te llamas?

– Yo soy María, la Madre de Dios, soy Rebeca, soy Ester, soy Judit, soy Débora, soy la Iglesia, Esposa del Hijo de Dios y tuya.

– Estos son nombres de mujeres, Y tú no eres una mujer.

– Soy la Mujer del Cordero sin mancilla. Yo no soy una mujer, pero soy en ella figurada; son éstos los nombres de las figuras y de las sombras tras las que yo puedo dejarme ver y me doy a conocer al hombre mortal.

– Yo no pido por el nombre de tu sombra y figura, sino el tuyo propio y característico, si tienes.

– Sí lo tengo, pero no lo conocerás sino cuando me veas sin velos ni sombras, sino cara a cara; por ahora conténtate con el nombre de mi sombra.

– ¿Quién eres tú que me hablas?

– Yo soy tu Amada, y esto te baste; soy el objeto y el último término de tu amor.

– Lo sé. No es esto lo que busco saber. ¿Eres tú Dios?

– No lo soy.

– ¿No eres mi Dios el que me hablas?

12. – Yo soy Dios formando un cuerpo moral con tus prójimos. Yo soy todos tus prójimos unidos a Cristo, su Cabeza, en Dios y por Dios, que, cual alma, los mueve, dirige, vivifica, santifica y glorifica. Yo soy la congregación de todos los ángeles y justos predestinados para la gloria, unida en Cristo, su Cabeza, y vivificada por el Espíritu Santo.

– ¿Eres una cosa distinta de Dios?

– Si no fuese una cosa distinta de Dios, sería yo Dios, y Dios sería la Iglesia, y la Iglesia sería Dios; y si la Iglesia

fuese Dios, lo serían las criaturas que la constituyen. Yo no soy Dios, soy la Iglesia, soy Rebeca, soy María, soy la Mujer del Cordero.

– ¿Quién habla ahora?

– Soy yo.

– ¿Quién habla en ti y por ti?

– Dios, que es el alma que me vivifica.

– ¿Eres tú Cristo, Hijo de Dios vivo?

13. – Yo no soy Cristo, pero Cristo está en mí y yo en El, y los dos somos una misma cosa. Soy Cristo, Cabeza de la Iglesia, quien te habla: porque en la cabeza está la lengua, pero es la lengua la que habla, y por la lengua la persona, y por Cristo y en Cristo te hablo yo.

– ¿Eres tú una realidad, un ser distinto con nombre propio?

– ¿Crees en la Iglesia?

– Sí, yo creo en la Iglesia.

– Pues la fe que has profesado te la presenta y descubre como un ser real, positivo, distinto de los demás seres, con nombre propio; es única, santa, católica, apostólica, romana. ¿Me conoces ahora?

– Veo nada más que tu sombra.

– Mientras vivas verás mi sombra, pero no mi cara. ¡Triste condición la del hombre viador! Si no nos dejas ver de ti más que tu sombra, ¿cómo te amará el hombre viador?

– Ya ve mi retrato.

– ¿Fotografiado en un cristal?

– Sí, en un cristal de su naturaleza muy claro.

– ¿Cuál es ese cristal?

– El entendimiento pasivo del alma. Allí me verá fotografiada al vivo, me verá con tanta más claridad cuanto más pura sea la fe en aquel artículo del Credo: «Et unam, sanc-

tam, catholicam Ecclesiam». Por la luz de la fe dejo yo impresa en el alma del que la recibe mi figura, y en ella el entendimiento activo puede conocerme.

– ¿Y el que no cree en ti?

– Es un infiel, anda en tinieblas, no conoce el objeto de su amor, anda fuera de la ley perdido y extraviado.

¡Purísima Virgen, oh Iglesia santa, cuán débil es en mí la fe en ti! Ayúdame a creer en ti, para que durante la noche de esta vida te vea al menos fotografiada en mí mismo. Vea yo al menos tu sombra. ¡Sombra, no te vayas, ven conmigo, no te alejes de mí!

Octava de la Concepción, 1864

La hija de un grande de la tierra

«Tota pulchra es» [Ct 4,7]

14. Vi una joven bella, cuanto posible era serlo una hija de un grande: delicada, ricamente vestida, humilde, temerosa de Dios, dotada de una sublime inteligencia. El corazón se inclinaba hacia esa belleza, y yo le decía: «¡Fatuo! ¡ilusión, ilusión! Te engañas. No es una belleza digna de amor, es una sombra fea y opaca como la de la noche». Pero el corazón, iluso por las apariencias que le presentaba la luz material, no me quería creer: «¡Tonto! –le decía yo– no seas tan necio».

Volví al día siguiente y aquella bella flor había ya perdido su color, y un rayo de sol la había ya secado. La miré atentamente, y estaba encerrada dentro de un baúl; su rostro amarillo y afeado. «¡Corazón mío! –dije entonces– ¿dónde está esa belleza que llamó tu atención? Se pasó como la sombra, ya no es».

15. Fui después de cuatro días a visitar su sepulcro. Abrí una puerta que lo encerraba; yo estaba solo, ¡qué soledad,

qué silencio! Llamé por su nombre a la hija del grande y no respondía. ¡Qué cambio! Estaba dentro de un sepulcro de mármol, sola: ¡soledad misteriosa! La losa fría de mármol encerraba y escondía una espantosa figura. Levanté la losa y vi una fealdad: la boca y lo cóncavo de los ojos estaba lleno de gusanos, el cutis negro.

Belleza, ¿dónde estás? ¡Ah, ilusión, ilusión! Si, –dijo entonces mi corazón– ¡ilusión!

Estaba yo en oración postrado en tierra al pie de la cruz.

– Levántate, me dijo una voz.

16. Y me levanté, y yo estaba en pie contemplando aquella horrible figura. Apareció allí la sombra de una realidad que no estaba lejos y de la que había procedido aquella voz.

– ¿Quién eres tú?

– Yo soy la Hija de Dios eterno.

La sombra era una figura, y la figura figuraba y representaba a la Hija del mismo Dios.

– ¿Qué buscas aquí entre los sepulcros?

– Amada mía, mi corazón había padecido una ilusión, y para su desengaño pongo a su vista la putrefacción que encierra este frío mármol. ¡Sombra, sombra! ¿Me engañas también tú? ¿La inmensa belleza a que aludes es también mortal y percedera como esta flor marchita en este sepulcro?

17. La sombra quedó clarificada como la luz del sol. Y en la sombra miré atento la incomparable belleza de la Hija de Dios. Observé si la muerte podía atacarla por algún flanco, y vi la muerte vencida y derrotada gimiendo a sus pies, rota su guadaña, embotadas sus flechas, y sus arcos hechos trizas.

¡Iglesia santa, tú eres inmortal: ¡gloria a ti, hermosa Ester! Tu belleza indescriptible no pasará jamás; eres, paloma mía, toda bella, toda, con totalidad tan entera que el tiem-

po no pueda ni afearte ni consumirte ni tocarte, porque eres eterna como el mismo Dios, inmortal, imperecedera. ¡Sombra, oh sombra!, tú que me revelas la belleza de la Hija de Dios, dime, ¿eres una ilusión?

– Yo soy –dijo la sombra– inmortal e imperecedera, como lo es la realidad a que me refiero; yo no paso, como no se pasa tu entendimiento que me ha concebido y, creada, me ha recibido. [Ef 5,27]

– ¿Eres, pues, no una sombra sino una realidad imperecedera?

– Sí, yo soy algo: yo soy una figura grabada en el entendimiento, que represento la eterna belleza de Dios comunicada al conjunto de las criaturas que constituyen su Iglesia, su pueblo escogido; yo doy al hombre viador una idea, noticia o noción exacta, fiel, verídica del objeto del amor designado por la ley «Amarás a Dios, amarás a tus prójimos»; yo no soy una ficción ni una ilusión, soy una sombra permanente en tu entendimiento y alma, soy una realidad del mundo ideal. Tu entendimiento es un espejo que, arreglado, dispuesto y clarificado por la fe, ha recibido en sí una imagen que soy yo. Soy la imagen de tu Amada, y la represento.

– ¡Sombra, oh no te pases, no te vayas!

– No, yo no paso: eternamente quedaré impresa en ti. ¿Y la muerte?

La muerte no puede conmigo.

– ¿Y me seguirás después de esta vida?

– Te seguiré, porque yo estoy independientemente de la carne impresa en tu alma.

– ¡Amable compañera, qué feliz soy yo contigo! ¿Tú eres la encargada de darme noticias, durante mi destierro, de mi Amada?

– Yo soy una noticia o idea o noción permanente en ti de tu Amada, puesto que soy su imagen.

– ¡Dulce compañía!

Navidad de 1864: sus viglias

Cueva de Santa Cruz 16, 1864

Una visión horrorosa

18. Era una de aquellas noches negras y tenebrosas en las que apenas se distinguen ni en bultos los objetos más cercanos. había ya tres días que mi alma andaba muy encogida y llena de pavor. La soledad misma de esta cueva me infundía temor y sobresaltos; yo me temía a mí mismo, y mi propia sombra me espantaba. ¡Infeliz de mí, qué soy yo abandonado a mí mismo sin ti! Oh Paloma mía, ¿dónde estás? ¿estoy solo?

Yo bajaba hacia el fondo de este monte para humillarme a sus pies. Pasé por delante de mi cueva y me llené de terror; no entré, pero pregunté: «¿Quién hay dentro? ¿Qué es esto?». Seguí mi camino buscando la causa de mi terror; y llegando al fondo del torrente, me puse en oración.

19. Las tinieblas eran tan densas que no distinguía objeto alguno, sino sombra muy negra. Mirando a un lado y otro para contemplar las tinieblas por sí en ellas hallaba la causa de mi temor, vi venir hacia mí un bulto negro. Las carnes estaban horripiladas, los cabellos no tocaban a mi cabeza, mi alma desfallecía sorpresa por el pavor y horror que la dominaban. No obstante, haciendo un supremo esfuerzo, pregunté:

– ¿Quién eres tú? En nombre de Dios vivo te conjuro, oh sombra, que me respondas.

Se acercó un poquito más, y al llegarse a mí distinguí una figura.

– ¿Quién eres tú?

Dudaba si era el ángel de tinieblas.

– Hombre solitario, no temas: soy yo tu Amada y tu Amante.

– ¿Eres tú? ¿Posible...? ¿Y esas negras tinieblas?

20. Andaba cubierta de un velo negro que la cubría toda, y las tinieblas huyeron de su alrededor y dejó ver su rostro, pero entre las oscuridades de la noche; y conocí que realmente era la Hija del eterno Dios, la figura de la Iglesia santa. Y su presencia, lejos de calmar mi turbación, me infundió un nuevo pavor y terror difícil de explicar; y por más que con palabras amorosas me persuadiese a que no temiera, el terror dominaba mi alma.

– Soy yo, no temas.

– Sí, eres tú, y porque eres tú temo.

– ¿Por qué tiemblos?

– ¡Ay de mí, infeliz mi situación!

21. Mi alma entonces prorrumpió en un llanto que sofocó la palabra.

– No temas –dijo con voz fuerte y amorosa– ¿Temas la presencia de tu Amada y de tu Amante? ¿Tú eres mi Amada? ¡Ah, si fuera así, miserable condición la mía! ¿Yo te amo? ¡Oh, si yo te amara, si en mi corazón no hubiera vacío alguno, sino que estuviera todo lleno de amor para ti, oh Iglesia santa, no temblaría. ¡Apiádate de mí, oh Madre tierna! Abre, Virgen pura, tus brazos y recibe en tu seno a este mortal, y allí lleno de amor no podré dejarte de amar. Pero mientras viva... ¡Oh, qué tiemblan mis carnes y toda mi alma! Tengo a la vista un abismo, veo dentro de mí una caverna que me horroriza, veo una potencia para ofenderte, libertad para contrariarte, posibilidad para despreciar tu voluntad y hacer la mía; y esa potencia, esa posibilidad, esa libertad para hacer mi voluntad contra la tuya es la que me espanta. Veo dentro de esas potencias figuras horribles que me amenazan, que, si llegaran a salir por obras consentidas, me da-

rían la muerte eterna. ¡Puedo pecar! ¿Posible? ¿Y quién me asegura que perseveraré en tu amor? Tu presencia, querida mía, me aflige.

– ¿Qué dices?

– Sí, me afliges con tu presencia, porque mi corazón no te posee ni puede poseer mientras sea carne mortal, con plenitud de amor; y la potencia y vacío que queda es causa de espanto, terror y pavor.

– ¿Crees a mi palabra?

– Sí, creo. Me amas, y porque me amas me salvarás, y me salvaré porque tú no me abandonarás, y está mi esperanza en mi dicha futura pendiente de tu palabra. Sálvame contra mi propia voluntad.

– ¿Me das palabra que harás en todo mi voluntad?

– Para mí tu voluntad es una ley que cumpliré.

– ¿Abnegas tu propia voluntad ante la mía?

– La abnego. Ampárame contra ella, porque es un enemigo formidable que temo; dame tu palabra que me defenderás contra este enemigo.

– Te la doy.

– Tu sola presencia me bastará, tu sombra me amparará.

– Mi sombra cubrirá tu alma [Lc 1,35]. «Spiritus Sanctus obumbrabit tibi».

– Tu sombra, ya que no puedo ver tu cara, me bastará.

– Puesto que tú dándome tu propia voluntad te das todo a mí, te anuncio que yo estos días vendré a ti, me daré a ti en el altar toda entera con todo cuanto yo soy y tengo; prepárate para recibirme.

– Yo lo estoy.

– Pues bien, mañana, Domínica cuarta de Adviento, vendré a ti; me uniré a ti y contigo, y seremos los dos una carne y un cuerpo y un solo espíritu.

– Ven, yo te espero.

Domínica cuarta de Adviento 1864 [18 Diciembre]

Goces en el Santísimo Sacramento

22. Mi alma continuaba oprimida por el peso de su miseria, llena de temores, de penas y de dudas. Después de la consagración, caso que esté distraído, una especie de terror filial me recuerda la presencia de Jesús en el altar. Ya no me es posible ver y contemplar al Hijo de Dios bajo otra figura, noción o idea que como Cabeza, unida en el cielo, en la tierra y en el purgatorio, al Cuerpo santo de su Iglesia. Y por lo mismo, mirando la Cabeza veo en ella a todo el Cuerpo; y en su Cuerpo y Cabeza, una sola entidad y realidad que es la Iglesia. Y comulgando, creo unirme con mi Esposa la Iglesia: con la Cabeza con un acto de amor divino, y con todos los miembros con actos de amor hacia los prójimos. Por lo mismo, todas mis relaciones con el Hijo de Dios y con su Padre son siempre en relación con su Iglesia. No pudiéndome apoyar en estas materias en obras escritas sobre ellas, ando con mucho temor y cautela, porque en el día malo en que todo se revuelve, dudo de todo; y en mis dudas busco en las Escrituras Santas y en los Santos Padres y Doctores a de la Iglesia apoyo y doctrina.

23. – Presente en este día Jesús en el altar:

– Ven, y te manifestaré mi Cuerpo:

– ¿Quién eres tú?

– Soy tu Amada.

– Tú eres Cristo, Hijo de Dios.

– Yo soy la Iglesia en Cristo y Cristo en la Iglesia. Estoy en el Sacramento como Cabeza de ella, y los dos aquí somos una misma cosa. Cree, no dudes de esta verdad. En el mundo real y verdadero, yo soy una sola y misma cosa con la Iglesia, y no hay separación alguna ni divorcio con ella donde yo estoy está mi Esposa, donde yo voy viene ella. El entendimiento humano en el hombre mortal me concibe, me

contempla y me mira separadamente de ella. Esta separación puede concebirse y puede estar en el entendimiento, pero moralmente esta separación no tiene realidad en el reino de la verdad. El entendimiento puede concebirme en cuanto hombre, como un individuo y como cosa particular, sin lazos ni relación alguna con mi cuerpo moral; pero esta concepción, esta idea, no tiene ser sino en sí misma. La luz de las verdades católicas, cuanto es más pura, tanto con mayor claridad descubre al entendimiento los lazos y las relaciones que me unen con todos y cada uno de los miembros de su cuerpo que son todos los predestinados a la gloria. Cree, quien te habla es la Iglesia, tu amada Esposa, en mí y por mí y yo por ella.

– ¿Vos, Dios mío, me habláis por boca de la Iglesia?

– Sí, porque Cristo en cuanto hombre es la Cabeza, y los que amándome se unen con El son miembros suyos, y yo tu Dios te hablo por boca de la Iglesia revelándote las verdades eternas. Cree, pues, en la Iglesia, oye y escucha atento su voz: cuando habla el Papa como tal, habla la Iglesia, porque habla como Cabeza de su cuerpo, y el Pontífice con Cristo son una sola Cabeza.

24. Todo esto lo dije en una sola palabra, la cual para explicarla he necesitado toda una página. Esta palabra fue: «Yo soy tu Amada. Yo soy la Iglesia en Cristo y Cristo en la Iglesia».

Retíreme después de la comunión, y renové mis relaciones con la más casta, la más pura y la más santa de las vírgenes. Pero esta misma luz que me descubría la inmensa belleza del objeto de mi amor, dando sobre la flaqueza humana, sobre la potencia, la posibilidad y la libertad para un divorcio con ella por el pecado, descubriendo en esas horribles y lúgubres cavernas todo cuanto puede concebirse de más feo y abominable, me dejaba lleno de terror y espanto.

¡Ven, oh Oriente; ven, oh Sabiduría increada; ven, oh Rey de todos los pueblos; ven, oh Emanuel; ven, oh Dios amor! Oh sí, ya vienes con gran poder para salvarnos. ¡Sálvame, oh Niño Dios!.

Navidad de 1864

La Nochebuena en Santa Cruz

Triunfo de la Iglesia contra Satanás

25. A pesar de cuanto contiene este libro, yo no dejaba mis dudas sobre la realidad de mi enlace con la Iglesia Santa.

Llegada la Nochebuena, al bajar Cristo en el altar, presentóse muy niña entre pajas, en Cristo, la Iglesia. Y oyóse la voz del Padre, que dijo: «Esta es mi Hija y tu Hija». Y Cristo añadía: «Es mi Esposa y tu Esposa». Tomé, concluida la misa, la imagen del Niño Jesús, y en procesión le acompañamos, como hacemos todos los años, en su pesebre a la cueva. Llegado y puesto allí, me dijo:

- Esta es mi casa y la tuya.
- ¿Quién eres tú?
- La Hija única del eterno Dios y tuya.
- ¿Eres imperecedera e inmortal?
- Como lo es el mismo Dios.
- ¿Tú, mi Hija?
- Sí, y tu Esposa.
- Dame una señal para que crea. ¿No tienes fe?
- Sí, sí. Perdona mi atrevimiento: creo más a tu palabra que a cuantos portentos puedan ver mis ojos. Perdona mi incredulidad y ayúdame contra ella. Has pedido una señal y te la voy a dar.
- No, Hija mía, no; ya creo.
- Sí, crees. Y porque crees, lanzarás en mi nombre los demonios de las almas y de los cuerpos.

– Yo estoy lleno de confusión, porque los fieles y creyentes corren a ti, oh Iglesia santa, y traen los cuerpos que el demonio posee; los he conjurado, y se burlan de mí; yo creo ser mis culpas; y lleno de confusión, los envío sin curar.

– Lánzales en nombre de tu Hija, de tu Esposa, de tu Madre, de tu Reina; conjúralos en nombre mío y verás cómo obedecen. Cree en la Iglesia católica, apostólica, romana, que soy yo, y yo estaré contigo y seré yo quien los humillaré.

26. Así fue. El día segundo de Navidad nos trajeron un mudo que tenía la boca cerrada, y ni hablaba ni comía ni bebía. El nombre de los demonios era Satanás y Luzbel; había siete años que estaban allí. Y el día de la traslación del cuerpo de Santiago, a las nueve de la mañana, fueron lanzados al infierno y el mudo habló y comió. Al mandarles dijera el día y la hora, designaron este día. Yo estaba revestido sobre el altar para decir misa; eran las ocho y tres cuartos.

– Yo estoy aquí dijo la Niña.

– Haces sentir tu presencia.

– Sí, esta vez quiero que estos tus hijos e hijas que te obedecen sientan mi presencia. He ordenado que se destinara este día, dando día y hora, para que vierais mi poder. Verás qué confusión lleva Satanás y cuán poco vale a la presencia de tu Hija.

27. Dada la hora señalada, los demonios se fueron, el joven mudo habló, abrió la boca y comulgó, y se fue sano. La presencia del cielo fue tan sensible a todos, que apenas, enternecidos y religiosamente conmovidos, podíamos cantar el «Te Deum laudamus».

– ¡Iglesia santa, Madre la más tierna! Si los que lloraban al sentir tu presencia, te hubieran visto y creído allí presente, sentada como reina en tu trono, pisando por peana a Satanás, poderosa, amparando y protegiendo contra el poder del infierno a tus hijos e hijas, oh, hubieran muerto de gozo al abrazarte. ¿Por qué te escondes? ¿Por qué no manifiestas tu poder, tu gloria, tus inmensas riquezas? ¿Por qué

no te revelas al miserable mortal? ¿Cómo te amará el hombre viador si no te conoce? ¿Cómo te conocerá si tú no te revelas y descubres? Descubre tu inmensa belleza, tu magnificencia y grandeza al miserable viador, y te amará.

– Todos los oradores sagrados han recibido la misión de manifestar al mundo quién soy yo. Que crean y me verán, que crean y me conocerán.

– No creerán en ti si tú, mientras la palabra hiere el oído, no te revelas al corazón.

– Cumple tú tu ministerio.

– ¿Qué?

– Toma la pluma, el lápiz y el pincel, y preséntame tal como me conoces, en sombras y figuras, al hombre viador.

– ¿El lápiz y el pincel?

– Sí, yo agregaré a ti a mis artistas que tengo escogidos, y bajo tu dirección ellos presentarán al mundo mi imagen y figura, y en ella me reconocerán los que están marcados para miembros de mi Cuerpo.

– ¡Oh, qué es tosco el bosquejo que vamos a presentar!

– No importa, obedece.

– Ya estoy dispuesto; mandad a vuestros artistas vengan a unirse conmigo.

– He dado mis órdenes, que se cumplirán.

Año Nuevo 1865

Unión Sacramental

28 Presente Jesús en el altar por la consagración de las especies de pan y vino, oí una voz suave y amorosa que me dijo:

– No dudes, ahí estoy yo.

– ¿Quién eres tú?

– Cristo en la Iglesia, y la Iglesia en Cristo y con Cristo.

– ¿Estás tú aquí? ¡Oh Iglesia santa!

– Sí, soy yo, la que te habla. ¿Dudas? ¿Crees?

– Sí, creo en ti.

– Si crees en mí, no mires jamás la Cabeza separada del Cuerpo, porque si en el mundo real esta separación existiera, habría divorcio entre Cristo y su Esposa, lo que es contra fe. Sí, sí, en verdad, no hay tal separación, divorcio ni división, donde está la Cabeza está moralmente todo el Cuerpo, y donde está el Cuerpo está toda la Cabeza. Sacramentalmente Cristo, mi Cabeza, estando presente en el altar bajo las especies de pan y vino, allí está moralmente mi Cuerpo unido por amor; y donde tengo la Cabeza y mi Cuerpo, allí estoy yo. Para fortalecer tus creencias mandé comparecer a mi presencia Luzbel y Satanás. Vinieron con un joven mudo, cuyo cuerpo poseían, y el día y a la hora que yo designé, fueron lanzados de su cuerpo y el mudo habló. Verás otros signos que te demostrarán mi existencia. Es llegada la hora en que yo quiero con mucha más claridad revelarme a los hombres. He venido a ti para que descubras mi figura.

– ¿Cómo te tomaré el retrato si no levantas el velo que encubre y esconde tu cara y todo tu cuerpo?

– Preséntame así como me ves.

– ¿Con velo en tu cara?

– Sí, velada.

– ¿A ti, o a tu sombra?

– Mi sombra, y mi figura tras las sombras de las cosas visibles.

– ¿Tu figura tras sombras?

– Esto y nada más.

– Te obedeceré.

29. Todo esto me lo dijo en muy pocas palabras en el momento de la comunión, y añadió:

– Yo estoy aquí. ¿Crees en mí? Creo.

– Pues que crees en mí, abre, hombre mortal y corruptible, tus brazos y recibe en tu seno a la más bella, a la más casta y a la más pura de las vírgenes que por amor se da y se entrega a ti; déjame reposar mi cabeza en tu pecho –Jesús sacramentado–.

– ¡Ven, oh Esposa mía, ven a mis brazos! Mas no. . . Oh, abre, Amada mía, abre los tuyos y recibe en ellos a este miserable viador que no tiene vida fuera de ti! –La triunfante–. ¡Iglesia santa, abre tu pecho y recibe en tu corazón a este mortal que suspira por ti!. ¡Feliz la hora que te veré sin velos tu cara!

VIGILIA DE LA EPIFANÍA
SANTA CRUZ¹

5

RUINAS DEL ALCAZAR
CONDAL DE CERVELLO

Enero 24, 1865

1. Era una de las mañanas bellas que anticipan en invierno la primavera. Y aprovechando de sus halagos y atractivos subí al castillo en ruinas de Cervelló, donde estaba de misión con el objeto de dar parte al señor Obispo de los efectos y resultados de ella y del plan que me había trazado seguir en orden a los demás pueblos.

1. Al terminar estas consideraciones interrumpió el hilo de su exposición durante algunos días. Intentó reanudarla la víspera de la Epifanía pero no lo realizó.

2. Estaba yo descuidado, y el amor dormitaba. Y tomando la pluma, sentí sentada sobre la peña la sombra de mi Amada a mi lado izquierdo. Despertóse el amor, y ya no me fue posible distraerle en otras ocupaciones.

– ¡Sombra! ¿De quién eres?

– Yo soy Cataluña la católica.

– ¿La Iglesia en Cataluña?

– Ella misma.

– ¿Qué haces aquí en medio de estas ruinas?

– ¡Dulces recuerdos! El agareno dominaba toda la comarca que tienes a la vista, y yo con un puñado de valientes catalanes me fortifiqué en medio de estas peñas. ¿Ves ese agujero abierto sobre la roca donde estamos? Aquí yo fijé mi estandarte; aquí yo me sostuve firme con mis fieles y leales defensores. ¡Cuánto debe Cataluña a estas peñas! En aquellos días de angustia sus ojos y sus manos estaban elevadas a este fuerte, y ahora le ha olvidado. Pon sobre el mismo sitio una cruz, para que cuando pases por frente esta roca te acuerdes que yo la escogí y la santifiqué con mi propia sangre.

– Obedeceré a tus órdenes.

– ¿Por qué has escondido y encajonado mi pendón y la imagen que me representa?

– Reina mía, no me aflijas más. Tú lo sabes: el Obispo, que representa para mí tu autoridad y a quien yo debo obedecer, me ha insinuado que no era su voluntad presentar tus armas y tu bandera en público, esto es, fuera de la iglesia o templo.

– ¿Cómo? ¿Es que yo he de esconderme y rendir armas frente mis enemigos? ¡Hombre miserable!

– No te enojas, Amada mía. Yo no te conozco sino en el Obispo; debo obedecerle. ¿Me acriminas por esto?

– No, haces tu deber, debes obedecer. Pero la eterna justicia de Dios pide a Barcelona una reparación pública de los escándalos que ha dado en estos años pasados, y es indispensable que el pendón desplegado en misión repare públicamente tantos agravios que yo he recibido.

3. – Bien, querida mía. Tú sabes que yo no te seré infiel, tú sabes y conoces el fondo de mi corazón. Vete tú misma, preséntate al Obispo, revélate a él, y manda por él cuanto quieras y verás cómo yo ejecuto tus órdenes.

– Marcha. Dirás al Obispo que es mi voluntad que mi pendón se presente en misión fuera del templo en todas partes, y reclama la libertad que goza el pendón enemigo.

– Yo iré. ¿En qué nombre?

– En nombre mío.

– ¿Quién eres tú?

– Yo soy la Iglesia santa en Cataluña, tu Esposa y tu Reina.

– Este nombre es muy vago y confuso, y no eres conocida; dame tu nombre propio.

– Dile que es la más hermosa y la más bella de las vírgenes quien te envía.

– ¿Eres acaso tú, María, la Madre de Dios?

– No lo soy. Soy la Iglesia santa de Cataluña quien te habla por María, Madre de Dios; soy María la Virgen, en cuanto que esta Virgen me representa. Dile que es María Virgen quien, en representación de los intereses espirituales de Cataluña, de España y del mundo todo quien te envía.

– Bien. Este nombre ya le conoce el Obispo como cosa acreditada, pero no tiene obligación de creerme.

– Si no te cree, habrás cumplido tu misión.

– ¿Qué ganamos? ¿Quieres acaso poner en prueba mi obediencia y fidelidad?

– No, estoy segura de ella.

– ¿Pues qué?

– Si no te cree, dale los signos de tu misión, que yo estaré contigo.

– Bien. Serás obedecida.

RUINAS DE LA CASA CONDAL DE CERVELLÓ EN CATALUÑA

Enero 25, 1865

La cima del alcázar condal

4. Libre de los ejercicios de la mañana, sintiéndose mi espíritu muy fatigado, levanté mis ojos hacia los trozos de muro que se mantenían firmes sobre las cimas de la casa condal de Cervelló. La mañana era de un día quieto, sereno, templado de primavera. Y vi sentada sobre los muros una joven cuya gloria ofuscaba la luz del sol. El amor me atormentaba, y me dirigí hacia ella. Enramándome por los copines, por fin llegué donde ella estaba. La claridad era tal, que parecía toda vestida de color de sangre.

– ¿Quién eres tú? le dije al saludarla.

– Cataluña.

– ¿Qué haces aquí?

– Te esperaba a ti.

– ¿Eres la Iglesia santa?

– Sí, lo soy. ¿Y tú dudas de mí?

– Ayúdame contra mi incredulidad.

– ¿Acaso una nación no es una cosa real, distinta del individuo? Ella tiene su cabeza, sus miembros, y éstos, relaciones entre sí, con ella; tiene organización, vida propia, común, nacional, espíritu de nacionalidad. ¿Crees esto?

– Sí lo creo, porque lo veo.

– Pues yo no soy un individuo; soy el reino de Dios, la Jerusalén santa; tengo cabeza, miembros, relaciones de éstos entre sí y con la cabeza, tengo espíritu y alma que me vivifica: soy, en fin, una realidad moral. ¿Lo crees?

– Lo creo.

– Si no lo creyeras serías hereje.

5. Al decir esto, vi que toda la vasta comarca que se descubría a la vista se vestía de gala, todas las criaturas se vestían de fiesta; y oyóse un dulce y melodioso concierto de voces, cuyo cántico entendía pero no recuerdo, y aludía a las bodas del Cordero con su Esposa, la Iglesia santa [Ap 19,7]. Me preparé para la renovación de mis votos, hice mi profesión de fe y de amor; y lo demás que pasó es indescriptible.

6. Al empezarse las fiestas vino otra joven, y llevaba en sus manos un estandarte; y la joven Cataluña se levantó. Y al tomarle de manos de su compañera, dijo ésta: «Es llegada la hora del combate, arma tu gente y levanta tu pendón», y desapareció; y observé que las dos eran una sola.

– ¿Quién es ésta? dije a mi Amada.

– Es Roma.

– ¿Las dos sois una?

– Sí, las dos representamos una sola.

Y levantó el estandarte y lo fijó sobre la piedra más elevada del castillo, y me dijo:

– Ríndete ante mis armas y mi pendón.

– ¿Quién eres tú, oh la más bella de las vírgenes?

– Yo soy el objeto último de tu amor: soy Dios y tus prójimos.

– Si eres Dios y mis prójimos, yo, N.N., me doy y me entrego a ti por esclavo, por servidor y ministro.

– Yo te recibo, y acepto la ofrenda como prenda de tu amor para conmigo.

– ¿Yo soy todo tuyo?

– Tú eres carne de mis carnes, miembro de mi cuerpo, hueso de mis huesos.

– ¡Bellísima virgen! santifica y purifica estas tus carnes. Si soy tuyo, salvándome tú a mí te salvas a ti.

– Sí, mío eres, y salvándote a ti me salvaré a mí misma.

– ¡Oh, qué seguro me siento a tu lado! ¿Tú eres Dios y mis prójimos, oh Amada mía?

– Sí, yo soy Cristo, constituyendo como Cabeza, Cuerpo con todos los que están escritos en el libro de la vida. Y Cabeza y Cuerpo somos una sola cosa, que es la Iglesia.

– Puesto que yo soy tuyo, ¿eres tú toda mía? ¿Qué, lo dudas?

– No. Todos los días haces de ti misma en el augustísimo Sacramento del altar una formal y solemne entrega de ti misma a mí: yo lo creo firmísimamente, y tú eres mi herencia, mi patrimonio y las delicias de mi corazón. Eres toda mía, miembros y cabeza, ¿no es verdad?

– Sí, tuya soy toda entera, de pies a cabeza, y me complace en vivir contigo.

– ¿Dónde vamos con nuestro perdón?

– Ya lo verás.

– ¿A Barcelona?

– Ya lo verás.

– Vamos allá. ¡Qué bien voy contigo! Donde estás tú, tengo mi gloria.

6

VISITA A S. HONORATO

Marzo, 1865

La sombra y la realidad

1. Subía yo hacia este monte santo, y sentí a mi izquierda la sombra que me seguía.

– Sombra que me sigues, ¿tienes realidad?

– ¿Aún dudas de mi existencia?

– No dudo; sé que existes, pero no sé quién eres.

– Yo soy la infinita belleza que buscas.

– Lo creo, pero en punto tan importante busco siempre argumentos para apoyar mi fe. Dime quién eres, muéstrame sin velos tu figura. ¿Tienes ojos para ver, lengua para hablar y corazón para amar?

2. – Sí. Una nación es una realidad; muchas naciones hay que tienen comunicación entre sí. Estas relaciones de nación a nación se fundan en los intereses mutuos de ellas. La una cuando se dirige a otra halla cabeza que es su jefe; y en el gobierno nacional hay su lengua, pues que si se le interroga, si la llaman, responde por su ministerio y por sus encargados; si un extranjero entra en ella, halla en seguida los centinelas, los guardas, y el ministerio que contesta a las preguntas que se le dirigen. Así existo yo. Tengo mi cabeza que es Cristo, tengo en el cielo y en la tierra mi lengua en la cabeza, que son los ángeles y los sacerdotes y el ministerio de éstos; por esta lengua contesto a las consultas. Amo y aborrezco, porque tengo corazón para amar; y este corazón es la voluntad de millares de inteligencias unidas en uno y por un solo Espíritu, que es la persona tercera de la Trinidad. Esto no es una ficción; soy una realidad, representada en sombras e ideas y bajo especies y figuras al entendimiento humano.

¿Crees en mí?

– Yo creo en ti, oh Iglesia Santa.

– Pues que crees en mí, yo te he escogido a ti para revelarme al mundo. Escribe, yo dirigiré tu pluma, tu pincel y tu lápiz.

– Si ven los hombres tu indescriptible belleza te amarán, oh paloma mía, sí, te amarán.

7

IBIZA - MISION

Marzo, 1865

Mi compañera de viaje

1. Iba solo de viaje, y pensaba estar solo. ¡Oh preciosa soledad!, me dije a mí mismo. Y me contestó una voz:

– No estás solo.

– ¿Quién eres tú?

– Yo soy Raquel.

En efecto, advertí tener por compañera de mis viajes una belleza indescriptible. ¡Qué ventura!, Raquel, la hermosa hija de Labán estaba en medio de los bosques por donde me hallaba, y la rodeaba el ganado de su Padre; traía en sus manos un báculo pastoril, y lo restante de su traje correspondía a su destino [Gn 29,6-30; 30, 22-24; 35,16-18].

– Yo no te dejaré en adelante estar solo, –me dijo con mucho amor.

– Cuando me veas solo ¿estarás conmigo?

– Sí, y también cuando estés en compañía, porque yo soy los prójimos unidos entre sí por amor bajo Cristo, mi Cabeza; y cuando estás con ellos estás conmigo y yo en ti.

2. Yo iba siguiendo mi camino, y mi pastorcilla me seguía. Una duda turbó mi alma, y advirtiendo mi compañera mi silencio, me dijo:

– ¡Tú dudas de mí!

– ¡Quítame todo temor, oh bella Raquel!

– Yo voy a complacerte. Yo voy a demostrarte que lo que te digo es muy conforme a los alcances de la razón.

- Habla, oh Amada mía; tu amante te escucha.
 - Pues bien, yo soy tus prójimos unidos entre sí bajo Cristo, mi Cabeza. ¿Crees esto?
 - Lo creo.
 - ¿Crees que yo soy una realidad en la naturaleza de las cosas, crees en mi existencia?
 - Lo creo.
 - Pues bien, yo estoy en mi misma y en ti.
 - ¿Cómo?
 - Yo estoy en tu entendimiento. Tú tienes de mi existencia y de mi constitución moral una idea, una noticia, un concepto: en tu entendimiento pasivo yo con mi presencia he grabado mi imagen, y estoy allí retratada mejor que por la fotografía; y en tu fantasía tengo impresa mi sombra y mi figura; tu entendimiento activo mira en esa figura e imagen mi existencia, y allí me conoces y ves. ¿Crees esto?
 - Sí, es verdad.
 - También estoy en tu voluntad y en tu corazón por amor. ¿Lo crees?
 - Sí, tu sabes que si vivo, vivo por ti y para ti.
 - Tú me llamas y yo te respondo, yo te llamo y tú me oyes. ¿Crees esto?
 - Es verdad.
3. – Pues bien, mientras vivas en carne mortal no nos podemos comunicar de otro modo, y por esto te repito: cuando estás solo, estás conmigo y yo contigo; y cuando estás con tus prójimos, también estoy yo allí contigo, porque yo soy los prójimos unidos con Cristo, mi Cabeza.
- ¿Quién eres tú, qué nombre tienes?
 - Soy Raquel.
 - ¿La esposa de Jacob?
 - Sí, la Esposa del Cordero y tuya.
 - ¿Eres tú la hija de Labán?

- Sí, yo soy Hija del eterno Padre y tuya.
- Cuando estoy en misión, en medio de los pueblos reunidos bajo tu sombra, oh querida Raquel, ¿allí estoy contigo y tú conmigo?
- Sí, así es: yo soy el Pueblo de Dios reunido bajo Cristo, mi Cabeza.
- Pues bien, ya estoy satisfecho. ¿Y cuando estoy solo?
- Entonces también estás conmigo y yo contigo por amor.
- Cuando estoy solo ¿quién eres tú, oh amabilísima compañera?
- Yo soy entonces la congregación de todos los ángeles y santos del cielo y de la tierra bajo Cristo, mi Cabeza.
- Bien, así no me será pesada la compañía de los pueblos, siendo tú ellos todos reunidos bajo tu sombra. Si estoy solo, tú eres mi compañía; y si estoy con los pueblos, ellos formados en cuerpo moral son tu cuerpo ¡Compañera mía, compañera mía!, guíame tú en mi peregrinación sobre la tierra y en el término de mi viaje. ¡Abre, paloma mía, tus brazos y deja reposar en tu seno a este hijo del hombre que te ama y suspira por ti!

Ibiza, Dominica de pasión 1865

[2 Abril]

Raquel y el ganado de su padre

4. Había días que mi Amada se me presentaba en forma de la más graciosa, de la más bella, de la más hermosa de entre las hijas de Adán, en actitud y traje de pastora. Al sentir mi espíritu su presencia, no podía menos de exclamar arrebatado por los ímpetus del amor hacia ella:
- ¡Mi pastorcilla! ¿Quién eres tú?

– Siempre me preguntas por mi nombre, ¿qué te importa mi nombre?

– Oh, sí, pero perdóname. Yo deseo verte cara a cara y sin velos. ¡Oh, entonces sí sabré tu nombre! Deseo verte sin velos y ese deseo me mata, y en mi amor febril, oh querida mía, yo te llamo y busco conocerte; mas, ay, no veo más que tu sombra e imagen.

– Bien, conténtate.

– ¿Quién eres tú?

– Yo soy la hija de Labán, y esas gentes que corren tras ti y vienen a mí en la misión que para ellas te ha dado mi Padre, son el ganado que apaciento en los bosques de ese mundo.

– ¿Tú eres Raquel, la hermosa hija de Labán? [Gn 29].

– Sí, Raquel, Hija del Eterno y tuya.

– ¿Soy yo tu padre?

– Sí, yo soy, Hija del Eterno y tuya.

5. Había yo terminado la misión del primer pueblo, y me iba a marchar seguido de éste hacia el encuentro del vecino. Estaba para tomar un poco de reposo a la siesta de mediodía, y necesitaba dormir. No obstante, mi alma, despierta por la presencia de la hija de Labán, tenía también el cuerpo en vigilia.

– Tengo, Hija mía, necesidad de reposo, porque esta tarde, sabes, vamos en procesión dos leguas de camino.

– ¿Quién?

– Yo y tú.

– Sí, los dos. Yo soy estas parroquias unidas en Cristo mi cabeza; yo vengo contigo, yo soy tu reposo.

– Sí, Hija mía, tú eres mi reposo en mis fatigas.

– También soy tus fatigas, y por ellas voy a darte las gracias.

6. Elevándose la celeste pastorcita a lo alto, dijo: «Padre celestial, vos hacéis oír (alude a los sermones) vuestra voz dulce y consoladora a esta vuestra Hija peregrina sobre la tierra. Vos me habéis dicho palabras de consuelo, y en mi destierro habéis confortado a esta pastorcita encargada de vuestro rebaño. ¡Gracias!».

Y luego oyóse desde el cielo la voz del Padre, que dijo: «Esta es mi Hija muy amada, te agradezco haberla confortado» [Mt 3,17; Mc 1,11; Lc 9, 35]. Y el Hijo añadió: «Esta es mi amada Esposa y tu Esposa; yo te agradezco los servicios que le has prestado».

7. ¡Dios mío, Señor mío! ¡Infeliz de mí!, soy un miserable pecador; perdonad, Señor, mi ingratitud. Sí, vuestra Hija es mi Hija, oh Padre eterno. Y vos, oh Jesús, vuestra Esposa es mi Esposa amada; salvadme, Señor mío. Yo soy carne de sus carnes, hueso de sus huesos, sangre de su sangre; salvadme y seré salvo, salvándome a mí salváis a vuestra Esposa. Iglesia santa, sálvame y seré salvo; salvándome tu a mí te salvas a ti misma, porque soy tu carne, soy tus huesos, soy tu sangre. No abandones estas tus carnes y huesos áridos vivificados por la palabra de tu Padre. Estas gentes son tus miembros, son tu cuerpo: sálvalas de la putrefacción de la culpa y del pecado.

– Cuídame tú a mí, y yo cuidaré de ti.

– Hermosa Raquel, yo cuidaré de tus cosas; yo apacentaré tu ganado, tus ovejas conocen tu voz y la mía; cuida tú de mí.

Misión, Domingo de Ramos 1865

[9 Abril]

8. Nos trasladábamos de un pueblo al otro, y venía toda entera la parroquia hasta la vecina que nos esperaba en los límites divisorios de ambas.

- Yo voy contigo, vamos juntos –me dijo mi compañera.
- Ya te siento, aunque sin verte. ¿Quién eres tú, oh hermosa paloma?
- Yo soy la hija de Ragüel y tu hija [Gn 11,29-31;Tb 3,7-9; 6,10-15].
- ¿Tú eres Sara?
- Soy tu Hija y la Hija de Dios. Estoy sin marido aquí en esa Isla, porque Asmodeo, ese ángel impuro, ha muerto cuantos jóvenes con un corazón indigno se han atrevido acercarse a mí [Tb 3,8; Sb 18,25; Ap 9,11]. ¡Lanza a este espíritu perverso de en medio de esas gentes!
- Hija mía. Ya ves las armas de los hijos de los grandes profetas desplegadas contra él; no podrá sostenerse ante el estandarte de nuestra misión. ¿Quién eres tú, hija mía?
- Yo soy todas las parroquias de Ibiza unidas a Cristo, mi Cabeza.
- ¿Eres tú la diócesis de Ibiza suprimida?
- Sí, yo soy.
- Pobre... ¡cuánto te compadezco!
- No me abandones mientras vivas, oh padre mío.
- ¡Cuán agradecida estoy a tus sacrificios! ¡Oh, cuánto puede el amor de un padre!
- Hija mía, yo no me pertenezco a mí; pídelo a tu Padre celestial, pues yo estoy a sus órdenes y mandatos.
- ¿Mi Padre celestial? Ah, ya sabes tú que El hará en esto tu voluntad.
- Hija mía, yo no te abandonaré mientras viva. Te ofrezco todos los años una visita, si tu Padre celestial no ordena otra cosa.
- ¡Gracias!
- Hija mía, oh bellísima paloma, tú escondes de mí tu cara.
- No, padre mío, yo soy visible; yo estoy presente, con presencia corporal vengo y estoy contigo.

9. – ¿Dónde estás? ¿quién eres?
- Yo soy esa parroquia que viene contigo unida a Cristo, mi Cabeza invisible: soy visible.
- ¡Oh, qué eres bella, hermosa Sara! Sigamos nuestra marcha. Si tú estás aquí, todo lo tengo y todo viene conmigo; adelante. Al preguntarte por tu nombre me has contestado: «Yo soy la hija de Ragüel y tuya». ¿Tú eres hija mía?
- Sí, yo soy hija tuya.
- Explícate un poquito más claro.
- La palabra divina que administras es la semilla, que, recibida en el corazón de esta Isla, forma las almas según la ley a imagen de Dios. La palabra divina recibida en el corazón, reducida a obras, es el Hijo y la Hija de Dios: es la que engendra y da vida a las almas; y esa Hija de Dios formada a semejanza suya en virtud de la palabra que derramas en el corazón de la Madre, la Iglesia, soy yo. Eres mi padre, y con este dulce nombre yo oigo la palabra de vida que por tu boca pronuncia mi Padre celestial. Yo soy la isla de Ibiza, regenerada a la vida en virtud del verbo Dios. Esto que te digo es una realidad.
10. – Bien. ¿Y por qué me dijiste que estabas sin marido, y que siete jóvenes al pretenderte fueron entregados en poder del príncipe impuro Asmodeo? ¿Quiénes son éstos?
- Yo soy virgen, y el que me ama se une a mí; y cuanto más por amor esté unido conmigo, más casto es, más puro y más santo. Virgen soy, virgen seré siempre, y no puedo unirme sino con amantes castos, puros y vírgenes como yo. Esos jóvenes... La historia es un secreto que no puedes revelar.
- Si eres, hija mía, virgen, y virgen siempre has de ser, ¿cómo puedes tener marido y casarte?
- Yo no puedo casarme ni unirme sino con amadores puros, castos y vírgenes; y cuanto más me aman, más pura yo soy y mi amante más casto. Soy hija de un Padre virgen,

y mi esposo ha de ser virgen; y por eso Asmodeo se lanzó como un tigre sobre esos jóvenes pretendientes y les mató: no eran castos.

– ¡Virgen pura, Virgen casta, Virgen bella! Yo soy indigno de ti, ¿cómo me llamas padre?

– Porque me amas, y ese amor de caridad hace al amante puro y casto.

– ¿Yo te amo?

– Tú sabes que sí; y si no me amaras, no fuera yo tu hija; y porque me amas, corres en pos de mí y yo te sigo. Dame ahora, padre mío, dame tu bendición.

Débora y sus ejércitos

11. Era una de aquellas tardes de primavera en las que la naturaleza presenta un aspecto encantador, y venían conmigo más de dos mil personas sobre cuyas cabezas flotaba el estandarte del Monte santo del Carmelo. Y cantando himnos a mi Amada, nos dirigíamos a un pueblo de igual número que nos esperaba lleno de fe y de entusiasmo a los límites divisorios de ambas parroquias. Un coro de jóvenes hijas de labrador llevaba en andas una imagen que figuraba una Virgen; yo andaba detrás de ellas. Una voz procedente de allí me dijo: «Ven acá». Y yo me acerqué al lado izquierdo. «No es éste tu puesto». Y pasé al otro lado, y tenía yo la derecha de dicha imagen. Una voz se oía procedente de ella:

– ¿Quién eres tú? la pregunté.

– Yo soy Débora [Jc cap.4-5].

– ¿Y a dónde vamos?

– Voy a decirte una palabra.

– Dímelas luego, estoy atento a tu voz.

– Pues bien, acuérdate que en el año 1844 te hallabas en esta misma estación en medio de los ejércitos. Yo te dije una palabra que entendiste muy mal.

– Ya vengo en el caso. Me dijo una voz que no conocía: «Marcha, predica el Evangelio».

– Pues bien, era yo; y te salvé.

– Sí, tú me salvaste. ¡Ilusiones de la vida del hombre! Yo me había figurado que habíamos de formar batallones de tropa cristiana y con las armas materiales habíamos de batirnos contra los enemigos de Dios. La intención era recta, pero ilusiones mías. Yo entonces no te conocía, oh Amada mía.

– No, no me conocías, pero yo te conocía a ti; y a pesar de esconderme a ti, no obstante, entonces tu amor para conmigo era tan ardoroso y tan loco...

– Sí, loco. ¡Qué locura era la mía!

– Era tu amor tan loco y tan interesado, que buscabas ocasión de morir; y yo fugué la muerte y vives.

– ¡Para ti! ¿Vivo para ti?

– Sí, para mí. Pues bien, ahí tienes –ya que tanto ambicionabas batirte contra los enemigos de mi nombre– ahí tienes en esta Isla un ejército de 25 mil combatientes bajo esta bandera. ¡Mira qué fervor, qué decisión, qué unidad de fe en estos batallones! Vamos a batirnos contra Satanás y el pecado.

– Bien. ¡Qué cambio!

La valiente y hermosa Judit. Victoria

12. Esto que queda escrito pasó en breve rato. Y yo andaba mirando en nuestro estandarte las armas del Carmen que amenazaban a Satanás y a su trono; veía en la bandera que ondeaba sobre las cabezas de los jóvenes que la traían, la misión del gran profeta Elías reservada para los últimos tiempos [1 R 18,19-46; 2 R 4,23-25], y en estos pensamientos, llegamos a una colina desde donde descubrimos un pueblo de igual número que nosotros, que lleno de vida nos esperaba para ponerse bajo la protección de las armas

de la Virgen. Y apenas nos divisamos, la Virgen figurada en su imagen me hablaba secretos al corazón que miraban al bien de la Iglesia universal. Y una palabra estaba grabada a mi corazón, y era: «Ante estas armas, ante este pendón caerá Satanás y los tronos que defienden y sostienen su causa». Yo tengo esta costumbre: cuando viene y siento la presencia de mi Amada, mientras los oídos están atentos a lo que dice, mi corazón, devorado por la pasión del amor, busca en seguida conocer quién es, y luego cambia de conversación.

- ¿Quién eres tú, oh bellísima virgen?
- ¿Qué importa mi nombre?
- Mucho me interesa. Dime tu nombre.
- Yo soy Judit.

13. Y levantando su mano derecha, con el cetro que llevaba en ella, designó a los tronos de los reyes y príncipes que ligados con Satanás hacen guerra a la Iglesia santa.

– Mis armas se dirigen contra ellos. Di a estos pueblos que soy yo la que vengo para darles un abrazo.

- ¿Quién eres tú? ¿Diré que eres Judit?

– Yo soy Judit, porque mi misión está ordenada a cortar la cabeza a la impiedad de Holofernes: lo soy por la misión [Jdt 13,8-9]. Yo soy la madre de estas gentes. Diles que soy su madre, que es siempre virgen.

14. Así, llegamos al encuentro del pueblo que nos esperaba. Subí sobre una pared o muralla, y al empezar mi discurso me dijo: «Diles que soy yo la que viene de misión, la madre a sus hijos, la reina a sus vasallos».

Estas palabras me dejaron profundamente interesado. Y concluida la función, al romper la marcha con el nuevo pueblo que nos había venido a buscar, volví a haberlas con mi Amada:

– Seas Débora, seas Judit, seas Raquel, seas Sara, tú eres siempre la misma.

– Sí, tu Amada.

– ¡Cuán perdido yo andaba sin ti! ¿Dónde estabas cuando yo, no creyendo posible relación alguna contigo, te buscaba?

– Yo era la que soy ahora.

– Yo tengo ahora ya 54 años, no ha más allá de cuatro años que te conozco. ¡Cuán perdido ha andado mi corazón sin ti! ¿Por qué no te revelaste a mi juventud? ¡Cuán diferentes hubieran sido mis obras! Una sola palabra salida de tus labios hubiera bastado para advertirme de que eres tú mi cosa amada que buscaba. Hasta hallarte, mi corazón ha ido siempre en pos de ti preguntando por su Amada; mas ¡ay! nadie me daba razón de ti.

– Porque me buscabas me di a conocer.

MISIÓN EN IBIZA

Abril 1865

Una queja de amor

15. Era la Dominica de in Albis. Y habiendo de trasladarnos al pueblo de San Miguel, el tiempo amenazaba lluvia, pues había llovido toda la semana y la atmósfera estaba aún cargada. Tenía yo pena de que lloviera y me sabía mal fuera impedida la función. Tenía aquellos días a mi lado la bella hija de Ragüel, y dirigiéndole la palabra, la dije.

– ¿No eres tú mi compañera de viaje, oh bella Sara?

– Lo soy.

– Pues bien, ya que los pueblos me obedecen, yo voy a mandar a las nubes que no den lluvia esta tarde, y lo haré en tu nombre.

– Bien.

16. Así lo ejecuté. Conjuré al tiempo, y a las once se puso a llover hasta las tres. No habiéndome obedecido, yo estaba en mayor pena. Y la decía: «¿Los elementos no te están acaso sujetos? ¿Por qué me das pena?». A las tres cesó de llover. Y el pueblo de San Miguel, deseoso de que viniera a él la misión, vino a nuestro encuentro; y en un cerrar y abrir de ojos, todas aquellas montañas se reunieron bajo el pendón de mi Amada. Y no obstante, el tiempo amenazaba lluvia, y yo decía: ¡No habría más sino que nos mojáramos! «Elementos, obedeced a la voz de Dios; nubes, escuchad la voz del Creador. Yo os prohíbo en nombre suyo la lluvia. Pues que obedecen los pueblos y los demonios, obedeced vosotras también». Dicho esto, la hermosa Sara hizo sentir su presencia, y me contestó:

- No nos mojaremos.
- Tú no te mojarás, pero sí en caso, tu figura o imagen, y yo y ese pueblo.
- Yo soy esas gentes unidas a Cristo, mi Cabeza.
- ¿Te mojarás si llueve?
- No me mojaré, porque no lloverá.
- ¡Qué me meten en cuidado esas nubes...! ¡Que se retiren!
- No lloverá.
- ¿Y por qué no se han ido cuando yo lo he mandado?
- Convenía así, para que veas que a pesar del tiempo que amenaza lluvia esos pueblos salen afuera, nos siguen como ovejas a su pastor; en esto queda justificada su fe y su devoción.

No llovió. Y al entrar en la iglesia parroquial de San Miguel, me dijo:

- ¿Nos hemos mojado?
- No.
- Pues cree. Y así como te obedecen los pueblos y los demonios, también te obedecerán los elementos cuando convenga.

* * *

17. El 7 de mayo toda la Isla debía reunirse frente la ciudad en la Alameda para recibir la bendición. Todo estaba preparado para la función, pero el cielo estaba cubierto y amenazaba lluvia. Yo temía no se metiera en ello el demonio para estorbar la función; y conjuré en nombre de mi Amada las nubes y los vientos, la tempestad y el aire. Nos dirigíamos más de tres mil personas en procesión hacia la ciudad, y teníamos hora y media de viaje y el tiempo amenazaba lluvia, y esto me inquietaba. «Nubes, no me deis pena. Seáis obedientes a la voz de Dios que os prohíbe enviar agua». Y contestó mi Amada:

- No nos molestan las nubes; al contrario, nos sirven. ¿No ves qué tranquilidad en la atmósfera, qué buen tiempo? El calor nos hubiera abrasado en esta carretera, y las nubes se han constituido nuestro paraguas y parasol. No hayas miedo, ya obedecerán.
- Temo nos llueva y ese temor me inquieta.
- ¡Hombre de poca fe! Tu poca fe te infunde temor; no lloverá. Así fue.

8

EI VEDRA

Mayo 10, 1865 [Mañana]

A la vista del Vedrá

1. Estaba en el puerto de Cala de Hort arreglándonos para vadear el trecho que separa esta Isla de Ibiza, y al entrar en la barca y tomar en ella asiento, sentí a mi lado a mi Amada, pero sin forma especial, y dijo:

– ¡Cuán feliz soy yo en tener sobre la tierra un tal amante!

– ¿Quién eres tú?

– Yo soy tu Amada que viene a recibirte.

Mi corazón rebosando de gloria y contento prorrumpió:

– ¡Oh la más bella entre las vírgenes, abre tus brazos y recibe en tu seno a este miserable hijo de Adán, que, peregrino y extraño sobre la tierra, suspira por ti! ¿Tú vienes a mí?

– Sí, yo no puedo ser sorda a los gritos de tu corazón.

– ¡Me has oído! Bien, vamos a este monte solitario. ¿Quién eres tú, cuál es tu nombre?

– Mi nombre es María.

– ¿María, la Madre de Dios?

– Yo soy la congregación de todos los santos y ángeles del cielo y de la tierra y de debajo la tierra unida a Cristo, mi Cabeza.

– ¡Esposa mía, paloma mía, abre tus brazos y recibe en tu pecho a este miserable mortal que suspira por verte y gozarte!.

– No es hora. Tengo una palabra que comunicarte.

– Dímelas.

– En el monte estarás solo.

– ¡Dios mío! ¿Piensas, querida mía, que el barquero me hace compañía? Tú eres sobre la tierra mi única compañera. ¡Monte santo, abre tu seno y recibe en tus escondrijos a este hombre mortal!

Vedrá, Mayo 10, 1865.

La tarde del día 10

Objeto de mi retiro: ejercicios

2. La tarde era una de aquellas risueñas y hermosas que nos presenta el mayo. Yo estaba muy fatigado y rendido

de cuerpo, y mi espíritu, semejante al viador oprimido por un largo viaje, no deseaba otra cosa más que reposo y descanso. Y porque el pensar y discurrir es fatiga, ni de esto tenía deseo, y repetía muy a menudo: «¡Virgen eterna, Virgen esposa, Virgen hermosa, abre tus brazos y déjame reposar y descansar en ellos! ¡Oh Iglesia santa, Virgen sin tacha, Madre fecunda, recibe en tu seno a este tu hijo!».

Estaba mirando con mucha detención lo pintoresco de este monte inaccesible, y una voz procedente del fondo de los mares que le rodean, dijo: «Estás en tu propia casa, este monte es tu mansión como hombre mortal». Y contesté: «Sí, oh que estoy bien aquí». Y continuó aquella voz: «Es la casa que tu Padre te tenía preparada para que en ella te unieras con su Hija en fe, esperanza y amor». «Así lo veo». ¡Monte santo, estoy rendido; déjame reposar en tu seno!

La noche del 10 de mayo

3. El cuerpo estaba ya reanimado de la fatiga, y el espíritu en vigilia y atento a la voz de Dios. La noche era muy clara, y la luna toda llena y entera levantándose de debajo las aguas del Mediterráneo convertía en día este monte; las crestas sublimes de esta Isla hacían sombra donde yo estaba, de modo que yo estaba a la sombra del monte. Nada de terror ni de espanto, al contrario: todos los apiñados torreonos y el bosque que los adorna, todo estaba engalanado como para un tiempo de fiesta y de solemnidad. El mar estaba quieto, y con su murmullo parecía conferenciar y hablar con el monte; el aire también susurraba, pero con mucha quietud y suavidad. El aire, los mares y el monte parecía hablaban entre sí. Llamaron mi atención, y escuché atento y oí que de voz muda decían: «Será el 11 de mayo».

Pregunté:

– ¿Qué será el 11 de mayo?

– Fiesta, gran solemnidad.

- ¿Con qué objeto?
- La gloria de Dios cubrirá este monte.

4. Yo había pasado la tarde muy fatigado de cuerpo y de espíritu. Y en los ratos malos luego me vienen dudas y zozobras sobre la realidad y veracidad de mis amores con la Hija de Dios, la Iglesia santa; y esas dudas, si bien no conmueven gravemente el alma por estar ya acostumbrada a rechazarlas, no obstante la afligen un rato. Para disiparlas y consolar mi espíritu entristecido por la ausencia de su Amada, y mucho más por no poderla ver sino entre sombras y especies, reanimo la fe creyendo lo que ésta enseña en orden al objeto de nuestro amor.

5. Mientras hacía actos de fe... «creo en la Iglesia santa, católica, apostólica, romana», vi venir hacia mí una sombra, la que a primera vista me impuso terror. Esta sombra al acercarse descubría una figura, y esa figura al paso que se acercaba dejaba ver a la luz de la luna la especie de una joven de edad unos 33 años. La claridad de la luna disipó la sombra, y se presentó toda luz, blanca como la esencia de ella. Iba vestida toda ella de ropa purísima y finísima de color blanco; en su cabeza distinguí una coronilla que despedía mucha luz en sus brillantes; en su mano derecha llevaba un cetro de oro puro y transluciente. Yo me puse de rodillas. Mis carnes, aunque creía era mi Amada se horripilaron, y repetía mi corazón: «Et unam, sanctam, catholicam», etc.

- ¿Quién eres tú?, yo la dije.
- Soy, oh ministro mío, tu reina.

6. Yo me llené de terror y de espanto, y al postrarme me dijo:

- No temas, soy tu Esposa.
- Reina y soberana de todo lo criado, oh Iglesia santa, deja a este tu indigno ministro que adore rendido tus pies.
- No, levántate y no temas, tu reina es tu Esposa.
- Señora mía, si no fuerais mi Esposa, muriera de terror. ¿Vienes, querida mía, a pedirme cuenta de mi ministerio de

sacerdote? Oh, si tú no fueras mi Amada, yo me diera por perdido. Ahí tienes a este mal sacerdote tuyo, indigno de ti. ¡Miserable de mí! Perdona, Reina mía, perdona las culpas de este tu ministro. Iglesia santa, ¡cuán indigno soy de ti!

7. Yo no me atreví a preguntarle quién era, porque mi alma se hallaba encogida y toda llena de confusión. Pero asegurado que realmente era mi Esposa, pregunté:

- ¿Quién eres tú?
- Soy tu Reina y tu Esposa.
- ¿Qué nombre tienes?
- No te importa.

8. Viéndome otra vez sobrecogido del terror, temiendo no fuera obra del diablo, tomé la estola que tenía pendiente de un tronco de árbol, y levantándome, vestido de ella y revestido del poder sacerdotal, la dije con firmeza y autoridad:

– ¡Sombra! Yo te conjuro como sacerdote de Dios vivo que me digas quién eres. Ríndete, porque sobre la tierra no hay más poder que el sacerdotal que es sobre todos los reinos, coronas y cetros; seas quien fueres, ríndete.

9. Apenas pronuncié las primeras palabras, desapareció de la cabeza de aquella joven su corona y el cetro de sus manos se desvaneció, y la misma figura que estaba frente a mí en pie se postró en tierra; y plegadas las manos sobre su pecho, al levantarse exclamó por tres veces con grande emoción:

- ¡Padre mío, padre mío, dame tu bendición!
- ¿Quién eres tú?
- Soy tu Hija, la Iglesia santa, peregrina sobre la tierra. Dame, padre mío, dame tu bendición.

10. Al momento, todo el monte se llenó de la gloria de Dios, y oyóse la voz del Padre que me dijo: «Esta es mi Hija muy amada y tu Hija. Dale, oh sacerdote, dale en mi nombre la bendición». Oyóse en seguida la voz del Hijo: «Esta es mi

Esposa y tu Esposa, ámala y bendícela en mi nombre». Recibida la bendición, mandé se levantara.

– Toma, hija mía, toma en tus manos el cetro, y ciñan tus puras sienes la corona; sobre las ruinas de los reinos e imperios impíos levantaremos tu trono. ¿Qué quieres, hija mía? ¿qué pides a este tu padre? ¿Puedo en alguna cosa servirte?

– Padre mío, mi Padre celestial me envía a ti. Yo soy la Iglesia romana militante sobre la tierra. Vengo a ti esta vez no para tratar de amores, sino de mis intereses sobre la tierra.

11. – Bien, hija mía. Hablaremos y trataremos de tus intereses sobre la tierra. ¿No dijiste eres mi Reina y mi Esposa?

– Lo soy. Pero conjurada en nombre de mi Padre por tu poder sacerdotal, yo no soy más que la más rendida y agradecida de todas las hijas a los pies de su padre y una afectuosa esposa. Dudando si era yo o no, has hecho bien en conjurarme para declarar la verdad, y yo me he rendido a tus pies, pues que como sacerdote me representas en la tierra el sacerdocio de mi Esposo Jesucristo y el de mi Padre.

– Puesto que como hija mía y de tu Padre celestial, rendida pides la bendición a este sacerdote, yo, como sacerdote, ministro tuyo, quiero darte cuenta de mi vida de tal; y pedirte como reina perdones a éste, tu ministro las faltas y pecados que ha hecho en el cumplimiento de mi ministerio.

– Como reina soy la congregación de todos los ángeles y santos del cielo y de la tierra y de debajo la tierra y bajos este aspecto trataré contigo sobre los asuntos de tu ministerio de sacerdote. Como hija tuya y del Padre celestial, soy la congregación de los fieles cristianos unidos a Cristo, mi Cabeza invisible, y al Papa cabeza visible.

12. – Y el Papa ¿es hijo mío?

– Del mismo modo que tú hijo del Papa. El que me ama a mi es mi padre y mi madre, porque me tiene en las entrañas del amor como una madre en su seno a su hija; el que me ama, ora por mí, por mi Cabeza y por todas las partes de

mi cuerpo; el que me ama, éste es mi padre, mi madre, mi esposo y mi hermano [Mt 12,50]. Así como tienes necesidad tú que otros oren por ti, así los demás tienen necesidad, desde el Papa hasta el último de los fieles, que oren por ellos. En el amor de la caridad está la paternidad y la filiación, y en tal concepto soy hija tuya. Y cuando bendices a los pueblos, me bendices a mí, porque los pueblos soy yo y yo soy ellos unidos a Cristo, mi Cabeza. Cuando predicas a los pueblos, me das a mí la palabra del Padre, que es el Verbo eterno; y es a mi corazón vida, fuerza, calor y virtud, pan, leche y vino y mi alimento. Cuanto haces a tus prójimos lo haces a mí, porque yo soy ellos y ellos son la Iglesia.

13. En estos coloquios me retiré dentro la cueva, y me siguió aquella figura, y la dije:

– ¿Eres tú la misma que me acompañabas en la misión no ha mucho?

– Soy yo, sí, soy la misma. En la soledad seré tu compañera, y en medio de los pueblos yo no te dejaré; en vida estaré contigo, y tras las sombras de la vida presente me verás y estaré contigo a cara descubierta en gloria.

En estos coloquios me cogió el sueño de la noche.

Noche del 10

Un sueño dorado

– Déjame dormir, hermosa mía, déjame descansar.

– Duerme, amante mío, yo velaré y esperaré.

– Dormiré mi cuerpo, pero mi corazón se queda vigilante y despierto en tus manos.

14. Mientras estaba mi cuerpo en reposo, una voz dulce y suave me dijo: «Ven y verás la casa y mansión de tu Amada». Y fue elevado mi espíritu sobre la cima de un monte alto y sublime, y el que me guiaba me manifestó desde allí la

ciudad santa de Jerusalén. Vi su magnificencia, sus riquezas y su inmensa gloria; vi a mi Amada cuanto posible fue verla un ojo que vive en carne mortal. Vi su cara, vi su Cabeza que es Jesucristo Dios y hombre, y su inexplicable hermosura y belleza; los ángeles y los santos son con su Cabeza un solo cuerpo ya glorificado. Vi que en el cielo todos los ángeles y santos son una sola cosa que es la Iglesia santa [Ap 21 y 22].

15. Y acercándome ante el trono del Cordero, me dijo Nuestro Señor Jesucristo con mucho amor: «Yo soy cabeza de todos los ángeles y santos. En mi cabeza está la lengua de este cuerpo moral que es mi Iglesia. No lo dudes, soy yo quien te habla, y te hablo y me comunico contigo como cabeza de mi Iglesia; y por lo mismo, es ella, es tu Esposa y mi Esposa la que te habla, es ella la que se comunica a ti en mí y por mí, pues que, como ves, todos somos un solo cuerpo que es la Iglesia».

Vi la Virgen María y su cuerpo glorificado constituyendo con Cristo, su Hijo, Cabeza de la Iglesia triunfante. Y admirándome yo de tal misterio, me dijo: «Yo soy con mi Hijo la Cabeza de la Iglesia, así como Adán y Eva lo fueron de la raza humana según la carne. Yo soy el tipo único, perfecto y acabado de la Iglesia considerada con el cuerpo de una mujer; mira en mí a la Iglesia tu Amada. Yo te ayudaré en cuanto dependa de mí; predica en el mundo esta grande verdad. Yo no soy el término último del amor del hombre, sino que soy la figura de la Iglesia, virgen pura y madre fecunda, y es ésta la cosa amada designada por la ley del Evangelio, que es la ley de la caridad. Estos cultos religiosos que me tributa la tierra en todo el mundo, yo los ordeno a otra virgen y madre que es la Esposa de mi Hijo. Describe con la pluma y el lápiz su inmensa belleza, y preséntala a los ojos del hombre viador como término del amor».

Mientras yo estaba durmiendo, y paseando en ensueños la plaza y las calles de aquella Ciudad, que es mansión eterna de mi Amada, una voz dulce y amorosa me despertó y me decía: «Levántate, y vamos a la celebración de una solemne fiesta». Y me levanté.

Mayo, mañana del día 11

16. Me levanté, salí de mi cueva, y la aurora anunciaba una de aquellas mañanas de mayo, halagüeñas, fascinadoras y alegres para el hombre que fuera de las ficciones del mundo contempla solo en el desierto los atractivos de la naturaleza siempre bella, siempre inocente, siempre agradable a los ojos de su Autor. Un silencio sepulcral reinaba en todas partes: el mar estaba en reposo y sin abrir la boca ni para murmurar; el aire, quieto y sereno; el cielo, limpio y puro. El águila y cuervo marino y demás aves pescadoras que habían venido a pernoctar en estas altísimas peñas, salían de sus escondrijos para buscar su alimento; el gavián que tenía sus pequeñuelos en las inaccesibles grietas de estos peñones salía a la caza; el mirlo, ave solitaria, anunciaba con su melodioso canto desde lo más sublime de estas crestas un día hermoso. La naturaleza, con voz dulce y elocuente decía: «Adoremos al Criador, a Dios, autor de nuestro ser»; y yo, uniéndome a ella, me postré ante la cruz del Salvador, que cuanto más tosca y rústica, más anunciaba su virtud y fuerza.

– ¡Iglesia romana! Ven, hija mía, ven; tu padre te llama.

– Estoy aquí; no has tenido que llamarme dos veces.

– Hoy es día muy señalado para mí y para ti, puesto que ya no hay que tratar más de amores, en razón de que yo sé que me amas y tú sabes te seré fiel. Tu Padre y Jesús, tu Esposo, nos llaman. Subamos a la cima de este monte; subiremos allá a la oración de la tarde, y trataremos de tus intereses, que son los míos.

– Bien, padre mío. Ora por mí, si no...¹.

1. Aquí se interrumpe inesperada y bruscamente el diálogo, que queda truncado cuando parece que debería seguir ese singular acontecimiento anunciado para el día 11. En lugar de proseguir con la descripción interrumpida del día 11 por la mañana, después de una página en blanco, aparece de improviso en el autógrafo una especie de cortada para otro tomo del escrito.

MIS RELACIONES CON LA HIJA DE DIOS

Tomo 2º

MI VIDA ORDENADA AL SERVICIO DE MI HIJA Y ESPOSA
LA IGLESIA SANTA

VEDRA

11 Mayo 1865 [Mañana]

17. Tres períodos tiene mi vida.

En el primero procedía sin guía, sin norte. Mi corazón, devorado por la pasión del amor, desprendido de todo objeto carnal y terreno, buscaba fuera de las criaturas el objeto de su amor; mas ¡ay! no conocía su Amada, y no conociéndola, ¡qué delirios, qué ilusiones, qué extravíos, qué locuras! Amaba, y para dar un testimonio de su amor a la que sabía existía pero que no conocía, resolvió morir por ella.

18. En efecto, el año 1838 me presenté de misión en medio de los ejércitos enemigos uno de otro, en medio de un país que estaba convertido por la guerra fratricida en un cementerio sembrado de cadáveres. Seguro de poder dar allí mi sangre en testimonio de mi amor para mi Amada, ofreciéndome al Padre por una de las víctimas que su cuchilla justiciera sacrificaba en expiación de nuestros pecados, me presenté al altar del sacrificio. Hasta el año 1846 mi vida

estuvo pendiente de un delgado hilo que el Señor guardó, nadie cortara....

19. En cierta ocasión los sacrificadores me buscaban. Y sabido mi paradero, me sorprendieron en una casa de una mujer anciana y viuda. Esta mujer, instrumento secreto de la Providencia, me encerró en un armario lleno de ropa que tenía dentro el cuarto donde yo dormía. Entrados los sacrificadores en el cuarto, pidieron la llave del armario a la anciana viuda. Y ésta, más sagaz que ellos, puso la llave al cerrojo, y volviéndola, no para abrir sino para torcer la llave, forcejeaba aparentando abrirle; y el jefe, lleno de rabia, tomando la llave de manos de la viuda, al intentar abrir rompió los dientes; y la mujer, aparentando enojo y furor por haberla roto la llave, a gritos y querellas los despachó. Y así fui salvo por manos de una mujer.

20. En otra ocasión venían con orden de fusilarme en el acto. Los sacrificadores fueron por un guía, compañero falso, conducidos hasta la cueva donde estaba; entraron dentro. La Virgen Carmelitana, cuya fiesta era en dicho día, se puso de por medio, me hizo invisible a sus ojos y no me vieron ni me hallaron.

Entonces vi que no aceptaba mi Padre celestial mi sangre. Y yo no tenía relaciones con mi Amada; y no obstante, le ofrecía y daba mi vida y mi sangre que no aceptó.

21. Pasé mi vida en busca de mi cosa amada hasta el año 1860. Bien sabía que existía, pero ¡cuán lejos estaba yo de pensar fuese quien es! El objeto de mi amor era para mí Dios, de un modo confuso y vago y sin detalles. Yo deseaba, como todos, amar y ser amado, amar y ser correspondido en mi amor; y esta correspondencia por parte de mi Amada, ni la tenía ni la creía, menos, posible; y de ahí era que mi corazón daba gritos buscando amar y ser amado.

22. En 1860, con gran sorpresa mía, empezaron las relaciones con mi cosa amada. Y como era extraño a estas relaciones y no las creía ni menos posibles, por esta causa ha tenido tanto que trabajar en mí la gracia para establecer-

las; y en estas relaciones continuas he pasado hasta la fecha. Todos mis soliloquios y ejercicios se han dirigido a una sola cosa, que es unirme en fe, esperanza y amor con mi Amada.

Esta unión bien veo tiene siempre más y más, porque mientras más perfecta es la caridad, más íntimamente está el corazón unido con su amada; y creciendo la caridad hasta lo infinito en este mundo, esta unión no puede consumarse y ser perfecta sino en la gloria, porque en esta vida hay siempre peligros y posibilidad de romperse estos sagrados lazos.

23. La presencia de mi Amada ahora ya no me causa aquellas profundas sensaciones que en sus principios, por razón de que mi corazón está contento con ella, la ha hallado. Y si bien teme y tiembla a la idea de que puede perderla y divorciarse con ella, si es verdad tiene la pena de no poderla ver sino bajo el velo del enigma y del misterio y no cara a cara como desea, si es verdad esa unión es imperfectísima por la potencia y posibilidad que hay en romper con ella, no obstante ya no busca, sino que goza y espera: cree, goza, espera, pena y ama todo junto y a un mismo tiempo, de modo que no hay goces sin pena ni pena sin goces, no tiene tristeza sin alegría ni alegría sin pena; la posesión de la Amada en amor de caridad, no siendo inadmisibile, indestructible e imperecedera, trae a ratos sobresaltos, recelos, zozobras, dudas, temores y ansiedades que son más duras que la muerte, pero ya no busca, porque tiene el corazón lo que desea.

24. Ahora voy a entrar en otro período de vida y modo muy distinto de proceder delante de Dios y en mis relaciones con la Iglesia. Y consiste en que, hallada la cosa amada, no teniendo el espíritu sus fuerzas ocupadas en buscarla, éstas se han de dirigir a servirla y cumplir la misión que su Padre celestial tenga a bien darme con respecto a ella; y sobre estas materias versará este tomo. Ahora entro en un nuevo modo de proceder que me es enteramente desconocido, y para lo que necesito oración; pero como ya tengo a mi Amada, esto no me da tanto cuidado.

La tarde del 11 de mayo

25. El tiempo se mantuvo quieto y sereno. Y llegada la hora de la oración, una hora antes de ponerse el sol, cubrióse la cima del monte de la gloria de Dios y yo me dispuse para subir a él. Desde esta cueva arriba hay un cuarto de hora, y desde el mar hasta esta cueva, tres cuartos.

26. Estaba yo en oración en mi cueva, y oyóse la voz amorosa del Padre, que dijo: «Ven, Hija mía, ven». Y la de su Hijo: «Ven, Esposa mía, ven». Y la Hija del eterno Dios que estaba a mi lado, subió a las nubes de que estaba cubierto el monte, y me dijo: «Ven conmigo», y yo subí a la cima de este monte.

Vi en él dos tronos: en el uno estaba sentado el eterno Padre, y en el otro estaba su Hija. En frente de los dos tronos había un altar preparado, y millones de ángeles rodeaban los tronos y el altar. «¿Qué pides, Hija mía, qué pides? Tus suspiros, tus lágrimas, tus clamores y oraciones han llegado a mis oídos; pide y cuanto pidas se te dará». Levantándose la Hija de Dios de su trono, dijo: «Padre mío: has comunicado tu paternidad al hombre mortal para que yo en mi peregrinación (es la Iglesia militante) sobre la tierra tuviera visible tu paternidad en el hombre, y éste es el que me representa sobre el altar ante vuestro trono; él os pedirá como sacerdote, en unión con el Pontífice de Roma y demás obispos y sacerdotes... Recibid, Padre mío, recibid y aceptad sus súplicas». Dicho esto, me vistieron las insignias sacerdotales, y subiendo al altar ofrecí mis oraciones al Señor.

El 12 de mayo [Mañana]

27. El mar está furioso, agitado por la tempestad, levanta al cielo sus olas; y su voz, semejante al grito de infinitos pueblos, formula un bramido y clamor que indica su descontento e inquietud. Los vientos embisten con furor las elevadas crestas de este monte; mas no importa: él está quieto,

pacífico, inmóvil e inalterable. Una nube cubre la cima del monte; y es tanta su gloria, que convierte la luz del sol en tinieblas. Veo en medio de ella una mujer sentada sobre un trono de igual gloria. Me llama, dejo la pluma, voy..., tomo la estola, subo, llego allí.

– ¿Quién eres tú?

– Yo soy la congregación de todos los ángeles y santos del cielo, de la tierra y de debajo de la tierra unida a Cristo mi Cabeza; yo soy tu reina, soy tu Madre, soy tu Esposa.

– ¡Bellísima Ester, reina y soberana mía! Yo estoy a tus órdenes, pronto para cumplir tus mandatos. ¿Qué quieres de mí?

28. Yo estaba en pie como sacerdote de Dios y de su Iglesia, y la Reina contestó:

– Yo soy tu Amada, pero no me mires, no te detengas en amores, porque no me verás; vengo a ti y tú has venido a mí para tratar de nuestro enlace por amor; esto ya es obra acabada; tú has dado en distintas ocasiones de tu vida pruebas de tu amor, de tu obediencia, de tu fidelidad, de tu firmeza, de tu perseverancia y de tu lealtad para conmigo, y yo he depositado en ti mi amor y confianza. En adelante trataremos de la suerte, de la situación de la Iglesia romana y de tu misión en ella.

– ¿No eres tú la Iglesia romana?

– Yo soy la Iglesia triunfante, militante y purgante, soy las tres en una sola cabeza; la Iglesia romana es la congregación de los miembros de mi cuerpo que tengo sobre la tierra, y sobre éstos voy en adelante a hablarte: ésta es tu Hija muy amada, y yo soy su Madre y tu Esposa.

– ¡Reina inmortal! Yo estoy preparado para la ejecución de tus órdenes y mandatos; en sabiendo lo que he de hacer, ya no necesito ver ni saber más. Tú me conoces, sabes de qué soy capaz; tú sabes muy bien que no temo ni vida ni muerte, ni cárcel ni destierro, ni hambre ni sed, y que el mundo no me hará torcer mis caminos.

29. – Sí, lo sé. Sobre tres artículos voy a fijar tu misión. Dímelos: 1º la revelación de mis glorias al mundo, 2º la restauración de la Orden del gran profeta Elías, 3º la misión de este Profeta en la tierra.

1º Por lo que toca a lo primero, yo estaré contigo y revelaré a los hombres mis glorias, mis riquezas, mi poder y fuerzas y les descubriré mi inmensa hermosura y belleza. Tú aplica todas las fuerzas y toda tu atención en ejecutar lo que yo te ordenaré. Yo dirigiré tu pluma y el pincel y el lápiz; y tras las sombras, las figuras, las especies y enigmas, yo me daré a conocer a los que tengo escogidos para que, venida la hora tremenda del combate, me amen y sean fieles.

2º Despliega las armas del Monte santo del Carmelo, para que se acojan a su protección los que están escogidos para hijos del gran profeta Elías, y dirígelos en los desiertos, preparándolos allí para recibir el espíritu doble de este gran Profeta.

3º Empieza tu misión, predica el santo Evangelio bajo las formas que te serán manifestadas.

– Bien. Por lo que toca a lo primero, será para mí no un trabajo sino una satisfacción revelar y manifestar a los hombres tu inefable hermosura. ¡Oh, que todos te conocieran, Virgen bella!

30. En cuanto a lo segundo, me importaría conocer el destino de esta sociedad de hombres que acogidos bajo las armas del Carmen, huyan del mundo y se salven en los desiertos. Hijos tuyos son, tú los cuidarás mejor que yo.

– Entiéndete sobre ellos con tu padre san Elías; y díles que están bajo su cuidado y dirección, que le reconozcan por su General, que el superior general tenga el título de secretario del General; que pidan les dé Dios el espíritu fuerte del Profeta.

– La dificultad toda está en el desempeño de mi misión por lo que toca a la predicación. Al encontrar los demonios, ¿no han de obedecer?

– Yo te lo mando: lanza los demonios doquiera que los encuentres.

– ¿Qué haré con el Anticristo?

– Ya vendrá su día y su hora.

– ¡Ya vendrá su hora! ¿No ha llegado aún el día de poner en descubierto su maldad y de anatematizarle? ¿No es hora de revelar al mundo incauto este hijo de perdición?

– Calla, es un secreto y un misterio; no escribas más sobre este asunto.

31. – Bien. ¿Qué misión me das, oh excelsa Reina y Soberana mía, para con el hijo de perdición que tiene el mundo entero seducido, que se ha ganado todo, que todo lo domina? ¿Cómo puede la Hija del eterno Padre, militante sobre la tierra, vivir con él? ¿Puede acaso transigir con ese traidor?, ¿Podemos esperar del curso que van tomando las cosas que se convierta? ¡Divídase el campamento en dos partes: que cada uno levante su bandera, y nos batiremos hasta morir! ¿A qué esa confusión en el mundo? Es el fuerte armado que custodia la entrada donde está encarcelada la sociedad: o dame poder, autoridad y misión para desarmarle, o déjame, bellísima Ester, déjame solo en este monte.

– Marcha, yo te envió; y en medio del choque te diré lo que tengas que hacer [Est 2 y 5; Lc 11,21].

– ¡Virgen hermosa, Madre la más tierna, oh triunfante Iglesia!, abre tus brazos y recibe en tu seno a este miserable mortal; retírame de este mundo.

La noche del 12 de mayo

32. A media noche salí de mi cueva. La luna estaba tan clara y tan luciente que parecía el día, y me arrodillé para la oración. Vinome a la idea por un momento si todas mis relaciones con la Iglesia serían o no una ilusión. En este pensamiento estaba, y veo venir hacia mí de frente una sombra que

no era sombra sino una figura blanca como la luz misma de la luna. Y al acercarse a mí, me dijo:

– Soy yo, oh padre mío.

– ¿Tú eres mi hija?

– No dudes, y tu Esposa.

– Lo creo. ¡Oh qué eres bella, paloma mía, qué eres bella!

33. Si bien no se dejaba ver con claridad por ser la luz la de la luna, pero era tanta su belleza, tanta su gracia, que es imposible no arrebatarse el corazón más insensible y no le encienda en amor puro de caridad.

– Mírame.

– Cinco años ha que mi vista no se aleja de ti. Desde que te vi, mi corazón quedó herido de muerte, y ya no me es posible amar otra cosa que a ti. ¿Quién eres tú?

– Yo soy la hija de Jacob.

– ¿Raquel?

– Sí, tu Hija y la Hija del eterno Padre, la Iglesia romana, esa que esparcida en toda la tierra peregrina en ella [Gn 29,6-30].

34. Yo la miraba con atención, porque la luz de la luna, aunque oscura, me dejaba ver cuanto posible es al ojo intelectual que mira la realidad en especies y figuras.

– ¡Oh, qué eres bella!

– Yo soy tu Esposa y tu compañera inseparable: doquiera que vayas, vendrá mi sombra.

– ¡Tu sombra! ¿Nada más que una sombra? ¿Cuándo veré sin sombras?

– Donde está la sombra está la realidad que la produce; mira bien mi sombra.

35. Yo me puse con más atención a mirarla, y la vista la examinaba de pies a cabeza. Su vestido era muy largo, de

una materia blanca, pero más fino y puro que el de hilo de plata la más fina; le ceñía en sus renos una banda de oro puro y transparente, tenía en sus hombros una especie de mata o banda ancha pero recogida, y sus dos extremidades colgaban por delante sobre sus brazos con guarnición de oro, y él era blanco: era la insignia de su sacerdocio como nuestra estola. Sus cabellos, la parte de arriba estaban con tanta gracia compuestos, que le formaban tres coronas que despedían toda luz como las perlas y diamantes vivos, y su forma no era como pintan las tiaras de los papas sino una dentro de otra, una más pequeña que otra, de modo que no aparentaba haber más de una, pero, como todo era transparente, se veían las tres; lo restante de los cabellos, divididos en dos trenzas, le caían sobre las espaldas, no como los de un peinado sino vivos y muy ordenados en sí mismos, sin que hubiese uno solo que no tuviera su orden, y todos juntos revelaban los pensamientos puros de la más alta y sublime inteligencia y de la sabiduría increada que residía en aquella cabeza. En su mano derecha tenía un cetro de oro, y a su remate había una cruz pequeñita que era toda diamantes; y en su mano izquierda un báculo pastoril, también de oro. Su cara era blanca como la misma luz, pero tenía este blanco un color encarnado, el más puro que pueda concebirse, y toda la carne viva, fina y transparente en todo su cutis como el cristal más puro; su nariz toda transparente; sus dientes, blancos y ordenados. El conjunto de todas sus fisonomías revelaban que era la Hija de Dios, y manifestaban al primer golpe de vista el conjunto de las perfecciones divinas figuradas en tanta belleza. Sus ojos estaban siempre bajos, y al hablar los abría un instante para mirarme; y su mirada era un dardo de fuego de amor divino que encendía, hería y mataba el corazón. Su voz, tan dulce y tan suave al oído y al corazón, que era capaz de matar de gozo al más duro e insensible.

36. Yo miré con toda detención cada una de sus partes de por sí, por si hallaba desproporción, tacha o defecto, pero el corazón, herido a su presencia, repetía: «¡Eres toda bella,

toda hermosa, en ti no cabe mácula, tacha ni imperfección alguna!». Su edad era varonil, de unos treinta y tres años; su estatura regular, como su forma, ágil como una golondrina, toda ella en una admirable proporción; su cuerpo, siempre bueno, sano y sin enfermedad alguna [Ct 4,7]. Después de haberla bien mirado, exclamé.

¿Y tú eres la Iglesia romana? ¿Tú eres la Hija de Dios militante sobre la tierra?

– Lo soy.

37. – ¿Y el pecado no afea tus miembros?

– El pecado no me pertenece. Todo cuanto hay sobre la tierra de inmundo no es cosa mía, es cosa de los hombres.

– ¿Y los hombres acaso no son las partes de tu cuerpo?

– Por lo que tienen y han recibido de Dios, son carne de mis carnes y miembros de mi cuerpo, pero por lo que hay en ellos de culpable, pertenece esto a ellos y al diablo.

– ¿Has sido siempre toda hermosa?

– Y lo seré: siempre hermosa y siempre virgen.

– Puesto que traes ese báculo, ¿eres pastora?

– Soy la hija de Labán que guardo el ganado que me ha confiado mi Padre [Gn 29,6-9].

– ¿Dónde lo tienes?

– Por toda la tierra.

38. – ¿Dónde tienes tú la residencia?

– Por los bosques y desiertos; allá donde están mis ovejas, allí estoy yo. Yo estoy en medio de las grandes ciudades del mismo modo que en los desiertos y claustros.

– ¿Qué buscas en esta soledad?

– Te busco a ti.

– ¿Quieres que venga contigo?

– En adelante yo no me separaré más de ti ni tú de mí, estaré contigo y tú conmigo.

– ¿Dónde estará nuestra residencia?

– Yo tengo mi residencia en el templo del Señor mi Padre: allí sobre la mesa del altar estoy de reposo, mi cabeza reclinada sobre ella noche y día, en el altar está el tálamo sagrado donde me uno con los que me quieren y aman; allí mi trono, donde como reina gobierno y dispongo de los destinos de cada uno. Yo me he dejado ver de ti, y me has visto del modo que posible es a tu condición de mortal para que reveles mi belleza a los hijos de los hombres; ven y sígueme, yo seré tu compañera.

– ¡Qué dicha, qué buena compañía! Si el hijo de los hombres te viera y tú le miraras con amor una sola vez en la vida, ¡oh qué amor te tendrá! ¡Eres toda bella, infinitamente amable!

13 de mayo

El amanecer de un dulce sueño

39. Pasada la hora de la oración, yo me retiré dentro la cueva, y la sombra me siguió sin luz; y en dulces coloquios con mi compañera tomé el sueño. Entre ensueños vino a visitar nuestra pobre ermita una soberana con todo su aparato real. Todos los ermitaños andaban de revuelta con tal visita, y yo la obsequiaba cuanto podía; pero todo me faltaba allí, porque nada tenía; y sorprendido de que una reina se abajara a visitar sitios tan pobres, pedía recibiera al menos nuestra buena voluntad. La acompañaba un obispo amigo nuestro, que se mostraba también muy obsequioso. Y al despedirse, yo quedé con pena de que se fuera en el momento en que yo deseaba comunicarle mis cosas; y esta pena me despertó. Y al despertarme me dijo mi compañera.

– Tu Reina, tu Hija y tu Esposa está aquí; no se ha ido ni te dejará, dime lo que quieras.

– Una sola cosa voy a decirte, y es que pidamos a tu Padre que lance lo más pronto posible del templo suyo al hijo

de perdición, al hombre malo que con gran ruina de tus hijos le llena de inmundicia.

– En seguida... es tiempo de oración.

– Subamos a la cima de este monte.

40. Al subir a la cima de la montaña, apareció ésta llena de la gloria de Dios. Oyóse la voz del Padre, que dijo: «Esta es tu Hija y mi Hija muy amada». Entonces, poniéndome la estola, pedí al Padre y dije: «Padre, eterno Dios, ¿hasta cuándo vuestra Hija, la Iglesia romana gemirá bajo la pena que le causa ese hombre malo que todo lo intentó dominar, que ha entrado en vuestro santuario, insulta a tu Hija, la aflige creyéndola sola y abandonada? Lanzad, Padre celestial, lanzad cuanto antes a ese hijo del diablo de en medio de vuestra casa y salvad a vuestra Hija de sus seducciones; abreviad estos días amargos de perdición y de ruina y dad gloria a vuestro santo nombre». Y la respuesta que dio el cielo fue: «Marcha en nombre mío y en el de tu Hija y mi Hija, presenta batalla a ese hombre perdido, lanza ese demonio de mi templo; yo estaré contigo».

9

ERMITA DE SANTA CRUZ

Vigilias de san Juan, 1865

1. «¿Dónde estás, Amada mía? Te has ausentado de mí, ¡que soy infeliz sin ti!». Así exclamaba mi alma en las vigilias de la fiesta del gran Bautista. Herido de muerte mi corazón, me retiré a mi cueva. «Ya estoy solo. ¡Oh soledad, cuánto vales! ¡Esposa mía, yo te espero, ven; cuán perdido estoy sin ti! Ven, Amada mía. Oh Iglesia santa, recibe, Virgen bella, recibe en tu seno a este miserable mortal!».

Pasé la noche del 22 en una profunda meditación y en una pena muy amarga causada por la pesantez del espíritu y de la carne; y por la mañana me subí sobre la cima del monte de Dios.

La mañana del 22 de junio

2. Devorado por la pena, arreglaba mi cueva para recogerme a trabajar dentro. Y sentí una voz que conocía y decía: «Sube, te espero aquí». Triste y a paso lento subía yo hacia el monte de Dios, y dentro de mi corazón el amor, reuniendo todas sus fuerzas, clamaba: «¡Oh la más bella entre las vírgenes, Virgen pura, oye la voz de este miserable mortal! ¡Óyeme, Esposa mía, óyeme! Soy indigno de ti, soy un miserable pecador, pero tal cual soy, cosa tuya soy. ¡Iglesia santa, oh la más amable de las esposas, no me deseches! Vengo a ti porque sin ti soy nada, sin ti todo es tinieblas en mí, sin ti, oh Virgen pura, yo soy el más infeliz de todos los hombres; vengo a ti. Recibe en tu seno, deja reposar en tus brazos a mi pobre corazón».

3. Las tinieblas y la tristeza cubrían mi espíritu. Y llegué a la cima del monte, y encontré allí a la que yo buscaba.

– Estás sola... ¡Feliz soledad!

– *Esposa.* – Estoy contigo.

– Ya todo lo tengo con tu presencia, nada me falta teniéndote a ti.

4. Tenía mi Amada por trono una peña que estaba toda circuida de arbustos; no pude ver sus vestidos, porque mi corazón estaba atento a su indefinible belleza. Y oprimido por el peso enorme de mis miserias, caí rendido a sus pies; y mi amor para con ella, reventando en llanto, gemidos y suspiros, le dijo:

– ¿Por qué me has abandonado? Muera yo ahora a tus pies. Recíbeme en tus brazos, y no vuelva más a ver el mundo. Sálvame, querida mía, sálvame y seré salvo, y si no, estoy rendido y perdido.

– ¿Te basta mi presencia?

– Oh, contigo todo lo tengo.

Esposa. – Pues yo estaré contigo.

– Seré feliz ¿Dónde te hallaré?

– Por las mañanas al rayar el alba y por las tardes al caer el sol, me hallarás aquí donde estoy todo este verano.

– Yo vendré, yo subiré aquí.

– Oye la voz de tu Amada y de tu Amante: durante todo el verano sube a la cima de este monte; aquí me hallarás sola en soledad, y en soledad harás tu oración; no olvides la oración de mañana y tarde; ven, y tú me dirás cuanto quieras y yo te comunicaré mi amor y las luces que necesitas para tu gobierno. Por las noches estaré contigo en la cueva del profeta Elías; retírate aquí entre día, yo te esperaré allí sola, y en la soledad y silencio de la cueva te oiré. Tres veces al día me verás triste, afligida y dolorida en medio de los enfermos y atribulados, que serán: por la mañana a las 8 y a las 11, y por la tarde a las 5. Visítame, mitiga mis penas, dame en ellas consuelo y alivio y cura mis dolencias; yo te seré agradecida.

– ¿Yo curar tus dolencias? ¿Quién eres tú?

5. – En la cima del monte, mi nombre es María.

– ¿La Madre de Dios?

– Soy la Virgen sin tacha ni arruga ni dolencias, soy la Iglesia universal, soy la Reina y Señora del mundo, soy tu Esposa, tu Madre, tu Reina; allí pídemme cuanto quieras, y te lo concederé. En medio de los pueblos soy tu hija la Iglesia militante sobre la tierra, y lloro con los que lloran y sufro con los que sufren; aquí tú eres mi padre, mi médico, aquí mi consuelo y alegría, aquí tu palabra es el pan de mi vida, y cuanto haces a mis miembros los enfermos lo haces a mí y yo te lo agradezco, y porque me buscas y sirves en los pecadores, enfermos y afligidos, porque en la pena y aflicción me das consuelo, por esto en el monte yo te volveré mil por uno. Sube a la oración de mañana y tarde, y aquí serás salvo por mi mano.

– Yo subiré a ti.

Junio 25

*El amanecer y el anochecer del verano
sobre el monte, en vista de Barcelona*

6. En cumplimiento de mi compromiso, subí al monte; y mi espíritu estaba distraído, mi mente divagaba sobre diferentes objetos. Y al llegar, encontré sentada sobre la peña una joven pastorcita. No pude en ella distinguir sus vestidos, porque estaba poco atento a ellos; llamó únicamente mi atención su báculo sobre el que tenía sus dos manos plegadas. Y a mi llegada se levantó, tomó su báculo pastoril en su mano izquierda, y con la mano derecha levantada al cielo, y frente Barcelona, dijo: «Os doy las gracias, oh Padre eterno, por haberme dado sobre la tierra durante el tiempo de mi peregrinación en ella un padre en cuyo amor estuviera representada vuestra paternidad». Yo estaba en pie frente de ella, y concluida su oración conjuré la figura que tenía delante.

– Dime, tú, sombra, ¿quién eres?

– Yo soy la hija de Labán.

– ¿Eres Raquel, la bella Raquel? [Gn 29,6-30].

– Yo soy la Hija del eterno Dios y tuya. Padre mío, yo pido un favor.

– Concedido.

– Esa gracia es que durante todo el verano subas a la cima de este monte, mañana y tarde, aun cuando no sea más que un cuarto de hora.

– ¿Estarás tú aquí?

– Aquí me encontrarás, aquí te esperaré.

– Está acordado. ¿Qué haces aquí, mi hermosa pastorcilla?

– ¿Ves Barcelona, ves esos pueblos, ves esas gentes?

Ahí tengo mi ganado, ahí están mis corderos y mis ovejas: son el ganado de mi Padre. ¿Vendrás aquí mañana y

tarde a orar a mi Padre celestial y a darle en su nombre la bendición?

– Sí, te doy mi palabra. Adiós.

Junio. La mañana del 27

7. Mi espíritu estaba sumamente afligido y abatido, y subía al monte cubierta mi alma de pena. Y una voz procedente del mismo monte me decía: «Oración, oración». Y me postré en tierra prometiendo obediencia a la voz, que creía ser la de Dios. En la oración decía mi corazón clamando: «Abre, oh Iglesia triunfante, abre Virgen bella, abre tu seno y recibe a este miserable mortal. ¿Qué tengo yo sobre la tierra? Oh, nada, nada». Una voz amorosa me contestó:

– Me tienes a mí.

– ¿Quién eres tú?

– Soy la Hija del eterno Padre y tuya, soy la congregación en Cristo de todos los que se han de salvar por su sangre, soy tu Esposa, la Iglesia militante.

– ¿Me amas?

– ¡Oh amor, qué eres cruel! Me matas y me dejas vivo para amar, me hieres y no me acabas ¡infeliz de mí! Porque te amo, busco en los servicios ocasión de complacerte. Tú sabes que te amo. ¿Cómo es posible dejarte de amar conociéndote? Tú te has revelado a mí, me descubres a mi vista tu amor; y mi corazón, arrastrado por esa pasión indomable, desea servirte y agradarte.

– Pues si me amas, ¿por qué me quieres dejar? Si me amas, tendrás penas a medida del amor; reconóceme por tu compañera de penas. ¿Quieres un remedio eficaz para todos tus males?

– Dámelo.

– Pues bien, es éste: al anochecer y amanecer no dejes de subir a este monte para la oración, y en ella todo lo hallarás.

- Yo te obedeceré.
- Si me obedeces pondremos y sostendremos orden en estos puntos: 1º En orden a tu misión; 2º Publicación del álbum religioso; 3º Hermanas; 4º Hermanos.
- Yo estaré en el monte contigo, fiel compañera.
- ¿No me has dicho que yo te basto?
- Así es: tú me bastas; donde tú estás, está la felicidad.
- Pues bien, orarás con fervor y en debida forma mañana y tarde sobre la cima de este monte, y en la oración me tendrás a mí, y yo soy para ti todas las cosas; todo lo tendrás teniéndome a mí.

Junio. La tarde del 27

8. En cumplimiento de mi palabra, subía yo hacia la cima del monte para orar, y no encontré la que buscaba en el lugar de la cita; la llamé y no me respondía. Subí a otro montecito más elevado cubierto de bosque, y la hallé solitaria y en profunda meditación. Y una voz fuerte procedente del mismo monte me dijo: «Oración, oración». Y me puse en silencio y en oración.

9. Yo estaba muy agitado y conmovido profundamente de lo que había oído en la ciudad de donde venía. Y mi Amada me hizo un signo, y levantando su mano al cielo dijo:

– Durante las bellas tardes de verano y al amanecer harás oración en debida forma; vendrás solo a este sitio y me hallarás. La oración curará todos tus males; no faltes.

– Oh, no faltaré.

– Tendrás los ejercicios en la cima del monte en la forma siguiente:

Cotidianos. Oración. Forma:

1º Examen de conciencia sobre los cuatro puntos indicados que miran a tu exterior. 2º Examen sobre tus relaciones conmigo. 3º Petición. 4º Resoluciones.

- Yo obedeceré.
- Has de renovar todas tus relaciones conmigo.
- Con gusto. ¿Bajo qué forma?
- Del mismo modo que en el Vedrá.
- ¿Quién eres tú?
- La Hija de Dios y tuya.
- ¿Qué nombre tienes?
- Rebeca.
- Querida Rebeca, oh, cuán perdido voy sin ti; no me abandones. ¿Te hallaré yo aquí?
- Sí, aquí te esperaré, en medio de este bosque me hallarás sola.
- ¡Feliz soledad! Yo renovaré mis juramentos de fidelidad y de amor para contigo, oh Iglesia santa [Gn 22-24].

Junio 28. La vigilia de san Pedro

*Renovación de relaciones de amor con Rebeca,
en la cima del monte, al salir el sol*

10. Calmadas las agitaciones del espíritu con la presencia de Rebeca la tarde anterior, subí en paz al amanecer del día de la fecha. Puesto en oración, estaba mirando la salida del sol. Al elevarse este brillantísimo astro del profundo de las aguas del Mediterráneo, vino de la parte oriental una sombra hacia mí. Y al acercarse, noté en la sombra una figura, y en la forma y fisonomías de ésta vi la especie de una mujer joven de unos 33 años, grave, y tan bella cual puede concebir el entendimiento y ver el ojo mortal. Al acercarse hacia mí, me levanté (estaba de rodillas), y revistiéndome de toda la fuerza de mi espíritu, la dije:

– Sombra, ¿de quién eres? Yo te conjuro en nombre de Dios vivo que me digas quién eres.

11. La sombra era luz, y esa luz de gloria figuraba una belleza infinitamente amable, y contesto:

– Soy Rebeca.

– Tu no eres una mujer.

– Soy la figura de una mujer.

– ¿Eres la hija de...?

– Soy la Hija del Eterno.

– Eres una sombra figurada, ¿y a que aludes? ¿Oh sombra, dime, sombra, de quién eres?

– Yo aludo a una belleza infinitamente amable, y es la congregación de todos los santos del cielo y de los justos de la tierra unida con Cristo, mi Cabeza.

– ¿Eres tú la Iglesia universal?

– Así es: yo soy tu Amada, soy tu Esposa.

– Tú me dijiste en el Vedr  que en adelante no vendr as t  en representación de la Iglesia triunfante, militante y purgante la que te relacionar as conmigo, sino María, la Madre de Dios.

– Sí, es verdad. Pero yo debo servirte, y te servirá para renovar tus relaciones de amor con tu Amada. Cuando tu corazón está abatido por el peso de tus miserias y tu entendimiento oscurecido por las tinieblas de la vida, yo vendr  para renovar nuestro contrato de amor. María Madre de Dios, tipo perfecto y acabado de la Iglesia universal, viene después de mí a tu corazón ya dispuesto para tratar no asuntos de amor, sino de los intereses que miran al bien universal de la misma Iglesia. Cuando hayas menester, que será muy a menudo, renovar tu espíritu en las llamas del amor para con tu Amada, ll mame a m  y estar  contigo.

– Bien. Yo tengo una necesidad suprema de renovar mis relaciones de amor para contigo, oh hermosa Rebeca. Iglesia santa, toma a tu cuenta ese mi corazón que te ama.

– Yo aplazo mi contrato para esta tarde. Adiós.

12. La sombra se desvaneció y me qued  solo. Y en mi soledad mi corazón daba voces: « Sombra, oh sombra!  d nde estás?». Y la sombra que no veía contest :

– Estoy contigo.

– No te veo.

– Poco importa; estoy en ti.

–  D nde?

– Te lo dir .  Crees en la Iglesia?  crees en su existencia?

– Creo.

–  Qui n soy yo?

– Su especie figurada, su noticia.

– Esa idea, especie, noticia o figura  d nde reside?

– En mi entendimiento la especie o forma, y la figura en la fantasía.

– Pues esa figura de la Iglesia universal, tu Amada, impresa en tu fantasía, y esa idea o especie grabada en tu entendimiento soy yo.

– La idea no habla, y t  hablas.

– S , es verdad: la idea y figura no hablan, pero habla en ella la realidad a que se refiere.

–  Cu nto dista la idea y la figura de la realidad?

– No hay distancia.  Cu nto dista tu sombra de ti mismo?

– No hay distancia: donde voy yo me sigue la sombra, y donde est  mi sombra estoy yo.

– Pues lo mismo te digo: donde est  la sombra, la figura y la especie de la Iglesia, est  ella.

– Su idea está en mí.

– Pues también su realidad.

–  Soy una misma cosa contigo?

– Así es.

– No te vayas jamás de mí.

Si tú no me borras de tu corazón con el desamor y de tu entendimiento por el olvido, yo estaré contigo, y donde yo esté estarás tú, y tú donde yo.

– No lo permitas tú. ¿Es que puedo olvidarte?

– Sí, claro está.

– ¿Y dejarte de amar?

– También.

¡Infeliz de mí! ¿Hasta la tarde? No, no. Vuelve, sombra vuelve querida Rebeca, vuelve y no me hagas esperar tanto; ahora mismo.

– No, a las ocho.

13. – ¿En el santo sacrificio del altar?

– Sí, allí yo me daré a ti, allí reclinaré mi cabeza en tus brazos, allí te daré mis carnes y mi sangre, allí me daré hoy mismo toda a ti. ¿Crees en el augusto Sacramento del altar?

– Sí, creo.

– Pues allí está mi Cabeza; y donde tengo mi Cabeza (Jesús Sacramentado) estoy yo, y dándose la Cabeza a ti, se te da todo el cuerpo por amor; la Cabeza se te da sacramentalmente, y todo el cuerpo moralmente, y tantas veces cuantas se comulga.

– ¿Y todos los días, Amada mía, te das a mí toda entera por amor en el Sacramento del altar?

– ¿Aún esto no sabes?

– ¿Cada día te das a mí?

– ¿Crees en mí?

– Sí, creo.

– Pues yo me doy allí en fe, en esperanza, en gracia y amor.

– ¿Y el que no cree en ti?

– No me ve ni me conoce; y no conociéndome, vive sin las influencias de mi amor.

– Queda, pues, aplazado nuestro contrato para hoy a las ocho.

– Sí, disponte. Entiende y atiende a esta grande verdad: cada día en el santo sacrificio del altar yo renovaré contigo mi contrato matrimonial, y tú disponte para este acto; cada día allí me desposaré de nuevo contigo, no lo olvides. Y si lo olvidaras, allí a la consagración te haré sentir mi presencia.

Tarde del 28

Mi enlace con la Hija de Dios en el augustísimo Sacramento

14. Las sombras de la noche empezaban a cubrir el monte. Y vino a mí Rebeca y me dijo:

– Soy toda tuya. ¿Lo crees?

– No puedo dudarlo.

– Cada día me daré tan de nuevo a ti en el altar como si fuese el primer día de nuestra unión.

– Contéstame, paloma mía: dime, ¿me amas?

– Sí, yo te amo.

– ¿Qué signos me das para creer en tu amor para conmigo?

– Los siguientes: 1º Me he revelado y descubierto a ti; no me conocieras si no te amara. 2º En el altar te doy mi sangre y mi cuerpo, ¿crees esto?

– ¿Eres tú Jesús?

– Soy tu Amada, soy tu Esposa. Jesús es mi Cabeza: en el altar, al entregarse la Cabeza, se da moralmente todo el cuerpo. ¿Crees esto?

– Yo lo creo.

- Pues ¿qué más pruebas quieres de mi amor?
- Ninguna más: ésta sola las lleva todas. Yo no dudo de tu amor para conmigo, sino del mío para contigo. ¡Oh, si yo te amara!

Fiesta de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo

Al amanecer de este día en el monte

*Mis relaciones con la Hija de Dios
en el augustísimo Sacramento del altar*

15. Al subir en la aurora hacia la cima de este monte sentí a mi lado a la hermosa Rebeca, y al saludarnos dijo con fuerza:

– Esta es tu petición: salvándote yo a ti me salvo a mí misma, porque eres carne de mis carnes, hueso de mis huesos y miembro de mi cuerpo. Bien ¿quieres que te salve?

– ¡Cómo que no! Sí, salvándome tú a mí te salvas a ti misma, salvas tu carne, salvas tu sangre, pues que yo me he dado y me doy a ti tal cual soy, con todas mis miserias, debilidades y flaquezas.

Rebeca. – Pues bien, júrame, por la cima de este monte, amor, castidad, fidelidad, obediencia, pobreza y lealtad.

– Yo te juro amor, lealtad, castidad, obediencia, fidelidad, pobreza. Recibe, oh Iglesia santa, recibe, Virgen bella y sin tacha, recibe en ofrenda toda mi persona que se da toda a ti. ¿La aceptas? ¿me quieres? ¿me amas?

– Sí, yo te recibo, yo te tomo por cosa mía, tú eres mío como yo soy tuya. Para salvarte prométeme que harás dos veces al día oración mañana y tarde.

– Yo te lo prometo. ¿Cuánto tiempo?

– Por la mañana una hora, exclusivamente dedicada a relacionarte conmigo, y otra por la tarde.

– Obedeceré.

– Divide la oración en dos artículos o puntos: en el primero has de tratar nada más que de arreglarte conmigo, y en el segundo pondrás orden a las acciones externas de tu ministerio.

– Bien.

Goces en el altar

16. – En el altar todos los días yo me daré a ti toda en amor: allí te daré mi sangre, mis carnes; y comiendo mis carnes y bebiendo mi sangre, me uniré contigo y seremos una sola cosa. Para que esta entrega de mí a ti produzca la unión de amor, es preciso que tú te dispongas.

– ¿Cómo?

– Primero: fe en mi existencia, porque si no creyeras en mí no vendría a ti. Segundo: fe en mi amor para contigo, porque si no creyeras que te amo y que yo soy tu Amada, no me amarías tú. Tercero: entrega de ti a mí.

17. – Yo cuidaré de practicarlo. En cuanto a lo primero: ¿tú estás en el Sacramento del altar?

– Sí allí tengo mi Cabeza, que es Cristo, reclinada; allí está moralmente todo mi cuerpo.

– Yo creo que allí está Jesús.

– También yo: donde está la Cabeza está todo el cuerpo; la Cabeza está allí sacramentalmente, y el cuerpo moralmente. ¿Crees esto?

– Sí, lo creo, pero mi fe aún es muy débil. En cuanto a lo segundo, yo creo que tú eres mi Amada, esto es, el objeto de amor fijado por la ley de gracia, pues que tú eres Dios y los prójimos, esto es, Cristo Dios formando cuerpo moral con mis prójimos. Eres la cosa amada y mi amante. Lo primero

no me cuesta mucho de creer, pero sí lo segundo: ¿soy yo cosa amable? ¡Miserable! ¿qué soy yo? Tú no puedes amar sino lo infinitamente amable, y es tal lo que es infinitamente bello y hermoso. ¿Cómo yo me defiende de este principio? Si yo no soy infinitamente amable sino eternamente despreciable, ¿cómo puedo yo convencerme que sea digno de ti? y si no soy digno de ti, ¿cómo puedes amar una cosa tan vil?

18. *Rebeca*.—Esta dificultad quedó ya contestada en el Vedr . Dices verdad: que mi corazón no puede amar sino lo que es infinitamente amable, y es tal lo que es infinitamente bello. Yo veo en ti la figura, las fisonomías y la imagen de Dios trino y uno; y esta imagen, si bien en sí misma vale poco, como poco vale el retrato de un rey, pero por lo que representa con relación a la cosa a que se refiere, que es Dios, eres amable cuanto lo es Dios, eres bello y hermoso como Dios, porque esa belleza no es más que la de Dios mismo impresa en el hombre y comunicada a la criatura [Gn 1,26-27; 1 Cor 11,7; St 3,9].

– Lo entiendo. Pero  y las miserias humanas?

Rebeca. – Sucede lo que en una imagen que se llena de polvo y después se limpia; y si es de oro puro, limpiándola queda como antes: pura y limpia, bella y hermosa.

–  En qué represento a Dios?

– Lo sabes: amando y entendiendo.

–  Y cómo tú puedes amarme? Yo esto no lo entiendo, pues yo me miro feo y abominable, vil y despreciable; yo me veo indigno de amor.

Rebeca. –  T  me amas?

– S , tú lo sabes.

– Tú eres capaz de mirarme en fe; yo estoy atenta a ti, y mirándome robas mi corazón; tú me amas; tu corazón, recogido en sí mismo, dirige a mí toda la fuerza de su voluntad y afectos. Y así como el agua estancada desde que le abren fuente corre con impetu afuera, así, desde que tu corazón se dirige a mí amando, me roba el corazón; y «apasionada» si pasión puede llamarse yo me doy toda al que me ama. Y por esto he dejado mis carnes y mi sangre en el Sacramento del altar.

19. –  Qui n eres tú?

– Yo soy tu Amada.

–  Dios y mis prójimos?

– S , la Iglesia de Dios.

– Eres tú la hija de...

– Yo soy la Hija de Dios y tuya, la Esposa de Jesucristo y tuya.

–  No eres tú Rebeca?

– S , en representación de la Iglesia en su enlace por amor con el hijo del hombre.

– Yo pensaba, según tu indicación en el Vedr , que t  no volverás más a m , y que vendría en adelante María, la Madre de Dios.

– S , yo tengo una sola visita que hacerte en adelante, y es en el altar, para renovar cada día de nuevo nuestras relaciones de amor; y en lo demás, tu Amada ser  representada en María, en el altar y fuera de all . Yo vendr  a ti cuando descuides tus relaciones con tu Amada; yo iniciará el amor. Cuando te veas perdido, llama a tu Esposa y vendr  yo; y en todo lo demás, la Madre de Dios, que es el solo tipo modelo de la Iglesia, vendr  a ti [Gn 25,20; 28,2].

Junio 29. La aurora en la cima del monte

Mi enlace con la Hija de Dios en el altar

20. Puesto en oración esta mañana al nacer de una aurora brillante, se apoderó de mí un sueño dulce y apacible. Y al despertar, sent  a mi lado a Rebeca: «Levántate». Me levant .

– Prepárate. Hoy en el altar ser  María, la Virgen la que estar  all  en representación de tu Esposa, la Iglesia universal. En el altar est  la realidad, all  tiene su trono tu Esposa. En este enlace y unión sacramental, para un verdadero matrimonio espiritual, ha de haber dos actos en uno solo, esto es: la entrega de ti a tu Amada, y la de ésta a ti. Al efecto, el santo Sacrificio hasta la consagración no es más que

predispociones y preparativos para el acto solemne de las bodas del Cordero; en la consagración, luego que esté sobre el altar el cuerpo y sangre de Jesucristo, eres tú el que al adorarle te has de ofrecer, dar y entregar a tu Amada; y en signo de esta total entrega, te rendirás adorando a tu Dios y Señor. En la comunión la Amada se entrega a ti: te da su cuerpo, te da su sangre, se da a sí toda entera a ti. Todos los días renueva en el altar tu unión con tu Amada.

– Lo cumpliré.

Julio 1º. Al amanecer en el monte

Gran batalla. Victoria

21. Una horrible tempestad de vientos batía con tal fuerza el monte, que parecía iba a hundirlo de fundamentos; mas el monte estaba quieto e inalterable. En medio del huracán se agolparon en mi espíritu en tropel tantas ideas adversas y desfavorables, que me tenían bajo una tremenda opresión. Ya el día anterior al anochecer se habían preparado a mi alrededor cuantos elementos dispone el espíritu del error para afligir, renovando en él penas que había más de veinte años me atormentaban; y una fuerza y auxilio extraordinario vino a mí procedente del cielo. Oyéronse en el monte estas voces: «Batalla. Armate, pero no temas; vencerás». Yo me levanté en pie y esperaba al enemigo; yo miraba un espíritu malo que muchos años había me atormentaba, y, alentado por la virtud del cielo, reuní todas mis fuerzas para el choque.

22. La aurora empezaba a manifestarse tras un grupo de nubes negras que amenazaban con sus relámpagos y mal aspecto. Y vi venir del oriente una joven guerrera: la seguían grandes ejércitos y los príncipes del cielo; a su llegada cesó la tempestad y vino la calma. Yo estaba en pie y temiendo los embustes del enemigo, apoyada mi mano izquierda sobre la peña, levanté mi derecha hacia el cielo. Y dirigiéndome a la que venía con tal aparato guerrero, la conjuré:

– Mujer, seas quien fueres, yo te conjuro en nombre de Dios vivo me digas quién eres.

– Yo soy Judit.

– ¿A dónde vas? ¿cuál tu objeto?

– Vengo a unirme contigo y yo contigo para la batalla contra las potestades del infierno y de la tierra coligadas contra mí y contra ti.

– ¿Quién eres tú?

23. Por respuesta, huyendo de su alrededor las tinieblas del amanecer, manifestó ser la Hija del altísimo Dios, la Iglesia santa militante sobre la tierra. Todas las fuerzas intelectuales estaban atentas a mirarla, y me descubrió su fuerza inmensa, su virtud y su poder. Y uno de los príncipes que la acompañaban, acercándose a mí, dijo: «Voy a encadenar a Satanás que tiene puesto sitio a la Ciudad Santa, y es llegada la hora de su ruina. Por lo que toca a ti personalmente, ya no te oprimiré más: has vencido con tu constancia y fidelidad». La joven guerrera estaba vestida de gloria tal, que no se dejaba mirar ni podía verse sino como una nube vestida del sol cuando éste la ataca al amanecer. Se distinguía en su cabeza una corona de oro esmaltada de brillantes, y la luz de los brillantes era viva como la de muchísimas estrellas, y brillaba tanto, que el sol al amanecer sobre el horizonte era tinieblas. En su mano izquierda llevaba una vara de oro que remataba en una pequeña cruz de brillantes, y en su mano derecha una espada de fuego, cuyas chispas al desprenderse se transformaban en centellas y rayos.

24. Al ver venir hacia mí mi Reina, si bien juzgando por los efectos sabía quién era, pero mal fiándome, me puse la estola para recibirla como sacerdote; y mi corazón me temblaba, pero el poder de Dios personificado en la tierra en el sacerdocio me confortó. Conjurada, pues, en nombre de Dios vivo para que me dijera quién era, me contestó:

– Yo soy la Reina y la Señora del mundo, y en calidad de tal vengo esta mañana a unirme contigo en el altar.

– Yo soy indigno de ti; tengo horror a mí mismo y temo.

– Yo me uniré contigo en el altar esta mañana; prepárate.

– ¿Qué he de hacer?

– Oye la voz de tu Amante y de tu Amada: vas a ser salvo del poder de Satanás y libre de los males y penas horribles que te está causando hace veinticuatro años [2 Cor 12,7]. Este verano yo te daré muestras de quién soy.

– ¿Quién eres?

- Tu Esposa y tu Hija.
- Dame señal de desposorios.
- Me doy yo misma toda a ti, ¿puedo dar más?
- No, ya no es posible más.
- Te doy mi sangre y mis carnes, te doy sacramentalmente mi Cabeza (Jesús Sacramentado). La hostia consagrada y el vino en el cáliz es, por ordenación de mi Padre, el signo externo y visible de mi amor para contigo, y las arras de nuestro desposorio. Este verano has de unirte conmigo de una manera especialísima, y al efecto reúne todas las fuerzas de tu alma a un solo punto, y es...
- ¿Qué?
- Hacer mi voluntad sujetando la tuya.
- Ya me rindo.
- Bien, ármate contra ti mismo y vencerás.
- Estoy en el caso: has de quitar de mí si es posible una horrible pena que me mata.
- ¿Cuál?
- Yo quiero saber si soy agradable a tus ojos.
- Sí.
- ¿Me lo declaras?
- Sí.
- Yo no lo creo ni puedo creer, y ésta es la pena que atormenta horriblemente mi pobre corazón. Dime: ¿qué hay en mí, oh bella paloma, qué ves en mí que te desplazca? Si no te soy agradable, dime en qué te ofendo y yo lo quitaré de mí. Aun cuando sea mi propio corazón, arrancaré de mi cuerpo si no te agrada; dímelo, y éste es el favor más grande que espero de ti.
- Pues bien, en este verano en la oración en el monte se ha de revisar toda tu vida y mirarás si en tus acciones hay algo que me desplazca, y lo quitarás; a quitar de ti todo cuanto sea disforme a mi voluntad han de estar ordenadas tus fuerzas todas.
- Yo examinaré una por una todas las acciones de la vida que hago, y cuanto vea te sea desagradable yo lo corregiré; tú dame luz y manifiéstame tu voluntad.

Julio. La tarde del día 1º

25. Mi Amada no es otra cosa que Jesucristo como Cabeza de su cuerpo moral que es la Iglesia, o Jesús y los prójimos. Esta mañana en el altar me dijo con gran fuerza al comulgar:

- Me doy toda a ti: te doy en señal de desposorios, mis propias carnes y mi sangre. ¿Lo crees?
- Creo que tú eres Jesús, Hijo de Dios.
- Sí, yo soy Jesús, Cabeza de mi cuerpo, que es la Iglesia; yo soy Jesús en la Iglesia, y con la Iglesia yo soy Cabeza con cuerpo; y se te da todo, Cabeza y cuerpo, toda la Iglesia se da a ti.
- ¿Tú eres la Iglesia?
- Yo y la Iglesia somos dos en uno como el cuerpo y la cabeza; y esa unidad es la que se te da, y esa unidad es tu Amada y tu Amante.
- Ahora el que habla es Jesús.
- Sí, y siempre soy yo en la Iglesia, y ella en mí.
- ¿Qué diferencia hay cuando me habláis vos o cuando es la Iglesia?
- Ninguna: cuando te habla la Iglesia te hablo yo, y cuando te hablo yo como Cabeza de la Iglesia te habla la Iglesia, porque los dos somos una sola unidad.
- 26. Este soliloquio tuvimos a la comunión. Desde entonces mi corazón da voces llamando a su Amada que va a mi lado, y le dice: «Tú me has dado una señal y una prenda de seguridad de tu amor y de la entrega de ti a mí. ¿Qué te daré yo, pobre que yo soy, qué te daré? De mi parte ¿cuáles serán las arras de mi entrega a ti? ¿Qué señal pondremos que acredite que soy tuyo y te amo? Tú has puesto por signo tu sangre y tus carnes, y yo ¿qué te daré?
- No quiero otra cosa más que tu corazón, y con el tu amor, tu querer y tu voluntad.

– Yo te doy lo que yo soy, lo que tengo y quiero y cuanto puedo tener. Yo me doy a ti, oh Iglesia santa, en amor, obediencia, castidad y pobreza, en fe y esperanza: Yo Fr. Francisco... prometo obediencia, castidad y pobreza. En señal de que soy tuyo, pongo esta cruz, que llevaré conmigo para recuerdo de este contrato matrimonial; y porque María Virgen, Madre de Dios, es el tipo y la imagen de ti, los santos escapularios y rosarios representarán esta mi ofrenda. Tal cual soy me doy a ti, y si no soy cosa mejor es por culpa mía; hazme tú puro, casto, santo y perfecto, y lo seré. Yo deseo vivamente ser tan amante como un serafín, y si no te doy más es porque ni soy ni tengo más.

Julio 2. La aurora del día 2º

La joven pastorcita sobre la cima de la peña, en el monte

27. Al rayar la aurora del 2 de julio subí hacia la cima del monte. Y de lejos vi un bulto que tenía la especie de una mujer sentada sobre la peña donde yo tenía mi escritorio; las tinieblas me impedían distinguir lo que era. Me acerqué y era una joven de 20 años con traje de pastora. Tenía en sus dos manos el báculo pastoril; y era tal su belleza y hermosura, que, robando con la vista el corazón, no pude atender sino muy en globo sus vestidos. Descubriéndome su cara, vi en ella la imagen y la belleza de la divinidad. Y mi corazón arrebatado de amor exclamó: ¿«Existes? ¿Eres tú una figura, una sombra, un fantasma de mi imaginación, o bien una realidad? ¡Paloma mía, abre tus brazos y recibe a este miserable mortal! ¿Es ella? ¿Es mi Amada?».

Al llegar frente a ella, revistiéndome de fuerza:

– ¿Quién eres tú?

– Soy una sombra.

– Esa sombra tiene una figura, y tu figura ¿qué representa? Sombra, yo te conjuro: dime de quién eres.

28. Levantóse, y puesta en pie, apoyando su mano derecha sobre su báculo pastoril, con la izquierda se dirigió hacia Barcelona y sus alrededores, y haciendo signos hacia los pueblos, dijo:

– Yo soy la hija de Labán y tuya.

– ¿Qué haces aquí?

– Guardo el ganado de mi padre. ¿Ves esos pueblos?

– Ahí tengo mis ovejas.

– ¿Quién te las guarda?

– Mis pastores, y yo vigilo sobre ellos.

– ¿Eres tú Raquel?.

– Yo soy la Hija del eterno Padre y tuya, soy tus prójimos unidos en cuerpo a Cristo, mi Cabeza, soy tu amada Hija, que sobre la tierra milita contra esos lobos encarnizados que devoran mis ovejas.

– Hija mía, ¿puede este padre prestarte algún servicio? Estoy a tus órdenes, manda.

– Sí, prepárate para dar una grande batalla contra esos lobos que despedazan mis ovejas.

29. – ¿Tú eres mi Hija?

– Sí, mi Padre celestial ha querido tuviera yo sobre la tierra representada su paternidad, y con ella el amor de padre; y por esto te ha dado para mí, con la paternidad, el amor de padre para conmigo.

– Sí, es verdad. Pero ¡infeliz, ah, qué soy infeliz!

– ¿Y por qué?

– Yo me vuelvo loco; ese amor para contigo, oh Iglesia santa, me quita el juicio. Ando como un padre que viendo su hija adorada entre las uñas del león, sin calcular sus fuerzas se echa sobre él para salvarla; soy un pobre padre de familia que anda sobre las llamas, que se precipita sobre lo profundo de las aguas para salvar a su hija; y como el amor todo lo cree posible, sin mirar si tiene o no medios de salvación, se

mata, se arruina, se precipita. ¡Oh amor, qué eres cruel! ¿Por qué no acabas mi vida, por qué me matas dejándome vivo? ¡Hija mía, oh qué es cruel y terrible la pena que me das! Tú sola lo sabes, tú sola la conoces, apiádate de este padre. ¡Congregación de todos los santos unidos a Jesús tu Cabeza, abre tus brazos y recibe en tu seno a este miserable viador sobre la tierra!

30. Hija mía, ¿perdonas los extravíos que me ha causado ese amor paternal? Desde que recibí en mi corazón el amor de padre para contigo, ¡ay qué vida! Tú me has descubierto tus penas, y desde que te he conocido ya no ha habido en mí más reposo. Yo te ofrecí mi sangre en sacrificio y no la admitiste y me dejaste en vida. ¿Por qué no la aceptaste? ¿por qué dejas a este tu padre en tantas penas? Al menos, Hija mía, déjame solitario contigo entre las espesuras de los bosques, y allí, levantando el grito al cielo, acabaré mis días en oración por ti y contigo y en soledad. ¿Para qué subo yo aquí? Tu presencia ha renovado y renueva las mil llagas mortales que tu paternidad ha abierto en mi corazón. De cualquiera parte que te mire, ¡oh qué horror! Ahí está Satanás, príncipe tenebroso, que burla todos mis esfuerzos, ahí esos lobos encarnizados que destruyen, en piel de ovejas, todo el bien que puedo hacerte [Mt 7,15]. ¿De qué sirvo yo? ¡Ah, Padre celestial, salva a tu Hija de tantos males que la aquejan! Venga y no tarde, enviad pronto a su auxilio al que la tenéis prometido para restaurar sus ruinas; humillad, Padre celestial, humillad el orgullo de Satanás, encadenad a este príncipe rebelde; enviad a esta vuestra Hija afligida el auxilio que le tenéis prometido, oíd sus clamores y súplicas; no la abandonéis ni a ella ni a este padre ni a cuantos la aman sobre la tierra.

Mientras yo así me exclamaba, la joven pastorcita se entristeció sobremanera; y transformándose aquella sombra en una luz tan viva que obscurecía el sol al nacer, desapareció, quedando profundamente impresa en mi corazón su imagen.

Julio 3. La aurora en la cima del monte

Desposorios de la hija de Ragüel al pie del altar

31. La hermosa y brillante aurora del mes de julio era anunciada en los montes por el canto del mirlo y demás volátiles. La alegría y la felicidad de estas inocentes criaturas puestas a los cuidados de un Padre pródigo reprendían mi vida [Mt 10,29-33]. Y mi corazón, profundamente impresionado aún de la vista de mi Amada, se despertó, dando voces: «¿Dónde estás? Yo te quiero, yo te amo, yo te busco, ¿dónde te hallaré? Oh, fuera de ti y sin ti ¿qué soy yo?». Hablando así a mis solas, salí de mi ermita y me dirigí a la cima del monte. La luz de la aurora era aún tan débil que no veía los objetos sino como bultos. Llegué a mi oratorio, y mirando hacia el oriente me puse de rodillas sobre la peña misma donde ayer hallé a mi Virgen pastorcita.

– Ven, Hija mía, ven; tu padre te espera. Ven, Esposa amada, el amor te llama.

32. Apenas había mi corazón expresado estas palabras, se levantó del profundo del mar mi aurora, más bella, más hermosa, más brillante que el sol. De en medio de una luz viva como la de la gloria, salió una figura y vino hacia mí. La figura figuraba una virgen tan bella cual es capaz de concebir la mente humana; y al mirarla robó talmente toda mi atención, que no pude ver más que su cara. El monte se llenó a su presencia de la gloria de Dios y mi corazón temblaba, pero revestido de fuerza la conjuré me dijera quién era. Y la gloria desapareció. Se puso en oración, y empezó a llorar y entristecerse.

- Sombra, dime quién eres.
- Yo soy la hija de Ragüel y tuya.
- ¿Puedo yo conocer el objeto de tu pena?
- Sí.
- Expílicate.

– Devorada por el amor, yo esperaba me diera mi padre un esposo digno de mí. Vino un joven, y a la noche primera de las bodas, al intentar tocarme, un demonio llamado Asmodeo se precipitó sobre él y le mató. Yo, sumamente afligida, en la oración pedí a mi padre me dijera la causa de este contraste. Y una voz procedente de su trono contestó: «Era indigno de ti; yo te daré otro». Vino otro joven, y la noche primera de las bodas sucedióle lo mismo. Vino después otro, y... hasta siete. Y lloro amargamente la muerte de esos jóvenes y pido a mi padre alivie mi pena, que es tan cruel que no puedo soportarla.

– ¿Quién eres tú?

– Yo soy Sara, hija de Ragüel y del Dios eterno.

– Hermosa Sara, eran indignos de ti. ¿Quién se atreverá a pretender tu mano? Eres infinitamente bella y amable [Tb 3, 7-9; 6, 10-15; 11, 18- 20]. Oh, ¿y quién será el hijo del hombre mortal que se crea digno de ti?

– El que me ama.

– ¿El que te ama es digno de ti?

– Sí, a éste yo busco.

– Yo no te entiendo. Dime, ¿quién eres? ¿Eres tú virgen?

– Lo he sido, lo soy y eternamente lo seré.

– ¿Serás eternamente virgen y buscas unirme en matrimonio?

– Sí, en esta unión queda casto, puro y santo el que se enlaza conmigo, y más virgen es mi amante; amándome queda más puro.

– Sombra, dime a quién representas.

33. – Cierra el misterio: yo soy la parroquia, yo soy la diócesis, yo soy la metrópolis, yo soy, la nación, yo soy la Iglesia romana. Han venido a mí eclesiásticos, y eran atraídos a las bodas por la prebenda y por las glorias, riquezas y comodidades que ésta les ofrece; buscaban en mí no a mí, no a la hija de Ragüel, sino la prebenda. Y mi padre, indignado, el

mismo día de la toma de posesión les entregó a un demonio, a ese espíritu rebelde que les inspiró intención tan impura: Asmodeo, apoderándose de su corazón, les posee el amor. No son míos, no los conozco ni ellos me conocen a mí; ¡cru e-les! no conocen sino la prebenda, y con ella están casados. Lloro su muerte, me lamento de su desgracia, y espero...

– ¿Qué esperas?

– Te espero a ti.

34. Me dijo estas palabras con grande amor y afectación pero las carnes se horripilaron y me puse a temblar, porque al mismo tiempo descubríome su indescriptible belleza y temía mi indignidad.

– ¡A mí...! ¿A mí esperas? Soy indigno de ti. ¿Es que yo también voy a ser entregado en poder de Asmodeo?

– No, no temas.

– ¿Cómo, a vista de lo que me refieres, no temeré?

– No temas, tú me buscas a mí, buscas a Sara, deseas a la Hija de Dios, es la Iglesia santa la que pides a mi Padre por esposa; me buscas a mí, y quien me busca y ama me tiene. Esta misma mañana se celebrarán las bodas y me uniré contigo en amor. En el altar yo me daré toda a ti: allí te daré mi cuerpo y mi sangre, y mi cabeza se reclinará en tus brazos y en tu seno y seré eternamente tuya.

– Soy indigno de ti, y temo no me suceda a mí lo mismo que a los siete entregados en poder de Satanás.

– No, éstos comulgaron sin amor a mí, y al tocar la sangre y las carnes de mi Cabeza (Jesús Sacramentado) quedaron sus almas abandonadas al espíritu de ambición, de avaricia y de impureza. ¿Qué buscas tú en el sacerdocio?

– Iglesia santa, Virgen bella, ¡yo te pido, yo te deseo, yo te busco a ti sola!

– Pues ahí me tienes, soy toda tuya.

– ¿Estás contenta de mí? Dímelo, no me ocultes lo que sabes: ¿soy yo agradable a tus ojos?

35. – Yo te hago esa declaración: te digo que sí. Ahora te manifestaré esta verdad: en una cosa has merecido fuese yo entregada a ti por Hija y por Esposa, y es en tu intención recta en el sacerdocio y tu fe en mí. Has creído cuanto te ha sido revelado en orden a mí y me has conocido; y viéndome, me has amado; amándome, me has buscado; buscándome, me has hallado, porque yo he venido a ti.

– ¿Y esta mañana te unirás de nuevo conmigo?

– Sí, y talmente de nuevo como si por primera vez nos viéramos.

– Yo te veo siempre de nuevo, y cuanto más te miro más bella te hallo, más te amo, más hermosa y amable te siento; y eres para mí tan nueva, que cada día me parece es la primera vez que te veo, amo y poseo. ¿Dónde se celebrarán las bodas?

– En el altar, durante el santo sacrificio de la misa: presente yo por la consagración del pan y del vino, date tú a mí tal cual eres, y yo te daré mi cuerpo y mi sangre y yo toda entera. La hostia y el vino consagrado serán las arras y los signos de nuestro enlace.

Julio. La tarde del 7

En la cima del monte con Rebeca

36. Los días anteriores han sido días de pena y de humillación. Puesta mi alma bajo la horrible presión de sus propias miserias, dudaba de todo. No obstante, no podía olvidar a su Amada: mi corazón consumido en la pena llamaba a Rebeca: «¡Infeliz! Soy indigno de ti. Tú eres, paloma mía, infinitamente amable, porque eres toda hermosa y toda bella; mas ¡ay! yo no soy agradable a tu vista. Yo creo en tu existencia, creo que me amas; aún más: creo ser esposo tuyo, pero indigno de ti. ¡Terrible desgracia! Soy inconsolable, déjame

me solo, solitario en el monte, déjame solo contigo en el desierto. ¿Qué tengo que ver con el mundo?». A mis voces vino Rebeca [Gn 22-28].

– Aléjate de mí. ¡Infeliz! Soy indigno de ti.

– ¿Y por qué?

– Tú sabes quién soy.

– Sí, sé quién eres.

– ¿Cómo puedes amarme si me conoces?

– Te quiero tal como eres; dame lo que eres, tal cual eres date a mí.

– ¿De qué te servirá cosa tan mala?

– No te importa.

– Pues bien, Esposa mía, recibe a este hijo de Adán concebido en la culpa. Abre, Iglesia santa, tu seno y recibe en tus brazos a éste que te desea y ama.

– Acepto la ofrenda tal cual es; eres cosa mía.

– Sí, soy cosa tuya, oh bellísima Rebeca. Sálvame, y salvándome tú a mí te salvas a ti, pues que soy carne de tus carnes y sangre de tu cuerpo.

– ¿Cuál es la causa de tus penas?

– Tú ya la sabes: temo serte desagradable.

– Luego me amas, porque si no me amaras te importaría poco serme o no agradable; y la terribilidad de tus penas indica lo intenso de tu amor.

Julio 8. Antes del amanecer en el monte

El amor en la soledad. La sombra de mi Amada

37. Antes del amanecer subía en dirección a la cima del monte. Mi corazón aún se resentía del abatimiento que había sufrido los días anteriores; pero el amor, levantándole hacia lo sublime, le restituyó su antigua calma. La luna llena iba a

escondese tras las montañas, y a su claridad divisé sentada a la sombra de la peña la especie de una mujer: no podía distinguir más que un bulto figurado. Me acerqué hacia la sombra, y sin detenerme continué mi camino; la sombra me seguía, y la conjuré para saber lo que era.

- Sombra, ¿qué figuras?
- Doquiera que vayas –respondió– yo te seguiré.
- ¿Quién eres tú?
- Luego lo verás.

38. Aquella sombra figurada se transformó en luz, y la luz era blanca y pura como el candor de la luz de la luna, de modo que parecía que toda la luz estaba allí centrificada. Y aquella figura tenía la especie de una joven tan bella, que al mirarla creía ver en ella una deidad, pero no era Dios. Sus vestidos eran blancos como la esencia de la luz y descubrían la pureza en la virginidad; estaba en pie sobre una peña, y era tanta su gloria, que no podía ver de ella sino la cara. Dijo con mucho amor:

- ¿Me conoces?
- Sí, te conozco.
- Yo soy tu Esposa, no temas, no te entristezcas; vengo para declararte que te amo.
- ¿Me amas?
- Yo te lo repito: te amo.
- Si me amas, sálvame, Esposa mía, sálvame contra mí mismo.
- Vengo a consolarte en tus tristezas mortales que has pasado estos días.
- No, yo no admito consuelo. ¡Si pudiese yo creer lo que me declaras, qué yo sería feliz!
- ¿Y no crees que yo te amo?
- Soy indigno de ti, ¿cómo puedes amarme?
- ¿Piensas que tus miserias me enfrían el amor? No, eso no, al contrario, porque te veo flaco, impotente y expuesto a

tantos peligros, por esto yo corro a tu alrededor y te sigo para ampararte.

- ¿Quién eres tú?
- Yo soy...

39. Descubríome la corona de su cabeza y el cetro de oro de sus manos.

- Dime, sombra, ¿quién eres?
- Yo figuro a la Iglesia en el cielo, en la tierra y debajo la tierra.
- Mátame. ¿Por qué me dejas en vida? Yo quiero ver tu cara, no quiero más verte en sombras y figuras y cubierta de velos.

- No es tiempo, la hora no es llegada.
- ¿Qué nombre tienes?
- El nombre ni la figura te importa muy poco; lo que te interesa es la cosa denominada y representada.
- Dime tú, oh sombra, ¿tu nombre es el de María?
- Sí.
- ¿Eres tú la Madre de Dios?.
- Yo soy María, la Madre de Jesús, yo soy una figura acabada y perfecta de tu Amada, la Iglesia santa, y en mí verás la virginidad y la maternidad de la Iglesia.
- Señora y Madre mía, ya que sois para mí el verdadero retrato de mi Amada, alcanzadme la gracia de que sea agradable a sus ojos y a los vuestros.

La noche del 9 en la cima del monte

40. La noche era clara y serena. Todo se mantenía en calma: la luna, toda llena, convertía en un día la misma noche, y yo estaba solo sobre la cima del monte mirando Barcelona y sus alrededores: ¡qué panorama! Mientras dis-

traído contemplaba los fuegos artificiales del Paseo de Gracia, vino a mí una figura muy blanca. Y al llegar:

- Quédate aquí toda esta noche, y estaré contigo.
- ¿Quién eres tú?
- Yo soy Cataluña.
- Sí, te conozco; te vi otra vez en las ruinas del Castillo de los Condes de Cervelló.
- ¿Qué traes?
- Sobre asuntos de tu misión este invierno.
- Bueno.
- Oye.
- Estoy atento.
- Guarda el secreto.
- No hayas miedo, ya callaré.

41. Lo que me dijo me causó una profundísima impresión y cogí el sueño. Y mientras dormía el cuerpo, el corazón y el amor decían: «Bellísima paloma, abre tus brazos y recibe en ellos a este miserable hijo de Adán». Mientras yo dormía, sentía mi espíritu como en ensueños, y miraba cerca de mí la imagen de mi Amada. Y al despertarme, ella dijo:

- Ven, no más figuras ni sombras; ven y me verás.

Yo me levanté y bajé del monte. Yo empecé la santa misa muy distraído, de modo que no podía recogerme. Y así llegué a la consagración, y al levantar la hostia una voz muy amorosa me dijo.

- Mírame, estoy aquí.
- ¿Quién eres tú?
- No soy sombra alguna, sino una realidad.
- ¿Quién eres?
- Lo que tienes en tus manos ¿qué es?

– Oh, es tu Cabeza, Amada mía, es tu Cabeza. ¡Qué eres bella! Yo te adoro, yo me rindo, yo te consagro mi amor; y si en mi vida no lo he hecho como mereces, recibe ahora en ofrenda un corazón que te adora.

- No soy una sombra.
- No, no eres una sombra; eres tú misma con tu Cabeza reclinada en mis manos (Jesús Sacramentado).
- Yo me doy, yo me entrego toda a ti, yo te doy mis carnes y mi sangre; recíbeme en tu corazón y en tus brazos.
- ¿Qué dices?
- Lo que oyes.
- ¿Me amas?
- Si no te amara no estaría aquí.
- No mires mis flaquezas.
- Vengo a ti, recíbeme y yo curaré todas tus dolencias.
- Ven, pues, Esposa mía; ven, Amada mía, ven; yo creo en ti y yo te amo. ¿Quién eres tú?
- A esta Cabeza reclinada en tu pecho (después de la comunión) están unidos los pueblos que comulgan, y son éstos mi Cuerpo. ¿Crees?
- Sí, ayúdame a vencer mi incredulidad.

Julio 13. La aurora en el monte

El anillo en el día de las bodas

Oración al Padre

42. Padre celestial, vos me habéis dado por Esposa a vuestra Hija, y me habéis mandado amarla de todo mi corazón: «Amarás a tu Dios y a tus prójimos por Dios como a ti mismo» [Mt 2,8; Mc 12,31]. Dios y los prójimos constituyen un cuerpo moral que es vuestra Iglesia. La Iglesia es mi Amada, yo soy su esclavo, porque el amor es una cadena que cautiva a los amadores; en cumplimiento de vuestro mandato yo soy esclavo de vuestra Iglesia; a la vez ella es esclava mía amándome a mí. Dadme, Padre mío, poned un signo que represente nuestra esclavitud.

- ¿Qué ves sobre la mesa del altar?
- Un anillo.
- Yo te lo doy; entrégale a tu Esposa.
- Hija del eterno Dios, Iglesia santa, ¿me amas?
- Sí, yo te lo he declarado formalmente.
- Sí me amas, eres mi esclava.
- Sí, soy esclava de amor; amando me doy toda a mi amante, ya no soy mía.
- Si eres esclava mía, recibe, Esposa mía, en señal de esclavitud, este anillo que me ha dado mi Padre y tu Padre.
- Yo lo recibo. Ponlo en el dedo de la mano, en la imagen de la Virgen que a tu vista me representa; y cuando lo veas, acuérdate que soy esclava tuya de amor. Amándome has robado mi corazón y he quedado esclava y prisionera.
- El anillo prende y aprisiona el dedo, el dedo la mano, la mano el brazo, y el brazo toda la persona. El anillo es el primer eslabón de una cadena que ata y esclaviza a los dos amantes.

Amante *amor* Amada.

Julio 14. Las tinieblas en el
anochecer sobre el monte

Mi sombra. Fealdad de la figura. Terror

«Ne magnitudo... datus est mihi stimulus carnis meae: angelus Satanae, qui me colaphizet» [2 Cor 12, 7-8].

43. Las tinieblas de la noche cubrían el monte. Y vi venir hacia mí una figura muy fea, y más negra que la noche misma. El temor, el terror y el espanto oprimían de tal modo mi alma, que no osaba respirar; mis carnes estaban horripiladas a la presencia de esa sombra que tenía inmediata a mí. La conjuré:

- Sombra, ¿quién eres?
- Soy lo que tú eres.
- ¡Dios mío! ¿Qué soy yo? ¡Oh, qué horror! ¿Quién soy yo? Una sombra, y peor que una sombra: soy lo que no es, porque lo que es se refiere a Dios; soy la impotencia para el bien y la potencia para el mal. Esto es lo que soy, esto es lo que tengo, esto es mío. Yo puedo, paloma mía, ofenderte, puedo contrariarte, puedo pervertirme; y esa potencia que está en mí es una caverna horrible llena de serpientes y de animales ponzoñosos. Dentro esta caverna se me ha introducido una fiera inmunda que atenta continuamente a mi pureza, que combate mi amor y mis esperanzas, que me humilla cuanto es dable humillar a un hombre mortal.
- «Propter quod ter Dominum rogavi ut discederet a me. Et dixit mihi»...[ib].
- 44. *La Esposa.* – Te basta mi amor para contigo.
- Yo, por lo que soy y tengo, estoy perdido, no puedo salvarme.
- ¿Es que no sabías esto? Yo te salvaré contra ti mismo.
- Si yo no temiera ser te desagradable por ser yo quien soy, me consolara.
- Si no vieras y tocaras lo que tú eres y lo que tienes y puedes, serías un demonio en soberbia. Y para que mis relaciones contigo no te ensoberbecieran, te dejo en esa cueva ese animal feroz e inmundo. Tu potencia para el mal es como las cuevas y cavernas donde se refugian el león, el tigre, el lobo y todos los pecados. En vista de lo que tú eres y de tu suma miseria, ¿osarás a envanecer te jamás?
- ¡Jamás, jamás! Infeliz, ¿cómo podré yo jamás gloriarme si no es de mis flaquezas, miserias y pecados? [2 Cor 11, 30; 12,5].
- No serías humilde sin esto.
- Bien. Pero ¿cómo puedes amarme tú que eres infinitamente bella y amable? ¿Cómo puedes amar una cosa tan fea?
- Yo amo no lo que tú eres y tienes de ti mismo, sino lo que hay en ti infinitamente amable y bello.
- ¿Qué es esto? Yo no veo en mí tal amabilidad y belleza.
- Amo en ti la imagen de tu Dios, que es bella y amable como yo misma. Esa imagen tiene una sombra negra que la sigue, y esa

sombra eres tú; esa sombra es tu potencia al mal y tu debilidad para el bien, y esa sombra huirá el día que yo me descubra a ti cara a cara.

– Que huya en seguida. ¡Sombra, aléjate de mí, vete, no vengas conmigo!

Julio 16. Las fiestas de la Virgen Carmelitana

Mis relaciones en el monte con la Virgen Carmelitana

45 – ¿Crees en mí?

– ¿Quién eres tú?

– Yo soy la Carmen.

– ¿La Virgen Madre?

– Sí, yo soy la congregación de todos los santos del cielo y de todos los justos que hay en la tierra y debajo la tierra unidos a Cristo, mi Cabeza. Hoy pondrás en el dedo de la mano derecha de la imagen que me representa sobre el altar una cinta de oro que mi Padre ha mandado labrar, y yo la aceptaré y llevaré en signo de tu amor para conmigo y de tu esclavitud.

– ¿Tú esclava de mí?

– Sí, de amor; el amor hace prisionera a la amante.

– Con que... ¡me amas!

– De nuevo te lo declaro, y de tal modo como si no hubiera otro amado sobre la tierra.

– Lo creo porque lo dices. Si me amas, tú cuidarás de mí: ya soy salvo.

– Sí, eres salvo por amor. ¿Crees en mí?

– ¿Por qué me lo preguntas?

– Quiero confirmar tu fe.

– Bien, gracias. ¿Quieres darme signos de tu existencia y amor?

– Sí.

– Ya tengo bastantes: creo en Jesucristo, Cabeza de tu Cuerpo, y creo en la Iglesia, Cuerpo de Jesucristo tu Cabeza. No necesito más.

– Lanzarás a Satanás de la presencia de la imagen que me representa sobre el altar; en mi nombre lanzarás los demonios de los cuerpos que poseen y atormentan.

– Yo los lanzaré al infierno en nombre de la Virgen del Carmen.

– Sí, en mi nombre.

46. – ¿Sois vos, amabilísima Señora, la Madre de Dios?

– Es ella conmigo una sola cosa.

– ¿Quién eres tú?

– La Iglesia santa de Dios, Hija tuya y del eterno Dios, y Esposa de Jesucristo y tuya.

– Por cierto que si invocado tu nombre huyan los demonios de los energúmenos y curan los enfermos, será una señal de tu presencia y de que cuanto me has dicho y dices es verdad. Pues que creo que sola tú les mandas como a esclavos viles de tu poder, ¿esto no será únicamente para confirmarme a mí en la fe en ti?

– Sí, y al mismo tiempo te manifiesto que es llegada la hora tremenda en que yo voy a revelar mi poder y autoridad a los hombres.

– ¿Acaso tienes alguno que crea en ti? Revélate a los hombres, oh Virgen bella, y te amarán; acredita ante ellos tu existencia y manifiesta tu gran poder.

Sí, yo voy a manifestar mi autoridad y revelar mi poder a los que no creen en mí. Manda a los demonios en mi nombre y verás cómo te obedecen.

47. – ¿En nombre de la Virgen Carmelitana?

– Sí, en mi nombre.

– Te llamas Carmen...

– Sí, la Virgen que preside y reside en el Carmelo y demás montes santificados con la penitencia de los profetas y de mis santos.

– ¿Eres tú la Madre de todos los anacoretas, solitarios, ermitaños y de cuantos han hecho penitencia en los desiertos?

– Sí, soy la Virgen Carmelitana, soy una Virgen que está con los penitentes en los desiertos. Y en señal que estáis todos bajo mi cuidado, huirán los demonios a la invocación de mi nombre. Yo tengo mi trono en el Monte, y mis armas se dirigen a salvar del fuego eterno a cuantos se acojan a mi bandera.

– ¿Bajo el pendón del Carmen?

– Sí, mis armas amenazan el imperio de Satanás.

– Ríndase, Reina invicta, ríndase Satanás ante tu trono. ¿Hasta cuándo has de tolerar que los demonios te insulten? ¿te insulten a ti, a ti que los tienes esclavos bajo tus pies? Iglesia santa, ¿no estás tú en el sacerdocio? ¿no está tu poder en manos de éste, y tu autoridad y tu honor en su autoridad y en su honor? ¿Hasta cuándo los demonios, tus viles esclavos, han de burlarse del poder dado por ti al sacerdote? Si tú eres una realidad, tu honor, bellísima Soberana, está comprometido. Da gloria a tu nombre, o si no ya no hay fe sobre la tierra: nadie cree apenas en ti.

– Sí, yo daré gloria a mi nombre.

Las tardes de últimos de julio

En la soledad del monte

48. Guiado mi corazón por el amor, subía hacia el monte. Y en la espesura del bosque buscaba un escondrijo donde ocultarme de la vista y trato de los hombres, y preguntaba a la soledad: «¡Oh soledad! ¡Solo yo! Yo estoy solo

(con respecto al mundo). Soledad ¡cuánto vales!». Me contestó una voz:

– Vale tanto cuanto valgo yo.

– ¿Quién eres tú?

– Yo estoy sola contigo, sola vengo a ti.

– ¿Quién eres tú?

– Yo soy única de mi Padre, no tiene otra hija que yo: en mí tiene todas sus delicias.

– Yo te conjuro en nombre de Dios vivo: dime, ¿quién eres tú?

– Yo soy virgen, lo seré siempre, soy la Reina de estos montes, soy la Virgen Carmelitana.

– ¿Sois la Madre de Dios?

– La Madre de Dios, María, virgen como yo, me representa a mí; y yo, bajo el título del Carmelo, ordeno mis fuerzas a la destrucción del imperio de Satanás.

– ¿Vienes sola conmigo a la soledad?

– Sí.

– ¡Oh preciosa soledad, cuánto vales!

– Vale tanto cuanto valgo yo.

– Tú eres toda bella, infinitamente amable. ¿Por qué me humillas tanto, hermosa mía?

– Así humilde, no atribuirás a tus virtudes lo que es obra puramente mía.

La aurora del 9 de agosto

En la cima del monte

49. A la luz del plenilunio de primeros de agosto yo subía por la mañana solo al monte. Solo.

– ¿Solo estoy?

- No, dijo una sombra que me seguía.
- Sombra, ¿tú mi compañera?
- Sí, yo tu compañera soy, y compañía inseparable.

La sombra me siguió hasta el monte. Y al nacer la aurora, la sombra fue clarificada, la sombra tenía figura; y era tal la luz de su gloria, que no se dejaba mirar, pero en medio de una luz que eclipsó el sol en su nacimiento, miraba yo una belleza indescriptible.

– ¿Quién eres tú, oh la más bella entre las vírgenes, quién eres tú? ¡Oh, cuándo te veré sin velos, hermosa mía! Tu gloria ciega mi vista. ¿Cuándo podré mirarte cara a cara?

– Yo soy la Hija de Dios altísimo y tuya.

– Padre eterno, amparad vuestra Hija y salvadla del hombre malo. Iglesia santa, ostenta tu gran poder frente a los enemigos que insultan tu autoridad y blasfeman tu santo nombre.

– Prepárate para una grande batalla.

– ¿Estarás conmigo?

– Sí, yo te seguiré como la sombra sigue al cuerpo que la produce.

– Pues si estás conmigo, vivo en paz, y en paz procederé a la guerra.

Agosto. La tarde del 17

La paz en la guerra y en la victoria

50. «¡Victoria, victoria!», clamaba una voz fuerte que se oía en el monte: «Has vencido».

- ¿Quién? ¿Yo vencer?
- Sí, has vencido.

– Yo soy, oh valiente e invicta Débora, yo soy contigo, oh Iglesia militante, una misma cosa. Eres tú la que batallas, tú vences: a ti la gloria. ¿Acaso has sido jamás confundida? ¿Acaso una sola vez las potestades del infierno te rendirán? ¡Gloria a ti, oh invulnerable Judit, tú eres eterna, inmortal, imperecedera e invulnerable. Tú vencerás siempre! [Mt 16, 18].

Un cuadro de horror

51. El sol se había ya escondido tras el monte, las tinieblas cubrían la tierra. Y una voz grande, semejante a la de un pregoneiro, clamaba: «¡A las armas, a las armas, a las armas!». Y el terror y el pavor se habían apoderado de mis carnes, y yo estaba de rodillas sobre la peña del monte como un soldado que espera al enemigo, resuelto a morir en la batalla. Entre la oscuridad de la noche vi sobre un llano dos banderas frente a frente, y mezclados en gran confusión ambos ejércitos: Miguel arcángel batallaba y sus ángeles con él, y Satanás, Luzbel, el dragón y sus ángeles resistían y se defendían; grandes ejércitos seguían una y otra bandera y batallaban; la confusión era muy grande a causa de las tinieblas de la noche.

Vino una luz clara como el sol, y se dividieron los campamentos en dos banderas. Y a la claridad de esta luz vi, al lado del príncipe que dirigía las batallas, una joven más bella que la misma luz: ceñían sus sienes una corona de gloria, y su cetro brillaba como estrellas. Yo estaba lleno de horror a la vista de un choque tan horroroso. Y el príncipe que la defendía me llamó y dijo: «Ven, sacerdote de Dios altísimo. Ha sonado la hora en que el infierno va a ser encarcelado. Ven conmigo, y vamos a encadenar y encarcelar todos esos príncipes rebeldes que, entronizados sobre los reyes y poderosos del mundo, vuelven sus armas contra la Hija de Dios, la Iglesia santa, tu Esposa». Me uní a este príncipe y empezó la batalla [Dn 10, 13-21; 12, 1; Ap 12, 7-17].

10

SANTA CRUZ 1866

Febrero 17

*Una horrible batalla de seis meses sin interrupción
Historia*

1. En las hermosas tardes de la primavera de 1865, en las que yo subía al monte a orar por la Iglesia santa, vino a mí vestida de gloria la hermosa Ester acompañada de los grandes de su reino, y me dijo lo siguiente: «Te prevengo que de muchos siglos a esta parte, apenas han quedado demonios en el infierno: libres y desencadenados sobre la tierra los primeros príncipes, poco a poco se han apoderado de todos los tronos, cetros y coronas; y acordes con los poderosos del mundo, han vuelto contra mí todas sus armas; en el terreno de la fuerza material, se han apoderado de cuantos elementos hay creados. Pero no importa. Ha sonado la hora en que estos príncipes rebeldes van otra vez a ser encadenados y lanzados al infierno. La caída de los demonios al infierno será la ruina de los poderes fundados en su malicia. ¡Sacerdote de Dios altísimo! vas a entrar en batalla contra esos ángeles perversos: yo te doy sobre ellos todo mi poder. Revestido de todo mi poder contra los demonios, entra en batalla, y seas leal y fiel a tu Reina. «Ecce ego dedi vobis potestatem calcandi super serpentes et scorpiones et super omnem virtutem inimici, et nihil vobis nocebit [Lc 10, 19]. Lanza los demonios, yo te lo mando. El ángel que dirige estas batallas estará contigo: marcha y no temas; él te dará las instrucciones que necesitas en el combate. Yo te daré tantos signos de que ésta es mi voluntad, que no podrás dudar, aunque quieras, de tu misión».

2. En las primeras batallas yo andaba temblando y vacilando. Pero el choque fue tan horrible, y la victoria tan

marcada y evidente, que no pude dudar de la verdad de la misión que había recibido. Los primeros príncipes que en el choque se rindieron, al dar en los infiernos la noticia de sus batallas y de su ruina, llenaron de confusión a los demonios; y formando todos un solo poder y un solo ejército, corrieron al lugar del combate. Se encarnizó la lucha: el dragón, la serpiente, Satanás, Lucifer y todos los primeros príncipes del imperio infernal se presentaron armados de toda su astucia, malicia y poder y ciencia. La batalla se formalizó, y se ha procedido y procede según todas las leyes dictadas por el Rey de los reyes, a quien toca juzgar de la fidelidad de sus guerreros. Y salva la fe, la victoria es infalible.

Desde el agosto hasta la fecha, la lucha ha sido sin intermisión, sin treguas; y apenas he podido respirar triunfante en una batalla, que ya se ha levantado otra.

De entre los de mi clase he quedado solo y abandonado en la lucha, y hasta la fecha la victoria se ha pronunciado a favor de la invicta Guerrera que la dirige.

Un Querubín. Demonio. Combate. Victoria

3. Hoy al subir al monte para dar cuenta a mi Reina de mis acciones en la batalla de seis meses, me seguía en traje de querubín un ángel perverso, de aquellos que lanzados de la primera jerarquía son los más hábiles para tentar. A manera de una nube cubría toda mi alma, y me decía con gran ciencia y sagacidad: «¿A dónde vas? ¿A quién buscas por ese monte?». Contesté de una voz sofocada, procedente de un espíritu sin aliento y abatido:

– Voy en busca de mi cosa amada.

– ¿Quién es tu Amada?

– Voy en busca de mi querida Rebeca.

– ¡Ilusión, ilusión! ¿Qué has ganado en esas tus ideas?

Te comprometes en tu honor. Es cosa vil y baja haberlas con demonios: pierdes tu tiempo miserablemente, y te comprometes para las cosas del servicio de Dios. ¿A quién llamas? ¿a quien buscas?

4. Tu Amada es una ficción de tu mente.

Yo subía hacia arriba, el paso lento, triste, y mi alma cubierta bajo la presión del ángel tentador. Reposando de trecho en trecho, llegué a la cima. Me escondí dentro del bosque, tomé asiento sobre la yerba, y sentí en mí la necesidad de reposo. Estaba solo en un sitio donde nadie ni me podía ver ni me sabía; estaba solo. Y mi corazón agitado por el amor, decía: «¡Oh feliz soledad, cuánto vales!».

5. El amor no me dejaba reposar; y dentro, el santuario del corazón daba gritos y alborotaba todo el templo del Espíritu Santo, y decía: «Yo amo. ¿Dónde está mi Amada?». Una luz del cielo despertó mi alma, y fugando el ángel malo, me descubrió los artículos siguientes:

1º Tu Amada es Dios y tus prójimos.

2º Tu Amada es la Hija única del eterno Padre: Dios formando cuerpo moral con tus prójimos, y éstos uno en Dios. La congregación de todos los prójimos unidos a Cristo, su Cabeza, es tu Amada.

3º Tu Amada es una. «Única es, columba mea» [Ct 6, 8].

4º La Cabeza de tu Amada es Cristo.

5º El Padre es el principio de donde procede.

6º El Hijo es su Cabeza.

7º El Espíritu Santo es el alma que la vivifica.

8º La Trinidad ha impreso en ella su imagen, y es bella como Dios, amable como la divinidad.

9º Es una en Dios trino y uno.

10º Tu Amada tiene amor y te ama, tiene ojos y te ve, inteligencia y entiende, lengua y habla, oídos y oye.

11º Yo creo –contesté entonces a la voz del tentador– en la Iglesia santa.

6. Y apenas la fe católica disipó las tinieblas del ángel malo, sentí su dulce y amable presencia, y me dijo:

– Vendrás a este monte las tardes antes de empezar tu misión, y te hablaré al corazón. Vendrás lo más pronto posible, y me hallarás sola en este bosque, sola y atenta a tus súplicas.

La tarde del 18, febrero

Las fiestas del monte

7. Desde el agosto hasta la fecha, las batallas con los demonios fueron tan horribles, que apenas tuve un día para respirar. Si el trato con los hombres del mundo es cosa peligrosa, ¡qué ha de ser haberlas día y noche con demonios! Había dejado esta batalla lo que en la guerra, esto es: mi espíritu batido y combatido por sus cuatro frentes y molido a palos. Al subir al monte era yo semejante a un soldado en la lucha, que, si bien no ha caído prisionero ni muerto en el choque, pero queda la fatiga consiguiente a una lucha de muerte.

– ¿De dónde vienes?, me dijo una voz procedente de la soledad.

– Vengo del infierno –contesté–, vengo de batirme a brazo tendido con los demonios.

– ¿A dónde vas y qué buscas?

– Voy al cielo, voy a la celda, voy a la soledad; voy allá donde está mi Reina, mi poder y mi vida, para curar mis heridas.

8. Llegado al bosque, rendido a la fuerza de la pena, tomé el sueño a la sombra del cepín.

– Levántate.

– ¿Quién eres tú?

– Soy tu amor, tu Amada, tu vida y tu salud.

– ¿Eres tú, Hija mía, eres tú aquella misma por cuya gloria me estoy batiendo con los demonios?

– Sí, yo soy tu Hija, yo soy tu Esposa. Levántate y voy a renovar contigo mis amores.

9. Me levanté, y vi vestidas de gloria todas las criaturas inocentes que me rodeaban: «¡Gloria –decían– a la que batalla y vence! ¡Gloria a la más pura de las vírgenes y a la más bella de entre las hermosas!». Al despertar me sentí revestido de valor y de fuerza, porque la que me llamó era la valiente Judit. Todos los ejércitos del cielo estaban con esta invicta Guerrera y los grandes príncipes del reino de Dios la hacían corte. Al sentir su presencia, renové al momento mis votos de amor, fidelidad y lealtad con ella, y los recibí.

10. Al despertar, mi espíritu hizo lo que el novio amante, que, sorprendido por la visita de su amada, hallándose desahogado y descompuesto, huye, se esconde un momento, se retira y, solo, se arregla, se viste, se adorna y toma la actitud que pide la presencia de su amada que sabe viene para pedirle cuenta de su amor y fidelidad; y ordenado y dispuesto para presentarse ante la más digna y la más sublime de todas las cortes, vuelve a la presencia de su amada. Así mi espíritu, descompuesto, herido, como soldado sucio en su propia sangre y rasgado en la batalla su uniforme, viéndose repentinamente ante su Reina en tal descomposición, le dijo:

– Permíteme que un momento me retire de tu presencia, porque estoy sucio y me he revolcado en la batalla en mi propia sangre; voy desnudo, porque en el choque con los demonios estas fieras han rasgado toda mi ropa: soy indigno de ti.

– No –dijo entonces la Reina– no me retiro.

Y llamando a los príncipes que la rodeaban, me presentó así, sucio y desnudo, a su presencia, y dijo:

– Este es uno de mis valientes guerreros: vedle ensangrentado.

11. Y los príncipes del reino celestial me rodeaban, y yo estaba lleno de confusión, llorando y confesando mis faltas y pecados a su presencia. Y acercándose uno de éstos, en un cerrar y abrir de ojos me limpió, curó mis heridas, me vistió, de mi uniforme. Y al presentarme a su Reina, dijo:

– ¿Es digno de ti?

– Sí, este es uno de los guerreros de mi confianza, y me complazco en mirarle abatido, herido, sucio de sangre batiéndose con mis enemigos, del mismo modo que fuera del combate, como amante a mi lado, vestido con todo el uniforme de gala, gloria y gracia.

Y renové mis votos y juramentos de amor y fidelidad, y fueron aceptados.

Febrero 19. La tarde

La paz, el gozo y el goce en el amor

12. Esta tarde subía yo al monte muy triste y apesadado. La pena procedía de un principio y causa que no he podido arrancar de mi corazón aún, y es, persuadirme que soy desagradable a mi Amada. Y decíale en la pena: «Tal cual me ves, me doy a ti. ¿Me quieres? Dime –repetía mi corazón– ¿me quieres tal cual soy?». El tiempo estaba lluvioso. Y repitiendo la misma ofrenda, me dirigí a una cuevecita que hay en el bosque para ampararme contra la lluvia.

– Entra, me dijo una voz.

– ¿Quién eres tú?

– La que tú amas.

– ¿Eres tú mi Amada?

– Yo soy tu Amada y tu Amante.

– ¿Mi Amante?

– Sí, tu Amante.

– Quita mi pena que me devora.

– Dímelas.

– Yo veo en mí cosas que aborrezco y te displacen.

– ¿Qué es esto que tú aborreces y a mí me desagradan?

– Mis faltas y miserias.

– ¿Crees que por ellas yo dejo de amarte?
 – Así lo merezco. Yo deseo ser tal, que no haya en mi cosa alguna que te desplazca.
 – Tus faltas y miserias son la sombra sobre la que resalta la imagen de Dios, que es la que yo miro y amo; y eso que tú no quieres, te seguirá doquiera que vayas. No obstante, en estos ejercicios voy a fundar con solidez la paz contigo en tu corazón, y a derramar en él aquel gozo y goce que no puede turbar evento humano.

– ¡Qué seré feliz si tal gracia me haces!

13. – Puesto que todo el fundamento y la causa de las penas horribles que sufre tu corazón se fundan en temores de serme desagradable, en estas tardes examina detenidamente una por una estas causas, y si son verdaderas, las quitaremos; y no habiendo en ti cosa que me desagrade a mí, en el amor y en la unión conmigo tendrás una paz sólida, inalterable, permanente, y un gozo y un goce que estará fuera del alcance de los sucesos humanos. Mientras tengas paz conmigo, mientras seamos una sola cosa por amor, ¿qué importancia pueden tener los sucesos humanos que giran alrededor y fuera del templo interior donde yo vivo y reino contigo? Examina, pues, bien esas cosas que hay en ti y que crees me desplacen, y desde dentro las combatiremos.

– Desde ahora te las confieso, y son todas reducidas a dos artículos que... tú ya conoces.

La tarde del 22, febrero 1866

El Amante, el amor y la Amada.

Historia

El Amante

14. Hasta la edad de siete años yo no conocí qué cosa era amar: el amor era un fuego entre cenizas. Pero bien pronto se encendió, y hasta los 21 años amé con pasión y sin

conocimiento de mi Amada. A los 21 años de edad, al desprenderse el corazón de los objetos extraños al verdadero amor, al dejar las cosas que no merecen los afectos del corazón, me hallé en una situación horrible: impulsado por el amor buscaba mi cosa amada en Dios: mas ¡ay!, yo no la conocía, y ella no se revelaba. No obstante, la pasión del amor no estaba en mí ociosa, sino que crecía de año en año hasta devorar el corazón. Desde los 21 años de mi edad hasta los 33, cosa extraña, yo amaba con tal pasión, que busqué mil ocasiones para acreditar que daba y ofrecía mi vida y mi sangre en testimonio de mi lealtad; y la Amada me salvó la vida mil veces expuesta a los peligros de una guerra tal cual la sostuvo España, mi patria, contra sí misma. «Yo te amo –decía yo a mi Amada– acepta mi sangre en prueba de la verdad de mi amor». Soy vivo porque mi Amada no aceptó el sacrificio. Cosa rara: yo no la conocía, y la buscaba, pero entre velos la miraba gloriosa en el empíreo; y creyendo que sólo allí podía verla, deseaba acabara pronto mi vida sacrificada y consagrada a su amor.

15. Mi Amada no sólo no aceptó mi sangre ni se me reveló ni descubrió, sino que se retiró de mí y me abandonó en poder de todos los demonios del infierno. Y a los 31 años de mi edad empecé a morir viviendo y a vivir muriendo una vida tan horrorosa a mi vista, tan amarga, que me horripila mis carnes al escribirlo: Dios entregó mi alma en poder de los demonios; y parece tenían fuerza para hacer de mí cuanto les placía. Y esta vida duró hasta la edad de 50 años, esto es, 17 años seguidos, sin un día de luz ni de interrupción. En este tiempo el amor no sólo no se extinguió, sino que, levantando siempre más sus llamas, llegó a tal exceso que ya no me fue posible soportar más mi situación. Yo amaba con pasión, y, cosa extraña, ni conocía mi Amada ni ésta se relacionaba conmigo.

16. Por fin, estaba yo muy lejos de pensar que en esta vida miserable la cosa amada se comunicara con su amante; y bastó un día una sola palabra salida de sus labios para que

mi corazón la conociera: el Amor amando unió al Amante con la Amada, estableciendo entre los dos la paz, y una paz inalterable.

La Amada se descubrió a su Amante, y en estas relaciones han pasado cinco años. En los principios era tanta mi sorpresa, que no podía yo acabar de creer que mi Amada fuese lo que ahora creo. Y para alentar mi fe, me resolví a escribir cuanto me pasaba con ella, y la lectura de mis relaciones concientes al amor me sostenían en tiempo de combate.

17. Ahora ¡qué cambio en mí, qué situación tan distinta! Conozco a mi Amada, porque ella cuida de revelarse a quien la ama; el amor no ha hecho más que ponerse en orden, y encontrando en la cosa amada un objeto infinitamente bello y amable, se ceba en ella, en ella reposa, allí descansa, allí duerme, y cesa desde aquesta época a darme muerte y tormentos; al menos esa muerte es dulce como la del amor. Cuando no conocía a su Amada, la buscaba, y no hallándola volvía sobre el Amante y me mataba a golpes, atropellaba mi pobre corazón, le agitaba, gritaba, daba voces desaforadas. Y ¡pobre de mí!, ¿qué podía yo hacer?

18. Desde que mi Amada se reveló al corazón, huyeron las tinieblas poco a poco a proporción que crecía y ha aumentado la fe en ella. Y los demonios, a la presencia de mi Amada, me han abandonado, y yo he salido de su jurisdicción poco a poco al paso que yo he tenido fe en la palabra de Dios. Para que yo creyera en la existencia y presencia de mi Amada, no sólo ha fugado de mí los demonios, sino que lanzándolos ella de los cuerpos ha acreditado la verdad de cuanto he escrito sobre ella.

La tarde del 23, febrero

Los demonios a los pies de mi Amada

19. Después de 17 años de una lucha encarnizada con los demonios, viéndome perdido, solo, sin saber de dónde me vendría el remedio, resuelto a ejecutar cuanto posible es a la flaqueza huma-

na, me interné solo en un bosque para estar más atento a las batallas del espíritu. Infinitas legiones de demonios me rodeaban y cubrían de tristeza mi alma, como la nube negra el monte. La noche era muy oscura y fea. Y a pesar del horror que me infundía la presencia de tales enemigos, yo me mantenía firme, decidido a morir batallando. Y repentinamente vino a mí una joven guerrera; y tanta era su belleza y tanta su gloria, que no pude distinguir su armamento. La acompañaban formidables ejércitos, todos gente escogida y jóvenes, diestros en las armas; su presencia bastó para que al momento huyeran de mi alrededor toda la multitud de demonios que me atormentaban. Huían y gritaban: «Ya volveremos luego, luego ya volveremos a la carga contra ti». Y la joven, acercándose a mí, me dijo:

– Yo soy tu Amada. Hasta ahora has sido solo en el combate.

– ¿Por qué me dejabas?

– Para que vieras y reconocieras cuánto puedes solo y sin mi poder.

– ¿Quién eres tú, oh bellísima y valiente guerrera?

– Yo soy Judit la invencible, yo soy tu Amada. Fuera de mí y sin mi poder, fuera de la Iglesia y sin mi autoridad poco vales.

– Nada soy, nada valgo, nada tengo.

– Pues en adelante tú batallarás conmigo y yo contigo contra los demonios; vencéndolos a ellos, te vencerás a ti mismo, te salvarás a ti mismo. Prepárate para una nueva batalla. Yo te doy todo mi poder sobre ellos: «Ecce ego dedi vobis potestatem... Demones ejicite» [Lc 10, 19; Mt 10, 8] lánzalos de doquiera los encuentres.

20. Así fue. Vi bajo los pies de esta Virgen invulnerable e invencible rendidos todos los demonios; y abandonaban los cuerpos que poseían unos, y otros resistían. Miguel batallaba y sus ángeles; y Satanás, Lucifer y los primeros príncipes batallaban contra Miguel. Y la batalla fue muy encarnizada y ha durado hasta la fecha de hoy, y aún dura [Ap 12].

La tarde del 24, febrero

Armamento en las batallas contra los demonios. Visión horrible

21. Estaba yo sentado en el monte sobre la peña en vista de Barcelona y de su campiña siempre verde y hermosa. Formidables ejércitos de demonios se lanzaron con furor sobre ella. Los primeros

príncipes del imperio infernal daban grandes alaridos, y rugiendo como el león decían: «Devorabimus eam [Sl 34, 25], es nuestra». El monte fue lleno de la gloria de Dios, y vino a mí, y conmigo un ejército de guerreros, todos ágiles y prácticos en el ejercicio de las armas; y los dirigía una joven, siempre virgen, toda bella, vestida de gloria. Yo me levanté, y puesto en pie a su presencia, me dijo: «Toma mi poder, ministro de la guerra: “Ecce ego dedi vobis potestatem calcandi super serpentes et scorpiones et super omnem virtutem inimici... Demones ejicite, infirmos curate”» [Lc 12, 19; Mt 10, 8]. Y me entregó una estola blanca de oro puro, y la vestí, junto con una ropa cándida como la nieve que también vestí ciñéndola con un cordón de seda color de sangre. Así vestido, acercóse a mí el Príncipe que dirigía los ejércitos de Dios, y me dijo: «En estas batallas yo cuento con tu lealtad».

22. Mientras tanto el amor llamando por dentro dirigió su vista y puso los ojos sobre la joven guerrera. Y era tanta su belleza, tanta su gloria, que no se dejaba mirar, pero la curiosidad excitada por el amor me tenía prisionero de vista, y apartando un momento el velo de gloria que la cubría se dejó ver, y exclame: «Basta, tú eres mi cosa amada; te conozco porque te das a conocer a este miserable mortal. ¡Virgen la más pura, abre tu seno y recibe en tus brazos a este hijo de Adán que no puede vivir fuera de ti! ¡Iglesia santa, recibe en tu corazón a este tu amante que suspira por verte cara a cara y sin velos! Congregación de todos mis prójimos unidos a Cristo, tu Cabeza, Virgen siempre bella, me basta tu presencia, soy contigo feliz, nada me falta, todo lo tengo contigo». Luego cubrió la gloria toda ella, y no se dejaba ver sino como aparecen los objetos dentro de la inmensa claridad de la luz. Y tomó una actitud muy imponente y majestuosa; alargó su cetro, y díjome al besarle: «Ecce ego dedi vobis potestatem... Demones ejicite infirmos curate etc.». [Lc 12, 19; Mt 10, 8].

23. Revestido de fuerza, marché a la batalla y empezó el combate. Miguel y sus ángeles batallaban, y el dragón, la serpiente, Lucifer, Belcebúc y todos los príncipes más poderosos del infierno corrieron en auxilio de sus ejércitos, y el combate se encarnizó en tal manera que se reunieron en el choque todas las fuerzas del cielo y de la tierra y del infierno; y aún los combatientes están armados y chocando. Millares de demonios son lanzados al infierno, y otros tantos miles vienen en auxilio de sus jefes, y la batalla es muy encarnizada.

Un cuadro de horror

24. Entre la multitud de pueblo que corría a ponerse al abrigo de las armas de la Iglesia santa, condujeron seis jóvenes de 17 a 22 años de edad. Los príncipes que las poseen tienen a sus órdenes formidables ejércitos de demonios, y son de los que cayeron de la primera jerarquía. La batalla aún subsiste. La serpiente infernal las revuelca como ella misma por el suelo; la lengua es arma muy poderosa que emplea en la lucha. Yo no me rindo: son mías, éstas están en mi poder, no las entrego, no me voy ni me quiero rendir.

1 *Sacrificio*

25. La joven guerrera es su madre y virgen siempre pura, y ésta es la defensa que presenta ante el trono de la justicia de Dios: «Padre celestial, éstas son hijas tuyas y mías: son hijas tuyas, porque las redimiste contra la esclavitud de los demonios con la sangre de tu Hijo; son hijas mías, me las diste en las aguas bautismales. Hijo de Dios vivo, estas mis hijas son esposas tuyas: las redimiste con tu sangre. Espíritu Santo, ven; veni, Creator Spiritus, ven y lanza estos espíritus malos y perversos, y salva de su esclavitud a mis hijas.

2 *Oración*

26. La oración y el sacrificio es el arma invencible de la Iglesia santa.

Después del sacrificio del altar y de la oración de la Iglesia representada en el altar, en el sacerdote, síguese la batalla de los exorcismos:

3 *Exorcismos*

27. – ¡Maldito, éstas son hijas mías! Vete, dámelas, entrégalas.

– No, son mías: yo las cogí en los bailes, galanteos y vanidades; el mundo las poseía y me las entregó a mí; son mías.

– Si fueron tuyas, ahora ya no lo son. Yo he presentado sobre el altar el precio de la redención a la eterna justicia de Dios, y lo ha aceptado; y de justicia, de condigno debes entregarlas.

– Yo no las entrego, yo no me rindo. Todos los reinos y reyes, todos los poderes de la tierra son míos, los he vencido, yo no debo con mis príncipes ser lanzado al infierno sin que caigan los poderes que yo he levantado sobre la tierra.

– Sí, es verdad: apenas hay príncipe sobre la tierra que sea fiel a Dios y a la Iglesia, mi Señora, pero has de caer con toda tu corte, con todos tus ministros, con todas las legiones, con toda tu malicia y con cuanta maldad has fabricado sobre la tierra. La sociedad actual con todas sus naciones ha sido redimida con la sangre del Cordero, es redimida de tu poder, y has de salir de ella tú y todas tus legiones.

28. En esta batalla no se mira el bien solamente individual de las energúmenas, sino que, siendo los que las poseen los primeros príncipes, no pueden caer sin que caiga con ellos toda la obra que han levantado sobre la tierra: con ellos han de caer todos los poderes que están en guerra contra la Iglesia, y por esto la batalla es más encarnizada. En ella venceremos, porque se ha levantado a nuestro favor Miguel arcángel, y está en pie batallando a favor de la Iglesia y de sus hijos [Mt 16,18].

Fe

29. La fe del exorcista ha de ser apurada, sin que le falte ni un cabello de cuanto requieren las leyes de la justicia de Dios.

Oración y rezo

A la fe se ha de unir la oración.

Penitencia

30. Y a la oración y a la fe, tal rectitud de obras, que nada haya del diablo en el exorcista por donde pueda prenderse.

11

LA MUJER, TIPO DE LA IGLESIA DE JESUCRISTO

La mujer, figura de la Iglesia¹

1. Cristo, constituyendo cuerpo con todos los ángeles y los santos predestinados para la gloria, es la Cabeza de su Iglesia. «Vosotros –escribe san Pablo a los de Corinto– sois el cuerpo de Cristo». Y a los de Efeso: «Constituyó a Cristo (su Padre) sobre toda la Iglesia, que es su cuerpo» [1 Cor 12,27; Ef 4,12.44].

2. Dios, formando como Cabeza un cuerpo moral perfecto con los ángeles y santos predestinados para la gloria, es el último término de nuestro amor. Dice la Ley de gracia: «Amarás a Dios sobre todas las cosas, por ser El quien es, bondad infinita, y a tus prójimos como a ti mismo» [Mt 19,19; 22,40; Mc 12,31; Rm 13,9; 1 Jn 4,20-21]. Dios y los prójimos es nuestra cosa amada; Dios con los prójimos, y los prójimos en Dios forman un cuerpo moral perfecto, y este cuerpo es la Iglesia, en sentido lato.

3. La Iglesia es una entidad y un ser real, como lo es la Virgen María, Eva, Sara, Rebeca y una mujer. No creerlo fuera una herejía. «In unam, sanctam, catholicam, apostolicam Ecclesiam».

1. En la página 188 se escribe como si se tratase de un título o parte de la obra el epígrafe "La mujer, tipo de la Iglesia de Jesucristo". No se propone como lo restante del texto en correspondencia con alguna fecha determinada. De hecho tiene una forma expositiva diversa, a manera de *tratado doctrinal*. En el conjunto del escrito resulta por eso una digresión.

*Formación del cuerpo de la Iglesia
y su enlace con el Hijo de Dios*

4. Llegada la hora fijada por la eterna Sabiduría en que había de salir de la concepción divina y nacer al mundo la Iglesia santa, creada con anticipación la más perfecta de todas las criaturas, una Virgen toda bella y toda pura, el Espíritu Santo tomó la sangre pura de esta Virgen, formó un cuerpo; el Padre crió un alma y se unió al cuerpo; y el Hijo de Dios, al mismo instante, se unió hipostáticamente a la humanidad, y en razón de esta unión hipostática no hay en Cristo sino una persona en dos naturalezas, divina y humana, y esa persona es Nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Por esta unión hipostática el Hijo de Dios unió a sí con vínculos indisolubles la naturaleza humana, y ésta en Cristo fue constituida Cabeza de toda la Iglesia.

5. Instituyó Cristo en la Cena el sacramento de la Eucaristía. Comulgó Pedro, comulgaron los Apóstoles y discípulos, comulgó la Virgen María, y por la comunión se incorporaron sacramentalmente y moralmente a su Cabeza Jesucristo, y así tomó creces el cuerpo [1 Cor 5,7; Jn 19,34].

6. Muerto Jesús, su alma, unida hipostáticamente a la divinidad, bajó a los limbos; y allí, como Cabeza, unió e incorporó a sí por gloria millares de almas: todas las de los santos padres que habían muerto en gracia y habían satisfecho por sus culpas. En este acto la Iglesia tomó un nuevo aumento.

7. Cristo, con las almas de los santos padres formando un cuerpo moral, subió a los cielos, y en el empíreo incorporó a sí, como Cabeza, todos los ángeles. Y ésta es la Iglesia triunfante [Rm 8,29; Col 1,15].

8. Cristo envió desde el cielo, según había prometido, el Espíritu Santo, que procede de El y de su Padre. El Espíritu Santo bajó en el cenáculo como alma (si así se puede decir) a su Cuerpo, a la Iglesia militante ya organizada y formada, para darle vida, virtud, fuerza, fuego, amor.

Cuando bajó el Espíritu Santo ya estaba formada la Iglesia, porque Cristo y Pedro eran una misma Cabeza, visible en la tierra la una e invisible la otra en el cielo pero presente a todo el Cuerpo.

9. Los Apóstoles se repartieron todas las naciones del mundo, y los bautizados, aunque unidos a Cristo por el bautismo, al comulgar se incorporaron a su Cabeza moral y sacramentalmente en fe, esperanza y amor y por gracia. Incorporóse a su Cabeza una nación, incorporáronse mil; y así, el cuerpo de la Iglesia, corriendo los siglos su curso, fue tomando en la tierra y en el cielo el desarrollo moral de todos sus miembros, creciendo moralmente, como crece la mujer paulatinamente pasando de la infancia a su juventud y de ésta a la edad viril.

10. Incorporados los bautizados por el bautismo y la Eucaristía a Cristo, su Cabeza, por más que la muerte reduce a polvo y a ceniza la carne, si mueren en gracia, (si bien muchísimos tienen que detenerse en el purgatorio para limpiarse allí hasta de la más leve tacha, pero miembros de la Iglesia), una vez purgados suben a la gloria; y ya estén en el empíreo, ya en la tierra, ya debajo tierra, son el cuerpo de Cristo.

La Cabeza de la Iglesia, Cristo Dios y hombre, está presente en el cielo y en la tierra, allá como aquí con presencia real: comulga uno, comulgan mil, todos son miembros unidos a ella.

11. El Pontífice, el sacerdote por razón del sacerdocio, es con Cristo, la Cabeza de la Iglesia; y en el sacerdocio la Esposa del Cordero inmaculado tiene su cabeza visible sobre la tierra. En la cabeza está la lengua y por ella habla la Iglesia: el Pontífice «loquens ex cathedra» es la lengua de la Esposa del Cordero.

La Iglesia continuará creciendo hasta que llegue a su perfecta edad, esto es, a su última perfección; y entonces aparecerá ante su Padre en cuerpo moral perfectamente organizada bajo Cristo su cabeza visible en su carne glorificada.

12. La Iglesia así descrita es el último término de nuestro amor y aquella belleza indescriptible tras la que corre nuestro corazón. Virgen la más pura y Madre fecundísima, es infinitamente amable y hermosa. Su cuerpo, su constitución y organismo, las funciones respectivas de cada uno de sus miembros, la perfecta armonía entre cada una de sus partes, las relaciones de cada una de éstas con el alma o espíritu que las vivifica y glorifica, las relaciones entre miembro y miembro, sus glorias, sus grandezas, sus inmensas riquezas, oh, ni el ojo la vio ni el oído puede percibir, y el corazón humano puede formarse apenas una idea o bosquejo de quién es esa Virgen siempre virgen, esa Joven infinitamente bella, esa Mujer tan bien formada, siempre ágil, sana, sobre la que reflejan todos los atributos y perfecciones de Dios [Is 64,3-4; 1 Cor 2,9].

La mujer, tipo de la Iglesia

13 Siendo tal nuestra condición sobre la tierra que no podemos percibir las cosas espirituales, celestes, invisibles, eternas, sino bajo las sombras, figuras y especies de lo visible, temporal y terrestre, el Espíritu Santo en las Escrituras sagradas nos presenta la Iglesia tras el velo de las metáforas, entre enigmas y figuras de una ciudad, de una vid, de un jardín cerrado, de un campo, de una grey, de un cuerpo humano; y mirándola por la fe tras las sombras de lo humano, por figuras y especies, nos ha revelado de ella todo aquello que está al corto alcance de inteligencias que viven en carne mortal.

14. Entre otras figuras, la de una mujer nos describe las relaciones entre Cristo y los santos en el matrimonio espiritual entre Cristo y su Iglesia.

De entre todas las mujeres, María, Madre de Dios es el tipo más vivo, perfecto y acabado de ella. Sara, Rebeca, Raquel y Lía, Ester, Judit, Débora, éstas y las demás mujeres de que nos hablan los libros del Antiguo Testamento no

pueden representarla en toda la fuerza de la figura, porque su historia nos las pinta imperfectas. Pero María, siendo una mujer perfecta y obra acabada por la mano del supremo Artífice, es el único tipo que bajo la especie de una mujer nos la puede figurar. Empecemos, pues, por ella [1 Cor 10,11].

LA VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS.
LA VIRGINIDAD Y MATERNIDAD EN MARÍA.
LA IGLESIA VIRGEN Y MADRE

La virginidad de María

15. María fue virgen antes del parto, en el parto, y después del parto. En el parto su virginidad quedó ilesa, porque el Niño Dios salió al mundo dejando cerrado el claustro virginal. Antes del parto la concepción fue obra del Espíritu Santo, y después del parto no conoció hombre alguno.

María fue siempre virgen, su eterno Padre es virgen, y su único Hijo es virgen.

La maternidad de María

16. María fue madre verdadera: concibió en sus virginales entrañas, trajo en ellas a Jesús nueve meses, y a su tiempo le dio a luz, le amamantó de su propia leche. Es madre, y del Hombre-Dios.

La virginidad y la maternidad en María es una prerrogativa especial que la singulariza y distingue entre todas las mujeres: en esto María no ha tenido ni tendrá igual.

La pureza en María

17. María fue toda pura, libre de la tacha de la culpa original y personal.

Perfección

Fue perfecta cuanto posible es concebir perfección en una pura criatura, porque así convenía a la dignidad de Madre de Dios.

MARÍA, TIPO PERFECTO DE LA IGLESIA

18. Dios y los santos, esto es, Cristo constituyendo con todos los predestinados a la gloria el cuerpo de la Iglesia. Siendo ésta el objeto de amor, término último y completo designado por la ley de gracia, y, por lo mismo, la felicidad verdadera del hombre; siendo la Iglesia, en cuanto incluye la triunfante, un objeto en parte incomprensible al hombre viador; necesitando éste de formas y especies visibles para conocer su cosa amada, Dios en su sabia providencia ordenó presentarle una mujer perfecta para que en ella la contemplara, un tipo acabado en cuyo cuerpo viera el de su Amada: tal es María.

19. Todo cuanto hay y se predica de perfecto, de puro, de santo, sobre María, conviene de una manera mucho más excelente y sublime a la Iglesia. La virginidad de María nos revela la de la Iglesia, como igualmente su maternidad y pureza.

Una mujer, la más perfecta que Dios ha criado, no es más que una figura, una sombra, una imagen y un bosquejo muy tosco de la Iglesia de Dios. Sólo esta purísima Virgen reúne en sí con toda plenitud y perfección aquella inexplicable belleza y amabilidad que busca nuestro corazón.

20. Sólo María, Madre de Dios fue virgen y madre; y en estas perfecciones es la sola que nos figura la pureza, virginidad y maternidad de la Iglesia. Esta es virgen, porque en su concepción, en sus partos, obra en ella el Espíritu Santo; es madre fertilísima que cuenta por hijos todos los preordenados para la gloria.

María no sólo es el tipo y la figura más perfecta posible de la Iglesia para el que se enlaza con ésta, sino que es constituida medianera la más poderosa para este enlace sagrado entre la Iglesia y su amante. Por cuyos títulos debe invocarse y servirse de ella en nuestras relaciones con la Amada.

MARÍA, MADRE DE DIOS, TIPO PERFECTO DE LA IGLESIA

21. Siendo la Iglesia, esto es, Dios y los prójimos, el último término de amor designado al corazón humano, y por lo mismo aquella belleza indescriptible, infinitamente amable, capaz de llenar todo el inmenso vacío que el amor deja sentir en el fondo del corazón del hombre viador, a fin de que esa virgen toda pura y siempre joven fuera conocida del hombre peregrino sobre la tierra, Dios en su sabia providencia crió un tipo perfecto que representara su pureza, su virginidad, su maternidad y fecundidad y su belleza. Y al efecto convino que esa mujer fuera virgen, inmaculada, siempre pura y madre, y que tanto en el orden moral como en el físico reuniera todas las dotes, todas las gracias y todas las perfecciones que son posibles en una pura criatura. Tal fue y tal es la Virgen María, Madre de Dios; es ella un espejo limpidísimo donde el hombre puede contemplar la Iglesia santa. Y así como por Cristo vamos al Padre, por María nuestro corazón eleva las llamas de su amor hacia su cosa amada, que es la Iglesia. Y para que todos los pueblos, todas las lenguas, todas las naciones conocieran por este tipo el objeto de su amor que es la Iglesia, por esta causa convino a los designios de la Providencia que todas las lenguas y pueblos conocieran y dieran gloria, honor y culto a esa imagen acabada de la Iglesia de Dios. Por esta misma causa, cuanto se predica y dice de las glorias de la María, todo conviene de una manera más sublime a la Iglesia santa. Ha dispuesto Dios que en la pureza, virginidad y maternidad de María viera el misera-

ble mortal la pureza, la virginidad y maternidad de la Iglesia santa.

1866

MIS RELACIONES CON LA MUJER DEL CORDERO

Tomo 3º

REPRESENTADA EN MARÍA,
MADRE DE DIOS,
EN ESTER, JUDIT, DÉBORA, RAQUEL,
Y DEMÁS MUJERES CÉLEBRES DEL ANTIGUO TESTAMENTO²

La tarde del 25 de febrero

*Ester y Amán, Judit y Holofernes, Débora y Jabín
La Iglesia santa y el diablo*

22. Era terrible, y aún lo es para mí, ver en poder de los demonios seis jóvenes dignas de mejor suerte. Poseídas muchos años ha, reclusas en nuestro convento y puestas en ejercicios y en batalla, han quedado en ellas –haciendo frente a las armas de nuestro ministerio– los primeros príncipes; mientras se han rendido los de inferior orden, los jefes de legiones se mantienen firmes y obstina-

2. Como si las páginas expositivas anteriores fuesen una especie de introducción a lo que sigue en el autógrafo aparece de improviso y sin correspondencia a ningún esquema previo este “Tomo 3º” que ocupa una página entera (la 202) con la indicación del año (1866), del Tomo y del epígrafe a grandes letras titulares: “*Mis Relaciones con la mujer del Cordero*”, más la enumeración de las figuras bíblicas que representan “esa mujer” tipo de la Iglesia.

dos en la batalla. Apenas pueden ni mirarme ni hablarme, ni confesarse ni oír misa; privadas de todos los consuelos de nuestro ministerio, están reducidas a una situación la más espantosa que pueda concebirse. Expuestas a la muerte y sujetas a todos los tormentos de la posesión diabólica, imploran los auxilios de la religión, han acudido como hijas fieles a los brazos de la Iglesia su Madre. Son hijas de la Iglesia, y de condigno, como bautizadas, les debemos los socorros de la religión.

23. Deseando saber y conocer la causa por la que estos demonios perseveran tanto tiempo obstinados en la batalla, deseando yo poner cuantos sacrificios estuvieran de mi parte para salvarlas, con estas ideas subí al monte para consultar al Señor.

Eran las dos de la tarde, y con tales ideas me internaba por el bosque.

– Son hijas mías y tuyas, oh eterno Padre. Sí, son hijas mías. ¡Maldito! no son tuyas.

– Sí, –dijo una voz procedente de una fiera– mías son: las encontré en el baile y en...

– ¡Infame! entrégalas; son hijas mías: yo he presentado sobre el altar el precio de su redención (la hostia y el cáliz) a la eterna justicia de Dios, y Dios ha recibido mi ofrenda; son mías.

24. Así yo andaba habiéndolas con los demonios; y por estar el tiempo lluvioso me dirigía a una cueva. Repentinamente llamó mi atención un gran ruido de gente que venía hacia mí en el bosque. Miré, y nada veía, pero oía los pasos como de gente de guerra. Llegó el ruido hasta conseguirme, y yo me vestí la estola y me preparé para la batalla. Sentí a mi lado izquierdo la presencia de un gran personaje.

– ¿Quién eres tú?

– Yo soy con respecto al diablo lo que Débora contra Jabín [Jc 4, 9-24]. Ven y te revelaré la causa de la obstinación de esos demonios.

Y me transportó en espíritu ante el trono de Dios, y empezó allí a discutirse la causa de las energúmenas encargadas a mi cuidado. «Eterno Dios, son hijas mías –decía yo–, son mías: yo presenté sobre el altar por precio de redención la sangre de tu Hijo y su cuerpo inmolado sobre la cruz».

25. Lucifer, Satanás, la serpiente, el dragón y demás demonios que las poseían callaban esperando la sentencia del Juez [Lc 11,15; Mc 3,22; Mt 10, 25]. Y se presentó al tribunal Belcebú, príncipe de los demonios, y dijo: «La batalla corre por mi cuenta. Yo he mandado y mando a los compañeros que poseen los cuerpos de esas mujeres que se mantengan firmes; yo formo con ellos cuerpo y ejército, eterno Dios. Yo poseo por mis príncipes todas las naciones y pueblos; ya apenas hay sobre la tierra un trono, una corona ni un cetro que haciéndolo mío no haya vuelto sus armas contra vuestra Iglesia. Estas energúmenas son signos, y significan las naciones que yo poseo, sin que caiga yo y conmigo todos los tronos que yo poseo; éstas no deben quedar libres, deben perseverar energúmenas y poseídas por mis compañeros».

26. ¡Espíritu de mentira! Ya que tú tomas por propia la causa de estas energúmenas, tú y cuantos príncipes tenebrosos poseéis tronos, cetros y naciones vais a ser lanzados al infierno por la justicia de Dios. Las naciones todas son mías, son de mi Padre celestial y son hijas de mi Esposa, la Iglesia santa; no te pertenecen. Yo he presentado y de nuevo presento y presentaré por su rescate ante la justicia divina una prenda que vale tanto como el mismo Dios, pues es Dios; y esta hostia es el mismo Hijo de Dios sacrificado por la redención de todo el mundo. Son mías, porque el Padre eterno ha aceptado la ofrenda como oblación que le es muy grata. Y el eterno Dios me ha enviado *in mundum universum* a predicar este Evangelio; y yo voy a levantar cárceles en todas las naciones, y te encarcelaré a ti y a cuantos demonios caigan prisioneros de guerra a mis manos. ¡Maldito! calla y sal de la presencia de Dios y vete al fuego eterno [Mc 16,15].

27. Dicho esto, oyóse una voz de trueno, voz grande, la voz del Padre, y dijo: «Sí, éstas son hijas mías y tuyas. ¡Infame! entrégalas». Pronunciadas estas palabras, se levantó sobre su trono en pie, vestida de gloria, de poder y de belleza, la Mujer del Cordero. Y dijo la Reina: «Sí, éstas todas las naciones del mundo son mías, son mi herencia». Y púsose a mi lado un arcángel que tenía las llaves del abismo y estaba revestido de todo el poder de Dios, y me dijo: Vamos a encarcelar los demonios. Prosigue y continúa en tu misión; yo estaré contigo. Serán lanzados los demonios no todos de una vez, sino por legiones y a sus debidos tiempos [Ap 9.20].

12

RUINAS DEL ALCAZAR CONDAL DE CERVELLO

Marzo 3, 1866

1. Apenas salté del ferrocarril en dirección a Cervelló donde iba de misión, sentí a mi lado la presencia de mi Amada, que en el camino me comunicó muchas cosas relativas a la Orden de Nuestra Señora del Carmen para los últimos tiempos. Por la tarde, al despertar de la siesta: «Ven –me dijo– y sube a mi Alcázar». Y seguí, y al subir salió de entre las ruinas del Castillo una voz, y dijo:

– Júrame amor, lealtad y fidelidad. ¿Quién eres tú?

– Yo soy Ester.

2. Y el sol se volvió tinieblas a su presencia, y me reveló mi cosa amada su indescriptible belleza.

– ¡Amor a ti! ¿Es posible conocerte y dejarte de amar? tú eres una belleza infinitamente amable. Te descubres a mis ojos ¿y me dices «júrame amor»? Si yo pudiera asegurarme que tú me amas...

– ¿Esto dudas? Si no te amara, ya no me conocieras porque no me revelaría a tus ojos.

– Recibe mis juramentos de amor, fidelidad y obediencia.

– Los acepto. ¿A dónde vas?

– Mi misión se reduce a anunciar a los pueblos que tú eres infinitamente bella y amable y a predicarles que te amen. Amor a Dios, amor a los prójimos: éste es el objeto de mi misión. Y tú eres los prójimos formando en Dios una sola cosa.

– Marcha –dijo–, yo te envío.

Y me vistió de una estola blanca. Y al dármele, añadió:

– Yo te doy potestad sobre todos los demonios y sobre todos mis enemigos: lo que tú ligarás sobre la tierra, quedará ligado en el cielo. Lanza los demonios y cura los males causados por ellos. Yo estaré contigo, y el que te combata a ti me combatirá a mí, y yo le confundiré.

– ¿Qué haces aquí entre esas ruinas?

– Sobre las ruinas del imperio infernal yo me levantaré en gloria, y en las ruinas de mi santuario yo edificaré mi alcázar imperial con una gloria cual nunca la haya tenido sobre la tierra.

– ¿Eres tú la Iglesia romana?

– ¿Aún no me conoces? Vete, predica el Evangelio, lanza los demonios y cura los enfermos; yo vendré y estaré contigo [Mt 10,8; Lc 10,9].

– ¿Conmigo?

– Sí, yo soy el pueblo reunido bajo Cristo, mi Cabeza.

Las ruinas del castillo de Cervelló.
Dominga 3ª de Cuaresma [4 marzo]

3. Estaba yo sentado sobre las peñas por la mañana preparándome para la misa mayor. Y salió de entre las ruinas una mujer joven, virgen y bella como la misma Divinidad, y me dijo: «Yo soy Débora. ¡Muera Jabín y Sísara, abajo los demonios! Como Sísara fue clavado en tierra por un clavo por manos de Jahel, así Belcebú y sus príncipes caerán a mis manos y van a ser lanzados al abismo [Jc 4,21]. Las naciones todas son mías, son mi herencia. Presenta en mi nombre sobre el altar por precio de redención el cuerpo y sangre de Jesús, mi Esposo, y lanza al infierno los demonios, porque en la batalla han sido derrotados y vencidos. Vamos al sacrificio. No te admires que no salgan los demonios de los cuerpos en seguida y todos a la vez, porque en esta expulsión Dios ha fijado un orden que ya conocerás y guardarás: conviene sean, antes de ser lanzados, visibles a los ojos de los que no creen».

Ruinas del castillo de Cervelló.
5 Marzo [tarde]

Gran batalla. Victoria

Débora y Jahel contra Jabín y Sísara.

Judit contra Holofernes.

La Iglesia de Dios y los demonios [Jc 4]

4. Al salir de misión esta vez, había dejado encarcelados a los primeros príncipes del imperio infernal que se mantenían fuertes poseyendo seis jóvenes de 17 a 22 años. Al separarme yo de las energúmenas, creí que los demonios las hubieran dejado tranquilas, o al menos a su modo regular sin molestarlas más de lo que acostumbraban. No fue así. Vínome la noticia que a una habíanla puesto sorda, ciega y muda, la otra tullida, la otra sin dejarla comer, y ahogándolas y atormentándolas a todas.

5. Y en este debate, subí al castillo de Cervelló para orar por ellas, y encontré en lo más alto de la casa condal a la que yo buscaba; era la tarde del día 5. El tiempo era magnífico, el aire quieto, el cielo sereno, era una de aquellas tardes que anuncian una primavera prematura. A la presencia de la Joven guerrera quedó la luz del sol eclipsada y ofuscada, tal era el resplandor de su gloria. La acompañaban formidables ejércitos y los grandes príncipes del reino de Dios. Ceñían sus sienes una corona que se parecía al oro, pero era toda gloria; vestía una ropa blanca como la nieve de lo que puede mirarse y verse de más fino, rico y precioso. En su mano derecha traía un cáliz de oro purísimo lleno de sangre, y sobre el cáliz se tenía sola una hostia. Su cetro estaba en su mano izquierda por tener ocupada la derecha. Sentóse sobre un trono de gloria.

6. Oyóse la voz del Padre, y dijo: «Esta es mi Hija muy amada; en ella tengo mis complacencias, escuchadla» [Mt 3,17; 17,5; Mc 1,11; 1 P 1,17]. Acércate a mí, me dijo, y me acerqué al pie de su trono. Y apareció frente de mí un altar donde había las vestiduras sacerdotales; y dos de los primeros príncipes que la rodean me dijeron poniéndoseme a derecha e izquierda: «Vístete, oh sacerdote del Altísimo». Y ayudado de los dos príncipes me vestí vestiduras blancas y puras como el candor de la luz. Revestido con las insignias sacerdotales, a una señal dada por la Reina, subí las gra-

das del altar; y la Joven guerrera me entregó el cáliz y la hostia, y me dijo: «Tú eres mi ministro y representante sobre el altar; cumple tu ministerio». El trono de la Reina estaba sobre el altar. Y vi otro trono y sentada en él la suprema autoridad figurada en un venerable Anciano, y los príncipes rodeaban los dos tronos. Y vino sobre mí el espíritu grande del Señor, espíritu de oración y de súplicas.

– Eterno Dios. Apelo contra los demonios que poseen sobre la tierra tronos, cetros y coronas; apelo a vuestra justicia contra ellos.

– Pide, tu Dios está atento a tus súplicas.

– Pido que la sentencia que yo, como ministro vuestro, he pronunciado contra Lucifer y demás príncipes ángeles perversos que poseen mis hijas, se ponga al momento en ejecución.

7. *El Juez.* – Venga Belcebú, el príncipe de todos los demonios.

– Apareció en el tribunal ese ángel malévolo, y dijo:

– Señor, no es posible la concesión a lo que se pide. Yo y mis compañeros estamos en posesión de los cetros, coronas y tronos, de modo que ya no hay en la tierra un solo príncipe que no le hayamos vuelto como socio nuestro contra vos y vuestra Iglesia. Esas jóvenes, cuyos compañeros y súbditos míos ha conjurado el ministerio de ese sacerdote, deben perseverar posesas y energúmenas; primero, porque yo salgo en cabeza en favor de mis compañeros; representan y significan las naciones que poseemos, y por lo mismo o nos lanzan a todos de ellas, o a nadie, porque todos formamos un solo cuerpo en batalla contra cualquiera que se nos presente. En esta batalla hemos nosotros vencido, hemos conseguido triunfo en todas partes. Ese sacerdote no tiene sobre nosotros poder alguno.

– ¿Por qué? –interpeló la Joven guerrera.

– En Cataluña el conjurarnos en los cuerpos que poseemos es acto reservado a los obispos. Y el Obispo de Barcelona, informado detalladamente del caso, no ha querido tomar por suya esa batalla, y ni ha autorizado a nadie ni quiere autorizar; y por lo mismo, de potestad ordinaria, no puede ni debe conjurarnos nadie ni nosotros obedecer.

8. *Juez* – ¿Es verdad –preguntó el Juez– que el sacerdote misionero, ministro presente en el altar, ha dado parte al Obispo de Barcelona y ha sujetado a su jurisdicción el poder que le hemos dado?

– Sí –contestó uno de los príncipes–. Dio relación exacta de los energúmenos encerrados en la casa de asilo que al efecto mandamos construir.

– ¿Y qué respuesta dio el Obispo?

– No lo prohibió ni lo ha prohibido, pero tampoco lo ha autorizado.

– Pues si no lo ha autorizado, estando por las leyes diocesanas reservado al Obispo el exorcizar, no puede ni debe mi misionero lanzar demonios, y éstos no deben obedecer.

9. La Joven se levantó de su trono, y puesta en pie dijo:

– Padre, estas son mis hijas y tuyas, las redimiste con la sangre del Cordero.

Y me hizo a mi una señal y empecé el santo sacrificio, y consumado éste, añadió:

– Padre, estas energúmenas son hijas mías y tuyas, y las naciones todas son mi herencia.

– Sí –contestó el Juez–, son hijas tuyas y mías.

– Entregádmelas –dijo la Joven virgen y madre.

– Que se te den.

– Padre, dad a ese sacerdote ministro mío poder para lanzar los demonios para que crean los que no creen.

– Que le sea dado.

Entonces la Joven madre, vestida de gloria: «Ven» –me dijo– y me postré a sus pies y puso sobre mi cuello una estola color de púrpura, y me dijo: «Ecce ego dedi vobis potestatem calcandi super serpentes et scorpiones et super omnem virtutem inimici, Demones ejicite, infirmos curate» [Mt 10,8; Lc 10,19].

10. Yo me sentí revestido de este poder, y me levanté en pie sobre el altar para orar:

– Eterno Dios, estas energúmenas son hijas mías y vuestras; caigan los demonios que las poseen al infierno. No –dijo Belcebú–; en caso he de caer yo, y conmigo los príncipes coronados que tengo a mis órdenes.

– Caiga Belcebú. Señor, esas naciones son, igualmente que las energúmenas, hijas mías y vuestras.

- Sí, –dijo– y clamó la Virgen Madre con gran emoción:
- Son hijas vuestras y mías. Oh Dios justo, son vuestras, porque recibisteis el precio de la redención; son hijas mías, dádmelas.
- Tuyas son –dijo el Padre.
- Puesto que las naciones todas son mi herencia, ven, ministro mío.

11. Y yo me presenté, y añadió:

– Marcha, predica el Evangelio. Yo estaré contigo y confirmaré tu doctrina «sequentibus signis. In nomine meo demonia ejicient, serpentes tollent, et si quid mortiferum biberint, non eis nocebit; super aegros manus imponent et bene habebunt... Demones ejicite, infirmos curate» [Mc 16,17–18; 3,15; Mt 10,8; Lc 9,1].

- Señora, en cuanto a demonios, es cosa reservada al Obispo.
- Sin perjuicio del poder que tiene el Obispo para lanzar demonios, yo te mando los lances de doquiera los halles.
- Princesa mía, yo no admito esa misión sino subordinada a la autoridad y poder episcopal. Enviad a quien os plazca para batirse contra los demonios; yo contra las prohibiciones del Obispo no admito misión alguna.

12. – ¿Te lo ha prohibido el Obispo?

- No, pero tampoco me autoriza.
- Ni prohíbe ni autoriza, tolera y está de expectación; por esto yo desencadenaré los demonios y ellos darán pruebas de su existencia antes de ser lanzados. Obedece a lo que yo te mando, y guárdate de abandonar a esas que el Padre te ha dado por hijas: son hijas mías y tuyas, confiadas a tus cuidados. Ya que el Obispo ni las quiere por sí auxiliar ni diputar a otro, yo mando las cuides tú; y mientras el Obispo no envíe otro que lance a los infiernos esos demonios, yo mando que las cuides tú. ¿Dudas de mi palabra?

– No, yo no dudo.

Si no dudas, a la invocación de mi nombre los demonios serán lanzados a los abismos, verán los ciegos, marcharán los tullidos, hablarán los mudos, oirán los sordos, y con estos signos yo acreditaré la misión que te doy. Si a éstos no creen, daré otros.

13. – ¿Qué nombre diré tenéis?

– Yo soy la congregación de todos los santos y de todos los ángeles unidos a Cristo, mi Cabeza. Yo soy Virgen y Madre, y bajo

el título del Carmen emprenderás la batalla de nuevo; no serás tú el que lanzarás los demonios.

- Por cierto que no, ¿quién soy yo, infeliz? ¿Quién será?
- El dedo de Dios.
- Si el dedo de Dios lanza los demonios, yo estoy fuera de cargos; la responsabilidad no es ni será mía.
- No, no será tuya. Y si te hacen cargos, contesta que no eres tú, sino el dedo de Dios y la Virgen del Carmen quien cura esas enfermedades.

– Señor, –interpeló Belcebú– sobre la tierra no tengo ya enemigos que me combatan: he reducido a nulidad y a la inacción el poder exorcista dado a vuestros sacerdotes. O si no, dígame quiénes son y dónde se me combate. He vencido, ha triunfado la incredulidad, marchó seguro, porque he logrado no sólo establecer en todo el mundo mi sacerdocio (la magia) sin contradicción alguna, sino que con éstos y por éstos me hago visible en los cuerpos humanos sin que en las personas que poseo halle sacerdote apenas que me ataque. O no creen en mí, o dicen que son raras las personas que poseo; y si alguno cree y lo intenta, no puede ni debe entrar conmigo en batalla, porque esta se la ha reservado para sí el Obispo. De resultas de esta reserva, todos los sacerdotes se han retirado de este ministerio. Y por otra parte, atendida la incredulidad en los sacerdotes, yo, valiéndome de los médicos, se ha resuelto como por principio de medicina que tales personas son locas, fatuas, sin juicio, y sus enfermedades nerviosas incurables. De aquí ha salido la fundación de tantos manicomios que tengo llenos de cuerpos humanos que poseo. Estando el poder exorcista sin acción cuasi en todo el mundo, estando dado al sacerdote la misión de encadenarme y de lanzarme al infierno, yo poco a poco he quedado libre; y usando de la libertad que me he conquistado en las batallas, con el curso de los años me he apoderado de todos los tronos, cetros y coronas, y las he podido agregar a mí en las batallas contra vuestra Iglesia. Mías son las naciones, y mías son esas jóvenes que poseen los príncipes de mi imperio.

14. Un profundo silencio había en el cielo mientras el príncipe de los demonios dirigía sus cargos y presentaba ésta y otras defensas.

- Defiéndete –dijo con imperio a la Joven guerrera el Juez. Y entonces se levantó la Mujer del Cordero, y dijo:
- Prescindo por este momento de la verdad o falsedad de los cargos que Belcebú dirige a mis exorcistas. Convengo en que ha

agregado a su poder los cetos, coronas y tronos para impugnar cierta parte de mis creencias. Convengo en que los manicomios están llenos de personas de uno y otro sexo poseídas de los demonios. Convengo en que hay mucha incredulidad. Estos mismos cargos son para mí títulos para pedirlos, oh Dios justo, enviéis sobre la tierra un ángel revestido de todo vuestro poder para encadenar los demonios y lanzarles y encerrarles al infierno. Padre eterno, ¿aceptáis el sacrificio de mi Esposo e Hijo vuestro, Jesucristo?

– Sí, me es grata la oblación y acepto la ofrenda.

– Si habéis aceptado el sacrificio del altar, mías son todas las naciones de la tierra, son herencia mía; son hijas mías y tuyas éstas que mi sacerdocio os presenta. ¡Que Belcebú se retire de ellas y sea lanzado al abismo! Os pido lo que es de justicia.

– Si –respondía todo el tribunal– justo sois, Señor, y recto en vuestros juicios [Sal 119, 137].

Y Belcebú, Satanás, Luzbel, Lucifer, la serpiente, el dragón, fue lanzado de la presencia del Señor, porque salió uno de los primeros príncipes que asisten a su trono y tenía las llaves del abismo, y revestido de gran poder, ató y encadenó los demonios. Y acercándose a mí me dijo: «Predica el Evangelio, lanza los demonios y cura las enfermedades causadas por ellos» [Mt 10,8; Mc 16,15].

13

CORBERA - MISION

La tarde del 14 marzo 1866

La Pastora, los perros, los lobos, y su rebaño

1. Corbera es un pueblo de unas 700 almas de comunión, situado sobre la cima de un monte rodeado de otros más altos que le encierran en círculo, a la derecha de la carretera de Vallirana en dirección a Tarragona. Los cuervos pueden muy bien colocar sus nidos y pernoctar entre sus peñas cortadas sin temor de ser habidos. Llegados aquí, escogimos, entre y por dentro de un hundi-

miento de peñascos, caídos unos y en pie otros, nuestro lugar de retiro: mañana y tarde las horas que nos quedaban de los ejercicios de misión.

Hoy, al contemplar la hostia en la misa, díjome la hija de Labán:

– Yo estoy aquí; mírame.

Y la miré con más detención, y añadió:

– Esto que miras es mi cabeza ¿Quieres ver la belleza de mi rostro?

– Sí, pero sin velos: retira ese velo que cubre tu cara y te veré mejor.

– No puede ser.

– Joven pastorcita, ¿dónde está tu ganado?

– Ven conmigo al desierto y allí te lo enseñaré.

2. Terminada la misa, me fui a esconderme dentro las peñas de aquel monte de cuervos. Y vi la Joven pastora en medio de un rebaño cuyo número ascendía a cerca de trescientos millones de cabezas. Iban con él un número muy crecido de pastores, y el príncipe de ellos iba con Raquel [Gn 29,6-10].

3. Al caer el sol y esconderse tras los montes, acometieron de todas partes manadas de lobos el ganado; corrieron los pastores y los perros, y hubo una batalla horrorosa y sangrienta. La Joven pastorcita, en vista de una escena tan triste, dio un grito de horror a todos los pastores y a los perros: «¡A ellos, a ellos, a ellos! ¡al lobo, al lobo!». Y mientras los perros llenos de furor y coraje se lanzaban con rabia contra los lobos, una parte de pastores estaban riendo, jugando y divirtiéndose. Raquel los llamaba, gritaba y lloraba, pero hacían como quien no oye ni entiende; y me encontré cuasi solo en esta carnicería con los perros en medio de fieras encarnizadas. Yo, al ver correr la sangre de las ovejas confiadas a mi Princesa, gritaba como un loco, llamaba a los perros y a los pastores más inmediatos. «¡Se ha vuelto loco!», respondieron algunos; y estaban discutiendo de si eran o no eran lobos los que degollaban las ovejas. «¡A ellos! –gritaba Raquel– ¿no veis correr la sangre de mi ganado? Lanzad al infierno, pastores míos, encadenad y enjaulad esos demonios y curad las heridas causadas por su rabia, Demonios afugate, infirmos curate». El príncipe de los pastores por fin recogió dentro del redil a su ganado; curó los heridos, dio vida a muchos que ya eran cuasi muertos. Y mientras varios pastores me estaban mur-

murando de si había yo muerto ovejas o lobos, de si eran lobos o perros los animales contra quienes yo me había batido, díjome con imperio: «Lanza los demonios y cura los estragos causados por ellos». Y las cosas volvieron a su curso ordinario. En esta lucha encarnizada yo tenía entre pies, revolcándose en su propia sangre, varias ovejas que había defendido; y con mi palo las daba de firme con todas mis fuerzas contra una manada de lobos que decían: «Déjalas, déjalas, son nuestras, son ya nuestras; déjanos en paz, ya las tenemos, ya las poseemos». «¡Malditos! son mi ganado. ¡Ladrones, infames, marchaos al infierno!».

4. Preocupado y atento a la lucha, pasó volando Raquel; pasó como una nube ligera. Ceñía sus renes una banda muy fina de oro, llevaba en su mano derecha un báculo duro como el ébano; su cabello, claro como rayos de luz, formaba sobre su cabeza una corona de gloria: su belleza era inmensa. Pasó por delante; yo estaba en la fatiga, rendido más por la pena que por el trabajo. Pasó, y al pasar, levantando su velo que cubría su cabeza, me dejó ver su gloria y díjome: «Yo soy toda tuya. ¡A ellos! y no temas». Dijo esto y desapareció. Y yo, confortado con su presencia, proseguí la batalla hasta que el príncipe de los pastores me mandó retirarme.

La mañana del 15, marzo 1866.
Bajo las peñas de Corbera

Las hijas de Dios en poder de los demonios según la carne.— Horrenda batalla: el dragón infernal y dos bestias feroces contra la Mujer del Cordero, y Miguel y sus ángeles a su favor.— Victoria.

5. Partiendo de misión, había dejado las hijas de Dios entre las garras de los príncipes de los demonios, que sostenían la batalla seis meses había. Aprovechando mi ausencia, volvieron sus furias contra las energúmenas. Una de ellas, donde residía una de las cabezas serpentina que llevan corona, la volvió ciega, muda y sorda; y otro príncipe, cabeza también coronada, la hizo sorda, muda y paralítica. Mi cuidado, mi pena, mi solicitud era muy grande; y yo estaba noche y día atento en esta batalla, y la pena me conducía a la oración y a la soledad.

6. El 15 por la mañana, libre del confesonario, me retiré a esconderme entre las peñas de Corbera para sostener en la oración la batalla. Deseaba yo saber la causa por qué estos demonios se sostenían con tanta obstinación. Y llevado de este espíritu a la soledad, al salir del pueblo sentí a mi lado la presencia de una Joven guerrera, y sentí también la presencia de los príncipes de su reino que la seguían, y me dijo:

– Ven conmigo, valiente.

– ¿A dónde vamos?

– Al combate. Ya que has sido y te mantienes fiel a tu Esposa, yo te manifestaré ahora lo que deseas y te importa conocer.

7. Yo estaba en el monte, en vista del mar y de otros montes que nos rodeaban. Estando en oración se abrieron los cielos. Vi en ellos, revestida de gloria, cuanto posible es al ojo mortal, a mi Amada. Ceñían sus sienes celestes una corona, que, formada de su propio cabello, revelaba en su cabeza una sabiduría y una inteligencia suma unida a su dignidad real. Otra corona grande de doce estrellas rodeaba su cabeza, y todas eran de distinta naturaleza, luz y color. Su vestidura era real, y tan gloriosa que apenas se dejaba mirar. La rodeaban los grandes de su reino: Miguel, Gabriel, Rafael, y otros cuatro príncipes más la hacían corte [Jos 5,14; Za 14,5; Dn 8,9; Tb 3.25. 6,16; Ap 12,7; Lc 1,19].

8. Presentóse un altar ante un trono sobre el que estaba sentada la Majestad de Dios. Y acercándose a mi uno de los siete príncipes, me dijo: «Viste, oh sacerdote de Dios, viste tu uniforme». Y al momento trajeron los ángeles las vestiduras sacerdotales, y me vestí como preparado para celebrar sacrificio. Mirando hacia tierra vi una bestia muy fea: era un dragón con siete cabezas, y en las cabezas tenía siete coronas, como las de los reyes, y diez cuernos; era rubio, y a su cola le seguían una tercera parte de ángeles, aquellos que fueron lanzados del cielo. Y el dragón envió sus ángeles sobre la tierra; y él, levantándose en alto, fue admitido a la presencia y trono de Dios, y se puso frente a la Mujer. Era esta Mujer virgen, y era madre fecundísima, y pensaba ampararse de sus hijos al nacer. Levantóse Miguel arcángel y con él los siete príncipes que custodiaban la Reina, y dióse una batalla reñidísima: el dragón, serpiente antigua, por otro nombre Satanás o diablo, batallaba contra la Mujer, y la sostenían los príncipes abogando a su favor [Ap 11.12].

– Son mías, mías son –decía el dragón aludiendo a las hijas de la Mujer–, yo las he ganado, me han sido entregadas, me pertene-

cen. Mías son y a las naciones todas del mundo: yo las poseo, yo tengo en ellas mi trono, mi cetro, mi corona, mi poder.

Y las siete cabezas coronadas presentaban ante el trono de Dios sus coronas.

– Si lo son –decía Miguel- las vas luego a perder.

– No, yo no saldré de ellas: son mías.

9. En esta horrenda batalla yo estaba temblando y muy afligido, y la Joven virgen madre me hizo seña de subir al altar preparado ante el trono de Dios, y los siete príncipes me asistieron. Y puesto sobre el altar, la Mujer del Cordero me entregó un cáliz que encerraba toda la sangre de Jesús y una hostia, y me dijo: «Cumple tu ministerio». Entonces bajó sobre mí el Espíritu del Señor, espíritu de súplica y de oración, y dije revestido de la autoridad que me daba el ministerio que ejercía:

– Eterno Dios, sois justo y justos son vuestros juicios [Tb 3,2; Sal 119,137]. Dice el dragón que todas las naciones del mundo son tuyas; si lo han sido, ahora ya no lo son por más que presente coronas, cetros y tronos.

Juez.—Los reyes se le han rendido.

– Caigan de sus tronos los reyes que han recibido del dragón su poder, sus coronas y sus cetros; caigan al infierno los demonios, y con ellos todos los poderes de la tierra fundados sobre su malicia.

Juez.—¿Y por qué?

– Eterno Dios, todas las naciones os pertenecen a vos, a vuestro Hijo, y a la Esposa de vuestro Hijo aquí presente. ¿Qué pedís por su redención y rescate contra la esclavitud de los demonios?

– Nada más que la sangre y el cuerpo de mi Hijo sacrificado sobre la cruz.

– Ya la tengo a mi poder; ahí la tenéis. ¿La queréis? Señor, ¿la admitís? Señor, ¿la aceptáis?

– Sí –contestó el Juez.

– Ahí la tenéis.

10. Dicho esto, uno de los primeros príncipes que asistían al altar tomaron el cáliz y la hostia; apareció al lado derecho del Padre, sentado en un trono, el Hijo de Dios; otro ángel, tomando un incensario de oro, presentó las súplicas de todos los justos de la tierra

ante los tronos. Y oyóse la voz del Padre que dirigida a todos los asistentes dijo: «Esta es (aludiendo a la Mujer) mi Hija muy amada y la Esposa de mi Hijo. Todas las naciones del mundo son su herencia: están compradas y redimidas del poder del dragón y de sus reyes con la sangre del Cordero. Salgan el dragón y sus ángeles de mi presencia».

11. En seguida cayó el dragón. Y sabiendo que tiene poco tiempo de existencia sobre la tierra, lleno de furor y rabia, preparó sus fuerzas contra los hijos e hijas de la Mujer, y dirigiéndose al mar estuvo en pie sobre la arena en la playa. Oyóse una voz en el cielo, y decían: «¡Salud y victoria! Habéis vencido con la sangre del Cordero».

Acercándose a mí uno de los primeros príncipes, dijo:

– ¿Sabes quién es ese dragón?

– Dímelo.

– Es todo el poder de los demonios reunidos en cuerpo en la guerra contra la Iglesia. Esas cabezas coronadas son aquellos demonios que atacan, tientan y combaten a los reyes y príncipes de la tierra, y cuando los han vencido con alguno de los siete vicios capitales figurados en las siete cabezas, vuelven su poder, figurado en los cuernos, contra la Mujer. No te admires que los demonios que poseen las energúmenas confiadas a tu cargo resistan tanto. Ya ves el misterio: todos juntos forman un cuerpo de guerra, y si cae una de esas cabezas coronadas o dos, si caen muchos demonios y queda el cuerpo, poco adelantamos: han de caer todos, ha de caer el dragón con sus siete cabezas, y en esta batalla se ha de aplicar mucha oración, fe y sacrificios. Cayendo los demonios, han de caer los reyes que han levantado sus tronos sobre su malicia; y éste es en el mundo una revolución tal, cual jamás haya sido ni habrá otra igual.

Otras cosas me dijo que mandó las tuviera en secreto; y añadió:

– Mira hacia el mar.

12. Y estaba atento la vista al mar. Y vi subir otra bestia muy feroz: tenía siete cabezas, como el dragón, y en las cabezas cuernos y coronas; era semejante a un tigre, sus pies de oso, y la boca como el león; su aspecto era muy horrible. Se acercó al dragón, y éste la dio cuanta fuerza, virtud y poder le fue posible recibir. Y todos los reyes y grandes de la tierra se rindieron y se sujetaron a la bestia y la adoraron; igualmente al dragón que le dio toda su potestad.

Y todos los pueblos y naciones y lenguas decían rendidos ante la bestia: «¿Quién como ella? ¿Quién se atreverá a batallar contra ella?».

13. Yo estaba lleno de pavor y espanto mirando esta bestia y todos los poderes de la tierra rendidos a ella, y dijo el ángel:

– ¿Entiendes esto?

– No, si no lo revelas no lo entiendo.

– Esta bestia son todos los reyes y poderes de la tierra que seducidos por los demonios han sacudido el yugo de la Iglesia y se han separado de ella, y coligados con los demonios forman un solo cuerpo y se unen en la guerra contra la Iglesia y su pontificado. Por razón de que estos forman un solo cuerpo con el dragón, éste si cae, ha de caer también esa bestia; y por esto no te aturdas al ver la resistencia que hacen los demonios en la batalla que tú tienes contra ellos. El dragón y esta bestia caerán en un mismo día; sigue batallando. Esta segunda bestia ha salido del mar, esto es, del mundo; se ha formado entre las herejías, cismas, falsas religiones y con el auxilio de las pasiones malas del mundo: allí ha nacido, allí ha crecido, allí ha engordado, y ha llegado, como ves, a dominar todos los reinos, pueblos y naciones. Vuelve tu vista hacia la tierra [Ap 13,1-10].

14. Miré hacia la tierra, y vi otra bestia. Y esta tercera era semejante a un cordero; tenía la piel y los cuernos como el cordero, y creyeron los habitantes de la tierra que era el Cristo, el Cordero de Dios; y yo a primera vista me lo había figurado, pero advertido, observé que tenía las uñas como el león y los dientes como el lobo, y hablaba blasfemias como el dragón. Recibió la potestad como la bestia de siete cabezas, y con grandes y portentosos signos hacía que todos los habitantes de la tierra adoraran la bestia primera.

– ¿Entiendes el misterio de esta segunda bestia?, me dijo el ángel.

– No.

– Esa segunda bestia son todos los reyes que dicen ser católicos y no lo son, sino que reunidos en cuerpo con los pueblos que ellos gobiernan, hablan como los demonios contra Cristo y su Iglesia y forman liga con todos los demás en la guerra contra Dios. A estos poderes representados en sus cuernos se une toda la masa de cristianos, que lo son en apariencia, pero en realidad no tienen ni la fe

ni la caridad verdadera; y éstos son los que mezclados entre los justos les hacen una guerra intestina que es la más cruel, pues que vestidos como el cordero se internan hasta el santuario de Dios, le llenan de abominaciones; y es éste el cuerpo de esta bestia que combate por la parte de adentro, mientras la primera impugna por afuera. Esta bestia es la que sirviéndose de todo el arte de la magia, asociada como la primera con el dragón, hace curas prodigiosas en los cuerpos humanos; la que se esconde por ahora entre el magnetismo y espiritualismo [Dn 9,27; Ap 17,4; 21,27; Mt 7, 15], y la que al ser descubierta contrahará con milagros aparentes la misión de los profetas Elías y Enoc, y con estos signos rendirá a los pies de la primera todos los pueblos de la tierra sin que ni uno solo escape de su corrupción.

15. El dragón y estas dos bestias son una sola cosa en el espíritu del mal. Aquí tienes el poder del infierno: el poder que está fuera del templo, y un poder dentro mismo del santuario, reunido bajo una sola bandera contra Dios y su Iglesia: contra estos tres poderes está la batalla. Por lo mismo, no es mucho que resistan tanto estas tres bestias, porque las tres caerán al abismo un mismo día y a una misma hora [MI 3, 23-24; 2R 2-11; Lc 3,37; Hb 11,5].

16. Vencido el dragón y lanzado del cielo y de la presencia de Dios, salió del tabernáculo santo un ángel revestido de gran poder. Y tenía en una mano las llaves del abismo y en la otra una cadena grande, y encadenó al dragón, le encerró en el abismo para que no sedujera más las gentes. Había mil años que el dragón estaba allí encerrado, y después otra vez fue desencadenado; se amparó, estando libre, de los tronos, coronas y cetros de los poderosos de la tierra, y por su poder y malicia se formaron las dos bestias que recibieron de él el poder.

17. Estaba yo atento en la contemplación de estos misterios, y díjome el ángel:

– ¿Conoces aquél que tiene en las manos las llaves del abismo y aquella cadena grande?

– No, dime quién es.

– Ese ángel es Cristo y su Apostolado. El dragón fue vencido en el cielo con la sangre del Cordero y fue encerrado al infierno por Cristo y su Apostolado. Encerradas aquellas cabezas serpentina coronadas y con cuernos, que eran los que con sus cuernos y doctrina seducían los reyes y poderosos del mundo, éstos recibieron la

fe de los Apóstoles y rindieron sus coronas y cetros a los pies de la Iglesia constituyéndose sus guardianes y defensores. Por causas que ya sabes y que no puedes revelar, después de mil años de la venida de Cristo volvió otra vez a salir de su cárcel el dragón, empezó otra vez una batalla horrenda; poco a poco ha seducido y conquistado, ya con fuerza de armas, ya con la corrupción de sus doctrinas, el corazón de los reyes y poderosos de la tierra. Y llegado su poder a su apogeo, ahora, vencido otra vez por la sangre del Cordero en la oración y lanzado de la presencia de Dios, es llegada la hora sea otra vez aprisionado. Levanta cárceles sobre la tierra, enciérrale allí, y lánzale al abismo. Esto es lo que te manda Dios: «Demonios ejicite...» [Mt 10,8; Ap 12].

Encerrado y encadenado el dragón, las dos bestias que viste serán lanzadas al fuego eterno, donde con el dragón serán atormentadas por los siglos de los siglos, amén. En esta batalla está a vuestro lado, junto con el ángel que viste con las llaves y las cadenas, el príncipe de la milicia celeste, Miguel, y batallará contra las dos bestias que viven y están preparadas para la batalla.

Te he manifestado todos estos misterios para que veas cuán horrenda es la batalla en que te has metido por la gloria de Dios. Y por lo mismo, no te aflijas tanto y no te atormentes, porque, llegada la hora, serán lanzados al infierno esos demonios.

La mañana del Domingo de Pasión
entre la peñas de Corbera
[18 marzo 1866]

Raquel y su ganado en el monte

18. Terminada la misión de Corbera, yo me dirigía esta mañana a Barcelona, e iba a despedirme de las peñas que durante la misión me habían albergado los ratos que me habían quedado libres. Iba solo, y estaba mi espíritu sumamente preocupado en la visión de los días anteriores: objetos todos desagradables llenaban mi alma. De un lado, todos los reyes, todos los príncipes y poderosos de la tierra, todos los pueblos, lenguas y naciones estaban de rodillas ante la

bestia primera; y la segunda disponía de innumerables falsos profetas doctores, predicadores, apóstoles, que persuadían a la masa de las gentes se rindieran ante la bestia. De otra parte, el dragón había enviado sus ángeles a todas partes, quienes, con la magia y mil embustes, entrando en los cuerpos humanos convertían en bestias, hombres, mujeres y niños, levantando manicomios, cárceles y calabozos para encerrarlos y enjaularlos como fieras furiosas semejantes a ellos. Este golpe de vista me traía muy afligido noche y día; y mucho más viéndome solo en tan horrenda batalla contra el dragón y sus demonios, no sólo sin apoyo humano, sino en contra cuantos podían auxiliarme.

19. En estas penas llegué a las peñas de mi soledad. La mañana era una de aquellas de marzo que se presentan con todos los encantos de la primavera anticipada: el sol daba contra los peñascos, pero sin abrasarlos con sus ardores; suavizaba, al contrario, el frío de la mañana; el cielo estaba sereno, y susurraba contra las rocas y arbustos un aire suave y muy templado: todo invitaba al corazón a buscar la belleza por lo que fue criado. Y al acercarme a los peñascos, vi sentada sobre mi peña una Joven pastorcita. El sol retiró su luz matutina a su alrededor, eclipsado por las glorias de mi Amada. Miraba hacia levante, y vestida en traje pastoril, tenía en su mano el báculo pastoral. Al llegar, se levantó; parecía estar sola. Se levantó y me dijo:

– No, no estás solo en esta batalla: yo estoy contigo. A la virtud y fuerza de mi báculo pastoril, perecerán esos lobos encarnizados rendidos entre los dientes y uñas de mis mastines; y si de éstos alguno escapa, caerá entre las uñas del León de la tribu de Judá [Ap 5.5].

– Tú sola me bastas.

– ¿Piensas que voy sola? ¡Hombre de poca fe! ¿por qué te afliges? Esta no es causa tuya, sino mía, y el dragón y esas bestias perecerán a la fuerza de mi brazo.

– Tú me has dado poder contra los demonios, ¿por qué no se rinden?

– Entiende el misterio: mi autoridad está representada en el Obispo, y tu autoridad y poder sobre los demonios es una con la del Obispo y está subordinada a la suya. ¿Te has presentado al Obispo de Barcelona para decirle lo que yo te he mandado?

– Sí, está cumplido.

– ¿Qué te ha dicho?

– Que no me autorizaba para lanzar demonios.

– Bien, has obedecido; estoy satisfecha, has cumplido tu misión y quedas fuera de toda responsabilidad. Sin la autorización del Obispo los demonios no serán lanzados al infierno hasta que se prepare ante Dios y por Dios otra misión. Has cumplido la tuya reducida a decir al Obispo «¡al infierno los demonios!».

– Si los demonios no se rindrán a mi poder sin autorización del Obispo, no autorizándome el Prelado, ésta es ya una causa terminada.

– No, aún no. Conviene que los tengas a tu poder y responsabilidad, para demostrar su existencia y su malicia poseyendo cuerpos humanos. Espera un poco, y si te lo prohíbe, habrás ante él terminado tu misión.

– Los obispos tienen causas sobradísimas para reservar este poder, y son: que los demonios no se rinden ante el poder de los sacerdotes, y no rindiéndose, su obstinación produce un mal efecto.

– Tienes razón, los demonios no se rinden. ¿Y sabes la causa?

– Sí, por nuestra incredulidad. ¿Y hasta que haya fe sobre la tierra ellos triunfarán?

– Han de completar su obra de maldad; y cuando ésta llegue a su mesura, entonces serán todos precipitados a los infiernos por una misión especial.

14

EN EL MONTE DE SANTA CRUZ

La primavera de 1866.
Abril 20, la tarde

Solo con Ella en el monte. ¡Soledad, cuánto vales!

1. Subía yo solo internándome por el bosque, y mi corazón estaba sumamente triste, y esta tristeza era ocasionada por el triunfo de los demonios: «¡Victoria, victoria! Ya hemos ganado la causa, somos libres». El Obispo había dado orden de no conjurarles más, y ellos daban voces gloriándose que no tenían enemigo sobre la tierra que les hiciesen frente. Mi pena era mortal, mis pies apenas podían subir y andar. Busqué en el monte un lugar, el más escondido, para digerir allí solo mi pena. «¡Yo estoy solo, sí, yo estoy solo! ¡Solo, oh cara soledad, estoy solo fuera del mundo! ¡Preciosa soledad, tú sola puedes curar mi corazón y mitigar mi pena. Mas, ay, yo no quiero alivio a mis penas». Tenía a la vista una visión horrorosa: una joven abandonada en poder de los demonios, sin amparo humano, privada de los santos sacramentos y de los socorros espirituales por la malicia del príncipe tenebroso que gritaba «¡es mía, es mía; yo he ganado la victoria!».

2. Buscaba la soledad, pero me seguía en figura y visión esa joven dando gritos de horror: «¡Padre mío, padre mío, no me abandones en poder de esas fieras crueles y ensangrentadas!» A los gritos de mi hija, tomé yo aliento, fuerza y valor. Y si bien los leones, los tigres, los lobos y las serpientes la rodeaban, tomé mi palo, y trabóse una horrenda batalla a brazo tendido con aquellas fieras sanguinarias. Las fugué y la joven quedó libre y salva. Y agradecida me

decía: «¡Cuánto vale el amor de un padre!». Aquella figura se vistió de gloria, y tenía en el cielo una realidad, y figuraba mi amada Raquel, sola en el monte, rodeada de lobos encarnizados que presumían devorarla. La vi en gloria, revestida de gran poder, ciñendo la corona de todos los imperios; y tenía en su mano su báculo pastoril que me prestó en el momento de la batalla, y la rodeaban los grandes del empíreo. Desapareció toda su corte y me quedé solo con ella en el monte. ¡Preciosa soledad! tú has curado las llagas de mi corazón, pero has abierto otras que son incurables.

3. Solo, ¡qué dicha! Solo fuera del mundo, ¡qué ventura! ¡Solo contigo! ¿Cuándo, oh Iglesia santa, cuándo te veré cara a cara, en paz fuera del mundo? Abre, Virgen pura, abre tu seno y recibe en tus brazos a este miserable mortal que te ama y suspira por verte y gozar de tu presencia en la gloria.

15

SAN HONORATO

Julio 1866.

La mañana del día 4 en S. Honorato

El amor en sus grados

- 1º - El amante y la cosa amada ... amor
- 2º - El amigo y la amiga amistad
- 3º - El esposo y la esposa desposorios
- 4º - El marido y la mujer matrimonio
- 5º - El padre y la mujer e hijos paternidad

Examen de conciencia

1. El amor no puede estar en el hombre ocioso. Apoderado de mi corazón, éste fue el curso que siguió:

En mi infancia y juventud, ni tenía ni conocía a su Amada. La busqué en la tierra, y no hallando en ella criatura alguna capaz de satisfacer mis apetitos, la busqué en el cielo.

2. En 1833, no hallándola en el siglo, la busqué en el claustro: la hallé, la tenía, y no la conocía; éramos amigos, y nuestras relaciones se limitaban dentro de las leyes de la verdadera amistad.

El amor no podía contentarse con una amiga; la cosa amada no se daba a conocer. Y poco satisfecho de esta comunicación, la busqué dentro y fuera de mí, la busqué en la soledad del claustro, dentro de mí mismo, y no la hallé.

3. En 1838 la busqué fuera del claustro, en los actos y ejercicios de mi ministerio de sacerdote; la llamé y no me respondió. La amaba, y mi amor buscaba ocasiones para acreditarse ante sus ojos como verdadero amante ofreciéndole la vida, pero ella no quiso el sacrificio de mi sangre; y se manifestaba en medio de la más oscura noche, y entre las tinieblas se presentaba encubierta, y tan de lejos que ni su bulto y menos su sombra dejaba ver. Y no obstante, el amor la buscaba, resuelto a todo sacrificio por ella.

4. En 1860, apiadada de las angustias de su amante, se dejó ver y conocer, pero a media noche, y en una noche tan oscura que no pude distinguir más que un bulto; pero inmensa fue mi satisfacción y alegría al verla y saber que existía.

En 1861 la vi a media noche y en oscuras, pero me manifestó ser mi Amada y mi Amante; y desde entonces entré en relaciones con ella, y éstas no salían del círculo de una verdadera amistad.

En 1862 descubriéndose poco a poco, me ofreció en la soledad del monte la mano de Esposa, y su eterno Padre bendijo desde el cielo estos desposorios.

En 1863 y 1864, manifestándose la Esposa siempre con más claridad y amor, fueron ratificados los desposorios con ella en fe, esperanza y amor.

En 1865 fue consumando el amor con los lazos del matrimonio espiritual en fe, esperanza y caridad.

5. En 1866 presentóse la cosa amada no como amante, amiga, esposa y mujer, sino como la madre de infinitos pueblos y como reina y señora en el cielo y en la tierra y en los infiernos. «Ven –me dijo en julio de 1866–, yo estaré contigo en el monte del Vedrá».

– Y aquí... ¿estás tú conmigo?

– Estoy contigo; y si yo no estuviera aquí contigo, tú no me seguirías a la soledad. Ven y sígueme, y renovadas nuestras relaciones de amor, mi Padre te dirá lo que te conviene hacer.

VEDRÁ – VISITAS

<i>mes</i>	<i>día</i>	<i>año</i>
Julio	26	1858
Julio	1	1859
Agosto	1	1860
Agosto	18	1861
Agosto	20	1862
Agosto	30	1863
Abril	13	1864
Mayo	10	1865
Julio	10	1866
Julio	29	1866

16

VEDRA - JULIO 1866

La mañana del 10 de julio
en el monte

El amor en ensueños

1. Así como el que fatigado de andar, rendido se acuesta y el sueño vuelve sus fuerzas, así yo, esta vez, oprimido mi espíritu al subir escalonando las peñas del monte, no tenía más objeto que el reposo, confiando que con el sueño espiritual se restauraría mi alma. Así fue. En este día, «duerme –me decía una voz suave y dulce– duerme». Y yo sentía allá escondida en el fondo de mi corazón una paz, y era la paz inmensa. «Duerme –me repetía la misma voz– y tras el reposo y después del sueño, yo guardo para ti un secreto; tengo una palabra para decirte». Y yo estaba tan fatigado, que, a pesar de que esta voz interior sentía traer en sí la fuerza y la vida, dudaba de todo: dudaba de la existencia de mi Amada, temía fuesen ilusiones del demonio mis relaciones con ella; y estas dudas, si bien no tenían gran fuerza, pero llevaban consigo el desasosiego y un malestar difícil de explicar; pero la misma voz continuaba hablando al corazón. Así pasé el día. Y llegó el anochecer, y despertando como quien sale de un profundo letargo, contestando a la voz interior que me deleitaba en mi ensueño y fatiga, pregunté con el más vivo interés:

– ¿Acaso existes, paloma mía? ¿Eres una sombra, una ilusión mía o una realidad? ¿Sería acaso verdad que tú existes, me miras, que serás la que yo busco, que me ves, que me hablas y me amas? ¿Vives, Esposa mía? ¿Eres tú la que

durmiendo me hablabas? ¿Era tuya esa voz dulce que me embelesaba durmiendo?

2. Mi alma ya no dormía. Y guardando silencio y atención, aquella voz celestial prosiguió diciendo:

– Yo soy, existo, vivo, entiendo, te veo, te miro, te hablo, y yo soy tu Amante y tu Amada.

Después de siete años que en mil ocasiones me repite lo mismo, mi corazón, abatido y oprimido por las conversaciones con los hombres, cae en una especie de letargo; y al despertar, los asuntos relativos al amor le parecen tan nuevos como si aquella fuese la primera vez.

3. Estaba, al caer el sol sobre las aguas del Mediterráneo, sentado en la cima del monte. El clima y el tiempo era magnífico; todas las criaturas estaban en profunda paz, quietud y silencio. El mar aparentaba un salón inmenso de vidrio o de cristal verde-azulado a los pies de este monte. El aire susurraba tan dulcemente, que apenas dejaba sentir su fresca aura; y tan limpio y puro, que, uniéndose a lo lejos con las aguas, era la imagen de la gloria. Al esconderse el rey de los astros debajo del mar, glorificaba con sus rayos las aguas y los aires, de modo que parecía el emperador, y en su centro el Sol de justicia clarificando los santos. Yo estaba mirando el gran panorama que desde lo más sublime de los montes presenta la naturaleza al despedirse de ella el astro que la ilumina y vivifica. «Adiós. ¿Te vas, y nos dejas en tinieblas? ¿Volverás? ¿Cuándo? Vuelve, vida nuestra; vuelve, astro refulgente, vuelve y no tardes». Esto decían todas las criaturas, y yo escuchaba; estaba en silencio. Y al desaparecer el sol me puse de rodillas, y allí yo esperaba...

– ¿Qué esperas? –me dijo una voz—. ¿Qué haces aquí solo, de noche, en la cima de ese monte?

4. Me consulté a mí mismo y me dije: «Sí, yo espero... ¿Y qué espero, solo, aquí? ¿Las tinieblas? ¡Ah!...». Contesté a mi interlocutor:

– Yo espero las tinieblas de una noche oscura.

– ¿Qué buscas en las tinieblas?

5. El corazón y el amor, sintiéndose aludidos, respondieron:

Yo amo con pasión inmensa, y espero venga mi Amada.

– ¿Quién es tu Amada?

– Ella es una belleza infinitamente amable.

– ¿Existe, vive? ¿Te ve, te escucha, te ama?

– Esto es lo que yo estoy pensando... Si no existe, si la que busco no vive, si es una ilusión mía, ¡qué ser soy yo tan infeliz! ¿Viviré eternamente en ese inmenso vacío que ella deja en mi corazón? Dime: ¿quién eres tú que tanto te interesas por mi suerte?

–Yo soy el espíritu que reside en esta soledad. Viéndote solo, en la cima de este monte y en tinieblas de una noche que no será clarificada por la luz de la luna, me he acercado a ti para hacerte compañía.

– Gracias. ¿Eres tú el que custodias este monte?

– Lo soy. Conozco a tu Amada y soy uno de sus ministros que la sirvo. Espera, ella vendrá.

– Dime: ¿existe? ¿vive?

– ¿Es posible dudes de esta verdad después de haberte ella misma revelado y descubierto su existencia y su inmensa belleza?

– ¡Misericordia humana! Esto somos los hombres: apenas hay entre nosotros quien tenga fe. Si existe, si vive, ¿será una verdad que ella me ve, me oye y que puede hablarme?

– Espera un poco, ella te lo dirá. Te ve, te oye y puede hablarte, y luego te hablará.

– Yo me complazco en creer que la que yo busco existe, vive, me ve y me oye; y que puede hablarme y comunicarse conmigo..., esto último es cosa ya más dudosa. Que exista un objeto capaz de llenar en amor el inmenso vacío que siento mi corazón, yo no lo dudo. Puede que esté tan lejos que ni

me mire ni me vea, ni me oiga ni quiera comunicarse con este miserable hijo de Adán. ¿Cómo puede abajarse tanto? Yo no merezco sus visitas, soy indigno de ella; soy tan vil y ella tan grande, que nada de extraño me desprecie. El saber que me mira y me oye es para mí un consuelo inexplicable.

– Sí, no lo dudes: te mira, te ve y te oye.

– ¿Yo puedo comunicarle los secretos de mi corazón y ella puede comunicarse conmigo?

– Cree esto: a la manera que comunica un hombre con otro, ella puede comunicarse contigo. El espíritu tiene, a su modo, lengua y habla, oídos y oye, ojos y ve.

– Otro secreto yo deseo saber, y es: ¿me ama?

– Espérate un poquito; ella vendrá y te lo dirá.

6. Estaba yo solo en la cima del monte habiéndolas sobre los artículos indicados; y tenían tal interés, que resolví fondearles uno por uno en los días que seguían.

Vino, pues, la noche, y una noche quieta y serena de las del mes de julio. El cielo puro y azulado estaba sembrado de estrellas, y su luz era tan flaca que los árboles de cerca se veían como bultos. Acabada la interlocución que he descrito, me puse en oración, y en ella invocaba y llamaba al objeto de mi amor: «Amada mía, si existes, si vives, si me ves, si me oyes, atiende a mis súplicas. Ven, paloma mía, ven; yo tengo un secreto que comunicarte. Ven, hermosa mía».

7. Estaba yo mirando los crepúsculos de la noche, y una sombra viniendo hacia mí se me puso delante. Las carnes se horripilaron, pero revestido de fuerza levanté mi mano al cielo y conjuré la sombra:

– Sombra, dime qué eres.

– Yo soy la sombra de la que esperas y llamas.

– Si tú eres su sombra..., sombra, dime dónde está mi Amada. ¿Vive, existe, me ve, me oye, me ama? Si tú, sombra, eres su sombra, ¿Está ella muy lejos?

– No hay más distancia que la que media entre la sombra y la realidad que la produce.

8. La sombra tomó una figura, y ésta fue clarificada por una luz que no procedía de las estrellas, sino que le era interna; y esta figura clarificada era viva, habló y me dijo:

– ¡Cuándo crearás a la verdad! Oye, escucha y atiende. Yo soy una sombra, una figura, la imagen de tu Amada. Soy una misma cosa contigo, y tú conmigo y con tu Amada en mí. A la manera que la cera al tomar figura, ésta queda identificada con la cera y las dos cosas son una, así tú eres conmigo una misma cosa.

– ¿Quién eres tú?

– Yo soy la sombra y la figura de tu Amada.

– Tú no eres mi Amada.

– Soy su figura. En mí verás a tu Amada como se ve la persona en el espejo, y por mí te comunicarás con ella y ella contigo.

– Sombra, ¿eres una ilusión o una realidad?

– A la manera soy una figura y realidad que la cera y la figura impresa en ella. ¿Estas dos cosas no son una?

– Sí.

– Pues yo soy una figura impresa en todo tu ser, cooperando tú, por el dedo de Dios y por la presencia de tu Amada: estoy contigo, ando contigo, vivo contigo y no me separo de ti.

9. – ¿Eres tú mi Amada?

– Soy la sombra, la figura y su imagen.

– Explícate mejor.

– Me explicaré. Si la cera no pone impedimento, si está limpia, viene el fabricante, imprime en ella la figura de una mujer, y aquella figura y la cera son una misma cosa: figuran a la mujer, y la figura y la cera no son la mujer, pero la representan: en la figura y en la cera se conoce y ve la mujer; y si la cera fuese cosa viva, la mujer figurada y la figura serían dos en uno, dos sujetos en una misma figura. ¿Es esto verdad?

– Sí, lo es.

10. – Pues atiende. Existe tu Amada y vive, es un ser moral perfecto y completo, como lo es un individuo. Tu Amada es Dios y los prójimos; ella es Dios–hombre formando como cabeza, cuerpo moral con cuantos están predestinados a la gloria: este ser perfecto es la Iglesia santa. Existe, como existe el individuo; existe, pero es un ser moral, como lo es una nación. La España existe y vive, es una nación; y la nación no es el individuo, pero tiene, como éste, ser propio, tiene nombre, ve, oye, habla, tiene su cabeza que es el rey en lo material, y el Pontífice en lo espiritual, tiene espíritu propio nacional; es, en una palabra, un ser perfecto. Tal el objeto de tu amor: es Dios-hombre, que como cabeza une a sí en la tierra por fe, amor y gracia a sus miembros, y en cielo por gloria; y éstos son sus carnes, sus huesos, su cuerpo. Esta es tu Amada... considerada en sí misma. Existe con existencia y vida propia y especial; ve, oye, entiende, ama, habla y se comunica con los que la aman. Dime, ¿crees que tu Amada es lo que te digo?

11. – Sí, yo lo creo tal cual ella existe y es en sí misma, tal como la formó Dios.

– Pues bien, tu Amada revelándose por la fe católica («in unam, sanctam...») a tu espíritu, has recibido esta luz. Tu Amada se ha hecho presente a tu espíritu por fe: por fe ella se ha comunicado a ti: y su presencia, por fe, a tu entendimiento ha estampado y ha grabado en tu ser su figura y su imagen; y su misma presencia, hallando tu corazón dispuesto, ha grabado allí el amor. La presencia de tu Amada en ti, por fe en tu entendimiento, y por amor en tu corazón y en todas las potencias apetitivas, ha grabado su propia figura. Esta figura, en el entendimiento pasivo, es una idea, una especie, es su forma, tal cual es capaz de recibirla esta potencia; y en el corazón, es ese amor que te devora. Esta figura o imagen impresa en tu ser por la presencia de tu Amada, es una misma cosa contigo. Y porque te has identificado con ella por fe y por amor, ésta es la razón por qué, así como lo que eres está ordenado a su imagen y semejanza, también tus obras van ordenadas todas a su gloria. Si fueses

una cosa muerta como la cera, serías tú la imagen de ella y su figura. Pero tú eres un ser viviente: existes y vives, entiendes y amas, ves, oyes, hablas, y por lo mismo, eres su figura, pero una figura viva. Y si tú, tal cual ahora eres, te vieras intuitivamente, verías en ti la cosa amada con la claridad que deseas; y si la vieras a ella intuitivamente, también vieras sin velos la imagen de ella en ti. Al revelarse y descubrirse por fe tu Amada y al comunicarte su amor, ha transformado en imagen suya todo tu ser, ha impreso su presencia en tu ser, y en toda la potencialidad de tu alma su figura, y eres su figura viva sobre la tierra, eres su sombra y su imagen, pero viva; y tú no eres ella y ella no es tú: los dos sois dos seres distintos, pero sois una misma y una sola cosa en fe, amor, forma, figura e imagen.

12. La presencia de tu Amada en fe, amor, y en forma y figura en tu ser y potencialidad, en tu alma y cuerpo, en una palabra, en tu persona, te ha transformado a ti en ella. Tu ser, informe sin fe ni amor en ella, ha tomado con su presencia su figura, y has sido transformado en ser suyo. Y para consolar-te, debo manifestarte que al recibir su forma y figura te has constituido carne de sus carnes, hueso de sus huesos y miembro de su propio cuerpo; te has unido a ella como se une la mano, el pie o el brazo al cuerpo, quedando vivificado por su Espíritu que es Dios. ¿Entiendes ahora el misterio?

– Sí. ¿Quién eres tú que esto me explicas? ¿Quién eres tú que me hablas?

– Yo soy la sombra y la figura de tu Amada que habla en ti, a ti y dentro de ti.

– La figura de mi Amada soy yo...

– Sí, eres tú, pero en cuanto figuras a tu Amada, ella es en ti lo que tú tienes de ser.

– ¿Qué seré, pues, yo?

– Nada.

– ¡Oh, feliz anonadamiento! Sea yo nada. Ojalá no sea algo... Dime, ¿eres tú, oh sombra, la que hablas, o yo, o mi Amada?

– La que ahora te habla es tu Amada en ti, dentro de ti y por ti. Las tres cosas son una: tú, tu Amada, y su sombra o figura; las tres cosas son una sola en Dios, en Cristo y su Iglesia.

13. – ¿Puedo yo perderme?

– Mientras vivas, claro está.

– ¿Y cómo...?

– La cosa es bien fácil de explicar. Así como ahora, sosteniendo la presencia de tu Amada en ti por fe y por amor, te has formado poco a poco y con el tiempo a imagen suya y te has transformado en ella, así podría tu corazón poco a poco afectarse a cosas de la tierra y el entendimiento olvidar lo que ahora buscas, ofuscarse la fe en ella y hasta perderla; y con la fe, el amor. Y entonces te formarías a semejanza de aquello que ocuparía tu corazón: las criaturas imprimirían en ti su imagen, serían tus ídolos del corazón, y serías un monstruo. Esto... puede suceder.

– ¡Mata, antes esto suceda, a este mortal, quita esta vida llena de tantos peligros! ¿Te puedo yo, Amada mía, olvidar? ¿Es posible?

– Sí, es posible.

– ¿Te olvidaré?

– No, yo no te dejaré. Te he formado según mi amor, eres el objeto de mi amor, te amo con el amor con que me amo a mí misma, eres mío y todo mío y no te dejaré.

– Si tú no me dejas, yo no me perderé.

Vedr , día 13, julio

El amor virgen en la soledad y el objeto amado

14. El amor no puede estar ocioso en el corazón humano: obra a proporción que se le da pábulo; y según el objeto a que se dirige, toma los nombres siguientes: 1  Amor virgen,

nuevo y joven, o antiguo y probado. 2  Amor casto. 3  Amor natural, puro o impuro.

1  El amor virginal es aquel que nace en un corazón virgen y tiende de todas sus fuerzas a su propio objeto: Éste, mientras es nuevo, busca a Dios sólo; y creyendo que la Divinidad, sin relación a los prójimos, basta, se detiene aquí, se para aquí; y si de aquí no saliera derramándose a los prójimos, el egoísmo espiritual lo consumir  y perder . Pues que la cosa amada como objeto principal es Dios, pero a más hay los prójimos que unidos a Dios-hombre como miembros a la cabeza forman un cuerpo, y este cuerpo moral es la Iglesia santa. La fe católica, pues, descubriéndole al amor su propio objeto, no habiendo impedimento en el corazón, marcha con toda la plenitud de sus fuerzas hacia él, y el amor en el amante con la cosa amada a la manera que el fuego en muchos  os. Este amor en un joven es nuevo, y el tiempo lo perfecciona; en un anciano que le ha nutrido en su corazón con cuidado, obra con toda plenitud.

2  El amor casto es el que se halla entre los casados; es casto también el de las personas consagradas al amor divino. En los casados obra de ordinario muy lentamente, porque tiene el objeto muy dividido y es cosa fácil el distraerle dándole cebo que le mate.

3  El natural se dirige a todo lo amable y agradable; y si esto es cosa prohibida o mala, es impuro, y si es cosa buena en el orden natural, es lícito.

15. El amor puro, casto, virginal obra en la soledad con toda la plenitud de sus fuerzas, porque all  puede ver con toda la claridad posible su propio objeto, que es la Iglesia santa, o Dios y los prójimos. En la soledad, retiro, silencio, obra con toda su eficacia, porque all  nadie le distrae. El objeto del amor fijado por la ley al corazón humano es inmenso, infinito; y tan grande, que, a pesar de ser inmensa cuasi la capacidad nuestra, llena todo el corazón si está vacío; y para estas operaciones la conversación humana hace estorbo.

17

VEDRA: JULIO 29 - [AGOSTO 4], 1866

La mañana del día 30,
en la cima del monte al nacer la aurora

*La paternidad y el amor filial.
La hija de Labán en la soledad del monte*

1. Una voz suave me despertó hoy a media noche, y la voz era de mi Amada:

- Levántate y sígueme.
- ¿A dónde vamos?
- A la cima de este monte.

Me levanté y seguí. Reinaba un silencio profundo; y todo estaba en tal quietud, que ni se oía el susurro siquiera del aire ni los mares hacían murmullo: todo era paz. La luna con su luz misteriosa descubría, como la fe en la mente, las sublimes cúspides del monte y el camino para escalonarlas.

- ¿A dónde vamos? –preguntaba yo a mi compañera.
- Sígueme.
- Sombra mía, sombra, ¿quién eres tú? ¿Eres una ilusión?
- No, soy sombra y figura, y figuro.
- ¿Qué figuras?
- Mírame y lo verás.
- Corre el velo que te cubre y te verá.

Huyó la sombra y vi la figura, y la figura era una imagen viva de mi Amada:

– Mírame –me dijo– y en mí verás la inmensa belleza de tu Amada.

2. Fijé mi vista en ella; se dejó ver porque la luz de la luna no lo impedía. ¡Oh, tosca pluma, qué escribirás! La que dirigía mis pasos hacia la cima del monte era una joven pastorcita, ligera y ágil como la cabra montesina, su ropaje largo, y blanco como la misma luz de la luna; en su mano izquierda traía su báculo pastoril y tenía la derecha ocupada empuñando un cetro de oro; una coronilla tenía en su cabeza sujeto su ordenadísimo cabello, y era tanta la luz que de los brillantes salía, que apenas se podía mirar. Yo no me atrevía a mirarla, porque me infundía tanto respeto su presencia, que, a no mandármelo ella, la siguiera con los ojos bajos. Y advirtiendo mi temor:

– Mírame –dijo–; sí, mírame con libertad y detenidamente. Cuanto más me mirarás, más me amarás; y más me amarás, más puro y casto serás. Tú has venido a este monte preguntando por tu Amada. Yo soy, estoy aquí, mírame.

3. La miré, y mi espíritu fue elevado a Dios, y vi la Iglesia santa y en ella a Jesucristo, su Cabeza, todas las partes intrínsecas y extrínsecas de su cuerpo moral. ¡Oh, qué eres bella, paloma mía, qué eres bella! ¿Qué mortal puede mirarte y verte y vivir?

Subía yo de paso lento en la contemplación de tanta belleza, y llegué a la cima del monte al rayar la aurora. Y la joven pastorcita se postró en tierra en oración al pie de la cruz rústica que hay en su cima, y yo me postré también. Y levantándose después de media hora:

- ¿Conoces quién soy y cuál es mi nombre?
- Dímelo.
- Yo soy Raquel; mi oficio es guardar el ganado de mi Padre en el monte [Gn 29.30].
- ¿Dónde tienes tu ganado?
- Mira y le verás en el desierto de este mundo. ¿Sabes con qué objeto te he despertado esta noche para que subieras conmigo a este monte?

– ¿Qué?

– Yo soy la Hija de Dios altísimo y tu Hija, y tengo un gran secreto que comunicarte.

4. – ¿Eres tú la Iglesia romana?

– Lo soy. Oye y atiende a las lágrimas y lamentos de ésta, tu Hija. Quiero sepas mi porvenir. El dragón infernal, vencido en la cruz por mi esposo Jesús, fue lanzado de todas partes por mano de mis Apóstoles y encerrado en los calabozos del infierno «per annos mille» [Ap 20,1-3]. Al pie de la cruz en el Gólgota mi Padre me dio una autoridad y un poder omnímodo sobre todos los demonios, y en virtud de este poder fueron ligados por mano de mis Apóstoles todos los príncipes del imperio infernal; y era tanta y tan general en mis primeros hijos esta fe, que el menor de ellos se creía suficiente para desalojarle de los ídolos y arrojarle de los cuerpos humanos. Venida la paz después de cuatro siglos de guerra y de sangre, esta fe en mi autoridad me valió por un tiempo más grandes victorias y triunfos. Corriendo los siglos fue en disminución, hasta el punto en que tú ahora la ves. Y desligado el dragón infernal otra vez, acometió con sus príncipes mis pueblos; y por el cisma griego, por Mahoma, por el protestantismo y últimamente por la revolución actual, lo ha invadido todo. Y arrogante en sus conquistas ha entrado en los cuerpos de mis vírgenes, y lleno de soberbia, gloriándose en sus victorias, me está provocando día y noche y me ha reducido a la situación en que me ves. Antes que tú me conocieras te tomé por la mano, y sacándote de entre la multitud te he conducido a la soledad de este monte, y aquí yo he descubierto y revelado mi gloria. Mi Padre celestial te dio para conmigo amor de padre, y me dijo a mí: «Este es tu padre», y a ti: «Ahí tienes mi Hija y tu Hija», y desde entonces, devorado por el amor de padre para conmigo, buscas ocasiones de servirme y acreditar tu amor paternal [Jn 19,26-27]. Soy a más tu Esposa, porque Jesús, mi Esposo, me ha dicho: «Este es tu esposo», y a ti: «Esta es mi Esposa y tu Esposa». Soy tu Reina y Señora, y tú mi ministro, soy tu Madre; y bajo todos

estos títulos yo me he dado a conocer, y he tenido y tengo relaciones contigo. Pues bien, ¿crees que yo tengo toda potestad sobre los demonios?

– Sí, lo creo.

5. – ¿Crees que tú, como sacerdote, estás revestido de esta potestad y que te está mandado arrojarlos al infierno?

– Sí, lo creo.

– Pues bien, los demonios son los príncipes de este mundo, los jefes y directores de todas las revoluciones; son ellos aquel fuerte armado que custodia al mundo en el pecado y le defiende contra mi poder [Lc 11,21]; perdida la fe, me presentan en los cuerpos humanos una batalla visible y pública y mi nombre me compromete a batirlos; y al efecto vas tú a entrar en lucha con ellos.

– ¡Vengan armas!

– 1º Con la fe, oración y sacrificio les has de lanzar de la presencia de mi Padre. 2º Vencidos ante el trono de Dios, en uso de la autoridad y poder que sobre ellos yo te he dado, les has de arrojar al abismo. Dos son los puntos destinados a esta gran batalla: en la soledad con oración, y en medio del mundo en uso de tu autoridad. Prepárate; mañana te presentarás en batalla contra ellos como sacerdote ante el trono de Dios. Esta es tu misión, este es tu destino, este es el servicio que como buen padre vas a prestar a esta tu Hija y como amante a tu Esposa: han de ser lanzados de la presencia de Dios el dragón y sus príncipes infernales, y encadenados han de ser precipitados al abismo y con ellos han de caer los poderes de la tierra, todos los que están fundados en su malicia.

– ¡Infeliz de mí! ¿Qué valgo yo para esta misión? Yo apenas podré salvarme a mí mismo del poder de los demonios, ¿y cómo salvaré a los pueblos y naciones que él posee?

– Entiende este misterio: así como un capitán se salva a sí salvando su gente, así tú salvando a los demás te salvarás a ti; y si no salvas a los otros, no te salvarás tú.

– ¡Vengan armas y vamos a la batalla!

Vedrá, la noche del día
2, agosto 1866

Batalla.

Los demonios arrojados por el príncipe Miguel de la presencia de Dios. El arcángel Gabriel prepara sus cadenas para encerrarles al abismo

6. Este día fue para mí muy pesado, y tan malo que apenas podía mi alma respirar. Al caer el sol me puse en oración y empecé a llamar a mi Amada: «¡Congregación de todos los santos y de todos los ángeles y justos unidos en Cristo, tu Cabeza, Iglesia santa, Virgen sin tacha, óyeme! Abre, Esposa mía, abre tus brazos y recibe en tu seno a este miserable mortal. Muera yo en esta soledad; Madre la más dulce, no me vea más el mundo. Abre tu pecho y deja, Iglesia santa, que reclinando sobre él éste, tu hijo, disfrute el eterno reposo que busca».

7. Así yo oraba, y desapareciendo los crepúsculos de la noche, vino ésta encubierta con un manto tan negro que a un palmo de distancia no se veía ningún objeto. El mar enfurecido levantaba sus olas contra estas peñas, y al dejarlas caer acometiendo con ímpetu, parecía iba a engullirse entero este monte, mientras que los vientos batiendo las cúspides y torreones echaban al abismo las brancas de los árboles quebradas por su vejez. Las tinieblas eran muy densas, porque el monte estaba lleno de la niebla que bajando hacia las aguas recogía en el mar vapores preparando una inundación. Después de la oración yo me recogí dentro las grietas y aberturas del monte, y allí proseguí la oración. «Monte santo (Dios), tú en medio de la tempestad y de las tinieblas has abierto tu seno y das hospitalidad y reposo a este miserable mortal. ¡Qué favor, estoy solo! Solo en el monte en una noche negra y fea. ¡Oh soledad amable! Esposa mía, Iglesia santa, abre, te pido, tus brazos y recibe en tu seno a tu amante: véate yo sin velos, sombras ni figuras, déjame ver tu cara. ¡Oh, estoy solo, preciosa soledad! el mundo no me ve. Ahora que estoy solo, deja que este cuerpo quede en este sepulcro, deja que mis huesos se pudran en el corazón de este monte, no vea más el mundo, muera yo, y tu recíbeme en tus pechos». En esta oración tomé un poquito el sueño.

8. A media noche un relámpago penetra por mi cueva; y al reventar la electricidad tiemblan las bases del monte; los truenos se suceden unos a otros, el rayo hiere las peñas y abate troncos enormes. Y Dios, sentado sobre las nubes, con voz de trueno me llama y me dice: «Hijo de los grandes Profetas, sal de tu cueva y ven si te atreves a lidiar conmigo». Me levanté lleno de terror, horror y espanto. Y al salir, una voz amiga me dijo en silencio: «Marcha, no temas». Y yo, revestido de fuerza, me presenté ante el Dios de la majestad que vino sobre las nubes. El trono de Dios despedía una lluvia de rayos:

– Señor, ¿a quién amenazáis?

– Las maldades de los hombres han llegado a su medida: yo voy a acabar con ellos. En mi furor yo he entregado en poder de los demonios a todos los pueblos y naciones de la tierra, a sus príncipes y reyes, y éstos reinan según sus caprichos, me desconocen, me niegan el honor que me es debido. Retírate, no ores, porque quiero castigar.

– No, yo no me retiro, aunque me matéis.

– Retírate y descansa.

– No hay reposo para mí estando vos enojado.

– Retírate y te salvarás en el seno de este monte, y si no, te mata uno de los rayos que proceden de estas nubes.

9. Dicho esto, la electricidad me dejó ciego. Y vino a mí Gabriel arcángel, me tomó por el brazo y me dijo: «Huye, escóndete, porque morirías; ven y sígueme». Me volvió la vista, y al entrar en lo más recóndito de esta caverna, en una cueva desde donde nada se oye de lo que pasa afuera, hallé allí un altar preparado. Encontré allí el arcángel Miguel. Me vistieron las insignias de sacerdote como quien va a celebrar, y así vestido me dijo Gabriel: «Ahora salgamos de aquí, y ya puedes presentarte ante el trono de Dios». Salí afuera y la tempestad aún era más horrorosa. Yo me sentí todo otro, revestido de fuerza, sin miedo a los rayos ni truenos.

– Señor, ¿dónde vais a descargar vuestro brazo?

– Contra el mundo. Yo he entregado sus naciones en poder de los demonios para que ejerzan las venganzas celestes sobre sus reyes y príncipes.

– Señor, confieso la verdad: somos culpables a vuestra presencia, yo, vuestro pueblo, vuestros sacerdotes, vuestros príncipes;

justa es vuestra ira, hemos pecado y con nuestros pecados hemos ofendido vuestra Majestad. Vengo a vos revestido de poderes en nombre de esos pueblos y naciones, de sus príncipes y sacerdotes, para pedirnos misericordia gracia y perdón. Esos rayos encendidos en vuestro furor y enojo, esos demonios, instrumentos de vuestra justicia, caigan, Señor, y vayan a descargar al fuego eterno. Vayan los demonios al infierno, porque la redención es un hecho consumado en el Gólgota y renovado cada día en el altar. Señor, ¿aceptáis la ofrenda que os he presentado tantas veces sobre el altar y es el cuerpo y la sangre de vuestro Hijo? ¿La aceptáis en precio de redención contra el crimen y la maldad de los hombres? ¿La recibís? ¿Os es agradable?

– Sí, la he aceptado y recibido, porque es mi Hijo muy amado.

– Si la aceptáis, la redención es un hecho consumado sobre el Gólgota y renovado en vuestros altares. Vuestros pueblos, las naciones y sus reyes, si justamente han sido entregados por sus crímenes en poder de los demonios y de su malicia y maldad, pero, Señor, son ya redimidos y salvos con la sangre de vuestro propio Hijo que os presento inmolado sobre el altar. Cese, Señor, cese la tempestad, retirad los rayos de vuestro furor y manifestadnos vuestro rostro paternal y propicio. ¡Nubes, retiraos! ¡Tempestad, yo te conjuro en nombre del Redentor!

10. Cesó al momento la tempestad y las nubes se vistieron de gloria. Eran las doce de la noche. La claridad de la luna fue ofuscada por la gloria de la majestad de Dios que se nos presentó en un trono sentado como juez para darnos audiencia.

11. Llamó Dios a Satán, y se presentó en forma de un dragón enorme: con su cola arrastraba todos los demonios del infierno. Y presentó allí sus cargos. El arcángel san Miguel estaba allí abogando por nosotros, y me dijo: «Cierra este libro; guárdate de que nadie los oiga ni sepa, porque son un secreto». El dragón empezó a dirigir cargos a todos los gobiernos de la tierra, tanto eclesiásticos como civiles; empezó por los sacerdotes, y en especial contra los de superior jerarquía, desde Judas hasta el último ordenado de menores. El arcángel san Miguel contestó a ellos. La lucha era muy grande, porque con estos dos príncipes había siete más a nuestro favor. ¡Oh, si yo pudiese explicar esta lucha! Es un secreto... Estando la causa en pleito, preguntó el Juez a los siete príncipes que abogaban a favor nuestro [Ap 12,7-18; 19.20]:

– ¿Hay acaso fe sobre la tierra?

– Sí, la hay, –contestó Gabriel.

– Venga a mi tribunal ese creyente.

Los dos príncipes Miguel y Gabriel me presentaron a Dios y dijeron:

– Este es el sacerdote encargado de defender nuestra causa ante vuestro tribunal.

– ¿Qué pides?

– Señor, vos sois justo y rectos son vuestros juicios. Vos habéis aceptado el sacrificio que se os ha presentado en el Gólgota y que en mil sitios cada día se renueva sobre el altar; aceptado por vuestra justicia en precio de redención el cuerpo y la sangre de vuestro Hijo, la redención es un hecho consumado. Todos los pueblos y todas las naciones de la tierra están redimidas con la sangre del Cordero. Sois justo, y pido ante las leyes de vuestra justicia encerréis al abismo ese instrumento de vuestra ira. ¡Caigan, Señor, caigan los demonios al infierno y sean allí encerrados para siempre! porque las naciones de la tierra y sus reyes y sus príncipes están ya salvos y redimidos de su poder.

12. Mi oración fue interrumpida por un concierto de voces que dijo, repitiendo la misma súplica: «Caigan los demonios al infierno. Caigan y sean lanzados de vuestra presencia; caigan con todo su poder, con todas sus blasfemias, con todas sus inmundicias e impiedades».

El Juez levantó su mano, hizo seña con su dedo contra los demonios, y Miguel levantando su voz dijo: «¡Id malditos, al fuego eterno! ¿Quién como Dios?» [Dn 10,13-21; 12,1; Jdt 9; Ap 12,7]. Y fueron lanzados del trono de Dios.

Gabriel entonces dijo al Juez:

– Señor, yo necesito un pontífice que sea mi dedo y vuestro dedo, mi brazo y vuestro brazo, para encadenar, ligar y encerrar los demonios al infierno. ¿Quién está encargado de esta misión?

El Juez contestó:

– Busca en la tierra, y veas si hallas en ella un hombre lleno de fe, y preséntate. Y éste será mi dedo, mi mano y mi brazo omnipotente para encadenar y lanzar al infierno los demonios y formar un pueblo según mi corazón; éste salvará contra reyes horrendos mi Iglesia.

Vedrá, la noche del día
3, agosto 1866

*Lucha con Gabriel arcángel contra los príncipes del infierno
a favor de la joven pastorcita, la hija de Labán*

13. A media noche salí de mi cueva para orar, según la ley que rige mis ejercicios. La luna se había ya levantado del profundo del Mediterráneo y su luz era muy opaca. Llamé a mi Amada, y vino volando hacia mí la hija de Labán:

– Joven pastorcita, ¿dónde está tu ganado?

– Por los bosques, al cuidado de mis pastores.

– Joven pastorcita, ¡oh qué eres bella!

– Qué terrible es mi pena, –contestó.

– Descúbreme la causa.

– Sí, con este objeto vengo. Ya te he dicho lo que me pasa: el dragón infernal desencadenado ha corrompido todos los reyes y poderosos de la tierra, y con sus príncipes todo lo ha invadido, todo. ¡Qué carnicería en mi grey!

– No te aflijas, hija mía; consuélate, esposa mía. El dragón con sus ángeles ha sido lanzado de la presencia de Dios, y ahora va luego a ser encerrado con sus príncipes, con todos sus poderes, con toda su maldad, al abismo. Venga el príncipe Gabriel, que es el encargado de esta sublime misión [Ap 12,7-18; Dn 8,18; 9,21-22; Lc 1,11-19. 26-38; Jr 25,11; 29,10].

14. Oyóse en el monte gran ruido de cadenas, y era Gabriel arcángel. Traía en sus manos una cadena de oro, y arrollada en su brazo, tenía pendiente en el cielo el otro extremo, y unas llaves también de oro, y dijo:

– Yo soy el ángel que custodia en Roma el trono del sumo pontificado y los muros de esta ciudad frente los demonios.

– ¿Cómo es que traes arrollada esa cadena?

– Los demonios están libres y desencadenados para consumir sobre la tierra la obra de maldad premeditada en los siglos anteriores.

– ¿Por qué les dejas libres y desencadenados?

– La causa es un secreto y un gran misterio; te lo revelaré, pero cierra el libro y guarda hasta su día el secreto. Yo no puedo encadenarlos y encerrarlos al abismo sino por vuestro ministerio. Ha crecido poco a poco la incredulidad sobre el objeto del exorcistado, hasta llegar a creer que los demonios no ejercen influencia sobre los destinos de la sociedad, que los energúmenos o son raros o no existen. Y esta incredulidad que ataca de lleno el misterio de la redención, da por resultado estar ociosas estas funciones, y los demonios libres completarán su obra en la persona del Anticristo. Entonces ya me tiene preparados la Providencia hombres llenos de fe que haciendo uso del poder que Jesucristo les ha dado sobre los demonios, los lanzarán de todas partes, y yo con ellos.

– ¿Cuándo será esto? ¿qué hombres serán?

– Tu Orden, y en frente Elías profeta; y esto será tan pronto como quieras tú y los de tu Orden [1 R 17, 1-19; 21, 17-28; 2 R 1, 2-2,12].

– En seguida, ¿qué falta?

– Fe en el misterio de la Encarnación y de la Redención del mundo.

15. – ¿Podría yo conocer los artículos especiales sobre los que se funda esta fe?

– Sí, puedes y debes saberlos: son los que siguen. Art. 1º Los diablos dejados en los aires y en este mundo son los jefes y príncipes invisibles que dirigen los reyes y poderes de la tierra contra Cristo y su Iglesia.

2º El sacrificio del altar, que es el del Gólgota, una vez consumado y celebrado con fe, es la redención del mundo contra la potestad diabólica y de los príncipes del mundo.

3º Para encadenarlos y lanzarlos al infierno y salvar al mundo de su esclavitud, Dios ha dado sobre todos ellos poder a los exorcistas.

4º La fe en este poder y la obra es la que ha de aplicar la redención, porque los demonios son el espíritu del mundo; y muerto éste por la expulsión de los demonios, ya no puede resistir a la predicación del Evangelio.

5º Los demonios, visibles en los cuerpos humanos, presentan visiblemente batalla al poder eclesiástico; si vencen, el mundo entero es suyo; si en esta batalla son derrotados, esta victoria es la salvación del mundo.

– Bien, yo creo todo esto. Veamos cómo se arregla este negocio.

16. – ¿Sabes cómo? ¿No eres tú exorcista?

– Sí, lo soy.

– ¿Tienes tú poder para lanzar al infierno todos los demonios?

– Sí le tengo.

– Pues marcha, preséntate en batalla contra ellos; yo estaré contigo, los encadenaré.

– Lo he hecho. ¿Y sabes lo que ha sucedido? Lo que yo pensaba... Yo tengo ese poder subordinado al Obispo. Me he presentado en el combate, y el Obispo me ha prohibido el batallar; he rendido mis armas, no ante los demonios sino ante el poder dado por Dios al Obispo; me he rendido a la autoridad de Dios sobre la tierra, y los demonios han quedado en triunfo.

– Bien, tú has cumplido tu misión.

17. – Sí, pero ¿qué he ganado con esto?

– Mucho. Dios y nosotros sus ángeles hemos visto tu lealtad y fidelidad, y tu fe no ha fallecido; y ya verás lo que sucederá.

– ¿Qué ha de suceder? Oye Gabriel: Dios recibe propicio el sacrificio del altar, Dios acepta la hostia que se ofrece sobre el Gólgota en redención del mundo. Consumado el sacrificio, las naciones todas, todas sin quedar un rincón sobre el orbe, están redimidas de la potestad de los demonios y de sus reyes; y la redención siendo un hecho consumado sobre la tierra, ni un día más ni un instante más pueden estar bajo la esclavitud. Yo pido, y pido en justicia a Dios, que sin un día más de retardo sean los demonios encerrados al abismo. ¿Me oye Dios?

– Sí.

– Pues si me oye, ¿por qué tú, Gabriel, me abandonaste en medio del combate? ¿Acaso yo retrocedí ante el infierno visible en los cuerpos humanos? ¿Has visto en mí temor ni cobardía ni infidelidad ante los demonios y el mundo? ¿Acaso no he confesado este poder dado por Jesucristo a su Iglesia contra los demonios? Tú, Gabriel, te retiraste, me dejaste solo en lo más encarnizado de la lucha, y yo tuve que retirarme.

18. –*Gabriel.* – Yo obedecí, y no te dejé. ¡Pobre de ti si yo te hubiese abandonado en la lucha! Yo no podía llevar adelante la batalla desde que el Obispo se puso en contra.

– ¿Y por qué? ¿Qué nos importa a nosotros que el Obispo crea o que no crea? ¿Acaso su incredulidad ha de ser un obstáculo a la salvación del mundo?

– No, Dios ha tentado tu fe y la del Obispo.

– Gabriel, que crean que no crean los demás exorcistas no me importa. Las naciones todas están redimidas con la sangre del Cordero de la potestad de los demonios, y ni un día más pueden ser esclavas del poder de los reyes impíos. ¡Caigan los demonios al infierno!

Gabriel. – Sí, es verdad, pero antes de acudir a medios extraordinarios hemos de usar de los ordinarios contra la incredulidad. Apela al Papa, marcha a Roma.

– Bien, yo no abandono esta causa, esto no. Los demonios han de ser encerrados al infierno y las naciones salvas de su poder; iré a Roma. ¿Y si el Papa no me oye? Yo no abandonaré la lucha; apelaré en este caso a Dios.

Gabriel. – Bien, Dios te oirá.

– ¿Por qué tantos rodeos?

Gabriel. – Se ha de seguir este orden.

18

ERMITA DE SANTA CRUZ

octubre 24 de 1866

El anochecer del día de S. Rafael Arcángel

Sola en el monte: la hija de Ragüel y Asmodeo [Tb 3,8]

1. Yo subía al monte solo al anochecer del día del arcángel san Rafael. Y una voz suave, dulce y amiga hablaba al fondo de mi corazón, y la voz era de una amiga que no quería ser descubierta.

– Ven –me decía mi amiga– ven, estoy sola en medio del bosque y te espero.

La que me hablaba estaba algo lejos, pero hacía sentir su voz al fondo de mi corazón. Y al acercarme hacia el punto del bosque de donde procedía, pregunté llevado de interés y curiosidad para conocer quién era la que me invitaba:

- ¿Quién eres tú?
- Acércate y me verás.
- ¿Sin velos y cara a cara?
- Esto no es posible.
- ¿Veré tu sombra?
- Te dejaré ver mi figura; acércate.

Yo estaba había mucho tiempo muy abatido y mi alma llena de amargura. Y al llegar al punto de la cita, encontré a mi Amada, y estaba sola.

– ¿Sola estás? ¿Sola en el monte, sola en el bosque? ¿Sola y no temes?

– Sola –contestó– y ahora ya no estoy sola, estoy contigo.

– ¡Dulce compañía para mí! ¿Quién eres tú?

Sara. – Yo soy la hija de Ragüel.

– ¿Eres tú Sara, aquella joven a quien el demonio mató siete maridos antes de acercarse a ella?

– Lo soy.

– ¿Qué haces aquí sola en el monte?

– Lloro la muerte de los infelices que con intenciones impuras pretendieron mi mano de esposa, y fueron entregados por su impureza al furor de Asmodeo.

2. Las tinieblas cubrían ya el monte, y eran tan densas que apenas podía distinguir los cepinos que guarnecían el bosque. Me puse en oración, y el terror y el temor se apoderaron de mis carnes, porque Asmodeo y sus ángeles perver-

sos rodeaban a la hija de Ragüel, y yo, viéndome tan impuro, temía ser abandonado a la voracidad de este dragón infernal. Me quedé solo, porque las tinieblas de la noche me encubrieron el objeto de mi amor.

3. Proseguí orando, y esperaba la luz de la luna para salir del bosque. Y entre las tinieblas vi un bulto que se acercaba a mí, y era negro como las tinieblas; y salía del bulto una luz tan escasa, que sólo servía para distinguirlo. Y creciendo la luz, distinguí su figura, y esta figura figuraba a la Hija de Dios, la Iglesia santa; y porque la luz no era muy fuerte, pude fijar mi vista sobre la figura. Iba vestida de negro; y era el vestido de tal naturaleza, que el color, aunque negro como el marfil [=azabache], daba de sí un brillo como la seda más pura. Su rostro no era negro, sino blanco, y el color de carne era tan encendido y tan puro como cosa transparente en luz. Su cabello, dividido en la frente en dos trenzas, formaba sobre su cabeza con admirable orden una corona real, y era radiante como la luz. En su mano izquierda tenía un cetro de oro, y en la derecha una cruz. Yo estuve atento contemplando esta figura. Salió de en medio del Mediterráneo la luna, y transformándose la figura en una luz brillante como la del sol, no pude más contemplarla; y elevándose mi espíritu al cielo, vi, cuanto es permitido al ojo mortal, a mi Amada.

4. Su cabeza es el Hijo de Dios, y en ella está en plenitud la sabiduría eterna; y su belleza es inmensa, cuanto posible es concebirla el entendimiento criado. Los predestinados a formar con esta cabeza un cuerpo, son los nueve coros de ángeles con los santos del cielo y justos de la tierra y de debajo de la tierra. «¡Qué eres bella, qué eres amable, oh Esposa mía! ¿Y tú eres mi Amada, tú el objeto que robas mi corazón? ¡Qué eres digna de amor! ¡Feliz el que llegue a conocerte! ¡Feliz, oh Iglesia santa, el que llega a unirse contigo en fe, esperanza y amor! En fe, feliz el que cree en ti, porque te ve y te conoce. En esperanza, feliz el que no tiene sobre la tierra más esperanzas que en ti; feliz el que espera verte sin velos y poseerte; feliz el que ni tiene ni quiere más

esperanzas que en ti; feliz el que no te espera sino a ti, porque posee la belleza infinitamente amable; feliz el que te ve, te conoce, te espera, porque te ama; feliz, y mil veces feliz el que te ama a ti sola, porque será correspondido y en ese amor tiene las delicias de la gloria, pues que en el cielo ya no hay más gloria que verte, poseerte y gozar de esta posesión».

5. Así mi espíritu arrebatado a lo alto estaba exclamando a la vista de la Amada. Y vuelto en sí, vio, sin luz y en forma visible al entendimiento del hombre mortal, a la Hija de Ragüel.

– No temas –me dijo con acento muy amable–, soy yo.

– ¿Quién eres tú?

– Yo soy tu Amada y tu Amante, soy tu Esposa.

– ¿Puedo yo conocer la causa por qué te presentas vestida de luto y con tanta pena?

Sara. – Sí, voy a descubrirte una parte de mis penas.

–Estoy atento. ¿Será acaso la desgracia de tus falsos amadores?

Sara. – Precisamente.

– ¿Quiénes son éstos?

– Oye. Los sacerdotes todos en el día de la Ordenación son entregados a mí por mi Padre celestial. El sacerdote, sea cual fuere su graduación y su dignidad, es desde el día de la Ordenación esposo mío, y esos desposorios se celebran en debida forma ante el público. Puede un marido o esposo, no obstante los lazos del matrimonio, ser esposo infiel, adúltero, impuro, y por lo mismo indigno de su esposa. Puede un sacerdote, no obstante los lazos sagrados del sacerdocio con los que está ligado a mí, ser infiel adúltero y mal esposo. Pues bien, yo soy virgen, lo he sido siempre y lo seré, y el que se une conmigo en matrimonio espiritual es tanto más puro cuanto más yo le abrazo, es tanto más casto cuanto con más fuerza me ama, y nadie es digno de mí sino el que viene

al sacerdocio con intenciones puras. ¿Quieres saber la causa de mi dolor?

– Si es posible...

Sara. – Ven y verás.

6. Me condujo a la cima del monte, y radiando la luz sobre los llanos, vi la gran multitud de amadores falsos que acercándose al sacerdocio con intenciones torcidas estaban en poder de Asmodeo. Y me dijo:

– Estos buscaban en la Iglesia no a la Iglesia, no a mí, sino una prebenda; se casaron conmigo por los lazos del sacerdocio, y aman no a mí sino la prebenda: ésta es su cosa amada. Por el sacerdocio soy su esposa, pero son adúlteros porque se han unido con la prebenda y no conmigo. Aman unos la dignidad y la gloria de que me ven rodeada; otros, mis riquezas materiales; otros, la ociosidad, holgazanería y su propia comodidad; y con estas intenciones emprendieron la carrera y llegaron a poseer una situación gloriosa. Todos estos no me conocen ni yo a ellos ni me aman. ¡Oh, si todos los eclesiásticos conocieran la Iglesia, si me conocieran, si me amaran! Todos estos fueron entregados en poder de Asmodeo el día mismo de las bodas: el día mismo de la Ordenación, o de la toma de la posesión de la prebenda eclesiástica, se apoderó de sus almas el diablo; y muertos para mí, viven solo para sí, para el mundo y para el diablo.

– Yo tiemblo a tu presencia.

– ¿Por qué? No temas.

– ¿Quién es digno de ti?

– El que me conoce y me ama: éste es el que me sirve, éste es mi esposo; en fe, esperanza y amor yo me uno con el mortal viador. El sacerdote que ante el mundo está unido conmigo por los lazos del sacerdocio, si no lo está en fe, esperanza y caridad verdadera, es un infiel.

– ¡Qué será de mí! Yo no soy digno de ti.

Sara. –Tú tienes, como los demás mortales, tus miserias; estás enlazado conmigo por los vínculos del sacerdocio, y en

el sacerdocio me buscaste a mí sola; me has buscado porque me amabas, y tu intención fue pura, y esta pureza te hizo digno de mí. Y por esto, sufridas todas las pruebas que ya sabes, pasados 25 años en que tú me llamabas y yo me escondía, por fin me manifesté a ti: te he revelado mi belleza y te he manifestado mi figura. ¿Por qué has estado tantos días sin visitarme?

– Te esperaba.

– ¿Dónde?

– En mi ermita.

– Yo vivo en la soledad: aquí me hallarás. Vendrás, yo te lo ordeno, mañana y tarde a este monte.

– Con gusto.

Noviembre 4, 1866

*Raquel paciendo en el monte el ganado de se padre [Gn 29].
Un secreto.*

7. La mañana del día 4 subía yo el monte, con el espíritu sobrecargado del peso de la propia miseria. Y apenas entré en el bosque, una voz amiga y consoladora me hablaba, y la conversación poco a poco me quitó la pena que llevan en sí los cuidados de las cosas terrenas.

– ¿Quién eres tú?, pregunté yo.

– Yo soy el Monte santo (ángel) de Dios.

– Te he conocido en lo dulce de tu palabra.

El Monte. – ¿Qué buscas en mí?

– Mi Amada me ha llamado y me espera. ¿Sabes dónde está?

El Monte. – Sí, ven, paca el ganado de su padre; yo te conduciré (el ángel santo) allá donde está.

8. Proseguí mi camino; y al internarme dentro del bosque, con más fuerza me sentía yo interrogado por la misma voz. Llegué a una cima desde donde se descubre Barcelona y todos sus alrededores y todos los montes del circuito, y éstos (los coros angélicos) todos a la vez me dijeron:

– Tu Amada te espera.

– ¿Dónde está?

– En medio de nosotros –contestó uno de los más altos y sublimes–. Ven y te manifestaré dónde reside la Hija de Labán (Iglesia militante).

Yo seguí mi camino, y subí al más alto de los montes, y hallé sobre su cumbre a la que buscaba. Estaba sola.

– Amada mía, tú me has llamado; estoy aquí.

Raquel. – Sí, te he llamado.

– ¿Qué quieres?

Raquel. – Quiero veas el ganado que mi Padre me ha confiado.

9. Dicho esto, añadió levantando el báculo que llevaba a su mano:

– Mira al sur, mira al norte, mira al este y al oeste. Yo miré de todos lados, y vi doscientos cincuenta millones de cabezas de ganado repartido en muchas manadas, al cuidado de sus pastores. Y observé que numerosas manadas de lobos, vestidos con la piel de ovejas y dirigidos por falsos pastores, se habían mezclado con las ovejas; y la carnicería fue grande y la confusión tal, que no nos entendíamos [Mt 7, 15]. Una niebla muy espesa cubrió los montes y no sabíamos a qué bulto dirigir el golpe. La gritería de los pastores entre sí llamando las ovejas al redil, el balido de las ovejas, los ladridos de los perros, los aullidos de los lobos los silbidos de los rabadanes: todo esto presentaba un cuadro el más triste y lastimero. Y para complemento de nuestra desgracia, la noche, que se presentaba muy negra, iba a cubrir de tinieblas

todos los montes. Pero la Joven pastora, en el colmo de su pena y aflicción, se postró en tierra, oró a su Padre. Sopló del norte un viento muy fuerte, disipó la niebla y vimos con claridad cuán encarnizada era la batalla. A la oración de Raquel, su Padre envió sobre los montes dos príncipes muy poderosos, y éstos tenían a sus órdenes mastines muy feroces, que lanzándose con rabia sobre los lobos les arrancaron la piel de oveja, los despedazaron; y fugando a los pastores falsos, salvaron la grey del Señor. Y ésta, conociendo la voz de los verdaderos pastores, se recogió dentro del redil, y allí recogida fue salva de tantos males.

– Dime, oh Joven pastora, ¿qué significa esto que acabamos de ver?

10. *Raquel.* – Te revelaré el secreto. El príncipe de las tinieblas, corriendo por su curso estos últimos siglos, se ha apoderado de todos los tronos, cetros y coronas de los grandes de la tierra; visible en ellos, por ellos ataca y desafía mi autoridad y poder; visible en los cuerpos humanos que posee, provoca mi autoridad y con gran arrogancia dice que no tiene enemigo que le quebrante la cabeza. He hecho oración a mi Padre y me ha escuchado propicio mis súplicas. La hora es llegada: enviará dos príncipes o apóstoles, y éstos, llenos de fe en mí y en el misterio de la redención y revestidos de toda mi autoridad, encadenarán al príncipe tenebroso que ha corrompido todos los reyes de la tierra; arrancarán de los falsos pastores la piel de oveja y descubrirán a todo el mundo su hipocresía; caerán al abismo todos los demonios, y con ellos todos los poderes fundados en su malicia.

– ¿Cuándo será esto?

– Luego.

– ¿Habrá señales de esta gran catástrofe?

– Sí, las habrá, y nadie creerá en ellas.

– ¿Cuáles son?

– Te daré las siguientes. Especialmente en estos tres últimos siglos, los demonios, visibles en los cuerpos humanos,

provocan y desafían mi autoridad que reside en mis sacerdotes, y ante vosotros se tiene firme en pie y lleno de arrogancia. Los demonios, visibles en los cuerpos humanos, resistiendo y no cediendo ante la autoridad sacerdotal, son cometas en el firmamento del mundo intelectual, y significan...

– ¿Qué significan?

– La incredulidad de los pueblos y naciones antes gentiles y ahora cristianas, y su ruina y destrucción. Los demonios caerán, y con ellos caerá la incredulidad de los incrédulos.

– Este signo es remoto. ¿Hay otro de inmediato?

– Sí. Cuando veas que los demonios son expelidos de los cuerpos humanos, entonces sucederá lo que te he revelado. Los demás signos a nadie los manifiestes, porque son un secreto.

– Temo yo ser envuelto en el castigo de los incrédulos.

Raquel. – ¿Crees en el misterio de la redención?

– Sí, yo creo que, consumado sobre el altar el santo sacrificio, la redención de todas las naciones contra la esclavitud de los demonios y reyes impíos que las poseen es un hecho; creo que de justicia es debida a todas las naciones la redención.

– Así como lo crees, así será. Sigue luchando en el altar con la justicia divina a favor de la salvación del mundo, hasta que veas rendido al pie de la cruz a Satán.

19

LA NOCHE DEL 8 DICIEMBRE 1866 EN ROMA

Comunicado a Pío IX el 18 diciembre
de 1866 en Roma

«Custos, quid de nocte?» [Is 21,11]

1. Al entrar en Roma por el ferrocarril la noche del 8 diciembre, el terror y el horror se apoderaron de mi alma. Y recogido en el alojamiento, me despertó de la somnolencia que había podido coger, la presencia del espíritu malo; y puesto en oración para defenderme, vi a media noche en el monte Pincio un dragón enorme y de un aspecto horrible. Tenía siete cabezas, y en ellas las coronas de todos los reyes que había subyugado, y en las cabezas había a más dos cuernos de ambos poderes: los políticos de los reyes, y los espirituales de todos los demonios y pseudo-escritores y profetas que le seguían. Volví los ojos hacia las colinas, y con el monte Pincio vi las siete que dominan Roma fortificadas por los príncipes de las tinieblas, que estaban subordinados al dragón. Estos príncipes hablaban entre sí y decían: «Roma es nuestra, poseemos ya las coronas de todos los grandes de la tierra; sólo nos falta ésta (dominio temporal del Papa) [Ap 12,3]. ¿Qué esperamos, qué nos detiene? Pero el dragón que les gobernaba les detenía; y éste hablaba, y no veía con quién: «Entrégame –decía dirigiéndose hacia el Vaticano–, dame la Ciudad, he vencido, retírate, entrégame las llaves».

Esta visión me tenía mis carnes horripiladas, y esperaba con gran impaciencia el día para visitar el Vaticano donde está toda la fuerza y virtud y poder nuestro...

2. Por la mañana, dirigiéndome al Vaticano, al pasar por el puente de San Angelo, vi sobre el Castillo un ángel.

– Centinela, ¿qué haces aquí?

– Yo soy el ángel que custodio y guardo el trono del sumo pontificado delante los reyes y príncipes de la tierra.

El ángel tenía su espada puesta a su vaina y sus manos plegadas en actitud de orar. Y sorprendido yo de ver su tranquilidad, le pregunté:

– Eres tú el que custodias el trono del sumo pontificado ante los reyes de la tierra, ¿y estás en tanta calma y tus manos plegadas y la espada en su vaina? ¿Cómo has dejado que en estos siglos pasados los reyes católicos fuesen vencidos y destronados, substituidos por incrédulos y enemigos nuestros?

¿De qué te sirve tu espada?

– Yo espero que el ángel que custodia en el Vaticano el trono del sumo pontificado frente los demonios, se levante y encadene al dragón y a sus ángeles y los encierre al abismo; y entonces yo con la punta de mi espada en un día cortaré las cabezas coronadas y los cuernos armados del dragón. Prosigue tu camino.

3. Yo proseguí mi camino. Y al entrar en la calle recta que descubre la cúpula del Vaticano, vi, tranquilamente sentado sobre ella, otro ángel. Tenía en el brazo izquierdo un rollo de cadena muy larga, y el anillo de un extremo estaba en el dedo de la mano derecha, y el del otro cabo estaba en el cielo en el dedo de Dios, y tenía en sus manos dos llaves de oro. Sorprendido de verle en tanta paz...

– Centinela, ¿qué haces aquí?

– Yo soy el ángel que guardo frente los demonios el trono del sumo pontificado; de mí habla el capítulo 20 del Apocalipsis [1].

– ¿Qué son esas cadenas y qué esas llaves?

– Su destino es ligar y encadenar al dragón y a sus príncipes tenebrosos para que no hagan más de lo que conviene a los designios de Dios sobre su Iglesia.

– ¿Cómo tienes arrolladas tus cadenas? ¿Por qué no las despliegas y ligas los demonios? ¿Acaso no ves que el príncipe de las tinieblas, libre y desencadenado, circuye Roma? ¿No oyes que pide le sea entregada esta Ciudad? ¿que posee ya todas las capitales del mundo y ahora dice le falta entronizarse en Roma? ¿No oyes?

– Sí, veo lo que tú ves y oigo lo que tú oyes.

– ¿Nos quieres abandonar en poder de los demonios y de los gobiernos políticos que han seducido? Levántate, extiende tus cadenas, liga y encarcela al dragón. ¿Qué esperas?

– Espero que el Pontífice Sumo, y vosotros con él, que tiene como yo las cadenas para ligarle y las llaves para encerrarle, el mismo poder, la misma misión que yo, ligue y encadene los demonios y los encierre en el abismo [Mt 18,18; 16,19; Jn 20,23].

– ¿Cómo quieres tú cumpla sin ti el Pontífice esta misión? ¿Qué puede el brazo de carne contra enemigos tan formidables sin tu brazo y sin el dedo de Dios? Levántate tú, y se levantará el Pontífice y nosotros con él; liga, encadena, encierra, y entonces el Pontífice y nosotros sus misioneros con él ligaremos y encerraremos al abismo al dragón infernal, y caerá al infierno con sus coronas, con sus cuernos, con sus dientes y con sus uñas. Caiga al abismo el dragón infernal y con él caigan cuantos poderes tiene sobre la tierra fundados sobre su malicia, y entonces el ángel que custodia ante los reyes el Castillo San Angelo, destinará con su espada la impiedad que ahora triunfa. ¿Recibe Dios propicio la hostia que le ofrecemos en precio de la redención de todas las naciones? Si el sacrificio consumado sobre el Gólgota y renovado en nuestros altares es agradable a Dios, la redención de todas las naciones contra su esclavitud es un hecho consumado; y si la redención es un hecho, ni un día más puede poseerlas el dragón, ni gobiernos infieles, judíos, griegos, mahometanos, protestantes, revolucionarios. ¡Caiga el dragón infernal, caiga con todas sus cabezas, con todas sus

coronas, con todas sus uñas, dientes y cuernos! Levántate, ¿qué haces aquí tan en paz?

4. Así yo luché un largo rato con este ángel. Y levantándose en pie, lleno de majestad y gloria, me dijo:

– Misionero, ¿qué pides?

– O borra de mi frente el nombre de Dios que he invocado, y con el nombre de Dios borra de mi alma el carácter de sacerdote, o bien no permitas más que la autoridad de Dios en los prelados sea ultrajada por los demonios.

– Marcha –contestó–, entra en el Vaticano, y allí te darán instrucciones. ¿Acaso no se os ha dado poder sobre los demonios a vosotros como a mí? ¿Acaso no oís el mandato de Dios: «Demones ejicite...?» [Mt 10,8].

5. Entré en el Vaticano, y desde sus puertas vi sentada sobre el trono del sumo pontificado a la Mujer del Cordero [Ap 19,7-9; 21,9]. Su belleza era inmensa e indescriptible: tenía en su cabeza (Jesús Sacramentado) las coronas de todos los reyes y grandes de la tierra, y en su mano sus cetros; era tanta su gloria, que no se dejaba mirar sino como se ve el cristal en medio del fuego y de la luz más encendida. La rodeaban todos los grandes de su imperio, y los ejércitos del cielo subían y bajaban y corrían la tierra a sus órdenes. Y ella tenía su cabeza reclinada sobre su mano izquierda, y estaba tan quieta, tranquila y en tanta paz como si enemigos no tuviera.

6. Yo temía acercarme a ella. Y uno de los príncipes que la rodeaban se acercó a mí y me dijo: «No temas, acércate. Esa Mujer es tu Madre, tu Reina y Soberana, es tu cosa amada, es tu Esposa, es la Iglesia santa militante sobre la tierra». Al acercarme vi su belleza; y era tanta, que todas las bellezas creadas no son más que una sombra oscura tras la que brilla su hermosura como imagen; no muerta ni pintada, sino viva, real y verdadera, como lo es la imagen del mismo Dios. Siempre joven, siempre virgen, toda perfecta, sin tacha ni arruga, infinitamente amable.

7. No sin terror, temor y encogimiento me acerqué hasta llegar a los pies de su trono, y me postré en el pavimento de su templo. Y levantándose ella en pie, me dijo:

– Misionero, ¿de dónde vienes?

– Vengo de Barcelona, España, Cataluña.

– ¿Qué pides?

– Señora, el príncipe de las tinieblas, fuertemente armado con las coronas, cuernos, uñas y dientes de todos los poderes políticos de la tierra que ha seducido, visible en los energúmenos, desafía con horribles blasfemias vuestro poder. Los pueblos, llenos de confianza en vuestro amor y en vuestro poder sobre los demonios, nos presentan los energúmenos; Satán resiste a nuestro poder. Y enviado a predicar el Evangelio a los pueblos que él tiene esclavos por la culpa, comprometido a presentarle batalla para salvar las almas de su esclavitud, ¿qué instrucciones me dais y qué armas para combatirles?

– Misionero, marcha: «*Predicate Evangelium omni creaturae. Demones effugate, infirmos curate*». Este es el mandato que yo doy: «*Demones ejicite, ecce ego dedi vobis potestatem calcandi supra serpentes et scorpiones et super omnem virtutem inimici*». Di a Pío IX lo que has visto y oído, y vuélvete en paz a tu destino [Mt 10,8; Lc 10,19].

«Santísimo Padre. Si estas visiones no tienen objeto ni realidad, si son delirios e ilusiones de mi espíritu, son producidas por la pena que le devora en vista del triunfo de los enemigos de Dios. Al comunicarlas a Su Santidad cumplo un deber impuesto por el amor al sumo pontificado y a la Iglesia santa de la que es cabeza visible sobre la tierra.

Roma, 18 diciembre 1866».

20

ERMITA DE SAN HONORATO

12, Marzo 1867

1.–El espejo.

2.–Su pureza en el espejo.

3.–La sombra figurada o figura en él.

4.–La realidad ante el espejo.

5.–La luz.

6.–Visión de la realidad en la sombra figurada en el espejo.

1. Desde el 8 diciembre hasta la fecha quedó mi alma sumamente abatida, en tanto que apenas podía respirar. En vano el alma se levanta si Dios no la tiende su mano. Llamé a mi Amada, pero mi voz procedía de un corazón tan oprimido y tan afligido, que no tenía fuerza; el amor estaba como fuego entre cenizas. ¡Cuán fácil fuera el olvidarlo todo si Dios no vigilara!

Con esta pesadumbre de corazón, vine a visitar los ermitaños de San Honorato, y me retiré a mi celda solitaria, construida sobre el borde de un profundo despeñadero; y quedo solo.

La noche del día 13

2. Estaba en mi celda solitaria revolviendo todo lo que había visto en Roma, y continuaba sosteniendo en la oración una lucha tremenda con Dios; y ésta me tenía tan absorto y preocupado, tan atento y fuera de mí, que estaba olvidado de las delicias del amor en mis relaciones con mi Amada.

El viento cogía tan de lleno y con tal furia mi celda solitaria, que parecía intentaba arrancarla de fundamentos y lanzarla al abismo a cuyo borde está edificada. La luz de la luna era semejante a la de un candil que se extingue, y no dejaba ver por los cristales de la ventana sino bultos y objetos opacos. Gozaba, no obstante, del profundo reposo y de aquella paz que trae consigo la soledad después de una horrible tempestad ya pasada. Y en el silencio de la noche llamé muchas veces a mi Amada. La lucha que sostenía con Dios desde mi viaje a Roma agriaba y acibaraba de tal modo mi corazón, que parecía extinguida en él la llama del amor.

3. En estas disposiciones salí afuera de mi celda. Y el viento, cual huracán furioso, me cogió con tanta fuerza que apenas me dejaba volver a mi retiro. «Entra y cierra bien la puerta», –me dijo con imperio una voz amiga, dulce y afectuosa.

La hija de Labán

– ¿Quién eres tú?
 – Entra aprisa y cierra la puerta, me repitió la misma voz.
 – ¿Quién hay dentro?
 – Soy yo.
 – ¿Quién eres tú?
 – Soy la hija de Labán.
 – ¿Eres tú la bella Raquel?
 – Yo soy la congregación de todos los santos y justos unidos a Cristo, mi Cabeza.
 – ¡Iglesia santa, Virgen sin mancha, abre tus brazos y recibe en tu seno a este infeliz viador! ¡Paloma mía, no me vea más el ojo mortal!

4. Estaba yo gozando de las delicias del amor, arrodillado ante la ventana de mi celda. Y por el cristal miraba yo desde la cima de este monte a la luz débil de la luna la cam-

piña que se descubría nada más que en bulto y sombría, y se me presentó como de costumbre una sombra que tenía figura, y figuraba una joven pastorcita de 16 años [Gn 29,9].

– Sombra, ¿quién eres tú?
 – Yo soy la hija de Labán.
 – ¿La bella y hermosa Raquel?
 – Yo soy tu Amada.
 – ¿Eres una sombra, o una realidad?
 – Yo soy una sombra figurada, y figuro a tu Amada, y tu Amada es una realidad.
 – ¿Quién eres tú que me hablas? ¿Eres la sombra, o mi Amada?
 – Todo es una sola cosa.
 – Retírate. La pena que devora mi corazón no me permite gozar de las delicias del amor.

– ¿Qué pena es esa?
 – Lo sabes: tu Padre no quiere ceder a lo que le pido. ¡Oyeme, paloma mía, óyeme tú! Abre tu seno y recibe, Virgen pura, en tus brazos a este mortal que te ama y te adora. ¿Por qué me dejas en vida? ¿de qué sirvo? No vean mis ojos tanta desdicha. Tu Padre y mi Padre, irritado, no quiere rendir el palo con que hiere los pueblos y las naciones. ¡Muera yo en la lucha, que me borre del libro de los mortales! Abre, Esposa mía, abre tus brazos, Virgen pura, recibe, Iglesia santa (triumfante) en tu seno a este hijo de Adán.
 – Tú me pides el abrazo eterno (en gloria): te lo daré, pero no ahora. Mírame, ¿ves mi sombra y figura?
 – Sí.
 – ¿Quién soy yo? ¿me conoces?

5. – Tú eres la hija de Labán, tú eres la congregación de todos los justos que militan sobre la tierra unidos a Cristo su cabeza, tú eres la Iglesia militante sobre la tierra, tú eres la bella Raquel que paces en el desierto de este mundo el ganado de tu Padre celestial.

– Verdad dices. ¿Y piensas abandonarme retirándote de entre los vivientes? ¿Y me abandonarías en situación tan crítica?

– Perdóname, querida Raquel, yo de nuevo me rindo a tu servicio.

– Levántate, hijo de los grandes Profetas; ten ánimo y yo estoy contigo, ¿por qué te contristas?

– Tú, oh Raquel, me dejas, te ausentas de mí; y al verme solo ¡qué horror! tu ausencia es el conjunto de todos mis males y deseo unirme contigo de modo que no puedas ni tú ausentarte de mí ni yo de ti; y no siendo esto posible en esta vida, cuando me creo solo, pido con instancias me unas contigo en gloria.

– Si tú lo quieres, yo no me ausentaré de ti ni tú de mí.

– Dime cómo.

– Cree y ama.

– No te entiendo.

6. – Explicaré el misterio. ¿Tienes un espejo?

– Sí.

– Sácale y ponte delante; enciende la luz.

– Estoy.

– Tenemos aquí el espejo, una sombra figurada en él, la realidad a que alude la figura, la luz, y la pureza del cristal. Todo esto alude y es una sola cosa.

1º Yo soy una realidad, yo soy un cuerpo moral perfectamente organizado: mi cabeza es Dios hecho hombre; mis huesos, mis carnes, mis nervios, mis miembros, son todos los ángeles y santos y justos destinados a la gloria; mi alma, espíritu que me vivifica es el Espíritu Santo que da vida y movimiento a todo el cuerpo. Yo soy un objeto real: así como el individuo es una realidad individual, así yo, como cuerpo moral, soy una realidad moral; en mí reina un orden mil veces más perfecto como cuerpo moral, que el que sientes en tu cuerpo material. ¿Crees esto?

– Sí, lo creo. «In unam, sanctam...».

– Si no lo creyeras fueras hereje.

2º Tu ser es el espejo, y yo soy el objeto figurado en él; el espejo, o es sucio o limpio;

3º. Si el cristal es puro y se cubre por detrás con azogue, mi figura quedará tan al vivo impresa en él, que no faltará a la imagen ni un ápice para su perfección, ¿no es verdad?

– Sí, lo es.

– Pues bien, tu ser es el cristal. Tras este ser o esencia está unida tu potencialidad espiritual: hay en ti las potencias intelectuales y las apetitivas, y éstas son el azogue que reciben la sombra y la figura, o la especie, idea o noticia de mí.

7. Mi presencia en ti imprime, como los objetos en el cristal, la figura: y la figura impresa en la parte material, que es la fantasía, transmite en el entendimiento pasivo la especie, idea, noticia de mí. Ahí tienes, pues, que mi presencia en ti produce en la fantasía una imagen o figura de mí, y en el entendimiento pasivo la especie o idea. Ahí tienes el espejo, el azogue detrás unido a él; y en el espejo impresa la figura, especie y noticia de lo que yo soy. Se requiere ahora, para que tú veas en el espejo el objeto, la luz del sol o del candil, ¿no es verdad?

– Así es.

8. – Pues bien, esta luz es la fe católica relativa a mí; si falta ésta, por más que yo esté presente a ti que eres el espejo, no me verías. Cuando te falta *in actu* esta fe, si bien yo estoy a tu vista y tú a la mía, no me ves, porque creer es ver, te olvidas de mí; este olvido tuyo es la ausencia de que te quejas. Sepas que ni tú ni mortal alguno puede huir de mi presencia: yo estoy siempre ante el hombre mortal como una persona cualquiera ante el espejo. El que no cree en mí, por más que esté yo a su presencia como objeto ante el espejo, nada se ve; no creyéndome por lo que soy, no me ama; el que no me ama ni cree en mí, es un espejo lleno de impureza encubierto con capas de tierra inmunda, y esas inmundi-

cias impiden el que yo sea vista en ellos. El que cree en mí ve en sí mismo mi sombra, mi figura, mi especie o forma, y tiene en su imaginación y entendimiento activo ojos espirituales para ver en la figura, forma y especie a mí misma, tal cual me cree. La luz de la fe dándole noticia e idea de mí, al descubrir mi inmensa belleza, ésta despierta todas las potencias apetitivas, las roba sus afectos hacia mí; y de aquí resulta una transformación tal de todo el ser humano en mí, que los dos somos una sola cosa en forma, especie y figura y en amor. La figura, el cristal, el azogue, la luz, y el objeto figurado son una misma cosa, en tal manera que moviéndose la realidad se mueve la figura: si la persona puesta ante el espejo llora, llora la figura, si ríe, ella ríe, si marcha, ella sigue.

9. Las tinieblas y la impureza del cristal son los dos obstáculos para esta unión misteriosa. Aunque el cristal fuere puro, si faltara la luz, por más que la persona tenga el espejo delante, nada se ve; por más santa que sea la persona, si no se ejercita en la fe hacia mí, no me ve, si no me cree, no me ve: porque verme es creer en mí.

Yo soy Dios y los prójimos, objeto de amor designado por la Ley de gracia. El que no me ve, es difícil me ame; el que no me ama, falta a la ley, y estas faltas son capas que indisponen el cristal de su alma para que yo imprima en él mi forma, y la impureza y las tinieblas me separan del hombre.

10. Vengamos al caso: yo estoy día y noche presente a ti, porque ni tú puedes huir de mí presencia ni yo de ti, si crees. Yo me he revelado y descubierto a ti, y por esto me conoces; crees en mí, y porque crees en mí, con mi presencia he robado todos los afectos de tu corazón: en tal manera eres esclavo de mi belleza, que por mí y para mí sacrificas tu ser, tu existencia, tu vida, cuanto eres y cuanto tienes. Y este amor une en tal manera la figura mía en tu ser y en tus potencias y sentidos, que te mueves al moverme yo y me sigues como una sombra, resultando que la realidad que soy yo, la figura o especie, el espejo que la recibe, que eres tú, las

potencias activas que miran mi figura y en mí figura a mí, la luz que descubre mi belleza, todo esto es una sola cosa en mí. Cree en mí y no me olvidarás, y no olvidándome me amarás, y amándome me conocerás, y conociéndome me amarás; y si crees en mí, me tendrás presente y me amarás, y si me tienes a la vista y me amas, yo no podré ausentarme de ti. La ausencia, procede del olvido: si no me olvidas, yo no puedo ausentarme. ¿Entiendes ahora el misterio?.

11. – Sí, quedamos entendidos.

– Pues bien, no me olvides.

– ¿Quieres? Déjame solitario en el desierto y salvo de la solicitud y cuidado de los otros; viviré sólo para ti.

– Es un error. ¿Crees que es olvidarme tomar cuidado e interés en el ganado confiado a mi amor? «Obras son amores, y no buenas razones». Cuando tú para cuidarme a mí te olvidas de ti, estás seguro a mi cuidado: yo cuido de ti.

A mí me hallarás solitaria en los claustros, desiertos y ermitas, y pastora en medio de los pueblos, peregrina en los caminos, y toda en todos y en todas partes donde la caridad ejerce sus actos y funciones.

12. En estas locuciones pasé un rato, y al retirarme para tomar el reposo de la noche en el interior de mi celda, sentí que la sombra me seguía, y esa sombra era yo mismo; y advertí que la sombra tenía figura, y esa figura era yo mismo; y esa figura figuraba a una realidad, y esa realidad era mi Amada. Y recogido en mí mismo, miré la especie y figura, y mi espíritu fue elevado a Dios en el cielo. Y vi la Iglesia santa, y sintiéndome unido a ella, mi alma, abatida por los combates y por su lucha con Dios a favor de la Iglesia, tomó aliento, vida y vigor.

Desde esta visión veo ahora en mí mismo a mi Amada sin necesidad de ir fuera de mí a mendigar noticia, ni de peregrinar buscándola fuera de mí mismo. ¡Qué consuelo!.

ERMITA DE SAN HONORATO

Marzo de 1867 La mañana del 14

13. Estaba yo examinando esta mañana cuál era el objeto de todas mis relaciones con Dios en la oración y en la soledad. Y la voz dulce de mi Amada se hizo sentir al nacer la aurora de este día, y me dijo: «Tu acción individual está refundida en la misión de la Orden religiosa a que perteneces. Y la acción tuya, como hijo de los Profetas, está confundida con la situación que yo tengo sobre la tierra. De aquí es que se revuelven dentro de tu espíritu estos tres objetos: tu individualidad, tu Religión y yo, que soy la Iglesia: una cosa va ligada con otra.

21

ERMITA DE ES CUBELLS – IBIZA

Marzo 22, 1867 La noche del 22

Sola, de noche, en el bosque

1. Al nacer la luna me paseaba solo en el bosque. Miré mi sombra, y la sombra me seguía y se movía conmigo.

– Sombra, ¿estás sola, sola de noche, sola en el bosque? ¡Preciosa soledad!

– Yo no estoy sola –respondió la sombra–, sigo doquiera vaya la realidad que me produce.

– Joven pastorcita... ¡Sola de noche en el bosque! ¿y no temes?

– Sola de noche en el bosque, y no temo, porque la realidad que me produce es más fuerte que el infierno y que la

muerte misma. Dime, hijo de los Profetas, ¿qué buscas solo de noche en estos bosques?

– Te busco, paloma mía, a ti.

– ¿Qué quieres de mí?

– Pido me reveles los destinos de la Providencia sobre ti, porque los de la Orden religiosa a que pertenezco están involucrados con los tuyos, y con éstos, los míos individuales.

– Ven al monte solo. Ven al monte santo (Vedrá) y allí te revelaré los secretos de mi corazón.

1867 marzo. Ibiza–Cubells.

La noche del 23

N. Señora del Carmen¹*Sola, de noche en el bosque, en tinieblas*

2. Las tinieblas de la noche son tan densas, que pueden palpase y cortarse. El mar en calma deja oír un murmullo suave sobre las rocas carcomidas por sus olas; el aura suave de la noche mueve blandamente las hojas de los árboles del bosque, y las estrellas desde el firmamento de los cielos dan con tal escasez su luz, que no se distinguen los objetos sino a manera de bultos negros. Un bulto me sigue por el bosque doquiera que vaya, y ¡qué horror, que miedo! Si no conociera el misterio...

– Sombra, yo te conjuro en nombre de Dios vivo: dime quién eres.

Y la sombra contestó:

¹ El epígrafe «N. Señora del Carmen» equivale a una determinación complementaria de Es Cubells, en cuanto la ermita del lugar estaba dedicada a esta advocación, por la imagen de Ntra. Sra. de las Virtudes traída de Barcelona.

- Mírame con atención.
- Es de noche, y sin luna ¿qué veré en ti?
- Mírame, repitió la misma voz.

3. Fijé mi vista hacia la sombra, y vi en ella una figura, y la imagen era la misma que se ve en un espejo producida por la presencia del objeto a que corresponde. La imagen era viva, como viva es en el espejo la que produce un ser viviente. Y era tan bella cual es capaz de concebir el entendimiento humano; y tan hermosa que no obstante haberla visto muchas veces, es siempre nueva; y tanta es la sorpresa que causa el mirarla, que siempre se ve como cosa nunca vista y nueva; de modo que más se mira, más deseos deja de contemplarla; y es tanta su belleza, que se ve tanto más gloriosa cuanto más se mira. Y la sombra, la figura, la imagen y la realidad son una misma cosa.

- Sombra, dime quién eres.
- ¿Qué te importa mi nombre?
- Sí, me interesa.
- Soy la hija de Ragüel [= Labán, Gen 29, 6-9]. Yo soy.
- ¡Rebeca!
- Yo soy la congregación de todos los justos unidos a Cristo, mi Cabeza, que militan sobre la tierra.
- ¿Qué haces aquí? ¡Sola, de noche, en tinieblas, en el bosque!
- Apaciento en el monte el ganado de mi Padre [Gn 29,6-9]: para mí el sol es tinieblas, y el día noche. ¿Qué buscas solo, de noche, en tinieblas en estos bosques?
- ¡Te busco a ti, oh Virgen sin mancha!
- ¿De noche y en tinieblas?
- Para hallarte, la luz del sol es tinieblas y el día noche; y para verte mejor te busco de noche, en tinieblas, a solas, en el desierto.
- Sepas que soy yo la que te busco a ti, y si yo no te busco, y buscándote no te hubiera llamado, y llamándote no te

hubiese hallado, tú ahora no me buscaras, porque no me conocerías.

– ¿Eres tú, oh belleza inmensa, eres tú, oh Virgen pura, eres tú la que me buscas a mí y solicitas mi amor? ¿Cómo puede ser esto? ¿Qué ves en mí digno de ti?

– Si no fueras digno de mí no te amara: yo no amo sino lo que es bello y amable.

4. Dicho esto, huyó la sombra, se disiparon las tinieblas y mi espíritu fue elevado al cielo, y allí la Iglesia santa me manifestó su indescriptible belleza. Yo no podía creer lo que me había dicho en orden al amor para con los hijos de los hombres, y guardé la palabra en el secreto de mi corazón para meditarla más detenidamente [Lc 2,19].

Ibiza 1867, marzo La tarde del 24

5. La palabra que me dijo mi Amada la noche del 23 me tenía profundamente afectado. Y decíale yo a mis adentros: «¿Eres tú, paloma mía, eres tú la que me buscas a mí y solicitas mi amor? ¡Oh, si esto fuera verdad!». En estos soliloquios amorosos fui a celebrar la santa misa el 24, y a la consagración...:

– No lo dudes –me repitió la misma voz– soy yo la que te busco a ti y solicito tu amor. Y para que no dudes de mi palabra, deja que tu Amada y tu Amante recline su Cabeza (Jesús Sacramentado) sobre tus brazos; permíteme reposar sobre tu pecho. Yo te entrego mi Cabeza bajo las especies de pan y vino: a la Cabeza tengo unido todo mi cuerpo moral, y dándote mi Cabeza me doy yo toda entera, y el pan y el vino en especie es el signo de esta entrega; y por lo mismo que yo me doy toda entera a ti, acredito con este hecho que soy yo la amante que te busco y solicito tu amor. El que come la carne y bebe la sangre del Hijo de Dios, que es mi Cabeza, se une sacramentalmente y moralmente a mí y yo con él, y somos un solo cuerpo moral bajo una sola cabeza. ¿Crees esto?

- Sí, ayúdame a creer.
- El que no cree anda en tinieblas.

6. Por la tarde del mismo día, no cabiendo en mi pecho la palabra que me había dicho la noche anterior, me interné solo en el bosque. Era una de aquellas tardes de marzo que anuncian una primavera anticipada. Había muchos días que la borrasca tenía turbada noche y día el mundo entero, y este día correspondía a la calma de la noche anterior. El mar estaba en profundo silencio, y tan quieto que parecía el salón del cielo empíreo. Un bosque espeso de pinos encubría y adornaba, como los cabellos la cabeza de la mujer, grandes peñas que al hundirse en un día de terremoto habían quedado abiertas en grandes grietas. La naturaleza me daba su ósculo de paz y anunciaba aquella gran calma que no se halla sino en el seno de los montes solitarios. Y mientras exteriormente la belleza natural de la creación llamaba la atención de los sentidos, otra belleza invisible solicitaba los afectos del corazón:

– Yo –me decía– te he revelado mi nombre; yo, bajo mil formas, me he descubierto a ti, oh hijo de los Profetas, y has visto, en cuanto es compatible a tu condición de mortal, mi inmensa belleza; soy yo la que te llamo a la soledad para comunicarte allí mi amor para contigo. ¿Y aún vacilas, dudas de mi amor para contigo?

- Sí –contesté yo– dudo.
- ¿Sobre qué versa la duda? ¿Dudas de mi existencia?
- No, creo eres lo que dices.
- ¿Dudas de que te amo?
- Sí.

7. – ¿Cómo es esto?

– Tú eres infinitamente bella y amable, y yo me complazco en creer en tu belleza y beldad. Yo creo eres tú sola el objeto de mi amor, esto es, tú sola eres para mí digna de amor: todas las bellezas juntas que puedan presentarse a los

sentidos no son más que una sombra que se disipa a tu presencia. Creo esto, y es para mí la mayor felicidad el saber que existes y creer eres lo que yo deseo seas: tú eres lo que yo deseo seas y tal como a mis apetitos conviene. Creo además que sobre ser tú infinitamente amable, eres la amante más pura, más fiel, más tierna y afectuosa que concebir se pueda. No obstante estas mis creencias, debo confesarte que dudo de tu amor para conmigo, y la causa de mis dudas están, ¡oh paloma mía!, no en ti sino en mí. Estas causas son de dos especies: la una consiste en que tú no puedes amar sino lo que como tú es infinitamente bello, y por consiguiente amable con amor de esposa. Digo con amor de esposa, porque éste es el único que puede satisfacer todas las exigencias del corazón, porque trae consigo igualdad de amor y unidad perfecta en los amantes. Yo no me atrevo a creerme digno de tu amor, porque sólo lo es una belleza infinita. Si yo, siendo tan vil, pobre y bajo, aspiro a una belleza tal, y no puedo contentarme con menos, ¿qué será digno de tu amor, que hay en mí digno de tu amor?

8. Hay a más otro orden de defectos que son motivos para creerme indigno de tu amor, y éstos proceden del abismo de mis miserias: el bien que deseo practicar no lo practico, y hago el mal que aborrezco [Rm 7,15]; hay dentro y fuera de mí una multitud de vientos que soplan contra el amor puro que te debo; y sostengo día y noche una lucha encarnizada dentro y fuera de mí mismo contra elementos formidables que atentan a la fidelidad y lealtad que te debo a ti solo como amante verdadera. ¿Y en esta lucha puedo decirte que he sido y soy fiel? Ah ¿puedo yo contar con mis propósitos y resoluciones, por firmes que sean? Si yo no puedo fiarme de mí mismo ¿cómo tú podrás contar con mi fidelidad? Hay en mí potencia, facilidad, inclinación y tendencias fuertes hacia el mal que, cual torrente cuando desborda, me arrastra y se lleva tras sí las más santas resoluciones [Rm 7, 18-19]. Debilidad y flaqueza suma para el bien que intento practicar y todas estas causas que se hacen sentir dentro de mí mismo, me sugieren dudas de tu amor para conmigo. ¿Cómo

has de amar con amor de esposa cosa tan vil, tan inmundada, tan fea y despreciable? ¿Puedes tú amarme con amor de esposa, que es el que yo pido? ¿Soy yo, Amada mía, un objeto digno de ti? No, yo no puedo creerlo.

No creyéndolo, cuando menos, dudo de que me ames con el amor de esposa, que es el único que puede satisfacer mi corazón. Y estas dudas son mi martirio, y un tormento tan cruel que noche y día me quitan el sosiego del corazón. Yo debo amarte a ti, y te he jurado un amor que guardaré hasta la eternidad, pues que tú eres para mí toda bella, toda perfecta, toda amable, toda digna de amor. Pero yo no lo soy para ti; y por lo mismo, que no me ames, que me dejes de amar, no es cosa extraña.

9. Mientras yo estaba en oración habiéndolas sobre amores con mi Amada, me sorprendió la noche del 24. Y al retirarme a mi ermita, la sombra que figuraba a mi Amada y que me seguía me contestó:

– Hay en ti una cosa que es digna de mi amor, y esto es lo que amo.

– ¿Qué es?

– La imagen de mí misma impresa muy al vivo en tu ser; y porque esta imagen se refiere a una belleza infinita, por esto es digna de mí; y amándola me amo a mí misma, y, en mí, la inmensa belleza de Dios: amándote a ti, me amo a mí misma. Tus defectos son las medias tintas tras las que figura en ti la imagen de mí: estos defectos te los permite Dios para humillarte; procura corregirlos confiado en los auxilios de la gracia.

Ibiza 1867, [24] marzo.

Vigilia de la Anunciación, a media noche

La imagen y el que la produce en el espejo

10. Una voz amiga, dulce y suave me despertó a media noche:

– Levántate y atiende. Yo quiero demostrarte las causas de mi amor para contigo, generales para todos los hijos de los hombres y especiales para contigo.

– A mí no me mueven ni las dignidades ni los honores: amo del mismo modo al pastor supremo de las almas que sentado sobre el solio de San Pedro gobierna el mundo entero, que al simple pastorcito que desde la peña del monte apacienta su ganado; ni menos miro al rico más que al pobre, al viejo que al joven, al bien formado que al paralítico, al hombre más que a la mujer.

– ¿Qué hay, pues, en mí digno de ti?

– Ahora te lo diré. Toma en tus manos un espejo.

– Le tengo.

– Mira en él tu figura e imagen.

– La veo.

– Observa ahora atento. ¿Qué ves en el espejo?

– Me veo a mí mismo.

– ¿Notas acaso alguna diferencia entre la imagen impresa en el espejo y tú mismo?

– Ninguna.

– Pues bien, mi presencia en ti por fe en mí produce mi propia imagen en ti, que eres el espejo. Esta imagen soy yo misma y eres tú: entre yo y mi imagen que eres tú no hay diferencia. Amando yo la imagen de mí misma que eres tú, me amo a mí; y siendo yo una belleza sumamente amable, lo es también mi figura, especie e imagen; y amando en ti lo que yo tengo y pongo de mío, amo lo infinitamente bello, amo cosa digna de amor. Mira otra vez el espejo.

– Miro.

– ¿Qué ves en él?

– Mi propia figura e imagen.

– Esa imagen de ti mismo en el espejo ¿qué es?

– Mi propia sombra producida por el reflejo de la luz.

11. – ¿Es una realidad?

– Es mi sombra.

– ¿Es cosa viva?

– Como sombra, no lo es.

– Pues bien, mi presencia en ti por fe produce la imagen de mí misma, y esta imagen eres tú. Esa imagen no es una sombra sino una realidad; es una inteligencia como yo misma: entiende, ama, habla, ve, oye, se mueve y obra; tales son los caracteres y notas que la distinguen de la sombra. Esta imagen está formada en el entendimiento pasivo: allí tú la ves mediante tu entendimiento activo, y mirándola a ella me ves y me conoces a mí; me ves, me miras, me contemplas y te complaces en mi vista. Siendo yo una belleza tal cual busca y apetece tu corazón, mi presencia en el entendimiento activo roba todos los afectos de tu corazón, y tu amor para conmigo dirige toda tu vida y todas tus acciones a mi servicio. Mi imagen en ti no es una sombra muerta, sino un ser vivo e inteligente, es un amante. Mi imagen en ti me ve, me conoce, me habla, anda, llora, ríe, ora, hace lo que yo mando; y siendo cosa producida por mí misma, siendo ella yo misma, bella como lo soy yo, amable como lo soy yo, amándola a ella, me amo a mí misma y amo lo que es digno de amor.

Estas son las causas generales de mi amor para con los hijos de los hombres. Y ahora sabrás las específicas para contigo.

12. No hay otra sino mi voluntad: llevada del amor para con los hijos de los hombres, he venido a ti, te he llamado a la soledad, y allí yo, visible a ti por fe, te he revelado mi belleza y mi amor: me ves y me conoces, porque yo he corrido el velo que me esconde a la vista de los mortales, me hablas y te respondo. Sepas que cuando, presente yo en ti por fe, me miras y me llamas, robas todos los afectos de mi corazón y me haces esclava de tu amor, del mismo modo que cuando

yo me presento a ti por fe robo los tuyos con mi belleza. Yo me complazco contigo y me deleito en tu conversación, porque me conoces; y me has conocido porque has creído en mí; has creído en mí porque yo con mi presencia en ti he disipado todas las tinieblas de tu alma.

13. Los defectos que te humillan son las sombras que te siguen en todas partes, y sobre ellas brilla mi imagen, y son en ti como el azogue en el cristal: te salvan contra tu presunción y soberbia y te sostienen humillado. Humíllate siempre más y más, batalla contra ellos, ora y espera en la gracia y bondad de mi Padre.

– Quítales.

– Te basta la gracia [2Cor 12,9]: ella vencerá, y la paz en la victoria será tanto más gloriosa cuanto fue terrible la lucha.

Ibiza 1867 [25]: la Anunciación

El secreto entre los amantes

14. – Ven al monte –me dijo hoy mi Amada–, te espero solitaria para decirte al fondo de tu corazón tres palabras: la una contiene los destinos de la Providencia sobre mí, la otra el porvenir de la Orden a que perteneces, y la tercera los designios de mi Padre sobre ti.

– Dímelas en seguida.

– No, son un secreto; y para que lo entiendas te quiero unos días solo.

– ¿Dónde?

– En el Vedrá.

– Vendré mañana.

– Te espero.

22

VEDRA - 1867

Marzo 26

Objeto de los ejercicios

1. 1º Renovar y estrechar con mayor perfección mis relaciones de amor con la Iglesia santa.
- 2º Ordenar mi vida interna y externa al servicio de mi Amada.
- 3º Detallar los actos ordenados a su servicio.

Artículo 1º

Mis relaciones de amor con mi amada. Examen

¡Paloma mía, Esposa mía! Vengo a este monte solitario para que me contestes a los puntos siguientes: 1º.

Vedrá 1867, marzo. La tarde del 26

La Mujer del Cordero. Solo con ella en el monte

2. El mar estaba en calma, el cielo sereno, en el monte reinaba un silencio sepulcral, la tarde era la primavera anticipada. Apenas el monte había abierto su seno para recogerme en sus cuevas, una voz grande, fuerte pero suave, amiga y dulce, se hizo sentir a mis adentros y a mi alrededor.

- ¿Estás solo? –me dijo la voz.
- Solo contigo. ¿Eres tú mi Amada?

– Lo soy. ¿Estás solo? -volvió a preguntarme.

– Sí, ¡preciosa soledad! estoy solo en este monte. Los mares rodean y defienden sus pies que suben rectos y cortados hasta sus cúspides elevadas y sublimes. Estoy, Amada mía, solo, y seguro de que ni durante la noche ni en el curso del día, mortal alguno interrumpirá nuestra conversación: puedes hablarme, estoy atento a tu voz. Habla, paloma mía, habla, tu amante te escucha. ¿Quién eres tú?

– Yo soy –me dijo con gran majestad– la Mujer del Cordero, soy la congregación de los justos, militante sobre la tierra bajo Cristo mi Cabeza; soy tu Reina, soy tu Esposa, soy tu Madre, soy tu Hija, esto soy; y correspondiendo a tu amor, vengo a ti, estoy contigo en esta soledad, soy tu compañera, y en pocas palabras voy a contestar a tus preguntas.

Yo soy una realidad, como lo es un cuerpo de nación: existo, vivo con vida propia, tengo cabeza (Jesús) y miembros que constituyen mi cuerpo moral; mi cuerpo es el único de esta clase que tiene una perfecta armonía en sus partes y organización: es ágil, bien proporcionado, infinitamente bello, en perfecta salud, en mí no cabe enfermedad alguna, soy siempre joven, sin tacha ni arruga, y con el tiempo no envejeczo. Mando y gobierno en el cielo, en la tierra y debajo la tierra: soy la señora del universo, las criaturas todas me sirven. Tengo lengua y hablo (qui vos audit, me audit) [Lc 10, 16], oídos y oigo lo que se me dice, tengo ojos y veo, tengo manos y obro, pies y ando. Yo soy el objeto único de amor capaz de llenar el vacío inmenso del corazón humano, soy lo infinitamente bello y reúno en mí todas las bellezas criadas, como imagen viva del mismo Dios; y fuera de mí no hay felicidad posible para el hombre.

3. Me comunico con los hombres, converso con ellos, y me complazco en su amor y recibo sus comunicaciones, y éstos pueden comunicarse y hablar conmigo: me uno en amor de esposa al o con el que me cree, conoce y ama. El amor es una cadena que me hace esclava del que amo y del que me ama, y esta cadena nos hace prisioneros uno del otro.

Sobre todo esto, te he dado explicaciones muy detalladas en diferentes ocasiones; y no me extendo más en este momento, porque vengo a comunicarte un secreto, y es...

4. Sepas que el príncipe de las tinieblas, según que otras veces te he dicho, libre y desencadenado, desafía lleno de arrogancia mi poder. Visible en los poderes que ha conquistado, confía en las coronas, en los cetros, en los tronos, en las espadas de los poderosos de la tierra; visible en los cuerpos humanos que posee, resiste al poder que yo he depositado en vosotros, mis ministros y misioneros, y se gloria no tener en vosotros enemigo que le incomode. Pues bien, en estos días vas a darle batalla en el cielo; ya sabes con qué armas te has de presentar. El es el instrumento de las venganzas divinas, y por lo mismo las has de haber en la oración no con los diablos sino con la justicia divina que los tiene en su mano. En esta lucha yo estaré contigo y seré tu compañera de armas en el campamento. En esta batalla está comprometido mi honor, los intereses de la Orden a que perteneces y tu bien individual.

En la victoria serás salvo de las miserias por las que me pides individualmente.

Vedrá 1867, marzo. La mañana del 27

*La gloria de Dios sobre la cima del monte.
La sombra en la gloria*

5. Era una de las bellas mañanas de la primavera. Y me despertó al amanecer el día la voz dulce de mi Amada:

– Ven conmigo, subamos a la cima de este monte.

La seguí, y subía yo muy despacio, porque sentía gran flaqueza en las piernas. Dudaba de mí mismo, y las dudas sobre la veracidad de mis relaciones con el objeto de mi amor me atormentaba; mi propia miseria me tenía oprimido.

«¡Oh –decía yo a mi Amada– tú podrías hacerme feliz! Puedes. ¿Por qué me dejas en tanta pena? Si me amas, ¿por qué me dejas en tanta miseria? ¿De qué te sirvo yo sobre la tierra? Abre, virgen pura, abre tu seno y recibe en tus brazos a este miserable mortal».

6. Tome asiento sobre la peña para tomar un rato de reposo, y el espíritu de Dios vino sobre mí. Y repentinamente entré con el Invencible y el Omnipotente en una lucha muy terrible; tomó parte en ella el príncipe Miguel y todos los príncipes del reino de Dios. El objeto de esta lucha es un secreto y un grande misterio. ¡Cuán profundos son los juicios de Dios! En el supremo consistorio celeste se discutió la causa de las naciones, esclavas del demonio y de la culpa; y la lucha se tenía con el Juez supremo que las entregó a esclavitud, y contra el Fuerte armado que las custodia y guarda en su incredulidad [Lc 11,21].

7. Yo subí aprisa a la cima del monte, y éste fue cubierto por la gloria de Dios. Era la Mujer del Cordero la que luchaba con la justicia de Dios a favor de sus hijas las naciones, y pedía le fuesen entregadas en posesión, alegando títulos poderosos. Son –decía– redimidas todas de la potestad del diablo y compradas con la sangre de mi Esposo. ¿Hasta cuándo durará su esclavitud? ... Las armas con que batallaba con la Suprema Justicia la Mujer del Cordero eran sus súplicas apoyadas en el sacrificio del altar, y ella era la congregación de todos los ángeles y santos del cielo y justos de la tierra, y con ella luchaban todos los santos y ángeles y justos, en cabeza Cristo redentor. El monte estaba lleno de la nube, símbolo de la gloria de Dios. Yo estaba en pie sobre la peña más alta del monte, sobre la que está colocada la cruz santa. Y terminada esta lucha, eran las diez de la mañana, y mi Amada me dijo [Ap 12.20]:

– Ya que dudas de la verdad de cuanto te he dicho en orden a mí, verás ahora mi sombra en gloria, ya que no puedes verme a mí a cara descubierta.

8. Dicho esto, se recogió toda la nube sobre el monte, y se oyó una voz, y era la voz del Padre y dijo: «Esta es mi

Hija muy amada y tu Hija, ésta es la Esposa de mi Hijo y tu Esposa; ahora verás su gloria» [Mt 17,9; Mc 9,9-10; Lc 9,36]. El sol dio (físicamente) contra la nube, y mi sombra apareció llena de gloria formando alrededor el arco iris. Para probar la verdad de este fenómeno cambié de situación, y la sombra me siguió, y con la sombra acompañó el arco iris; y esto duró por el espacio de una hora.

– Sombra, ¿quién eres?

– Soy yo en ti –dijo una voz procedente de la sombra–. La sombra es mi imagen impresa con mi presencia en ti; y yo, mi imagen, o mi sombra somos una sola cosa; la gloria es mía y no es tuya; te muestro mi gloria a la vista material para confundir tu poca fe y reprender tu incredulidad.

– Paloma mía, no hagas esto. De poco me sirve tu gloria exterior y visible al ojo material, porque a tu presencia el sol es tinieblas y el día una noche oscura.

Vedrá, marzo. La tarde del 27

*La tempestad en el monte. Batalla en el cielo.
Judit y Holofernes, la Iglesia y el diablo [Jdt 6. 15]*

9. El mar embravecido amenaza engullirse y tragarse entero este monte, pero la soberbia de sus olas queda confundida por la dureza de sus peñas, y se convierte en espuma; entumecido, levanta con arrogancia sus olas, embiste con furor y con ímpetu el monte, y el monte queda inmóvil; retira con rabia sus olas, vuelve a la batalla inquieto, murmura, clama, y el gran ruido de las aguas en el día de la lucha no alteran la paz del monte. Los vientos, desligados y enfurecidos, combaten sus altas y sublimes pirámides; crujen las ramas envejecidas de los árboles, tiemblan los troncos enormes que mano humana no ha tocado jamás, pero el monte resiste a la tempestad. En medio de la tempestad, una voz procedente del seno del monte me dijo:

– ¡Hombre solitario! Huye, escóndete dentro de mi seno, entra en mis cuevas. ¿Qué haces afuera?

– Contemplo –contesté yo– tu firmeza en la batalla contra los vientos y los mares que te rodean.

10. Vino la noche, y yo me mantuve afuera contemplando las tinieblas, que fueron tan espesas que podían palparse, de modo que apenas se distinguía bulto alguno; el monte en la tempestad estaba cubierto de tinieblas.

– ¿Quién es este solitario que no teme ni a las tinieblas de la noche ni a la tempestad en el monte solitario?

La voz era enemiga. Tomé mis armas y me preparé para la batalla.

– ¿Quién eres tú?

– Satán.

– ¡Espíritu de tinieblas, retírate de aquí!

Y hubo una grande batalla. Mi espíritu fue elevado al trono de Dios; y el consistorio celeste se reunió ante Dios, y fueron juzgadas en justicia y equidad todas las naciones. Presentóse ante Dios su Iglesia santa, y Judit pidió la cabeza de Holofernes, esto es, que Satán fuese otra vez encadenado y encerrado al abismo. El dragón infernal fue lanzado de la presencia de Dios. Y sabiendo tiene poco tiempo, prepara para el día de la batalla cuantos elementos tiene sobre la tierra y en el infierno contra la Iglesia santa.

Calmó la tempestad en el aire y en el mar, y una voz suave y amiga me llamó y me dijo:

– Ven, entra en el seno de este monte.

– ¿Quién eres tú?

– Soy tu Amada, soy tu compañera en esta soledad.

11. Me retiré dentro de mi cueva, y en dulces coloquios entre sueño y vigilia pasé la noche.

Vedrá, marzo. La mañana del 28

El amor, el corazón, el amante, la Amada, el Padre de los amantes, la amistad, los desposorios, el monte, la soledad, mis compañeros en el monte

12. –Levántate –me dijo a media noche mi compañera–, sal fuera de tu cueva.

Me levanté, salí afuera, y la tempestad había calmado. ¡Qué dicha es la mía! Estoy solo, de noche, y seguro de que mortal alguno no interrumpirá mi conversación. ¡Cuánto yo deseaba, oh paloma mía, estos preciosos momentos! ¡Estamos solos sin más testigos que las aves nocturnas y las sombras del monte! Permíteme ahora un desahogo a mi corazón. ¿Me oyes, Amada mía? ¿Acaso mis ayes y mis suspiros, mis lamentaciones y clamores se perderán en esta profunda soledad? Tienes, Amada mía, oídos para escucharme. ¿Estás atenta?

– Cree en mí.

– Paloma mía, ayúdame a creer.

– Estoy atenta, habla; escucha tu Amada.

– Voy a contarte mi historia, y contándotela a ti, quedan mis dolores acallados con el desahogo.

13. Dios al criar mi corazón, sopló en él, y su soplo fue una ley que le impuso, y esa ley me dice «amarás». Mi corazón fue fabricado por la mano de Dios para amar y ser amado, y sólo vive de amor. Yo no conocía este enigma. Mi corazón desarrolló su pasión ya desde niño: ya amaba con pasión, y esta pasión era mi tormento y mi pena. Yo no tenía de ti la más remota noticia, no te conocía, no sabía existieras ni que fuera posible relacionarme contigo. ¡Infeliz! Mi corazón, semejante a una débil barquichuela, había extendido sus velas ya desde la niñez, y agitado por todos los vientos opuestos, carecía de dirección. ¡Oh, por qué entonces no te revelaste, belleza increada! Pasé mi niñez sin conocerte. Y al

desplegar sus alas la mocedad, aumentó la pasión y, por consiguiente, el tormento. ¡Qué yo era infeliz sin ti, qué vida tan desgraciada! Se hacía sentir en el corazón un vacío inmenso: faltabas tú en él y nada podía sustituirte, ni las bellezas materiales podían llenar ni el más pequeño rincón. No conociéndote a ti, fui en pos de lo bello, bueno y amable que los sentidos presentaban; pero al adherirme a estas bellezas, el corazón hacía sentir su insuficiencia, y no hacían más que aumentar la sed y el ardor del fuego del amor. Mi juventud se pasó como una sombra, sin conocerte. No obstante, en ella, reconociendo que todas las bellezas materiales no eran la que buscaba, en razón de que no hacían más que atizar el fuego en que ardía mi corazón dándole, sin tregua alguna ni alivio, mayor tormento, me resolví a abandonarlas todas. Y fui al claustro, por si acaso allí te encontrara.

14. Yo, aunque muy en obscuras, te buscaba a ti: estaba persuadido de que sólo una belleza infinita podía saciar y calmar los ardores de mi corazón. ¡Cuán lejos estaba entonces de creer fueses lo que eres! La soledad, sin ti, lejos de calmar la pasión del amor, la fomenta: y el claustro ensanchó mi corazón, encendió mayor llama en el amor. Pero no conociéndote sino como se conoce una persona extranjera, mi tormento era sin comparación más cruel en la soledad del claustro que en el bullicio del mundo. ¿No eras tú entonces la misma que ahora? ¿Cómo sufrías que mis ayes y suspiros se perdieran sin hallar eco ni en las bóvedas del templo ni en la soledad y silencio de las celdas?

15. Desde entonces una sola cosa aliviaba mis penas, y era la esperanza de morir víctima entre las llamas voraces de la revolución de la época, siéndome menos horrible el fuego material, el puñal del verdugo y la espada del hombre malo, que el fuego interno del amor que devoraba mi corazón. Me ofrecí, aunque sin conocerte, por víctima propiciatoria en tiempo de ira y de venganza; y tú me salvaste la vida mil veces, porque me tenías preparado otro martirio mil veces más cruel.

16. Perdidas las esperanzas de morir por tu honor, hallándome en la flor de mi edad, no pudiendo soportar la llama del amor que ardía dentro de mi pecho viviendo entre los hombres, me resolví en mi edad viril vivir solitario en los desiertos. Te llamé y no me respondiste, te busqué dentro el seno de los montes, en medio de los bosques, sobre la cima de las peñas solitarias, y no te hallé. En la soledad del monte marchité mi virilidad en busca de ti; en las bellas mañanas de la primavera, en las tardes quietas del verano, en las noches frías y heladas del invierno, dentro de las cuevas; en las noches serenas del verano, sobre la cima de los montes te busqué, y no te hallé. ¿Dónde estabas entonces? ¡Ah, estabas tan cerca y yo no lo sabía, estabas dentro de mí mismo y yo te buscaba tan lejos! ¿Por qué no te hiciste visible?

17. Por fin, pasados cuarenta años en busca de ti, te hallé. Te hallé porque tú me saliste al encuentro, te hallé porque tú te diste a conocer; y si tú no te hubieses revelado, así hubiera desaparecido de entre los mortales, sin relacionarme contigo. ¡Qué sorpresa la mía cuando te hubiera visto sin velos en el cielo!

– Si no me conocías, ¿por qué me buscabas? ¿Cómo podías hallarme ni ir en busca de mí? –me dijo– mi Amada.

– Mi corazón amaba lo infinitamente bello, pero de esta belleza no tenía más que una idea confusa; la buscaba porque sabía existía. ¿Por qué no te diste a conocer más temprano?

18. – Yo soy un objeto infinitamente bello, bueno amable y deleitable; el corazón humano es cosa tan pequeña con respecto a mí, que no cabe dentro tanta grandeza, y por esto yo me he manifestado poco a poco y bajo mil formas y maneras; y ahora me manifiesto cuasi sin velos, porque tu entendimiento está ya dispuesto a recibir mi presencia en idea, especie, forma, figura o imagen. No obstante todos estos preparativos, apenas crees; tan pequeño es el individuo con respecto a objeto tan grandioso. Yo soy Dios y tus prójimos, yo soy en Cristo Cabeza el gran cuerpo moral de su Iglesia

cuyos miembros son todos los predestinados a la gloria; y este cuerpo moral es tan grandioso, que no cabe en el entendimiento humano sino apenas la idea, figura o imagen, y para ésta es aún preciso ensancharle, dilatarle y engrandecerle, cuya operación no puede hacerse sino con tiempo, poco a poco, cooperando el amante. A proporción que entra la idea, noticia o imagen de mí en el entendimiento, el corazón se dilata, se ensancha y se dispone para unirse conmigo en amor; y ésta es también obra del tiempo. ¿Acaso yo puedo ser anunciada, predicada, publicada y revelada al hombre con mayor solemnidad? ¿Qué dice la Ley de gracia?

– «Amarás a Dios por ser El quien es, bondad infinita, y a tus prójimos como a ti mismo».

– Bien. ¿Cuál es el objeto del amor, según la Ley?

– Dios y los prójimos.

19. – Pues bien, si Dios al crear el corazón humano sopló sobre él, le inspiró el amor, le mandó amar; si está fabricado para amar y ser amado, al mismo tiempo le designó, le manifestó y le reveló el objeto de su amor que es Dios y sus prójimos, ¿qué idea tenías formada del objeto de tu amor?

– Yo pensaba que eran objetos separados: no pensaba que Dios y los prójimos fueran cabeza y cuerpo, no creía que la Iglesia fuese mi Amada, no pensaba fueses cosa viva, distinta, ni una entidad o realidad de por sí existente.

– ¿Acaso no hay en el Credo un artículo que manda creer «et unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam?».

– Sí, lo hay.

– ¿Qué creías de este artículo?

– Lo que ahora creo, pero con fe implícita, en confuso, sin detalles.

20. – Estos detalles eran los que te faltaban. ¿Crees en mí? ¿crees ahora?

– Sí, más que entonces; pero mi fe entiendo es muy débil.

– Sí, tienes razón: tu fe en mí es muy flaca. ¡Oh si creyeras! Ya que estamos en el caso, dime: ¿qué es lo que crees de mí, y qué no crees?

1º Creo existes, y que tú eres el objeto único de amor designado por la ley de gracia amarás...» etc.

2º Que tú eres Dios y los prójimos.

3º Que todos los prójimos, esto es, los predestinados a la gloria, forman un cuerpo moral perfecto bajo Cristo Dios-hombre su cabeza.

4º Que donde está Cristo está la Iglesia, y que no son cosas separadas sino individualmente, pero unidas moral y espiritualmente, formando una sola nación, un solo principado, un solo reino, una sola familia, un solo cuerpo unido entre sí con su cabeza con lazos más fuertes que los del cuerpo material, por ser Dios, El mismo el espíritu que hace en él lo que el alma en el individuo.

5º Que este cuerpo se llama Iglesia, formando una sola la que está en el cielo, en la tierra y en el purgatorio, por ser una sola su Cabeza y uno solo el Espíritu que la vivifica, que es Dios.

6º Que la Iglesia es una belleza inmensa, porque reúne en sí todas las perfecciones y atributos que forman la imagen del mismo Dios; y que por lo mismo, es el único objeto de amor que puede satisfacer todos los apetitos del corazón humano y la vista intelectual y material del hombre.

7º Que este cuerpo moral perfecto que eres tú, eres una realidad, una entidad distinta, con vida y movimiento propio; que tienes espíritu y vives, entiendes y amas, que hablas, oyes y ves.

8º Que siendo amada como objeto único digno de amor para el hombre y el ángel, puedes corresponder con amor amando a tus amantes.

9º Que en ti el amor es el Espíritu Santo, que derramándose por todos los miembros de tu cuerpo, corresponde con amor al que ama. No tienes alma como nosotros, pero tienes espíritu y éste es el Espíritu Santo, persona tercera de la Trinidad que te da vida, movimiento, virtud, gracia y gloria; eres una inteligencia, y ésta está en tu cabeza que es Cristo, Hijo de Dios vivo, y hombre Hijo de María Virgen; y con el Hijo y el Espíritu Santo está el Padre, como principio de donde proceden los dos; en ti, contigo y por ti obra Dios Trino y Uno, y fuera de ti no hay salvación, vida ni felicidad, sino agitación y tormento eterno.

Esto es lo que yo creo de ti. Ahora falta creer en tus relaciones conmigo, y esto es lo que me importa examinar.

El amante

21. Hay entre los dos relaciones: éstas, o son amistosas, o de dos enemigos que se odian y aborrecen.

La amistad

22. Nuestras relaciones están fundadas en el amor mutuo de los dos, y el primer grado es la amistad. Pero una simple amistad está muy lejos de satisfacer los apetitos del corazón; debe, por consiguiente, haber más que amistad simple.

La paternidad y maternidad

23. Hay entre los dos amantes relaciones de maternidad, y éstas son ya más fuertes. Tú, Amada mía, eres mi madre, y hay entre los dos relaciones de hijo a madre. Eres mi madre: según el orden físico, tu Espíritu, siendo Dios Creador, Dios Salvador, Dios Vivificador, tu Espíritu, después de haberme dado el ser y la existencia, me ha dado el ser y

la vida de gracia por el bautismo. En el curso de mi vida, tú, oh Iglesia santa, me has amamantado de la leche de tu doctrina, y con tu Espíritu vivificador me has sostenido como buena madre en el seno de tu amor. ¡Cuántos consejos internos, cuántas inspiraciones! ¡De cuántos males, oh Madre, la más tierna, me has preservado sin yo saberlo! Las relaciones de madre a hijo, y viceversa, están fundadas en el amor maternal y filial. Yo no te conocía, oh madre tierna, y tú, para dar calor a mis resoluciones santas, me apretabas a tus pechos y fomentabas mi piedad y devoción y el amor a cosas santas y eclesiásticas. Pero estas relaciones tampoco satisfacen ni llenan el vacío del corazón.

Los desposorios

24. Yo soy tu esposo y tú eres mi Esposa. Estas son las relaciones que van directamente a llenar el corazón, porque unen en esta vida con la perfección que permite la condición de mortal a los dos amantes. La simple amistad puede hallarse sin constituir familia, la maternidad constituye familia y hay comunidad de bienes, pero los desposorios constituyen familia, hacen comunidad de bienes y personas. Los desposorios son la entrega mutua de los amantes uno a otro; y el amor es el que une los amantes, haciendo esclavo uno de otro.

Yo soy tu esposo, fiel o infiel. En el día en que fui ordenado sacerdote, fui consagrado por la Ordenación a tu servicio a la faz de la Iglesia, fui entregado a ti; y desde aquel día yo no me pertenezco a mí, tuyo soy yo y todas mis acciones, cuanto soy y tengo.

25. Hay a más otra unión aún más veneranda, y es la sacramental. En el augustísimo Sacramento del altar tú te presentas a mí sacramentalmente en tu Cabeza (Jesús Sacramentado) y moralmente unida a tu Cabeza, allí te das toda entera a mí, sacramentalmente en tu Cabeza y moralmente en todo y con todo tu cuerpo pues que donde va tu Cabeza, vas tú con todo tu cuerpo. Dejas caer tu Cabeza

sobre mis brazos, la reclinas sobre mi pecho; y, lo que es más estupendo, para unirme en una sola carne a mí y unirme tú a ti, vienes bajo las especies de pan y de vino para que te coma y beba tu sangre. Yo como la carne y bebo la sangre de Jesús, que es tu Cabeza, y me uno a ésta sacramentalmente y a ti por amor y espiritualmente, y así queda consumado el matrimonio espiritual entre los dos esposos.

26. Esto lo creo firmísimamente, y por consiguiente creo ser yo tu esposo, fiel o infiel. En cuanto sacerdote, soy esposo tuyo; y si yo amara otra belleza fuera de ti, fuera tu esposo pero infiel y adúltero; y si me uno a ti sacramentalmente y no tuviera el amor que me pides, fuera esposo infiel, adúltero y sacrílego.

El carácter de sacerdote y el de comulgante en el Sacramento del altar, lejos de satisfacer mi corazón, le dan dudas y temores. Sólo puede satisfacer los deseos del corazón la unión de amor de esposo fiel, consumada en tu altar con la participación del augustísimo Sacramento. Y ésta es la que nos importa examinar.

Vedrá. La tarde del 28 marzo de 1867

Mi Amada en la soledad del monte, sola, mirando su propia figura en el espejo

27. La tarde del 28 era bella como la primavera, el cielo estaba sereno, y el sol era muy brillante como en un día de verano. Una sombra se le puso delante y le convirtió en tinieblas, porque la sombra tenía figura, y era la figura de mi Amada, cuya luz y claridad convierte en noche el día más sereno. Era tanta su gloria, que no se dejaba mirar, como no se puede mirar de hito en hito el sol. Yo estaba contemplando solo el bulto de la figura que no me atrevía a mirar.

—¿Quién eres tú?, —le pregunté yo, mas antes, con ánimo de contemplar tanta belleza que de inquirir su nombre.

- Yo soy –me contestó– la que tú buscas: mírame.
- No puedo: mi vista no llega; es débil y flaca.
- Verás, pues, mi imagen en el espejo.

28. Dicho esto, apareció frente de mí un espejo limpidísimo y muy grande; el espejo estaba de cara a mí y contra la luz del sol. Y la que figuraba a mi Amada se puso frente al sol, y dando cara y cuerpo al espejo...

– Mírame en el espejo. Yo estoy contemplando en él mi propia figura –me dijo– con mucho interés.

Yo miré en el espejo, y pude contemplar a satisfacción mía, cuanto cabe a la condición humana, su inmensa belleza. Pero la figura que producía en el espejo la imagen no podía mirarla a causa del exceso de su luz y gloria; la belleza de la imagen en el espejo era indescriptible, tanta era su gloria y hermosura.

– Atiende –me dijo–. El espejo eres tú, el entendimiento pasivo es el cristal que recibe la imagen, y los apetitos de tu corazón recogidos y ordenados hacia ella son el azogue sobre el que refleja la luz que la descubre y presenta tal como la ves y en correspondencia a mí. La imagen impresa en el espejo soy yo en ti, y por consiguiente su belleza me pertenece, como su gracia y su gloria. Lo que hay de bueno en ti, que es mi imagen, es mío, porque procede y se refiere a mí; lo demás..., ya ves cuán poco vale. ¿Qué eres tú sin mí?

- Nada: tiniebla y obscuridad.
- Contempla ahora mi imagen en el espejo, mírala atentamente: se mueve cuando yo me muevo y se para si yo estoy quieta.

Yo soy en ti esa imagen. En ti soy viva, porque tú eres un viviente; en ti soy una inteligencia, porque tú eres una inteligencia; en ti soy una amante, porque en ti hay amor; en ti, contigo y por ti hablo, oigo, entiendo, amo; en ti soy una imagen no pintada en cristal alguno o muerta, sino una imagen que vive, entiende, ama y se mueve.

29. Ahora vas a ver las relaciones entre los dos, tú y yo, entre la imagen viva y yo que con mi presencia en ti la produzco. Yo cooperando, tú con tu fe y amor, al ponerme ante ti, contemplo mi propia figura: la veo tan bella como lo soy yo y su belleza roba todos los afectos de mi corazón, la amo; y para que yo sea correspondida en el amor que la tengo, le descubro a ella mi belleza. La imagen es viva como yo, tiene inteligencia como yo, me mira en sí misma, me ve, me conoce, y viéndome perdida de amor por ella, con mi presencia no sólo robo su vista, sino todos los afectos de su corazón y la hago esclava mía: yo hablo, y me oye y me entiende; ella me habla, y yo la escucho, y los dos somos una sola cosa. La pobre se halla en un ser resbaladizo, frágil, como la imagen en el cristal, expuesta a ser quebrada o ensuciada; y al considerar su situación tan expuesta a una desgracia como el espejo, llena de horror me pide la saque de la vida presente; pero yo me complazco en ella: ella no observa que el espejo puesto a mis manos anda seguro. Tal eres tú en mis relaciones conmigo.

Ahora bien, tú te entregaste a mí en el día de tu ordenación de sacerdote ante el público, pero de poco te hubiera servido este matrimonio espiritual conmigo si yo interiormente no me hubiese revelado a ti. Tú te unes a mí y yo contigo, consumando esta unión el augustísimo Sacramento del altar: allí yo me entrego y doy toda entera a ti. ¿Qué quieres haga más para complacerte? ¿Quieres más muestras de mi amor?

30. Dime: ¿quién eres tú en la soledad del monte? ¿Qué haces aquí?

– Esposa mía, ¿sabes qué soy yo en la soledad de este monte y qué hago? Yo te lo diré. Soy yo lo que tú dices: un espejo. Y para que tú te complazcas en contemplar en él tu propia belleza, le he puesto fijo e inmóvil en este monte; en el mundo los negocios de la tierra revuelven de tal modo el cristal, que apenas puedes verte en él. Y yo por mi parte miro y contemplo en mi propia sombra tu belleza, y, atento a ti sola, examino mis relaciones contigo.

*El Padre de los dos esposos contemplando
en los dos su propia imagen*

31. Dios, para que la imagen viva de Dios fuese perfectamente representada, comunica a los escogidos sus infinitas perfecciones. No siendo una sola criatura capaz de representarlas todas, crió muchas. Las perfecciones y atributos de Dios comunicadas a toda la congregación de los santos del cielo y justos de la tierra, que es la Iglesia, forman en ellos la imagen viva de Dios trino y uno. La imagen de Dios es una sola en todo el cuerpo de bienaventurados y una misma en cada uno de ellos, porque en todos están los caracteres especiales que la constituyen: «Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra» [Gn 1,26].

32. La imagen de Dios, aunque en perfección esencial se halle en cada individuo en el cielo y en los justos, pero en lo accesorio y gloria accidental sólo está acabada y completa en la congregación de los predestinados, en razón de que sólo en ellos, considerados y vistos en cuerpo, se hallan todas las perfecciones divinas repartidas en el individuo y unidas en el cuerpo y cabeza de la Iglesia. Y por esta razón, sola la Iglesia es su imagen perfecta y acabada, no sólo en los atributos esenciales que la constituyen, sino en los más miruciosos detalles. En cada uno de los predestinados está la imagen de Dios en esencia, y alguna perfección accidental propia y especial que le singulariza e individualiza, pero en todo el cuerpo y cabeza de la Iglesia está con toda la perfección esencial y accidental, porque en ella solamente están todas las perfecciones divinas que constituyen dicha imagen. Siendo Dios y los prójimos, esto es, la Iglesia santa, la imagen viva y acabada de Dios trino y uno y el objeto esencial y accidental, o primario y secundario del amor del hombre viador, la presencia de la cosa amada por fe en él produce el amor perfecto entre los dos amantes; y los dos son el espejo donde mira Dios Trino y Uno su imagen y se complace en ella.

33. La eterna Paternidad en Dios, mirándose a sí mismo en los dos, esposo y Esposa, viendo en ellos su propia belle-

za, los enriquece a los dos cuanto compete a cada uno: al esposo le da en dote fe, esperanza y caridad; y la Esposa, en correspondencia a la fe del viador, le comunica la visión, y, en razón de la esperanza y de la caridad, la posesión y fruición de todos los goces celestes; y así, ricos cuanto corresponde a tales amantes, los presenta semejantes a sí en el día de las bodas.

Vedrá, marzo. La noche del 28

Las tinieblas de la noche y la tempestad en el monte

34. «Gracias os doy, oh mares que rodeáis este monte, pues que aseguráis mi soledad contra las conversaciones de los hombres. Gracias a ti, oh monte, que al levantar tus firmísimas columnas desde el fondo del Mediterráneo cortaste la subida al hombre que como la cabra montés no sepa escalar tus peñas. Ven, noche, y cubre con tus tinieblas el monte. ¡Feliz noche!, seguro estoy contigo de que nadie turbará el reposo de mi soledad».

Así yo hablaba solitario al anochecer de este día. Vino la noche, y al abrigar con su negro manto todas las peñas, una horrible tempestad de vientos, truenos y relámpagos amenazaba el monte. Yo me preparé para la batalla; entré en mi cueva. ¡Oh, qué soledad! Solo, de noche, en tinieblas, en medio de una espantosa tempestad. ¡Feliz noche, preciosa soledad que me separas del mundo!

35. Dios, irritado, amenaza los pueblos. «Subamos –me dijo mi compañera– al trono de Dios, y detengamos su ira. Subimos al trono de Dios, y la tempestad fue allí conjurada. «Todos los grandes y poderosos de la tierra –decía Dios irri t a do– me han echado el reto y desafían mi poder. Yo voy a recoger el reto y voy a emprender la batalla contra el hombre».

Después de una lucha muy reñida, por fin cesó la tempestad.

Vedrá, marzo. La mañana del 29

*Mis compañeros en la soledad del monte.
El mirlo solitario sobre la peña*

36. El mirlo solitario sobre las peñas, llegada la bella estación de la primavera, ha encontrado ya su consorte. Y ahora, satisfecho con tal compañera, se da a sí mismo la enhorabuena; y hallada la casa donde albergar sus hijuelos, preparan los dos su nido para colocarles. Este es uno de los testigos oculares de mis amores en la soledad, compañero fiel, que con su canto lúgubre pero melodioso celebra mi enlace con la Hija de Dios. Desde las cúspides elevadas del monte me ha llamado muchas veces la atención, no para estorbar mi conversación con mi Amada, sino para ensalzar con su dulce melodía las glorias de una ave solitaria.

El reyetón de las aves

37. Este es el más pequeño de los volátiles, pero es en el concierto de voces un tiple muy subido y se hace sentir en todo el desierto; anda por la espesura de los matorrales, escondiendo su figura de la vista de sus compañeros; y el que juzga de él sin verle se equivoca, porque su corpulencia no corresponde al canto. Aunque éste no sea testigo ocular, por vivir siempre escondido, no obstante, fuera del tiempo de la cría no sólo ama la soledad como el mirlo, sino que vive solitario y escondido de la vista de los vivientes, y feliz en su vida retirada; desde el seno de sus escondrijos entre la maleza y enredaderas del bosque hace grandes elogios de su vida oculta.

El águila del mar sobre las elevadas crestas de este monte

38. Esta ave pescadora, fuera del tiempo de la cría, es muy solitaria; vuela siempre a lo sublime, y desde lo alto de

los cielos con su vista perspicaz ve en los mares su presa, baja con una velocidad sorprendente, la coge y se la traga. En tiempo de calma reposa sobre las aguas y, cuando viene la tormenta, viene anunciándola: «Vae, vae, vae navigantibus», y se apoya sobre las crestas más sublimes del monte.

Es el emblema de un espíritu que, desprendido de las cosas terrenas, si por la acción se ofrece la ocasión, baja sobre las aguas para salvar almas; y no se detiene en el mundo sino cuando no ve peligro de tentación, y ésta la previene huyendo a la soledad del monte, colocándose en lo más sublime. Esta es una de las compañeras de soledad en este monte: me llama muchas veces la atención, no para distraerme sino para anunciarme las tormentas de esta vida en los mares del mundo y prevenirme para salvarme en ellas.